

# **EL ANTECRISTO.**



**TOMO I.**

EL ANTECRISTO.

TOMO I.

# EL ANTECRISTO,

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR JULIO TOURNEFORT

EN CONTRAPOSICION

## DEL JUDÍO ERRANTE,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR LOS REDACTORES DE LA CENSURA.



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

MADRID: 1845.

Imprenta de D. JOSÉ FELIX PALACIOS, *editor*,  
carrera de S. Francisco, núm. 6.

EL ANTECRISTO.

OPERA TRAGICA EN CINQUE ACTOS

POUR JULIO FOURNIER

PAR M. DE LAUNAY

DEL JUICIO FINAL.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR LOS REDACTORES DE LA OBRA.



CON LICENCIA DEL GOBIERNO

MADRID: 1843.

Imprenta de D. José Félix Palacios, calle

de S. Francisco, núm. 8.

---

---

## EL ANTECRISTO.

---

### I.

Adelantaba la noche, obscura, húmeda y fría: soplabá con fuerza un viento de invierno; y mientras que de la orilla izquierda del Sena llegaba de cuando en cuando el ruido sordo y compasado de pesados carros que rodaban á lo lejos, un hombre embozado en ancha capa caminaba por el lado opuesto y en contraria direccion de la corriente, y seguía la estrecha calzada que separa el rio del coto de Conflans, con paso tan firme y rápido como lo permitían las avenidas y las densas tinieblas. A veces tenía que pararse para asegurarse con su baston si quedaba aun un trecho donde poner el pie entre el Sena y los fosos. Anduvo mucho tiempo, y venciendo grandes dificultades llegó á Charenton. Aquí vaciló sobre la direccion que tomaría: echó otra vez á andar por entre el légamo, y pudo llegar al umbral de una pobre casa que le costó algun trabajo conocer entre siete ú ocho chozas casi parecidas. Llamó de un modo particular: contestaron de adentro con un grito de alegría; y al punto se abrió la puerta. Una vieja con un candil cuya pálida luz apenas dejaba distinguir los objetos, recibió con respetuosa solicitud al viajero, el cual hizo una cortesía sin responder y la siguió á la pieza inmediata, donde yacia un joven en un miserable lecho. Una mesa carcomida, cubierta entonces de multitud de frascos que exhala-  
ban un olor aromático, unos taburetes medio rotos y

un gran armario abierto y vacío eran los únicos muebles que adornaban aquella estancia. De las paredes colgaban redes de pescar, y en un rincón se veía otra cama formada de un montón de paja y un cobertor hecho pedazos. Tan dolorosa sensación experimentó el recién venido con aquel espectáculo, que estuvo largo rato mudo é inmóvil, mientras que el enfermo levantándose con trabajo le alargaba sus descarnados brazos y dirigía al cielo unas miradas en que se pintaban de un modo inefable su ternura y agradecimiento. La vieja se enjugó las lágrimas, y con voz alterada y juntando las manos dijo:

—Dios le pague á V. el bien que hace á mi hijo. ¡Seis semanas sin trabajar! Esto es cruel para quien no tiene otro recurso que sus brazos como nosotros.

—Dé V. gracias al que dijo: *Lo que hiciereis con uno de ellos, lo hareis conmigo.* Crea V. que yo seré abundantemente remunerado si veo que reina la dicha como en otro tiempo y la piedad como siempre en esta mansión, donde Dios ha permitido un momento de prueba solamente para inspirar mas fortaleza con el dolor y mas grandeza con la fé; porque ¿dónde estarían nuestros títulos de gloria para nosotros cuya vida se reduce á los trabajos y la pobreza, y dónde nuestros motivos de alegría y esperanza, si no supiéramos que cada lágrima, cada suspiro, cada tormento es un paso dado hácia el cielo, y que Dios, que mide según el valor y dispensa según la fé el grado de dicha celestial y de gloria inmortal, nos cuenta allá arriba toda miseria sufrida animosamente, toda queja sofocada y toda aflicción aceptada?

Diciendo esto se mantenía en pie el desconocido con los brazos cruzados sobre el pecho como para comprimir los impulsos de una alma pronta á volar. Su aspecto era imponente y sublime, y su voz no tenía nada de humano. La luz del candil dió en su rostro, y

apareció radiante como el de un ángel y tranquilo, enérgico é inspirado como el de un apóstol. Era el anciano alto y de complexión seca y nerviosa: surcaban su frente muchas arrugas; y la profunda melancolía de su mirar atestiguaba una larga serie de amargos pesares. La sabiduría había estampado su sello en aquella fisonomía augusta, y se leía la experiencia de los tiempos pasados en la apacible y serena sonrisa de aquella boca, que no se abría sino para derramar tesoros de gracias y misericordia sobre toda la humanidad doliente; pero á veces bajaban sobre aquel varón una exaltación santa y un soplo divino, y entonces centelleaban sus ojos, su acción tenía cierta grandeza, su mirada era como el relámpago y sus palabras como el rayo. El enfermo que había estado escuchando pensativo, levantó de pronto la cabeza hácia el desconocido, y dijo con vigor:

— ¡Oh! gracias por haber venido de tan lejos y á esta hora á darme tanto consuelo y esperanza.

Interrumpieronle los sollozos, y el anciano cogiéndole afectuosamente la mano le dijo:

— Aun cuando yo muriera por V., no haría mas que cumplir mi deber. Todos somos hijos de un mismo padre, y lo que se hace no pide otro agradecimiento que el amor. El que recibe, es mas grande que el que ofrece; y el que padece, se asemeja á Cristo, el cual despues de no haber poseido nada en la tierra quiso acabar en la cruz. Vivió para santificar la desgracia, y murió para divinizar el dolor y el tormento.

El enfermo se recogió interiormente, y el movimiento de sus labios indicaba que estaba rezando. Entonces hizo el desconocido una seña á la vieja para llamarla aparte, y le dijo:

— Debe V. haberlo apurado todo: el médico que he enviado, hará que le den á V. las medicinas de balde; pero no basta: aqui tiene V. algunos ahorros que una

persona muy rica me ha encargado de repartir al paso á quien estuviere necesitado..... Tome V. y no se sonroje. Entre hermanos se puede recibir sin cumplimiento y restituirlo mucho mas tarde sin incomodarse cuando Dios envia fortuna. Nosotros somos miembros de un mismo cuerpo: lo que es del uno es del otro. El Señor no ha permitido los ricos y los pobres mas que para dar ocasion á los hombres de manifestarse mutuo afecto con la prestacion de servicios nunca interrumpidos.

Y le metió en la mano un cartucho de dinero que tomó ella sin poder decir una palabra á su bienhechor. Este se acercó con presteza al enfermo, le dijo algunas palabras de consuelo, y dándose una palmada en la frente preguntó con inquietud:

— ¿Dónde están los niños?

La vieja fue corriendo á la cama de paja tendida en un rincon, levantó el cobertor y descubrió dos gemelos de tres años que dormian abrazados. El desconocido se inclinó y los bendijo.

— ¡Enriqueta! exclamó el enfermo con voz apagada y lastimera.

La vieja bajó la cabeza, y el extraño dió un gemido; pero al punto se enderezó y dijo en tono profético:

— Yo la hallaré.

El enfermo dió un grito agudo.

— Yo la traeré pura, prosiguió el desconocido con el acento de la mas firme conviccion.

— Dios le oiga á V., añadieron á un tiempo el pescador y su madre.

— Y su espíritu sea con VV., respondió el anciano ausentandose.

Ya iba á salir; pero volvió y dijo:

— Pronto volveré: si de aqui á entonces me necesitan VV., no esperen mi vuelta y envíenme un recado.

Cuando ya no se oian sus pisadas, la vieja se hincó

de rodillas en el umbral de la puerta y dió gracias á Dios de haberle enviado uno de sus ángeles.

El desconocido tomó el camino de la ciudad, costeó el Sena y atravesó el puente *au Change* para meterse en el hediondo laberinto de las calles de la parte antigua de la poblacion. De pronto columbró una de aquellas casas altas, negras y estrechas, de aspecto siniestro y repugnante, inmunda cloaca donde se albergan los seres á quienes el exceso del crimen ó de la desdicha parece que ha desterrado del mundo y privado de la vista del sol. Llamó, dijo al portero un nombre que este no oyó siquiera, subió las escaleras hasta el sexto piso con la ligereza que permiten la edad y el cansancio, y dió unos golpecitos á una puerta que se abrió inmediatamente. Entonces el anciano se halló cara á cara con un joven vestido solamente de una camisa hecha pedazos y de un ancho pantalon de tela rayada: tenia en la cabeza una gorra cuya borla le caia en el hombro derecho: calzaba unas magníficas chinelas á la oriental, aunque estaba en piernas; y en la mano tenia una pistola de arzon que puso desde luego sobre el velador no sin un ademán de impaciencia y despecho. Mas luego aparentó una completa indiferencia, se sentó marcialmente en la orilla de su cama, y midió de arriba á bajo á su visitante de un modo casi hostil aguardando á que este hablara.

Entregado el anciano á graves y aflictivas reflexiones no mostraba ninguna prisa de explicar el motivo de su visita. Tendió la vista al rededor, y como para engañar sus pensamientos consideró los objetos que tenia presentes, con mas atencion de lo que conviene en el uso ordinario de la vida.

Era aquel un aposento espacioso y elevado, donde se juntaban las señales irrecusables de la miseria con ciertas reliquias de lujo que hacian resaltar la degradacion del conjunto de una manera mas dolorosa. En un canapé medio roto y cubierto de vestidos rasgados y

manchados de polvo y lodo habia un bellissimo Ticiano, y un gran vaso de barro ordinario servia de pedestal á una copa antigua de exquisito trabajo. Sobre la chimenea estaban confundidos algunos modelos de yeso, pipas, pinceles y vasos. El anciano exhaló un hondo suspiro, y dirigiendose al joven le dijo:

—Perdone V. que le incomode á hora tan adelantada de la noche; no obstante espero que me disimule lo indiscreto y extraño de este paso en gracia del motivo por que le doy.

—La aparicion de V. en mi casa á esta hora es mas intempestiva de lo que cree; pero sin duda se propone V. un objeto, y ha escogido por alguna razon esta hora con preferencia á cualquier otra.

—Yo no he escogido la hora, repuso con dignidad el anciano: de dia no estaba V. aqui, y bien sabe V. que mañana hubiéra sido ya tarde.

—Esto honra mucho la perspicacia de V.: veamos si el fin corresponde al principio. Pero por Dios no me hable V. de moral, ni de asuntos, porque me seria imposible prestarle atencion.

El anciano replicó con tono mas imperioso:

—Entonces tendré que hablar á pesar de su repugnancia, y sin embargo V. me oirá.

El extraño y el joven se echaron una mirada; pero el segundo bajó los ojos, y el primero prosiguió con serenidad:

—El ilustrisimo arzobispo de Tours me ha encargado que busque un S. Martin para su oratorio: al pronto tuve gana de mandarle hacer expresamente; pero me han hablado del que V. presentó en la exposicion de pinturas del año último. Si tiene V. aun aquel cuadro, vengo á pedir que me le ceda bajo las condiciones que quiera estipular.

El joven se levantó precipitadamente: sus mejillas antes pálidas se coloraron con un súbito carmin: cen-

tellearon sus ojos; y con mal reprimida extrañeza exclamó:

— ¡Con que ha visto V. mi cuadro!

— Y aun he oído á grandes maestros hacer pomposos y justos elogios de él.

— ¿No me engaña V?

— Siempre he tenido por un crimen la mentira, aunque fuera por servir á otro.

— Perdone V.; pero en verdad me deja pasmado. Ese cuadro en que yo habia tenido la locura de jugar mi suerte, nadie (que yo sepa) se ha dignado de mirarle; ni un papel siquiera ha hablado una palabra de él, y está arrinconado allí á lo obscuro entre las cosas inútiles que se tiran todos los dias á la calle y se recogen con la basura. Yo no soy un pintor, sino un ambicioso, un loco devorado de orgullo que he arruinado á mi familia por una esperanza de fama que no debo alcanzar jamas; y cuando rechazado por todos, pobre, obscurecido, casi por diosendo habia resuelto morir y librar al mundo de un ente ridículo y perjudicial; ¡viene V. á media noche á decirme que ha oído alabar mi cuadro á grandes maestros, y á pedirme que se le ceda bajo las condiciones que me acomoden! ¡Oh! si V. me engaña, es muy culpable, porque sus palabras han encendido una hoguera en mi alma, que no hay ya poder humano capaz de extinguir.

El pintor bajó la cabeza y se tapó el rostro con ambas manos: el anciano repuso con gravedad:

— El ingenio viene del cielo y debe ser hermano de la virtud: solo la fé da valor y fuerza para ejecutar los milagros; y nada puede llamarse una obra maestra sino lo que ha inspirado Dios. ¿Qué importan los juicios humanos? Aquí lo porvenir no es de nadie, ni tiene ninguno derecho á aspirar á ello si no fue llamado desde luego y santificado en el seno de su madre, porque el arte es tambien un sacerdocio que muchas veces condu-

ce al martirio. Levante V. pues los ojos, joven: su misión viene de arriba, y yo que he vivido mucho le digo que la religion de Jesucristo hace los grandes artistas lo mismo que los santos, y unos y otros son los testigos de Dios sobre la tierra. ¡Desgraciado de aquel que flaquea en su tarea y se detenga en su camino! El monte es escarpado y la cruz pesada; pero el Calvario es un trono de gloria, desde donde el alma que se eleva despide una luz sobre el mundo, que se reflejan los siglos uno á otro, y que no pueden apagar en realidad las tinieblas del materialismo, como no puede la lobreguez de las noches oscurecer las estrellas del cielo.

El joven besó respetuosamente la mano al anciano, y luego entablaron una conversacion que fue un manantial inagotable de inspiracion y esperanza para el artista. Antes de retirarse el anciano dejó al pintor el precio convenido del cuadro, le encargó de componer otros varios para diferentes iglesias, le citó para el dia siguiente, y se marchó dejando su nombre y las señas de su casa. Y como el joven buscase el medio de manifestar su gratitud al anciano, le dijo este:

— Tenga V. á bien darme esa pistola y acepte en cambio este crucifijo de marfil, que conservará en memoria del anciano que le salió al camino para levantar esa frente que ya se inclinaba, y sostener á V. á tiempo que ya iba rodando al abismo.

El artista que comprendió el sentido de estas palabras, no respondió; pero cuando se hubo marchado el extraño, estrechó fuertemente en su corazon el crucifijo exclamando: Dios me ha salvado: pues quiero vivir y morir para glorificar su nombre. Y colocando la cruz encima de un caballete, tomó los pinceles á pesar de ser de noche para bosquejar la escena que acabamos de describir.

Silbaba el viento con mas impetuosidad y caia la lluvia á torrentes. El anciano prosiguió su marcha en medio de la obscuridad, subió al monte de Santa Geno-

veva, y se paró en una calle contigua al Panteon.

La casa en que entró esta vez estaba separada de las otras por unos jardines espaciosos. Subió por una escalera de caracol á una especie de azotea, que formaba una celda en la parte superior del edificio. Allí habia una cama parecida á la de un soldado, una mesa llena de papeles y algunas sillas rústicas. Tambien se notaba una libreria escasa, pero compuesta de obras selectas, y en la pared algunos bosquejos de los autores célebres contemporaneos y dos cuadros de la escuela veneciana, que representaban el uno á S. Francisco Javier, y el otro á S. Pablo. El desconocido levantó un velon de laton que alguien habia encendido en su ausencia, y columbrando una cesta con pan y frutas en conserva, se dispuso á comer; mas miró la hora en un reloj de similor del siglo XVI, y como vió que ya era mas de media noche, resolvió esperar y se dejó caer mas bien que se sentó en una silla. En este repentino movimiento se le desprendió la capa de los hombros, cayó en el respaldo de la silla y descubrió un traje que podia convenir igualmente á un militar que á un eclesiástico. Ya hemos dicho, que el anciano era hombre de alta estatura y de fisonomia noble, apacible y grave: sus grandes ojos tenian una expresion de franqueza, penetracion y viveza, que no parecian propias de la vejez: sus cabellos blancos, su nariz aguileña y prominente, su frente elevada y la limpieza de los lineamientos de su enflaquecido rostro le daban un aire de imponente grandeza. Habia en este personaje una cosa que descubria la larga costumbre de la autoridad absoluta y de un ascendiente irresistible, templados con su mirar triste y su blanda sonrisa. En aquel instante tenian sus mejillas cierta animacion originada del ardor febril, y mientras soñaba, agitabase de cuando en cuando todo su cuerpo con un temblor nervioso. Cuando salió de esta especie de adormecimiento causa-

do por la excesiva abundancia de ideas y sensaciones junto con la fatiga de una excursion larga y penosa, se levantó, y sintiendo frio fue á calentar sus manos yertas en la chimenea; mas como no habia lumbre, volvió á sentarse, y estuvo inmóvil largo rato. Luego se levantó de nuevo, anduvo á paso largo, y vituperó interiormente aquella inaccion.

De pronto se dió una palmada en la frente como si le ocurriera haberse olvidado de cumplir un deber: sacó un libro del bolsillo y rezó de rodillas y en alta voz las oraciones que habia omitido durante el dia por atender á los deberes de la caridad. Se mantuvo mucho tiempo orando y se levantó con los ojos humedecidos de lágrimas: sentóse á la orilla de la cama, y ya iba á dormirse cuando llamaron su atencion varias cartas puestas en la repisa de la chimenea debajo de un crucifijo. Examinó primero los sobres de tres de ellas, las abrió, dió una ojeada á cada una y las soltó con indiferencia; pero echó de ver otra carta que pareció causarle viva sensacion: la abrió precipitadamente y leyó lo que sigue:

«Su discípulo de V. no está ya en Roma. Me causa vergüenza decirle que Arnolfo ha preferido á su deber el indigno amor de una cómica. Ha perdido su carrera y renunciado á la gloria que tan necesaria es para su existencia y los planes de V. Dicen que acaba de embarcarse para Nápoles dejando aqui muchas deudas y algunos amigos bien afligidos. El Santo Padre me hace responsable de tal calaverada, y mi situacion es muy comprometida. Usted sabe que estoy pronto á hacer todos los sacrificios por lo que á mí toca; pero tiemblo al pensar en lo venidero y en las poderosas armas que va á dar á los enemigos de V. un contratiempo por nuestra parte. He despachado correos á todos los puntos, y nadie ha podido darme aun el menor indicio: si es menester iré á Nápoles, y repito que no me arredraré por nada teniendome por muy dichoso si pudiera dar la vi-

da en testimonio de la sinceridad de mis intenciones.»

El desconocido tuvo largo rato fijos los ojos con dolor y ansiedad en la firma de esta carta, que era de una persona ilustre, y se le cayó el papel al suelo sin notarlo. Se pasó las manos por el rostro, puso se pálido y colorado sucesivamente, y sintiendo que desfallecian sus fuerzas se apoyó con ambos codos en la mesa y así permaneció absorto en una idea dolorosa.

De repente se estremeció, cogió la pluma con una energía convulsiva, y escribió rápidamente varias cartas volviendo á caer en la misma contemplacion que antes; y era tal la amargura de sus pensamientos, que su semblante fue tomando poco á poco un tinte amoratado y cadavérico, capaz de hacer dudar si latia el corazon en aquel ser súbitamente quebrantado con el exceso de la pena. De pronto se abrió la puerta con estruendo, y se precipitó un hombre vestido de un sobretodo de lienzo á los pies del anciano, el cual recobró repentinamente la vida para estrecharle en sus brazos y exclamar con lastimeros sollozos:

— ¡Con que vuelvo á hallar á mi hijo!

— Padre, respondió el joven que continuaba arrodillado, ya no soy digno de levantar los ojos para mirar á V. ¡Oh! por compasion no me abrace V. asi: en un dia he perdido por mi culpa el fruto de todos los sinsabores que le he causado desde mi niñez. He abandonado cobardemente el puesto que V. me habia señalado, exponiendo mi nombre á la ignominia y burlándome de los beneficios de V. Despues de haber confesado mi crimen y alcanzado el perdon no me resta sino morir.

— Arnoldo, todo lo he sabido y lo he olvidado.

— No, dijo el joven levantándose con exaltacion, V. no ha sabido el fondo de mi miseria, la causa de mi desesperacion y hasta dónde llega mi ingratitud.

— No hables así, Arnoldo, y no te agites paseándote por el cuarto con ojos desencajados y ademanes extravagantes. Siéntate ahí cerca de esa mesa y escuchame. Una mujer cuyo nombre no te pregunto, ha trastornado tu pobre alma y te ha hecho cometer mil disparates. Eso debía suceder un día ú otro, y yo debería haber previsto alguna locura de esa clase; pero vuelves arrepentido y confuso, y una vez que lloras, Dios te ha perdonado ya. Sin embargo no creas, hijo mio, que puedan repararse las consecuencias de semejante falta con solo el arrepentimiento. En cuanto está de tu parte has contribuido á perder una alma rescatada con la sangre de Cristo y destinada acaso á una elevada mision delante de Dios, y la has hecho por un instante el juguete de una pasion efímera: ahí sobre todó está el crimen, el pecado contra el espíritu de Dios, que quizá has extinguido en una criatura suya. Llora, llora, Arnoldo, y no te consueles jamas, porque tus lágrimas semejantes al rocío del cielo no restituirán nunca el aroma y la belleza á la pobre flor que pisaste en el camino.

— Pero V. ignora, exclamó Arnoldo con ímpetu, que esa mujer es la mas hermosa, la mas noble y la mas pura que hay debajo del sol.

— Ya te he dicho, Arnoldo, que te sientes, repuso severamente el anciano: me veo en la precision de añadir que tus gritos pueden incomodar á los vecinos, y que tus palabras no son muy á propósito para edificarlos.

Esta simple observacion y mas todavia el tono firme y la ojeada que la acompañaban, calmaron instantaneamente y como por encanto la exaltacion de Arnoldo. Obedeció al anciano (qué acercó su silla á la del joven), bajó los ojos, y continuó con voz tranquila:

— ¿ Con que cree V., padre mio, que un afecto

torpe basta para hacerme renunciar la gloria en vísperas del triunfo? ¿Y ha pensado V. que habia penetrado un amor vulgar en este corazon donde no han encontrado eco mas que los bramidos de la tempestad, la armonia del templo y el estrépito de las batallas?

—No te entiendo, Arnoldo. Si no tienes de que avergonzarte, ¿por qué te postras á mis pies deshecho en lágrimas y gritando: estoy deshonrado? ¿Qué significa tu exasperacion? ¿Qué quiere decir esa vestimenta que traes? Por último ¿quién te ha hecho abandonar la ciudad de Roma, donde el santo padre se disponia á coronarte por su mano, y venir aquí á acusarte y defenderte á un tiempo mismo?

Arnoldo reflexionó un instante: asaltaban su alma mil sentimientos diversos; y no le venia á la boca ninguna expresion para manifestar la violencia de su agitacion y las ideas contradictorias que le confundian. Se apretó la frente con entrambas manos, y continuó lentamente su narracion pronunciando cada palabra de una manera extraña y trabajosa, como si cada una le costara un esfuerzo:

—Una noche salia yo del Vaticano mas inquieto y melancólico que de costumbre, y para disipar mi melancolia ó quizá para fomentarla me dirigí hácia el antiguo Foro. En el camino descubrí un palacio de marmol, cuya elegancia y magnificencia extrañé no haber advertido aun. Cuando estaba admirando la perfeccion de aquella arquitectura sencilla y atrevida, me ocurrió que el palacio era hecho de una sola pieza, y me confirmé mas en esta extraña alucinacion, por cuanto al acercarme no pude descubrir niaguna juntura en los mármoles. Tambien me pareció que el cielo tomaba un color mas subido, que el viento soplaba con mas armonia, y que los sonidos y los objetos se me representaban de un modo nuevo y mas fantásticamente de lo que

me habia parecido hasta entonces. Ni siquiera traté de penetrar la causa de aquel prodigio, porque á mi parecer debia aquello ser así y ocurría lo mas naturalmente del mundo. De repente se oyó una voz mas suave y melodiosa, que ningun instrumento humano, y comenzó á cantar en un tono desconocido ciertas palabras extrañas que me parecieron una invocacion inefable. Levanté los ojos hácia una ventana de donde salia la voz, y tras una cortina de seda y oro descubrí una mujer cual no trazaron jamas en sus inmortales lienzos los maestros de la escuela italiana. Brillaban sus ojos como estrellas, su frente se bañaba en un fluido luminoso y celestial, y aquella aureola maravillosa salia de dentro á fuera como el reflejo de una alma mas divina que las nuestras. Yo di un grito y me hiqué de rodillas: en el acto cesó el canto, y desapareció la vision.

Arnoldo dobló la cabeza y se quedó pensativo sin acordarse que estaba presente el anciano. Este rompió el silencio diciendo con afectuosa solicitud:

—Continúa, hijo mio: ¿quién era aquella mujer? ¿La volviste á ver despues?

—Nunca, respondió Arnoldo con una sonrisa de dolor.

—Pero al fin has sabido su nombre.....

—Nada. Cuando volví en mí, me hallaba á orillas del Tiber sin saber cómo me habian conducido allí. Me volví al Vaticano y me acosté triste y malo. Al otro dia hice todas las indagaciones imaginables; pero no pude encontrar el palacio, y no he vuelto á ver la vision.

—Pero á lo menos ¿proyectaste un viaje á Nápoles?

—¡Ah! repuso Arnoldo levantándose de repente con una increíble expresion de frivolidad é indiferencia:

¿Conoce V. á la *Villana*? Es una mujer de talento y habilidad, y aunque no pudo jamas comprender á Pergolese, no dejaba de distraerme infinito. En Roma era muy aplaudida á pesar de sus interminables trinos, verdaderos esfuerzos que la mania francesa ha hecho de moda. ¿Qué quiere V.? El gusto se deprava lo mismo que las costumbres. La *Villana* no es tonta: tenia el privilegio de distraerme, y he perdido mucho tiempo en sus tertulias. Luego partió el dia menos pensado para Nápoles, á donde no he pensado nunca en seguirla. Esa es una calumnia, padre: no crea V. una palabra. Mande V. echar lumbre, y si es posible añada á su afectuosa hospitalidad un poco de vino de Madera ó una jicara de chocolate.

— ¡Dios mio! exclamó el anciano asustado de una transicion tan repentina: recóbrate, Arnoldo, y no te burles así de la ternura de tu antiguo amigo.

Arnoldo cogió la mano que le alargaba aquel, derramó alguna lágrima y añadió mirando al cielo:

— Por muy lejos que retrocedan mis recuerdos, siempre se me aparece V. En mi niñez cuando en los ventisqueros de la Suiza habia perseguido al águila y á la cabra montés, V. era quien me tendia los brazos á la vuelta. Mas adelante V. tambien puso mis dedos en el piano diciendo: Arnoldo, la armonia viene de Dios: canta despues de orar, y tus himnos encontrarán eco en el cielo y en la tierra. Todo se lo debo á V.: todo lo he quebrantado; y todavia me recibe V. para bendecirme y perdonarme.....

Y el joven se deshacia en lágrimas: embelesado el anciano de ver que asomaba de nuevo la razon atribuyó el desvario de un momento á la fatiga del viaje y le dijo:

— Todo puede repararse, hijo mio. Tranquilízate, y ten esperanza. Yo cumpliré la promesa que hice á tu padre á la hora de la muerte.

:

De nuevo se oscureció el semblante de Arnoldo, y con una voz que al parecer sacaba de lo hondo de las entrañas, exclamó:

— ¡ Mi padre! ¿ Y quién era mi padre?

— Cien veces te lo he dicho, un soldado que murió peleando.

— Pero ¿ por una causa justa?

— No puedo revelar nada sobre el particular, prosiguió tristemente el anciano: algún día, muy pronto, tal vez mañana, lo sabrás todo: hasta entonces paciencia y valor, y cree que no es un capricho mio el que me obliga á ocultarte unos secretos que no podrias saber hoy sin peligro.

Arnoldo cruzó los brazos: brilló en su rostro un rayo de inspiracion, y al mismo tiempo dijo:

— Acuermome que antes de habitar las montañas con V. viví siendo niño bajo un clima mas puro: la tierra era como una arena movible y dorada: oíase á lo lejos el bramido del mar, que ha quedado impreso en mi alma. Recuerdo que rodeaban mi cuna corceles de excelentes formas con largas crines negras. Me acuerdo del ruido de las armas y de las ráfagas que hacian resonar armoniosamente los aires: luego un sueño, sangre, lágrimas y por último las montañas, la quesera y V., padre mio.

El anciano habia escuchado pálido, anhelante y sufriendo una angustia terrible.

Cuando cesó de hablar Arnoldo, respiró aquel con dificultad y añadió:

— Todo eso es cierto, hijo mio; pero repito que no puedo confiarte el secreto de tu nacimiento. La vida es una prueba terrible para algunos. Por agudo que sea este dolor para ti, no olvides que yo le divido contigo, y sabré concluir mi obra con la paciencia y la fortaleza. Ora conmigo, y mañana hablaremos. Espero desvanecer la impresion funesta

que ha debido producir en el santo padre tu partida; y si es necesario yo mismo te acompañaré á Roma.

— ¡Oh! no, padre mio, replicó enérgicamente Arnoldo: no puedo vivir mas en Roma. Impóngame V. todos los sacrificios; pero no el de habitar á dos pasos del palacio encantado, donde tuve la vision que no ha de aparecerseme otra vez.

— Ya hablaremos otra vez de eso, hijo mio. Quizá has obrado cuerdamente viniéndote aquí. No sientas nada, y si no te remuerde la conciencia, duerme. Esta habitacion, aunque tan pequeña, puede bastarte hasta mañana: yo pasaré la noche en otro paraje: con que quédate con Dios.

El anciano abrazó á Arnoldo, le puso al lado la cesta de las provisiones, y con el menor ruido que pudo se marchó á una capilla contigua á la casa, donde pasó en oracion lo restante de la noche. Al amanecer volvió, y hallando dormido á su discípulo se retiró con tiento despues de sacar de un armario un abultado lio que ocultó debajo de la capa. En seguida marchó á la catedral y alli se estuvo hasta bien entrado el dia.

Muy sorprendido quedó Arnoldo al despertarse de ver sentado en el cuarto á un hombre desconocido.

— ¿Quién es V. y qué hace ahí? preguntó imperativamente el joven.

— Soy el médico y vengo á visitar á V.

— Pues yo estoy muy bueno y no sé lo que quiere V. decir.

— Repito que me han llamado para asistir á V. si le era necesario. Despues de un largo viaje la fatiga puede dejar rastros que se desvanecen con un regimen regular. ¿Me permite V. que le tome el pulso?

— Si es antojo, satisfagale V.; pero pronto, porque es tarde.

— La impaciencia es signo infalible del cabal estado

de las facultades físicas. Veo con gusto que todos los síntomas son satisfactorios: la lengua, los ojos, las arterias, todo manifiesta el mas completo equilibrio; y asi no voy á recetar mas que un baño templado que mandaré traer inmediatamente.

— Y hará V. muy bien, y si tiene la bondad de agregar un par de huevos frescos, una jícara de chocolate y un vaso de vino de Madera, será V. un doctor incomparable.

El médico hizo una grave reverencia y se marchó. A poco rato estaban cumplidas sus promesas. Arnoldo almorzó en el baño, y cuando se disponia á salir de él llamaron á la puerta.

— ¿Qué es eso? preguntó.

— La maleta de V., dijo un criado: voy á ponerla aqui y me retiro.

— En verdad que yo no sabia que tenia maleta, dijo entre dientes Arnoldo: la habré dejado olvidada en Milan.

Y levantando mas la voz añadió:

— ¿Qué nombre tiene escrito la maleta?

— Señor Arnoldo.

— Bueno, pues pongala V. ahí y vayase.

Luego que se quedó solo, Arnoldo fué corriendo á la maleta, la abrió porque estaba puesta la llave, y sacó vestidos muy decentes que se puso sin mas reflexion, aunque no sin sentir cierto bienestar y satisfaccion intima. Disponiase á salir cuando entró un joven con un mozo que traia un cuadro.

— Caballero, dijo el recién venido, permitame V. que deje aqui..... Pero si no me engaño V. es.....

— Arnoldo, para lo que V. guste mandar..... Pero V. tambien.....

— ¡Cómo! ¿Se ha olvidado V. de Eugenio?

— ¡Eugenio!

Y los dos jóvenes se abrazaron: luego se sonrojó

Eugenio y se retiró con presteza, como si sintiera haber cedido llevado de la simpatía á un impulso de afecto demasiado familiar.

— Caballero..... tartamudeó.

— Vaya, vaya, dejemonos de ese tono, interrumpió Arnoldo: bien sabes que en Roma nos habiamos apeado el tratamiento. Entre artistas no hay otra distincion que el talento, y aqui veo un San Martin, que me debe hacer bajar los ojos á tu presencia. Si no basta esto para convencerte, añadiré que soy mil veces mas pobre que tú, porque á fé mia no tengo otro patrimonio que lo porvenir: al presente no tengo ni siquiera la propiedad de mis composiciones, que han parecido ridículas á todo el mundo excepto al Papa.

— V. se olvida de Rossini y de la Italia entera.

— Y tú te olvidas de que el *usted* me suena mal, y asi te suplico una vez para siempre que no le vuelvas á usar.

— Una vez que es absolutamente preciso diré *tú*; pero debo confesar que este monosílabo en mi boca me ha parecido siempre una blasfemia cuando se dirigia á..... tí.

— A propósito, dijo Arnoldo pasando repentinamente de una idea á otra segun su costumbre: he acabado el cántico del Sinai: aqui no te puedo dar la menor idea de mi ensayo, porque ni siquiera tengo un piano; pero vamos al campo y charlaremos.

— Con mucho gusto, porque me acuerdo de tu quinta de Ascani.

— ¿Quién te habla de quinta, pobre Eugenio mio? Ni aun estoy seguro de poseer legitimamente el vestido que tengo encima, porque en esta maleta debe haber una equivocacion. He querido decir que en el campo á falta de instrumentos tendré la voz de los vientos que soplan entre las deshojadas ramas de los árboles en algun bosque solitario, el murmullo de las aguas y tu alma

que se dilatará mas y aparecerá mas grande en un horizonte mas espacioso. Ven, Eugenio, y hablaremos del cielo y de la tierra, y cogemos algunas notas del concierto eterno, algun reflejo sublime de la faz de Dios inclinado sobre el mundo para oír nuestros suspiros y hacernos entreverlo ideal comprimido en la tierra por tantas causas. Ven, Eugenio, porque las paredes me pesan: yo soy un hijo del desierto y no puedo respirar mas que en la soledad.

Arnoldo se habia vuelto otro hombre, y pareció tan bello y tan grande á los ojos de su amigo, que este no pudo menos de experimentar un sentimiento de profunda admiracion y casi de temor.

Salieron de Paris por el portillo de Ivry, y despues de un largo rodeo bajaron al Sena; y aunque continuaba soplando el viento del Norte, acalorados con el paseo fueron á sentarse en la confluencia de aquel rio y el Marne á pocos pasos de la choza del pescador enfermo. Allí se presentó á su vista una escena terrible y dolorosa.

## II.

El anciano que el día antes había sido el instrumento visible de la Providencia para Arnolfo, Eugenio y el pobre pescador, volvía otra vez á Charenton, y siempre activo é infatigable atravesaba venciendo las mismas dificultades el estrecho sendero que le vimos tomar en el anterior capítulo para llevar á la choza los socorros de la caridad y los consuelos de la esperanza evangélica. El cielo estaba encapotado como la víspera, y el terreno húmedo y resbaladizo; pero había cesado la lluvia, y el viento norte que soplabá mas impetuoso, comenzaba á impeler hácia el Sená las aguas desbordadas. Así el desconocido podía caminar con mas seguridad. Reflejaba su frente la expresion de un gozo interior, y sin duda estaba impaciente por comunicarsele al pescador, porque no bien vislumbró la humilde choza, se asomó á sus labios blanda sonrisa, aceleró el paso, y fijando la vista en un solo punto no descubrió á los dos artistas sentados al otro lado del Marne. Estos luego le conocieron; pero hicieron escrúpulo de distraer su atención.

—Ahí tienes, dijo Arnolfo á su amigo, una cosa que nosotros no alcanzariamos jamás con sonidos y colores. ¿Qué son ante Dios nuestros esfuerzos, y de qué pueden servir á la humanidad? Por los sentidos lograremos á lo sumo embelesar los ojos y los oidos y tal vez originar una noble inspiracion en el alma; pero ¡cuán pequeña es nuestra grandeza y cuán despreciable nues-

tra gloria comparada con los actos heroicos que ocupan la vida de ese sublime sacerdote!

—Sí, respondió Eugenio, ese hombre es verdaderamente la encarnacion de la virtud divina en la tierra. No hay nada bello ni grande de que él no sea el modelo mas cumplido. Muchas veces habia oido yo su palabra sin sentir en mí mas que admiracion; pero ayer, Arnoldo, cuando contemplé de cerca su rostro y me estremecí al contacto de su mano, en el instante y como por milagro me creí renovado para una existencia mas pura y elevada. El instante en que le ví aparecer, era terrible y solemne: habia yo invocado á Dios que parecia que no respondia; é instigado por la desesperacion nacida de la miseria iba ¡insensato de mí! á librarme con la muerte, cuando se me presentó delante este sacerdote. Sabia él mis mas ocultos pensamientos, habia leído hasta el fondo de mi alma, y me decia: Viva V. y glorifique con sus obras á aquel á quien nunca invocará en vano el desgraciado.

Arnoldo apretó fuertemente la mano á Eugenio y guardó silencio un rato: el pintor por su parte demasiado conmovido para proseguir derramaba á la faz del cielo lágrimas de arrepentimiento y gratitud. Al fin repuso Arnoldo:

—Lo que acabas de decirme, Eugenio, aumenta si puede ser los sentimientos de eterno agradecimiento que he prometido á ese hombre que tambien es mi bienhechor; pero nada me asombra de su parte cuando se trata de descubrir una desgracia y aliviarla. Le conozco desde que nací, y no me acuerdo haber pasado un dia con él sin saber algun admirable sacrificio que procuraba ocultarme. Le he visto obligado á abandonar algunas comarcas por huir de las bendiciones de los infelices que le llevaban en triunfo. Le he oido predicar, y al dia siguiente no se daba mano á oír á los penitentes que se convertian á Dios. Los sabios le escuchan co-

mo su maestro, y los ignorantes ponderan su bondad y condescendencia. Los niños juegan con él y no pueden comprender su ingenua jovialidad. No hay debajo del cielo una lágrima que él no quiera enjugar, ni un dolor en que no esté dispuesto á tomar parte: todos le admiran y ninguno le conoce. Nadie puede decir de dónde saca los tesoros que derrama sobre los pobres, cómo llega á adivinar las penas mas interiores, qué fuerza opone á las injusticias, y por qué ascendiente sofoca los odios y reconcilia las enemistades. Sí, este sacerdote es el complemento de todas las virtudes cristianas, el ejemplo y la luz, y no ha bajado entre nosotros mas que para dar testimonio á Dios, socorrer las aflicciones humanas, y recordar en los tiempos calamitosos cuál fue el entusiasmo de la fé y el ardor de la caridad en los dias mejores del cristianismo naciente.

Mientras hablaban asi los dos jóvenes y el anciano continuaba andando, tres hombres de horrible y siniestra catadura estaban sentados á la mesa en una taberna situada á la esquina de una calle estrecha que baja al rio. Para llegar á la choza del pescador enfermo tenia precisamente que pasar el sacerdote por delante de ellos: pues mientras el viajero proseguia su camino, uno de los tres asomado á la ventana dijo despues de explorar el terreno de una ojeada:

—El es: atencion: tú, Goulard, por el lado de Charenton, y tú, Bodin, por el de Paris. Yo voy á salirle al encuentro: si vosotros oís el menor ruido, dad un silbido, y se dejará para otra vez: si no, ya sabeis lo que hay que hacer, y no es cosa de repetiros treinta y seis veces lo mismo.

—Dí, Mouflet, interrumpió Bodin dirigiéndose al que acababa de hablar: ¿ves tú allá abajo entre los sauces dos hombres que podrán desbaratar nuestra empresa?

—¡Qué diablo! exclamó Mouflet, es un inconven-

niente; pero..... (continuó despues de reflexionar un instante) está el Marne entre ellos y nosotros, y si gritan, nadie tendrá tiempo de llegar antes de dar el golpe: despues nos vamos á la deshilada, y nos reunimos esta noche á las ocho en los terreros de Saint-Chaumont, donde os daré vuestra parte del dinero prometido.

— Bien pensado todo, replicó Bodin, quiero algo á cuenta, y si no buenas noches: no me da la gana de exponerme á ir á presidio por tan poco y sin tomar nada adelantado.

— Pero, bergantes, gritó Mouflet que parecia el capitán, una vez agarrado el dinero ¿quién os hace trabajar? Os conozco bien, canalla, y me acuerdo del lance de la calle de Gaillon, donde me dejasteis plantado delante de la guardia. Nada de adelanto, es cosa convenida: ademas tengo el bolsillo vacío.

Goulard que no habia despegado los labios, se acercó á sus dos compañeros, y cogiéndolos del brazo les dijo:

— Un medio queda de entenderse antes de poner manos á la obra. Tú, Bodin, bien sé que eres honrado para con tus camaradas, y que no querrias perjudicarles en un ochavo; pero tú, Mouflet, estás sujeto á fianza, es sabido, y yo quiero pruebas. ¿Entiendes? Cuarenta reales incontinenti para repartirlos entre Bodin y mí, ó si no te dejamos: escoge. Si das los diez francos, entro en la zambra, y si Bodin retrocede, me encargo de él. Está dicho: ¿quieres?

El que así acababa de hablar, era un tuno capaz de despedazar á sus dos camaradas, y el modo cómo los miraba en aquel instante no era para tranquilizarlos. Bodin se puso descolorido y tembló: á Mouflet se le encendió el rostro y dando un golpe en la mesa con el cuchillo dijo:

— Estaba seguro de que me dejariais en la estacada. Por lo demas bien puedo daros los cuarenta reales: ahí los

teneis; pero no me pidais mas, villanos, porque es lo único que me queda.....

— Del dinero que nos has robado de nuestra parte, continuó Goulard, cuyos ojos de alano brillaron de un modo feroz entre los espesos copetes de una descomunal cabellera roja echada sobre la frente.

— Tranquilizate, todo lo arreglaremos en Saint Chaumont ó en otra parte, añadió rechinando los dientes Bodin, hombrecillo delgado y de poca fibra; pero cuyos miembros ágiles debian adquirir cuando accionaba la flexibilidad del gato montés.

Mouflet presentaba en el exterior el tipo ordinario del artesano parisiense: pelo castaño y largo, ojos vivos, tez naturalmente pálida, pero colorada por la bebida, aire de truhan y desconfiado. Despues de echar una mirada rápida á sus compañeros se levantó, y con expresion resuelta preguntó dirigiendose hácia la puerta:

— Una, dos, ¿quereis? ¿Estamos prontos?

— Sí, respondieron los otros dos con energía, y salieron los tres.

— Buena fortuna, les gritó una vieja horrible acurrucada á la puerta de la taberna; mas ninguno de ellos se dignó de responder.

— Goulard dió algunos pasos hácia Charenton, y Bodin se dirigió por el lado opuesto: Mouflet que los observaba atentamente, echó andar en cuanto ellos se pararon, pero con lentitud y remedando el movimiento vacilante de un borracho.

— Todavia estan allá abajo los dos hombres, dijo entre dientes al pasar cerca de Bodin, señalando á Arnoldo y Eugenio sentados en la orilla opuesta.

— Déjalos, replicó Bodin encogiéndose de hombros: no se tirarán al agua para socorrerle: pero dí, Mouflet, tienen junto un barco.

— Mentecato, respondió Mouflet, ¿te parece que llegarían á tiempo?

—No, porque yo tengo la mano ligera, les dijo Goulard que se habia acercado un poco: entiendo bien de pelar los cuervos, y vosotros juzgareis del modo con que les rompo el pico.

Dieron una carcajada al oir esta gracia tan trivial, y Mouslet entonando una cancion báquica marchó al encuentro del anciano.

—Tenga V. cuidado, le gritó este creyendo que era un borracho: va V. derecho al rio, buen hombre: no está V. en estado de volver á Paris: asi apóyese en mi brazo, porque si no va V. á dar de cabeza en el agua.

Diciendo esto el anciano sacerdote alargaba la mano á Mouslet que la rechazó ásperamente, se echó al suelo y empezó á pedir favor á gritos. Al punto se arrojaron los otros dos bandidos sobre el sacerdote, que como no esperaba tan repentina acometida fue derribado. Goulard cogió una piedra puntiaguda, hirió al anciano en la frente, y viendo brotar la sangre gritó con una sonrisa infernal:

—Aqui teneis cómo se compone uno para atontarlos: ¿hay que desplumarle, Mouslet?

—No, dijo este, corramos, y á las ocho en Saint-Chaumont.

—Mas aprisa, Bodin, añadió Goulard: los dos paisanos estan en el barco y gritan como desesperados.

Los tres hombres desaparecieron tras de una tapia, al tiempo que acababan de arribar Arnoldo y Eugenio, á quienes la indignacion y el dolor daban fuerzas sobrehumanas. Saltaron hácia donde estaba el sacerdote, que permanecia tendido en el légamo y parecia moribundo. Arnoldo con los ojos arrasados en lágrimas no halló al pronto nada que decir para expresar su sentimiento: apretaba al anciano entre sus brazos, y procuraba restituirle á la vida. Eugenio corrió tras de los tres malvados; mas no pudo alcanzarlos. Los gritos de los jóvenes atraieron bien pronto algunas personas á aquel lu-

gar solitario. Eugenio partió inmediatamente á avisar á la justicia, y Arnoldo sosteniendo la cabeza del herido con la ayuda de dos mujeres que habian acudido allí le llevó á la habitacion mas cercana, que era cabalmente la del pescador. Desde la víspera se habia obrado una feliz mudanza en ella. Con la comodidad y la esperanza habia empezado el enfermo á recobrar las fuerzas: el médico le habia permitido levantarse: toda la familia estaba alegremente calentándose delante de la chimenea rústica; y la anciana madre, el pescador y los dos gemelos consolados sentian por la primera vez hacia mucho tiempo la serenidad en sus almas y el bienestar á su rededor.

— Madre, decia el enfermo, ¿crees tú verdaderamente que algun dia podamos ver á Enriqueta entre nosotros y participar de la dicha sin mezcla de ninguna idea importuna?

— Sí lo creo, respondió la anciana, porque él ha dicho que nos la restituiria.

— Pero pudo hablar asi por no afligirme: sin duda quiso para acelerar mi curacion darme una esperanza que no podrá cumplir despues.

— No digas eso, Beltran: tú sabes que el varon de Dios conoce cosas que todo el mundo ignora: puede que él sepa qué ha sido de tu mujer y que no quiera decir nada hasta el punto en que pueda explicarse enteramente. Además no es natural que una mujer tan apacible, tan buena, tan prudente y tan arreglada haya desaparecido asi de repente sin alguna circunstancia misteriosa que el santo hombre conoce sin duda, y sobre la cual se explicará cuando llegue la hora.

Beltran dió un suspiro, levantó los ojos al cielo y dijo á su madre:

— El dia en que me sea restituida Enriqueta, no necesitaré médicos ni medicinas, y despues de ir á la iglesia á dar gracias á Dios volveré á mi trabajo.

— Dios te oiga, hijo mio, y se apiade de esas dos po-

bres criaturas, de esos ángeles del cielo, que no han conocido aun mas que las privaciones y la miseria en este mundo.

Al acabar esto la buena vieja cogió á los dos gemelos y los puso sobre sus rodillas: Beltran abrazó á uno y otro; y las pobres criaturas respondieron con dulces sonrisas y graciosos cariños. En aquel instante llamaron con violencia á la puerta. La vieja se estremeció, puso los niños en el suelo, y corrió á abrir; mas á la vista del anciano herido dió dos pasos atras, y se sintió desfallecida.

— Buena mujer, le dijo jadeando y con voz oprimida Arnoldo que no la conocía, acaba de cometerse un crimen delante de esta casa: permítame V. que deje aqui al herido para prestarle los primeros auxilios; que yo pagaré todo cuanto se necesite.

En vez de responderle la pobre mujer se deshacía en llanto.

— Pues ¿qué hay? gritó Beltran procurando levantarse; mas apenas vió la cara del sacerdote, cayó desmayado.

Entonces llegó un médico llamado por uno de los que habian acudido á los gritos de Arnoldo; y mandando poner al herido en un colchon tentó la herida y aseguró que habia mucha esperanza. A poco abrió los ojos el anciano, y juntando las manos dijo con voz debil y dulce:

— Dios mio, perdónalos.

— Silencio, respondió el médico: si habla V., no respondo de nada, y lo menos que pudiera resultar es un derrame en el cerebro.

Hablando asi el facultativo se revolvía y parecia singularmente agitado é inquieto.

— Sin embargo tengo que hablar, replicó el anciano haciendo un esfuerzo. Beltran, ¿dónde está su madre de V.?

— Aquí estoy, respondió la vieja que se acercaba temblando: no se atormente V. así: nosotros le cuidaremos; y como dice el señor doctor, la herida no es grave.

— No se trata de eso, interrumpió el anciano: Enriqueta....

— Silencio, vuelvo á decir: ¿ quiere V. matarse? grió el médico tapando la boca del sacerdote con una mano.

— Pero, señor, replicó este, si tengo que cumplir con esa mujer un deber mas precioso para mí que la existencia.

— Hablará V. dentro de un rato: no pido mas que cinco minutos, el tiempo para poner el aparato; pero antes es preciso beber esto, continuó el médico presentando al herido una taza de agua, donde parecia que habia preparado algunos medicamentos.

El anciano contristado visiblemente de la tardanza que se le imponia, bajó la cabeza y se resignó: bebió de un trago la taza que le presentó el doctor, llevó la mano á la frente, dejó caer la cabeza, y contra su voluntad cedió á un sueño profundo durante el cual pronunció muchas veces el nombre de Enriqueta.

El médico se retiró asegurando que volveria antes de acabar el dia. Beltran no quiso acostarse y veló á su bienhechor, á cuyos pies se sentó silencioso Arnoldo, y sumergido en una meditacion dolorosa se olvidó á lo menos en apariencia de los seres que le rodeaban y del lugar en que estaba. La vieja con el oido atento y los ojos clavados en el herido observaba hasta las mas leves contracciones del rostro de este. Así se pasaron dos horas; y al fin apareció Eugenio seguido de un juez. Entonces se quiso formar el sumario: los dos jóvenes declararon lo que habian visto; y preguntada la tabernera de cuya casa habian salido los asesinos, declaró no conocer á tales hombres, y añadió que sin duda el sacerdote los habia irritado por echarles alguna

sermonata intempestiva sobre la embriaguez. Esta declaración pareció muy probable al representante de la justicia, el cual se retiró diciendo que esta deliberaría.

Entre tanto el anciano dormía, el médico no volvía, y Arnoldo y Eugenio concibieron alguna inquietud y quisieron saber quién era el doctor. De sus informes resultó que nadie le conocía, sino que por casualidad se le halló al paso, y voluntariamente se ofreció á prestar aquel servicio.

— Esto no puede aguantarse, dijo Arnoldo á Eugenio: es preciso absolutamente buscar otro médico y en primer lugar despertar á nuestro padre.

Eugenio opinó lo mismo, y los dos amigos procuraron despertar al sacerdote; pero les fue imposible.

— Aquí hay alguna traición infame, gritó Arnoldo encolerizado. Eugenio, llevémosle al barco y volvamos á Paris, porque aquí se conjura el infierno contra nosotros.

— Señores, ¿ qué van VV. á hacer? preguntó Beltran asustado: ¿ no saben VV. á lo que se exponen?

— Sé que mis ideas se confunden, dijo Arnoldo: desaparecen las realidades y vuelven las visiones. Eugenio, Eugenio, si me engaña un sueño, y el delirio ha trastornado mis sentidos; si una alucinación me hace ver y tocar lo que no puede explicar mi razón; desengáñame por compasión y no temas afligirme manifestándome la verdad, porque esta pesadilla es horrible. Dime, ¿ es verdad que estamos aquí en una choza? ¿ Es verdad que los dos hemos visto á nuestro padre caer herido por un asesino en mitad del día y á las puertas de Paris, y ahora le vemos sepultado en un sueño que no pueden interrumpir mis gritos ni mis súplicas?

— Todo eso es así, Arnoldo, y tampoco puedo yo explicar humanamente los horribles misterios de que somos testigos. ¿ Qué haremos? ¿ A quién nos dirigiremos? Dios mio, inspíranos.

— V. lo ha dicho, repuso el pescador: recurra-

mos al cielo y estemos persuadidos de que nos oirá.

Y al punto aquel hombre simple, pero grande por su fé ingenua, se puso de rodillas á pesar de su debilidad, y le imitaron su madre y sus dos hijos.

Arnoldo rezó con voz esforzada y vibrante la sublime oracion del Padre nuestro, cuyas palabras todas se aplicaban tan admirablemente á las circunstancias, y apenas dijeron todos *amen*, se abrió la puerta, y entró en la choza el médico que visitaba al pescador por el celo del sacerdote. Explicaronle con brevedad lo que habia pasado: él tomó el pulso al enfermo, examinó las gotas que habian quedado en el fondo del vaso, y pálido de terror exclamó:

— Amigos míos, su padre de VV. está envenenado.

Todos prorumpieron en dolorosos sollozos.

— Tranquilicense VV., les dijo, pues que acaban de invocar á un Dios cuya misericordia es infinita y su poder sin límites.

---



---

### III.

En la noche del mismo día dos hombres tristes y pensativos estaban de pie en la cumbre de uno de los descarnados vericuetos que componen los terreros de Saint-Chaumont. La escena era triste, lúgubre y grandiosa: en el fondo del cuadro la línea amenazante de las fortificaciones recién acabadas, á la derecha Montfaucon, de siniestra memoria, á la izquierda los sepulcros del cementerio del P. Lachaise, esa Babilonia de los muertos, cuyos negros cipreses se ocultaban con la innumerable multitud de tabernas de la Courtille, mansion privilegiada de innoble licencia y de crímenes sórdidos, tienda de campaña siempre pronta á abrigar todos los vicios torpes que no se atreverían á levantar la voz en el recinto de Paris, con ser la ciudad mas corrompida; delante y al pié de las colinas se extendían y confundían las caprichosas líneas de las calles inextricables y todo el laberinto de tejados, torres, cúpulas y campanarios. Las densas nubes que cubrían el cielo hacia algunos días, medio se rasgaban con los esfuerzos violentos de un cierzo áspero, penetrante y glacial, y los pálidos rayos de la luna despedían por entre las nubes una luz vaga, incierta y fantástica.

—La eleccion del lugar honra tu gusto, Micael, decía á su compañero el hombre mas alto de los dos. Por el diablo que es bueno abarcar de una mirada y oír atormentarse y gemir á sus pies á toda la poblacion de esa ciudad maldita: es cosa grande extender así la mano so-

bre la frente de sus víctimas y respirar el aire que nos trae sus suspiros.

Hablando así con una voz sepulcral aquel hombre se enderezó cuanto pudo, y pareció que se deleitaba con todos los rumores que subían hacia él, con un sentimiento de satisfacción atroz y de espantoso orgullo. La obscuridad impedía distinguir su traje; pero en su fisonomía que iluminaban de lleno los trémulos rayos de la luna, resplandecía el odio. Sus facciones atrevidas y bronceadas expresaban una dureza varonil y el carácter de fuerza y grandeza peculiar de ciertas castas del Oriente: sus ojos á manera de carbones encendidos parecían que despedían una luz ardiente é infernal. Nada recuerda mejor al arcángel caído, según le pintó Milton, que la cara imponente á la par que cruel de este personaje. Micael cuyo exterior no ofrecía otra cosa particular que una expresión irritante de astucia y bajeza, no pudo menos de estremecerse de terror cuando vió andar á su extraño compañero con los brazos extendidos como para abrazar el horizonte, y sobre todo cuando le oyó decir:

— Si se me escapa la venganza, desgraciado de ti, Micael. Mas le valiera al hijo de tu madre verse en aquel instante arrojado por mí á lo hondo de ese abismo de murallas que estar á mi lado con la traición en el corazón ó siquiera la incertidumbre y el temor en la expresión del semblante.

— No piense V. una cosa así, maestro: V. no ha venido desde tan lejos para hallar un engaño al fin del camino, y es V. demasiado sabio para haber escogido un instrumento indigno ó incapaz de comprender sus designios y cooperar á la ejecución de ellos.

El maestro miró á Micael, y satisfecho sin duda de aquel examen rápido continuó con más blandura:

— ¿Con que tú crees que tus asesinos han cumplido mis órdenes?

— De cierto, maestro, y si quiere V. esconderse tras de esa altura, podrá oír el parte que deben venir á darme dentro de poco.

— ¿Qué cantidad les has prometido?

— Poco, cien reales á cada uno, y son tres.

— ¡Miserable! gritó el desconocido cogiendo de los cabellos á Micael con la mano izquierda y levantando la derecha para darle: ¿te atreves á confesarme que tu infame avaricia ha comprometido el éxito de la empresa?

— No lo crea V., maestro, respondió Micael temblando como la hoja en el árbol; no lo crea V.: los asesinatos han bajado como todo lo demás, y el hombre que tira á otro al agua para sacarle al día siguiente y percibir sesenta reales de la policía, el que ronda á la orilla del canal para degollar á un trabajador rezagado con el fin de robarle el sobretodo de lienzo que valdrá unos tres reales, el que....

— Silencio, bribon, interrumpió el maestro con una voz de trueno: piensa solamente que si tus asesinos han errado el golpe, tu vida me responderá de su torpeza ó descuido.

— Esté V. seguro de que no le han errado; y aun cuando eso fuese, he encargado á un médico que envenene á su enemigo de V.

Al oír esta expresion se enfureció en tales términos el maestro, que por poco no ahoga á Micael.

— Perdon, gritaba este, perdon: solamente le ha envenenado hasta mañana: se ha contentado con adormecerle dándole morfina.

— ¿Cuándo despertará el sacerdote?

— Mañana al amanecer: el tiempo necesario para esconder en otra parte á esa condenada Enriqueta, cuyo asilo habia descubierto aquel y á quien hubiera librado en esta misma noche con un simple pedimento á la justicia; y cuando iba á pedir este documento al marido

de Enriqueta, mis asesinos le han dado un golpe; pero nada mas que para atolondrar al insolente é inconsiderado *cuervo*.

— Bien, dijo el maestro, estoy contento de ti. Se podrá dejar vivir á Enriqueta: los papeles que te ha comunicado bastan para mis planes; y si se la puede comprometer bastante para que se entregue á nosotros en cuerpo y alma, y no pueda, ni deba, ni quiera revelar nada, se inventará una fábula y se soltará á esa muchacha. ¿Estás bien seguro que el pescador y su madre ignoran el contenido y hasta la existencia de los papeles?

— Segurísimo.

— Ya que Arnoldo no quiso seguir á la *villana* á Nápoles, es preciso traerla á París.

— En esta parte me he anticipado á los deseos de V.: mañana llegará.

— Es demasiado pronto.

— Se hará que se rompa el coche en el camino.

— Quiero mejor hacer algo con Arnoldo.

— ¿Es preciso volverle loco?

— No, sino criminal.

— ¿Para prenderle?

— Quizá; pero lo esencial es sembrar los remordimientos en su corazon, porque mira, Micael, los remordimientos son el único tormento de los hombres que tienen alma.

— Sin duda por eso no los he sentido yo jamás.

— Lo creo; pero si quieres que te perdone, ten cuidado de no irritarme descubriéndome sin cesar el fondo de tu horrible alma. Yo gusto de los crímenes famosos, y me avergüenzo de los seres mezquinamente perversos, de quienes tengo precision de valerme al paso; con que si no quieres que te entregue á tus jueces, disimula un poco tu bajeza y trata de hacerme creer en tu valor. Atrevete á acometer á Arnoldo en el

cual he concentrado mi venganza: atrevete á hacer frente á ese sacerdote, su padre adoptivo, cuya mirada no puedes soportar: en fin esfuerzate para disminuir, si es posible, con alguna hazaña grande el horror y el disgusto que me inspiras.

Micael hizo una cortesía casi burlesca y respondió con voz firme:

— Mañana daré á V. la satisfacción que me pide.

— ¿Dónde podré verte?

— En las canteras de Mont-Rouge á las doce de la noche.

— Estaré.

— Ahora, maestro, ¿tendrá V. la bondad de hablar bajo y aun de esconderse mientras doy audiencia á los tres asesinos y al médico, á quienes oigo ya á la falda de la colina?

— Todo lo escucharé, respondió el maestro, y si no quedo satisfecho, mi mano ó el verdugo castigará tus tonterías, porque estoy harto de ti, Micael: piénsalo y obra en consecuencia.

Dicho esto, aquel hombre extraordinario exhaló un suspiro, y luego con la ligereza de una pantera se ocultó tras de un montecillo, mientras que Micael se adelantaba algunos pasos para recibir á los tres asesinos y al doctor.

A una señal de Micael se detuvieron Bodin, Goulard y Moufflet, y el médico que los había acompañado, dió solo algunos pasos adelante, y sin esperar que le preguntasen habló así:

— Se ha dormido á tiempo y con gana: ignoro lo que pasó luego porque me escurrí á toda prisa, y despues de haber estado escondido todo el dia llego á la hora y lugar indicados para dar á V. cuenta del feliz y completo resultado de mi comision. Lo demas no me toca, y me atrevo á creer que la recompensa.....

— Será doble, interrumpió Micael, si ha tomado

V. todas las precauciones necesarias. Veo con gusto que lleva V. hoy bigotes, y que disimula con la peluca el color habitual de su cabellera; pero ¿ha sabido V. fingir tambien la voz? ¿y podria sin riesgo presentarse de nuevo á los sugetos que encontró en casa del pescador Beltran?

— Sin duda ninguna, afirmó el doctor con imperturbable seguridad.

— Siendo así, sírvase V. aceptar esta corta muestra de estimacion y agradecimiento, añadió Micael metiéndole en la mano un papel arrollado, y mañana por la mañana á las seis acuda V. á mi habitacion del paseo del Monte Parnaso; que tenemos tambien que hablar.

— Estoy siempre á la disposicion de V., le respondió humildemente el doctor acompañando estas palabras de una sonrisa simple, hipócrita y cruel.

Después de vacilar un rato se acercó á Micael y le dijo al oído:

— Cuento con el favor de V. para que detenga aquí á esos tres miserables hasta que esté yo bastante lejos, porque no creo prudente exponerme otra vez con semejante compañía.

— Y tiene V. razon, señor doctor: la prudencia es madre de la seguridad. Esté V. tranquilo en esta parte, y baje con sosiego, aunque mas á prisa aquella sendita blanca que ve V. allí entre el verde. Sobre todo huya V. de las orillas del canal, porque el aire es nocivo por la noche en la Vilette.

El doctor no oia ya, y seguia el camino señalado con toda la celeridad que le permitian sus piernas. Mientras se alejaba, Micael refunfuñó estas palabras:

— Este es un cobarde de que debemos deshacernos.

Bodin, Goulard y Moufllet se adelantaron entonces, y el último, llevando la mano á la gorra con intencion y con un aire truan, dijo:

— Patron, todo ha sucedido como deseas, y eres de-

masiado justo para que vayas á aprovecharte de la triste situacion de un pobre padre de familia, jornalero sin trabajo.

—Trescientos reales, repuso Micael: eso es lo convenido: ahí tienes en ese papel cuatro ochentines; con que sobrarán veinte reales: tomad y marchaos.

— Pero, añadió Bodin con voz áspera, esto no es siquiera una cuenta, porque habria que partir céntimos, y ninguno de nosotros se halla con gana de ir á cambiar á la taberna.

—Mouflet os dará cambio, prosiguió Micael riéndose de un modo diabólico.

— A fé mia que no llevo nada encima, replicó Mouflet.

— Componeos, dijo Micael, el cual despues de tirar á Mouflet cuatro ochentines que este dejó caer, volvió la espalda á los tres foragidos.

Pero ya se habia abalanzado Goulard y derribado de una puñada á Micael, y poniéndole el pie sobre la cabeza le dijo:

— Te despachurro como un gusano si no doblas la cantidad, asi como has hecho con ese perro de médico, á quien ya hubiera yo desbalijado y tirado al canal sin tu tardanza.

De repente apareció el ser extraño que al principio de esta conversacion se habia escondido tras de una eminen-  
cia, y echando la mano á Goulard le agarró de los cabezones y le levantó en vilo. Y mientras que el saltador verreaba como un toro en el matadero, el desconocido le soltó y dijo á los asesinos aterrados:

— Por único salario os doy la vida: ahora si teneis algun apego al dinero que vuestro compañero no ha recogido por desprecio de la cantidad, id á buscarle mas lejos.

Y arrojó las cuatro monedas de ochenta reales con toda la fuerza de su brazo de hierro: los tres hombres desaparecieron tomando aquella direccion.

— Micael, eres un estudiante y nada mas, añadió el desconocido volviéndose á aquel que todavia estaba pálido y temblando: ven, volvamos á la ciudad, y procura escuchándome conocer algo mejor tu siglo. El cielo donde hay reptiles no se pisa impunemente. Acuérdate de esto, y si temes mi ira esfuerzate por apartarla con menos necedad y mas valor; porque estoy cansado de la pequeñez de vuestros crímenes y de vuestras virtudes. Todo esto se parece al resplandor de vuestro sol que no he visto lucir aun, y á la ostentacion descaradamente mezquina de vuestro lujo, que no querrian los esclavos ni los perros de mi pais. Adelante, Micael, levántate con toda la altura de tu perversidad; y si no puedes rugir y despedazar cara á cara como el leon, silba y muerde á manera de la serpiente.

— Lo haré, maestro, de cierto lo haré.

— No se trata de repetirlo sin cesar, sino de probarlo una vez. Por lo demas no estoy descontento del resultado; pero los medios son intolerables por las complicaciones y entorpecimientos. Es preciso buscar un envenenador mas firme y unos asesinos mas sumisos, salvo el pagar el mérito de la gente que se emplee: ¿es posible esto aquí? Debe haber hombres segun los pintais en vuestros libros, aunque se hubiese de pedir á los autores que practicasen lo que escriben. Capaces son ellos de acceder á este capricho, y mediante la retribucion suficiente creo que se los determinaria á herir con brazo mas seguro que los miserables jornaleros, arrastrados al crimen no tanto por necesidad ó naturaleza como á resultas de las doctrinas que propagan los escritores y de los ejemplos que inventan. Probaré.

— No lo haga V., maestro. Desconfie V. de esos charlatanes, y no espere nada de los que instigan los demas á los crímenes que ellos no tienen energia para cometer.

A lo menos tienen imaginacion. A veces llegan á lo

sublime del horror, y no se negarian, dandoles mucho dinero, á empapar sus manos en la sangre á que son apasionados. Ademas tendria yo para hacerlos obrar dos móviles que no conoceis ni tú, ni tus jornaleros; el deleite y el orgullo.

Micael trató de disuadir al desconocido de tan extraño proyecto; mas este persistió, impuso silencio á su camarada y le dijo:

— Tú no puedes comprender: contentate con servir: obedece mejor y discurre menos. Tus consejos son vulgares y tu prudencia mezquina: yo necesito otra cosa; un ser que junte á tu depravacion la firmeza del brazo y la ciencia de los deleites.

— Arnoldo mejor que nadie.

— Sí, interrumpió el desconocido con una expresion feroz y ojos centellantes. ¡Arnoldo mejor que nadie! dices bien, Micael: en el corazon de mis enemigos hallaré el poder. Arnoldo por los placeres y el sacerdote por el orgullo; pero ella, ella.....

Y se detuvo y cayó en profunda meditacion: por fin olvidandose ó no haciendo caso de que estuviera presente su camarada, exclamó con aire de triunfo:

— Ella perecerá por su virtud.

El tono de esta expresion hizo estremecer á Micael como si hubiera caido un rayo á sus pies: disimuló su terror lo mejor que pudo, y con voz tímida se aventuró á pronunciar la palabra *Enriqueta*.

— ¿Quién te habla de Enriqueta, miserable? ¿Crees tú que mi venganza hiere tan bajo, y que cuando se trata de un trono voy á perseguir á vagos y mendigos, gente que despachurra uno al pasar y luego la olvida? Esa Enriqueta (prosiguió en tono mas sosegado) saldrá mañana, porque esto se alarga demasiado y puede comprometer. Mas ya que lo he dicho hay que corromperla ó matarla. Esa es una cuestion particular que tú puedes llevar á buen término. Lo esencial es que yo

tenga los papeles y que Arnoldo y el sacerdote no lo sospechen. ¿Estás bien cierto de que un registro en la calle de Sevres no puede descubrir á esa Enriqueta?

— No lo temo. Toda la dificultad consiste en obligar á Enriqueta á guardar silencio en caso que le restituycemos la libertad.

— ¡Y te detienes por semejante obstáculo! ¡y para eso me haces perder el tiempo aquí! Micael, Micael, ¿quieres obligarme á que te sople?

— No, maestro, porque su soplo de V. pudiera causar la peste. Si he mandado herir al sacerdote, no es porque haya temido tener que asesinar á Enriqueta, sino por el embarazo que causaria el cadaver de esta mujer en un lugar donde no hay cueva ni jardin, y donde no está sola. Habria que sacarla á pedazos, y eso seria incómodo y peligroso. Asi prefiero dejarla con vida y romperla si V. viene en ello.

— Tambien lo prefiero yo, porque eso será mas pronto. ¿Es bonita esa mujer?

— Hechicera.

— ¿Mejor que la *villana*?

— Es por otro estilo, mas comun, pero mas fresco, y recuerda las pinturas de Greuze.

— Vivirá porque puede servirnos. Hasta mañana en las canteras de Mont-Rouge.

Separaronse los dos hombres; y Micael se dirigió hácia Belleville y el desconocido hácia Montfaucon. Boddin, Goulard y Mousflet no habian podido hallar el dinero á pesar de todos sus esfuerzos.

— Dejemoslo, dijo Mousflet, y volveremos al amanecer.

— Eso es, repuso Goulard, tú vives dos pasos de aquí y quieres cogernos la delantera. Ademas no es seguro que ese demonio de hombre no tirase un pederrial, ó que uno de vosotros no se haya metido disimuladamente el dinero en el bolsillo.

— Podemos arreglar la cosa, dijo Boddin: pasemos la

noche rondando la orilla del canal; que siempre habrá algo que hacer mientras llega el día.

Otra cosa mejor, replicó Goulard: los dos patrones acaban de tirar uno hácia la derecha y otro hácia la izquierda. El diablo se vuelve á Montfaucon, y el valenton que nos ha dado á conocer Mouflet por nuestra desgracia, baja á la Courtille: sigamos al pequeño y acometámosle al revolver una calle: yo me vengaré en él del miedo que me ha causado el hombre de los ojancos.

— El pequeño, gritó Mouflet, es mi patron, y no consentiré que me quiten el pan de las manos.

— Dí, interrumpió Bodin con un tono de furor concentrado, ¿crees tú que hemos venido aquí expresamente para complacerte?

— ¡Y que se deje uno insultar, añadió Goulard cerrando los puños, sin vengarse de alguien!

— Prefiero pagaros de mi bolsillo.

— ¡Ah! yo creia que estaba vacío, repuso Bodin.

— Ciertamente que lo está; pero me esperareis un rato.

— Sí, interrumpió Goulard, nos pagarás bajo tu palabra. No necesitamos ese papel. Quedate ó siguenos. Yo abofeteo á tu patron y á ti si es necesario, porque tenemos que ajustar una cuenta y me he de llevar de aquí el dinero ó tu pellejo: escoge; pero primero al hombrecillo: Bodin, á la parte para los dos.

Goulard se quitó los zapatos y echó á correr tras de Micael, Bodin hizo otro tanto, y Mouflet tomó la direccion contraria. No tardaron los dos primeros en alcanzar á Micael que dió un grito lastimero viéndose detenido.

— Chiton, ó eres muerto, le dijo Goulard: regístrale, Bodin, que yo le tendré.

Este registró en un abrir y cerrar de ojos todos los bolsillos de Micael con rara destreza, y no halló mas

que una caja de tabaco de box, un pañuelo y una caja de anteojos.

— Hemos sido robados, exclamó Bodin: viejo pelon, canalla, ganas me dan de estrujarte contra la pared.

— Mira en el bolsillo de la pretina, dijo Goulard no menos irritado.

— No lleva reloj; pero sí..... no, que es un puñal, un buen puñal á fé mia: mira.

— Esto va á servir por la primera vez. Dame el instrumento, Bodin.

— Perdon, gritó con voz debil Micael: citadme donde querais y os llevaré cuatro mil reales: firmaré una letra y haré cuanto deseéis; pero no me mateis.

— ¿Cuánto vale tu puñal?

— Cien escudos.

— Mientes, esto te ha costado veinte reales.

— No, señores, es una hoja de Milan.

— Viejo galopo, para ti bastante bueno es. Levanta la cabeza y alarga el pescuezo: así.....

— Señores, perdon, y os descubriré un tesoro.

— Sí, respondió Goulard en tono áspero y disgustado, todos tienen un tesoro que descubriros encima de las narices del comisario y bajo de la golilla del fiscal. Vamos, vamos, señor guapo, un instante de valor, que esto no durará mucho.

No ocurriendo á Micael nada que decir en su defensa, echó á llorar como un niño, y en el acto mismo se oyó por cima de sus cabezas un chorro de voz fuerte y bronca.

— Favor, maestro, favor, gritó Micael, que creyó reconocer aquella voz.

Los dos bandidos huyeron, y les pareció varias veces que oían cerca de sí la misma voz que tanto los habia aterrado; pero no pudieron descubrir de dónde salia.

— Mouflet nos pagará todo esto, dijo Goulard á su camarada: él es el que nos ha sonsacado: hemos cobra-

do cuarenta reales para los dos, y aun ha habido que arrancárselos. El que así se porta con los compañeros, no es hombre.

— Mouslet es un vil, repuso Bodin. Hace mucho tiempo que le acecho, y sospecho que hace á dos caras.

— ¿Crees tú que es capaz?

— Estoy seguro. ¿Cómo es que desde que salió últimamente de presidio, se libra siempre cuando los otros son apresados?

— Es verdad, yo he hecho la misma observacion que tú. Si fuéramos á su casa á que nos diera explicaciones de contado.....

— No es hora de encontrarle, y si su mujer está sola no abrirá.

— ¡Su mujer! pues ¿no sabes que la prendieron ayer?

— No: ¿ha sido por su hijo?

— Algo, y por otras treinta y seis picardigüelas. Ahora se meten ellos en todo, *y una mujer no tiene libertad para hacer lo que quiere de sus hijos.*

— Esta justicia da lástima. Vaya, es preciso dar de comer á los soplones y ocupar en algo á los que no tienen gana de trabajar.

— No es el trabajo lo que me disgusta á mí, sino la ingratitude del mundo. Hay que exponer la cabeza para vivir, y luego se encuentra uno, como poco há, un puñal viejo y una caja de tabaco: yo no le tomo, ni necesito otra arma que mi navaja, porque esta sirve para todo y no le pierde á uno.

— ¿Vamos á apurar á Mouslet?

— Dejemoslo para mañana.

— ¿Y los cuatro ochentines?

— Estoy seguro que él los ha recogido.

— ¡Bergante! Es igual, sigamos rondando y volveremos al amanecer.

— No hace calor aqui.

— Yo sé un paraje donde podremos beber los cua-

renta reales y vigilar la orilla del canal. ¿Vienes tú?

— Corriente: mas vale eso que quedarse aquí. El grandísimo tuno que me agarró de las greñas.....

— Tiene el acento extranjero.

— Pero el brazo pesado.

— ¿Qué piensas tú de ese hombre?

— Trato de no pensar absolutamente nada, y si quieres darme gusto no hablemos mas de él.

Asi iban hablando los dos hombres, y llegaron á la exclusiva que está contigua á la calle de Grange-aux-Belles, cuando de pronto al dar la vuelta á esta y al mallecon se encontraron de manos á boca con Micael, el cual en lugar de huir esta vez se fue derecho á ellos con una pistola en cada mano. Dejaremos á los tres hombres en esta crítica situacion, y sin cuidarnos de un encuentro cuyos resultados se verán mas adelante, llamaremos la atencion del lector hácia otro cuadro mas digno de fijarla.



## IV.

Descansaba el venerable anciano bienhechor de Arnoldo en la humilde cama que tenia en su reducida habitacion. Eugenio estaba de pie á la cabecera y Arnoldo sentado á los pies: acababa de salir el médico asegurando que el herido no necesitaba mas que descanso y tranquilidad para curarse completamente. El sacerdote al paso que correspondia con afecto á las atenciones de que era objeto, hacia dentro de sí las reflexiones siguientes: conozco bastante la astucia y ferocidad de Allameida para que no sospeche de dónde viene el golpe que han descargado sobre mí. Seria inutil tratar ahora de libertar á Enriqueta por la via judicial, porque esto ocasionaria tardanzas y daria á las diligencias un caracter oficial bastante para que fueran vanas. Beltran no puede hacer nada: su madre no seria oida: mi presencia en la calle de Sevres advertiria al enemigo si anda por las inmediaciones, y no serviria de nada en el caso contrario; y no se puede encargar semejante comision á un extraño. Sin embargo aquellos papeles son necesarios: Enriqueta no está en lugar seguro, y no es justo sacrificarla á una causa que ignora; y ya que se trata de Arnoldo, á él le toca arrostrar al peligro y librar á esta mujer. Pero ayer las extrañas palabras de aquel me han hecho temblar por su razon, y si se exalta, si toma un objeto por otro, es exponerle mucho, Dios mio..... Es preciso, es un deber. El Señor tiene legiones de ángeles, y el hijo de un hombre generoso no es capaz de temblar á

la hora del peligro y retroceder á la vista de un esclavo ahorrado por su padre. Arnoldo, dijo con voz firme, dame recado de escribir. Luego que le hubo recibido escribió rápidamente una carta, y se la entregó á Arnoldo diciéndole:

— Ten la bondad de llevarla á la calle de Sevres y número que va puesto ahí. Si está fuera la persona á quien escribo, entrarás en la casa y de grado ó por fuerza sacarás á Enriqueta Beltran, la mujer del pescador en cuya choza estabamos esta mañana. La llevarás en coche al monasterio de la Visitacion, donde no entrarás, y luego te volverás aquí. Reflexiona que esta comision requiere habilidad y serenidad: no hablo de valor y confianza en Dios, porque sé que eres valeroso y cristiano. A Dios, hijo mio, abrazame, y cualesquiera que sean las dificultades que encuentres, piensa que se unen el deber y el honor para imponerte la obligacion de librar á Enriqueta en este mismo instante. Lleva armas; pero solo para defenderte. Si está abierta la ventana que hay á la izquierda de la puerta grande, entrarás: si está cerrada, aguardarás que la abran; y si continuase cerrada hasta la noche, te volverás sin hacer nada.

Arnoldo abrazó al anciano y se admiró de su emocion, alargó la mano á Eugenio, y ya iba á salir cuando este dijo:

— Pero ¿es necesario que se exponga Arnoldo solo?

— Sí, respondió el anciano suspirando.

— No teman VV. nada, repuso Arnoldo sonriéndose: Dios vela por la vida de los reyes.

— ¿Qué quieres decir? preguntó el sacerdote asustado.

— Tranquilicese V., padre mio: solamente he querido con una chanza, sin duda inoportuna, pero que creia inocente, repetir sin sentido ninguno una frase á mi parecer magnífica que he leído no sé dónde; y lo he hecho porque cuando me estaba V. hablando se me figuraba que era rey.

— ¡Se te figuraba que eras rey! repuso el anciano no menos agitado; pero ¿cómo? ¿por qué? ¿á propósito de qué?

— Puedo asegurar á V. que lo ignoro absolutamente: pensaba en esto como en cualquier otra cosa. Cien veces al dia me acontece hacer castillos en el aire, y supongo que hay pocos jóvenes de mi edad que no participen de esta locura mia.

— Cierto, repuso Eugenio, yo puedo atestiguarlo por mi parte.

— Arnoldo, esos pensamientos son malos, añadió el anciano dando otro suspiro, y es preciso desecharlos: piensa en cualquier otra cosa, pero nunca en la corona, porque eso te traeria desgracias.

Arnoldo despues de abrazar al sacerdote se marchó y tomando un coche fue á apearse á la calle de Sevres en el punto señalado, porque la ventana estaba abierta. Era aquella casa grande, pero casi ruinosa y al parecer no habitada. Entró dentro con la mas completa seguridad. Iba armado; costumbre que contrajo en Italia, donde suele ser necesario esta precaucion, y que continuó despues por capricho ó razones particulares de su caracter extravagante. Mas estaba lejos de pensar en la menor violencia, y se figuraba que la mujer del pescador despues de una intriga amorosa ó un rapto habria reflexionado seriamente y pedido un asilo al anciano sacerdote, el cual se contentaba con indicarle por no hallarse en estado de dar por sí ningun paso. Con todo Arnoldo se admiraba de haber sido elegido para una diligencia que parecia poco conveniente á su edad y caracter.

— Alguna razon tiene para preferirme á otro cualquiera, dijo para sí, y pensó en desempeñar la comision que se le habia encomendado con prudencia y firmeza.

No descubriendo rastro de portero se dirigió resueltamente hácia la escalera, en cuyo remate habia una puerta, única que se veia en el patio que acababa de

atravesar el joven : en las ventanas habia tendida mucha ropa blanca ; lo cual denotaba que allí vivian lavanderas, y de consiguiente no habia por qué temer. No hallando campanilla ni aldabon llamó con la mano y cuidó de dar los golpes de manera que no se trasluciese nada de violencia ó de miedo ; cálculo mas necesario en ciertas circunstancias de lo que se cree generalmente. Presentóse un negro pobremente vestido, y entonces el joven miró por primera vez el sobrescrito de la carta y preguntó por el señor Francisco. El negro se rascó la cabeza y quedó inmovil.

— ¿ Me entiende V. ? dijo Arnoldo.

— El negro no despegó los labios.

Verdaderamente es lamentable, dijo Arnoldo para sí, tropezar de buenas á primeras con un hombre que no entiende el francés, ni parece dispuesto á responder en ninguna lengua.

A toda ventura pronunció el nombre de Enriqueta Beltran. Entonces el negro comenzó á temblar, y haciendo seña al joven para que entrara cerró prontamente la puerta. Despues de mirar con inquietud hácia el patio descubrió el coche y pareció muy disgustado de esta última observacion: por fin abrió las dos hojas de una puerta grande que habia en el vestíbulo, y con gravedad hizo seña á Arnoldo para que se sirviese entrar. Creyendo el joven que aquella puerta comunicaba con otro aposento pasó adelante y se disponia á empujar la otra puerta, cuando el ruido de una cerradura junto con la completa obscuridad y estrechez del sitio le dió á entender que estaba encerrado en un armario. Hizo hincapie en el fondo, y forcejando con el hombro derecho en la pared anterior trató en vano de romper las tablas. Reflexionó si llamaria ó no, y se resolvió á no hacer nada por miedo de cometer una ridiculez ó cuando menos tentar una cosa inutil. Se resignó pues y quedó muy admirado de oir hablar en el patio pareciéndole

distinguir voces de niños y el ruido de un coche que partía. Después de algunos minutos de espera que nunca tomó por cosa formal, se abrieron otra vez las puertas del armario. Arnoldo para todo evento tenía preparada una pistola en la mano, cuando se presentó el negro y le dijo por señas que le siguiese. Obedeció Arnoldo, y con mucha extrañeza vió que iban á parar al patio: quiso resistirse creyendo que sin mas cumplimientos le pondrían de patas en la calle; pero el negro hacia tantas instancias con las manos juntas, que Arnoldo le siguió y montó en el coche, donde se hallaba una joven hermosa y muy pálida vestida de aldeana, la cual le dijo con melancólica sonrisa:

— Yo soy Enriqueta: ¿cómo estan mis hijos?

— Perfectamente, respondió el joven, que por el tono de aquellas expresiones no hizo la menor suposición fatal; pero viendo que echaba á andar el coche, añadió:

— V. tiene que entregarme unos papeles.

— ¡Ah! señor, ya no los tengo yo, respondió Enriqueta tapándose la cara con el pañuelo.

Arnoldo creyó que debía hacer una cortesía sin responder, y no reflexionó que en aquel instante no podia la joven notar su saludo. Por casualidad se asomó á la portezuela y vió que venia corriendo el negro á todo correr con los ademanes de una alegría extravagante. Acordóse Arnoldo que aquel hombre llevaba la carta del sacerdote, y le vino á la mente un escrúpulo.

— ¿Se llama Francisco ese negro? preguntó á Enriqueta que ya habia dejado de llorar.

— Sí señor, contestó ella levantando al cielo sus hermosos ojos todavía humedecidos.

Lo demas del camino se pasó en silencio. Arnoldo mandó parar á la puerta del monasterio de la Visitacion, saludó á Enriqueta y se volvió á pie, porque para él era un suplicio atroz y burlesco el andar en un coche de alquiler.

Ya he acabado mi comision, decia para sí, y pagano me vuelva yo si es posible comprender una palabra de lo que nos acontece hoy; pero debo evitar toda pregunta, contener dentro de mí las impresiones, y cuando salen de madre derramarlas en oraciones delante de Dios y luego en notas armoniosas en la soledad. El artista halla un dia tantos confidentes de sus penas íntimas como ecos inteligentes excita. Sin embargo no he visto que los grandes maestros se alimenten de dolores y lágrimas mas que los otros hombres. Indudablemente existe un arte mas sublime, desconocido, ideal y divino, cuyo secreto ha perdido la tierra, y que solo pueden hallar otra vez la fé cándida y la oracion ardiente.

Diciendo esto observó que empezaba á extenderse la obscuridad y que las moles lejanas de las casas se confundian ya con las pardas nubes del cielo: entonces estaba Arnoldo en una calle desierta cercada de altas paredes. El viento que empezó á soplar de repente, abrió á dos pasos de él una puertecita que daba á un jardin. Detuvose Arnoldo y quedó admirado de que á pesar de ser invierno la vegetacion era lozana, abundante y agradable. Le pareció que en una época remota de su vida ó quizá en un sueño habia visto aquel mismo orden de emparrados, y se habia paseado á la sombra de aquellos frondosos abetos en un lugar en que se descubria á lo lejos una larga azotea con balaustres de marmol y leones dorados, segun entonces los veia delante. Mientras que consultaba su memoria y trataba de ordenar sus ideas, le pareció que un relámpago rasgaba la nube. A esta señal se iluminó el horizonte, se cubrió el suelo de flores, y se levantó sobre la azotea un palacio encantado, al paso que una voz suave y melodiosa, cual no puede oirse en este mundo, cantaba en un tono admirable unas palabras que no podia comprender Arnoldo. Conoció la voz que le habia arrebatado al salir del Vaticano, y llevado de un encanto

irresistible se entró por entre una dilatada columnata y vió á una doncella de hermosura sobrehumana, que vestida de un traje extraño y coronada de estrellas de diamantes se adelantaba como por un movimiento involuntario é instintivo. Aquella mujer maravillosa era la misma que Arnoldo habia visto en Roma. Creyó este que habia bajado del cielo el angel de la armonia, y doblando la rodilla iba á expresar su asombro, cuando la doncella con hechicera sonrisa se puso un dedo en la boca y dijo unas cuantas palabras en una lengua mas armoniosa que la italiana. Arnoldo no podia comprenderla; pero el sonido de aquella voz le parecia la revelacion de una felicidad infinita y la prenda de un glorioso porvenir. Admirabase de aquella mujer que no habia tomado del mundo exterior sino las formas mas exquisitas á que pueden llegar las combinaciones del arte ó mas bien los delirios del poeta. Su frente era mas hermosa, pura, noble y resplandeciente que la diadema que la coronaba. El fuego de su mirada, lejos de debilitarse con el brillo de los diamantes, parecia que despedia rayos luminosos. Aquella mirada era ardiente como el relámpago y pura como el cielo azulado en una noche serena. Todo aumentaba en este ser mágico, hasta el cuadro en que aparecia, la gracia infinita de las partes y la incomparable belleza del todo. Contemplaba Arnoldo absorto y siempre de rodillas á aquella criatura divina, la cual le consideraba con una expresion inefable de suave ternura, de alegria celestial y al mismo tiempo de melancolia profunda. Ibase él á levantar: ya habia moderado las palpitations de su corazon y las palabras se le venian á la boca, cuando de repente se oyó un ruido como de metal, y se interpuso entre Arnoldo y la doncella desconocida el hombre misterioso y terrible, á quien en una escena anterior hemos visto cerca de Micael.

No hay nada comparable con la expresion de furor que animaba el semblante del desconocido. Dijo algunas

palabras en una lengua extranjera que parecia una blasfemia horrible, y la joven tomó un aire altivo y majestuoso é iba á responder, cuando Arnoldo deslumbrado por un relámpago cerró los ojos, no oyó mas que un rumor vago semejante al lejano estampido del trueno, y se sintió arrebatado como por un impetuoso torrente. Perdió el uso de los sentidos y no despertó hasta mucho despues. Hallabase entonces sentado en un banco de piedra y cobijado con las ramas de frondosos árboles, y una mano estrechaba la suya.

— ¿Qué haces ahí? dijo una voz que al punto conoció ser la de Eugenio. El padre está muy inquieto, te ha enviado á buscar por todas partes, y es mal visto que te quedes á dormir en el Luxemburgo y prolongues por tan frívolo motivo unos sobresaltos que yo creia mejor fundados.

— ¡En el Luxemburgo! repuso Arnoldo: esto es en verdad asombroso y no puede explicarse humanamente.

Que se va á cerrar, señores, que se va á cerrar; gritaron algunos hombres en diferentes direcciones.

— ¿Qué quieren decir esos gritos? preguntó Arnoldo á Eugenio.

— Esto significa que es tarde y que tenemos que salir de aquí cuanto antes.

— ¡Salir! pero si yo no he entrado en ninguna parte: á no ser que estemos en un jardín plantado de árboles todavia verdes, y en que se divisan columnatas entre los bosquécillos.

— En efecto hay algunos cipreses en el criadero; pero reto á cualquiera á que encuentre una hoja en otra parte. En cuanto á las columnatas, como no sean las galerias del Odeon.....

— ¡El Odeon! interrumpió Arnoldo: ¿no es un teatro?

— Habla mas bajo, mi querido Arnoldo: estamos aquí en un paraje en que no es tolerable semejante ignorancia.

— Yo no soy francés, repuso Arnoldo, y no hace dos dias que vivo en Paris. Me parece que he oido hablar alguna vez del Odeon; pero sin darseme cuidado del monumento que se llama asi. En una ciudad donde hay un Panteon, es bastante natural no fiarse mucho de las etimologias para conocer el uso de los edificios. Ademas todo esto es poco importante, y en cuanto puedo juzgar por estas verjas y por los guardas que nos persiguen con un empeño de que he visto pocos ejemplos en pais libre y civilizado, nos hallamos en un jardin público.

— Calla, Arnoldo: hoy es dia de fiesta, y son muchos los paseantes. Cuanto mas nos acercamos á la verja, mas apiñado es el gentio, y no te ocultaré que empiezan á reirse detras de nosotros.

— Yo sabré poner término á semejante capricho, no tengas cuidado por eso, añadió Arnoldo echando maquinalmente la mano al cinto que siempre llevaba pertrechado á manera de un viajero que atraviesa regiones salvajes. Respondeme sin temor y sin rodeo: ¿qué tosco castillo es ese, en el que no descubro fosos, los cuales únicamente podrian hacer tolerable tal hacinamiento de enormes piedras?

— Es la cámara de los pares, respondió Eugenio.

— Muy bien; pero ¿estás cierto de que no tienen columnas? porque aquí no vemos mas que el frente de un edificio sin duda cuadrado.

— En todo hay las cinco ó seis columnas que sostienen el pabellon del reloj y estais viendo delante de nosotros: la fachada del norte puede tener otras tantas, y la del levante no tiene mas que dos, como puedes convencerte del ángulo que alcanzamos.

— Mas á prisa, señores, gritó un guarda acercándose á los dos jóvenes que se habian detenido.

— Silencio, buen hombre, dijo Arnoldo y continuó dirigiéndose á Eugenio: no me hablas de la fábrica del oeste.

— Por ese lado hay un jardín reservado y.....

— ¡Un jardín! interrumpió Arnoldo.

— Sí, un jardín y algunos bosquecillos.

— Quiero verlos.

— Es muy tarde, contestó el guarda.

— Silencio, replicó Arnoldo, caminando en dirección opuesta á la de la gente.

— No se pasa, gritó el sargento de la guardia que tenía á sus órdenes doce granaderos.

— Esto se va haciendo ridículo, dijo Eugenio con calor: Arnoldo, vas á conseguir que nos lleven al cuerpo de guardia por el gusto de ver algunas lilas secas y dos ó tres rosales deshojados tras de una verja de hierro. Además no hay columnas.

— No importa, iré.

— Alto ahí, gritó por segunda vez el sargento, mientras que tres guardas levantaban el baston en ademan muy significativo.

La gente se detuvo, y habiendo corrido la voz que un estudiante queria forzar la consigna de los centinelas, los paseantes que iban á salir se volvieron atrás, y fue imposible desocupar el jardín.

— Arnoldo, repuso Eugenio sobresaltado, piensa que por una locura vas á comprometer intereses muy graves, y que.....

Mas Arnoldo no le oia y volvia pies atrás á pesar de las señas de los guardas irritados y el ademan todavia mas expresivo de los granaderos que calaron bayoneta. Arnoldo se abalanzó á un soldado, y cogiéndole el fusil tumbó al pobre hombre, dió vuelta al palacio y en un abrir y cerar de ojos se plantó en el paraje señalado. Apenas descubrió el jardín privilegiado dijo para sí:

— No es aquí donde yo he oido la voz.

Disponiase para volver cuando vió que dos granaderos habian cogido vigorosamente por los cabezones á Eugenio: los demas soldados acudian á toda prisa. Ar-

noldo voló en socorro de su amigo, y tanta era la fuerza y la destreza del joven visionario, que él solo y sin servirse de ninguna arma libró á Eugenio. Viendo este que no habia que retroceder saltó la verja pequeña, y acompañado de Arnolde se escapó por el patio de la cancellería á pesar de los gritos de los que los perseguian y los esfuerzos de dos centinelas. Ambos jóvenes no pararon de correr hasta despues de haber dado muchos rodeos por callejuelas obscuras y estrechas.

— Felizmente, dijo Eugenio, es de noche y no podrán conocer nuestra fisonomía; pero te aconsejo que en tu vida frecuentes las inmediaciones del Luxemburgo. ¡A fé que nos hemos metido en un buen lance! Te juro que á no ser por el temor de que te sucediese alguna desgracia me hubiera dejado prender cien veces antes que vernos conducidos á manera de soldados borrachos ó de mozalvetes calaveras. Ya ha pasado el tiempo de semejantes botaratadas: ya no se atropella á la guardia, ni se apedrean los balcones; y si debieran resucitar las costumbres de la época de la regencia, nunca hubiera creido posible que tú cometieses tales extravagancias y mucho menos que yo tomase parte en ellas.

— Amigo, repuso Arnolde con seriedad, todo esto es grave, á lo menos para mí. Confieso que las apariencias no son favorables; pero yo no he causado este desorden por mi voluntad. Quería ver un jardin, y no sé con qué derecho se han opuesto esos majaderos á un deseo tan legitimo.

— Lo que dices no me parece que merece refutacion. Esos hombres tienen una orden y debe cumplirse; lo cual es indispensable para conservar la seguridad general.

— Tú puedes tener razon; pero al establecer estas reglas no se previó que habria circunstancias especiales y contrarias á los hábitos de la vida uniforme, y que todos los seres no podrian regirse por las leyes comu-

nes. Yo veo y oigo cosas ignoradas de los otros hombres; así es indispensable que ejecute acciones que á estos les estan prohibidas. Donde quiera que las tontas barreras de lo que se llama orden, seguridad ó civilizacion, intenten cerrarme el paso, yo sabré saltarlas ó romperlas.

Eugenio que hasta allí no habia visto mas que una indiscrecion intempestiva y una ridícula valentona, empezó formalmente á temer que su amigo hubiese perdido la razon. Este continuó:

— Dirás al padre que he cumplido sus órdenes y llevado á Enriqueta al monasterio de la Visitacion.

— Pero espero, interrumpió Eugenio, que no volveré sin ti.

— Me es imposible acompañarte mas lejos.

— Pues ¿quién te lo impide?

Arnoldo bajó la cabeza, reflexionó un instante, y luego con el acento de una voluntad firme é irrevocablemente resuelta se despidió de Eugenio dandole la mano.

— ¿A dónde vas? gritó este.

— He oido la voz, respondió Arnoldo, y desapareció con tal velocidad que su amigo no tuvo siquiera la idea de detenerle y juzgó inutil seguirle.

V.

El sacerdote se había levantado de la cama vendada la cabeza, y estaba sentado en una silla de madera, porque ya hemos dicho que no había otras en la celda. Ardía el velon en una mesa en la cual se apoyaba él, agolpandosele mil pensamientos tristes y amargos. Quiso andar por el cuarto segun su costumbre con la esperanza de que un poco de ejercicio, agregado al cansancio del dia y de la víspera, calmaria por fin la agitacion de su ánimo. Dió algunos pasos; pero la debilidad le obligó bien pronto á sentarse otra vez.

—Mire V. la hora en ese reloj, dijo á un hombre vestido de negro, que inmovil cerca de la puerta parecia esperar órdenes.

El ayuda de cámara (que tal parecia por su exterior) se acercó á la cabecera de la cama sin hacer ruido, y mirando al reloj respondió: Son las siete.

El sacerdote hizo un movimiento de sorpresa, reflexionó un poco y dijo: Diga V. á su amo que no esperando ya ver hoy al músico de quien le hablé esta mañana, creo que no podré presentarsele mañana á la hora convenida, y añada V. que quizá necesitaré esta noche cuatro hombres fieles y decididos, y que ruego al señor duque los tenga prontos para seguir sin tardanza al hombre que yo envíe á su casa.

Cuando se quedó solo el anciano, miró al cielo, rezó en voz baja, luego se levantó y probó á andar; pero tuvo que sentarse de nuevo y dijo con resignacion: Ha-

gase la voluntad de Dios: no puedo absolutamente andar solo, y tengo que contentarme con emplear á mis amigos. No obstante no hubiera querido confiar á nadie los secretos; pero la noche, añadió con una especie de terror, la noche.....

Al decir esta palabra ocultó el rostro entre las manos y dejó escapar un sollozo. En el mismo instante se abrió la puerta, y el anciano pálido y trémulo examinó con la vista á Eugenio que entraba muy agitado.

— Le he encontrado, exclamó este; pero se me ha escapado diciendome que habia desempeñado felizmente la comision que le dió V.

— Ya lo sé; Enriqueta está en el monasterio de la Visitacion; pero Arnoldo ¿qué hace?

— Señor, repuso Eugenio titubeando, no me ha ocultado que el celo y cuidado de V. han suplido la ternura y existencia de su padre á quien no ha conocido jamás; creo pues que toda noticia es funesta en el estado en que V. se halla.

— Hable V., interrumpió el sacerdote con los ojos centelleantes y los brazos extendidos: ¿dónde está mi hijo?

— No sé, repuso Eugenio ruborizado y confuso, y despues de haber sido testigo del interes tan vivo....

— Explíquese V. sin rodeos, interrumpió nuevamente el anciano, y en el sonido de su voz se distinguia el acento de autoridad que sabia tomar en ciertas circunstancias.

Eugenio bajó los ojos y guardó silencio: al punto se cubrió de una palidez extrema el semblante del sacerdote y con voz firme é imponente preguntó:

— ¿Ha muerto?

— No señor, replicó Eugenio inmediatamente; pero temo que esté loco, añadió con rapidez y como quien hace un esfuerzo.

El sacerdote se sonrió y dijo con dulzura:

— La locura que procede de la cabeza, aun puede curarse, y la de Arnoldo procede del corazon.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, suspiró profundamente y añadió con viveza:

— ¿Dónde le ha dejado V.? ¿qué ha dicho? ¿qué ha hecho?

Y como Eugenio titubeaba aun, dijo el anciano no sin alguna impaciencia:

— Hable V.: yo he sido soldado y soy sacerdote; con que debo tener fortaleza ó á lo menos ánimo para oirlo todo.

— Ha pasado en el Luxemburgo una escena muy ridícula, continuó el joven: Arnoldo quiso á pesar de los guardas registrar el jardin de la cancillería.

— Y le han preso.... ¿no es mas que eso?

— Al contrario ha aporreado á los soldados y se ha escapado.

Con grande asombro de Eugenio se sonrió el sacerdote exclamando.

— ¡Cómo! ¡de veras? ¡unos soldados armados de fusil! Pero esos hombres no serian veteranos, añadió con severidad.

— No señor.

— Entonces eso es una friolera. ¿Qué sucedió despues?

— Saltamos una verja, derribamos dos centinelas y no paramos de correr en media hora.

— Por parte de V. es mas grave la culpa, interrumpió el anciano con seriedad, y me admiro de que le haya pasado por la cabeza tal capricho. ¿Qué motivo ha podido determinar á V. á cometer semejante extravagancia?

El pintor bajó la vista con la mirada de águila que le echó el sacerdote, y respondió ingenuamente:

— Juro á V. que no he hecho mas que obedecer el estrecho deber que tiene todó hombre de honor de li-

brarse de un tratamiento ignominioso y de la brutalidad de los soldados. Sé muy bien que el verano último un joven estuvo á pique de morir á manos de la guardia de las Tullerías por haber cogido una flor.

— La guardia hizo mal y el joven tambien. ¿Sabré por fin con qué motivo se ha encontrado V. en semejante lance?

— Yo no queria mas que detener á Arnoldo.

— Y él contra la voluntad de V. le llevó tras sí, dijo el sacerdote sonriendose segunda vez

— Debo añadir, prosiguió Eugenio, que si Arnoldo rechazó á los soldados fue por librarme de sus manos.

— ¡Bueno! exclamó el sacerdote; pero recobrándose añadió: quiero decir que hasta aquí no veo ninguna prueba de locura.

— Mas Arnoldo se ha separado de mí repentinamente.

— Eso es efecto de ciertas prontitudes que dependen de la originalidad de su caracter, y no tienen ninguna gravedad ni son para sobresaltar.

— Al separarse de mí dijo: *He oido la voz.*

— ¡La voz! exclamó el anciano: sin duda es la vision que le hizo abandonar á Roma. V. que le veia mucho en Italia, ¿notó alguna vez síntomas de demencia en él?

Y el anciano que habia hecho esta pregunta con aire conmovido, esperaba temblando la respuesta del pintor.

— Ninguno, dijo este; pero sí una gran exaltacion junta á una sensibilidad excesiva.

— Estas dos cualidades constituyen el ingenio, y son propiamente hablando el alma de las artes. Mas á veces el cerebro demasiado ardiente hace estallar el órgano supremo de la razon, ó el corazon se anega en lágrimas, y ahí empiezan las alucinaciones de Alberto Durer y la locura del Tasso. V. debe entenderme.

— Si señor, perfectamente. Sin duda estoy lejos de tener esa organización robusta; pero hay en mí bastante alma para conocer la exactitud y profundidad de las palabras de V. Acuérdomé que Rossini dudaba que Arnoldo pudiese vivir mucho tiempo.

— El maestro me manifestó ese temor en una carta que tengo ahí, y me decía: *Su arte le matará*. Pero ¿qué he de hacer yo si el ingenio le lleva á la muerte por el pensamiento con tanta prontitud como le hubiera llevado la acción por la espada? Sin embargo era preciso que se hiciera un gran artista ó un héroe, y he deseado que fuese lo uno y lo otro.

El anciano se puso á meditar y continuó al cabo de un rato de silencio:

— Creo que es inútil correr en busca suya. El volverá, y como nos decía: *Dios vela por la vida de los reyes*.

Al oír esta expresión dudó Eugenio si el sacerdote deliraba también en aquel instante. El anciano adivinó el pensamiento y añadió sonriéndose:

— No crea V. que la visita que le hice anoche no fuese más que un homenaje, aunque muy legítimo, á su habilidad y talento. No soy tan puro como podría V. suponer, y me reservaba manifestarle el objeto interesado de aquel paso. A pesar del atolondramiento de V. y tal vez por esa misma causa me ha parecido que debe poseer más que otro la franqueza y la lealtad, patrimonio habitual de los jóvenes frívolos en la corteza, pero profundos interiormente. Arnoldo durante su mansión en Italia me hablaba á menudo en sus cartas de su afecto á V., y poco antes de salir de Roma me manifestó el vacío que le dejaba la ausencia de V., de quien me encargó que adquiriera noticias en París, quejándose de su silencio. No desconocía yo el nombre de V., porque según le dije ayer había oído elogiar *el S. Martín* que parecía admirable á Steuben en la ex-

posicion del año último. Tambien me habló de V. Vernet que le estima infinito sin haberle visto jamas. He tomado algunas otras noticias acerca del caracter y costumbres de V., y el resultado de mis investigaciones ha sido la profunda conviccion de que su amistad á Arnaldo es un tesoro inapreciable. Se equivocaría V. mucho si viese aquí un cumplimiento ó una lisonja, porque yo no entiendo de esas cosas; pero tampoco acostumbro ocultar á los hombres el bien que pienso de ellos, y me explico con menos reserva por cuanto tengo que hacer á V. algunos cargos no acerca de la violenta resolucion de anoche (en esta parte solo Dios y la conciencia son los jueces), y me basta haber quitado la causa material de la desesperacion de V. Resta que expie un instante de debilidad con años de valor y actos heroicos, y yo me encargo de presentarle la ocasion. Tambien hay cierta persona con quien convendria casarse cuanto antes. Bien sé que objetará V. la repugnancia de su familia; pero como no se trata mas que de una cuestion de dinero, espero allanar esa dificultad.

— ¡O señor! exclamó Eugenio deshecho en lágrimas y echándose á los pies del sacerdote: ¿es V. un angel bajado del cielo?

— No me interrumpa V., dijo el anciano con una mezcla de ternura y severidad apretando la mano á Eugenio y levantandole: de todo esto hablaremos mas despacio. Nada de cuanto he dicho debe sorprender á V.: sus buenas prendas y talento son indisputables: para ser un gran artista y un cristiano perfecto le faltan á V. las afecciones legítimas y la independenciam de la vida. Yo sabré asegurar á V. estas ventajas, y obrando así no hago mas que mi deber como sacerdote y como hombre. Esto no me costará ningun sacrificio; con que sirvase V. no deshacerse en acciones de gracias tan poco merecidas.

Eugenio iba á hacer una exclamacion; pero el sacerdote le impuso silencio y continuó:

— Volvamos á Arnolde, porque él solo está en peligro. Le rodean enemigos poderosos é implacables: en él se encierra la salvacion ó la perdicion de muchos: su destino es elevado, misterioso y terrible. ¡Ojalá que no se rinda al peso! si se extravía su razon, ha menester mas que nunca de amigos fieles y capaces de comprenderle. No bastaría á estos tener prudencia y firmeza, sino que necesitan ademas la estimacion, el afecto y la confianza de Arnolde, y bien pocas personas parece que lo merecen. Esta es la razon por que me vanaglorio de tener algunos derechos al afecto de V.: no porque quiera yo sujetarle por nada: lejos de eso, lo que yo he hecho no vale nada ni exige ningun reconocimiento de V.; pero su amistad á Arnolde es decidida, su valor nada dudoso, y solo necesita V. templar la energía de sus resoluciones con los consejos de un juicio mas maduro y de una experiencia mas severa y ejercitada. En todos los puntos es V. el único ser en el mundo que pueda compartir conmigo una empresa sublime, pero peligrosa. Me atrevo á creer que su exaltacion de artista, sus ideas caballerescas y atrevidas y sobre todo su amistad á Arnolde no le permitirán á V. negarme su cooperacion.

Al terminar esta frase levantó el anciano los ojos para mirar á Eugenio, el cual con el rostro animado y la mirada brillante respondió poniendo la mano derecha en el pecho:

— Por mi fé en Dios y el amor de la gloria juro fidelidad, discrecion y cooperacion á los proyectos de V., sean los que quieran, hasta morir; y consagro al servicio de V. el valor de mi brazo, mi talento y la sangre de mis venas.

— Bien, joven, exclamó el anciano abrazandole: es cosa grandiosa ver tu aire, oir tus palabras y saber que

todo esto existe en verdad. No, no han muerto en el corazón del hombre la inspiración, el honor y el heroísmo, y hay esperanza y salvación para el mundo, supuesto que se encuentran en él tanta lealtad, entusiasmo y grandeza.

La fisonomía del sacerdote se había animado, y brillaba en su frente como un rayo celestial: alargó segunda vez la mano á Eugenio, que la estrechó fuertemente, y continuó pensativo:

— La noche va adelantada, y de instante en instante se aumenta el poder de Allameida con las tinieblas.... Arnoldo, Arnoldo.

Y ocultando la cara entre sus dedos encogidos reprimió algunas lágrimas. Eugenio le miraba callado y lloraba á vista de tanta aflicción. Afuera reinaba el más profundo silencio, y no parecía sino que aquella celda pobre y apacible como las de la Tebaida ó el Carmelo estaba en el desierto. De cuando en cuando se oía el bramido del viento norte por entre las deshojadas ramas de los árboles inmediatos, y la lluvia que caía á torrentes venía á azotar las vidrieras. Al resplandor de un velón ni el anciano vendada la frente y cubierto de una ancha bata, ni el joven cuyas inspiradas facciones se dibujaban en la sombra, parecían ser de este siglo: cualquiera hubiese dicho que eran dos figuras nobles é imponentes del mundo ideal, ó de los tiempos bíblicos, ó de la edad caballerescas. Por fin se levantó el sacerdote y dijo con resolución:

— Ya es demasiada debilidad: las horas pasan, y es preciso, Eugenio, tentar el último esfuerzo. Yo no puedo dar un paso (y volvió á caer en su silla llevando la mano á la herida). No importa: es necesario, V. lo sabrá todo é irá por mí.

— Iré, respondió el artista, aunque hubiese de arrojarse á un poder más que humano, si no es necesario más que creer firmemente y obrar con vigor.

— Se necesita todavía mas, añadió el sacerdote con una sonrisa imperceptible. Escuche V.: me parece que he oído un ruido.... no son mas que las ramas secas movidas por el viento.

Dió un suspiro y prosiguió:

— Los secretos de Arnolde no son enteramente míos, y no puedo revelarlos sin una necesidad extrema. Lo que va V. á saber no debe repetirse á nadie, ni aun á él. Acerquese V., porque tengo que hablar muy bajo. ¿No ha oído V. nunca decir nada á nuestro amigo que indicase recuerdos raros ó proyectos extraños?

— Me ha hablado muchas veces del sol de oriente y de la vida del desierto; pero sin que su memoria pudiese recordarle fielmente los lugares é imágenes. En cuanto á sus proyectos me ha manifestado á veces el deseo de ser un gran capitán, de ocupar la isla de Malta, Gibraltar ó algun otro punto dominado por los ingleses, á quienes detesta no sé con qué motivo. Sobre este asunto se explicó una noche delante del santo padre y de muchos cardenales y embajadores de una manera que me atreveré á llamar poco oportuna y muy comprometida.

— Lo sé. ¿Asistia V. á aquella reunion?

— Me habia presentado Arnolde, que disfrutaba de suma libertad y de un favor sin igual con S. Santidad.

— Pero ¿no le confió á V. nada de su vida pasada?

— Me dijo lo que nadie ignoraba en Roma, es á saber, que fue educado en Suiza por un sacerdote (que hace pocas horas he conocido ser V.), y recibió la educacion que en otro tiempo Aquiles de Neso. Tambien sé que siendo casi un niño sirvió con lustre á Carlos V en España, y que antes de pasar á Italia viajó mucho por mar.

— Pues va V. á saber mas; pero en nombre del cielo ni una palabra de indiscrecion, ni aun á la mujer á quien V. ama.

— Lo juro por mi honor, repuso enérgicamente Eugenio.

— Pues bien, añadió el anciano, sepa V. que Arnoldo es legítimo heredero de un trono.

Detúvose, y mientras Eugenio asombrado daba un paso atrás, dijo el sacerdote:

— Alguien viene: conozco sus pisadas: Dios nos ha oído: él es.

En efecto apareció Arnoldo á la entrada del aposento, y el anciano y Eugenio dieron un grito de espanto.

— ¿Qué te ha sucedido, hijo mio? preguntó el sacerdote con la mas viva ansia: ¿por qué vienes pálido, abatido y macilento?

— Porque he visto al Antecristo, respondió Arnoldo.

Eugenio no pudo contener una exclamacion dolorosa de sorpresa; pero no lo advirtió ninguno de los dos personajes. Hubo un rato de silencio, y el sacerdote le rompió el primero diciendo:

— Muchas veces he pensado que se acerca el fin de los tiempos, y mas de una he creído observar síntomas de disolucion en el mundo. Vendrán los últimos dias cuando se haya predicado el Evangelio á las naciones, y cuando haya desaparecido toda creencia de la tierra. Confieso que los signos físicos precursores de una destruccion universal son menos manifiestos; pero hay que cuidar de no confundir el sentido moral de las parábolas con las figuras sensibles que los profetas emplearon muchas veces por comparacion, ó si se quiere mejor, por metáfora. Asi las estrellas que deben caer del cielo, pueden significar las famosas apostasias de que hemos sido testigos: el estruendo de las olas del mar no es quizá mas que la agitacion de los ánimos: la inundacion de las aguas figura la de las doctrinas: el sol cuyo resplandor se amortiguará, significa la fé que se apaga: los terremotos son la imagen de la duda: la peste y el hambre se refieren al contagio del espíritu malo y á

la escasez de obras santas, demasiado manifiesta en el día. ¿Quién sabe ahora creer, orar y obrar en espíritu y en verdad? ¿Quién posee el don de éxtasis y de lágrimas y la virtud de los milagros? El arca está muda como en la ley antigua, y los ángeles del santuario echados por nuestra indiferencia murmuran entre sí: *Salgamos de aquí*. Sí, la medida está llena: Dios se ha retirado de nosotros: la materia ha sofocado el pensamiento: toda carne está manchada, y toda inteligencia envilecida: la sangre de Cristo se inutiliza: la copa de la impiedad rebosa; y es tiempo que hable Dios.

— Hé aquí que va á bajar sobre las nubes del cielo, repuso Arnoldo levantándose pálido y cubierta la frente de un sudor frío. La serpiente del abismo ha venido sobre la tierra, y todos han adorado á Satanás. La trompeta del arcangel los sorprenderá en el sueño, y se consumirán de terror ante la faz del hijo del hombre que aparecerá como el relámpago..... No te sonrias, Eugenio, ni digas dentro de ti: estas palabras no son las que se dicen en el mundo; luego son locura. ¿Donde está pues la sabiduría? Y ¿qué te parece verdad? ¿Crees que haya nada imposible para Dios? ¿Y juzgas que es razonable burlarte de las predicciones y prodigios, solamente porque sobrepujan á nuestro entendimiento, y repugnan á nuestros hábitos?

Eugenio interpelado tan directamente se apresuró á responder:

— Cuando me afirman una cosa que no puedo comprender, me abstengo de desecharla ó admitirla, y me limito á dudar.

— ¿Quién te obliga á creer? replicó mas enérgicamente Arnoldo: yo he debido responder á la pregunta que se me hacia: si ahora te parece preferible el silencio, callaré.

— No, Arnoldo, habla, repuso el sacerdote, y aun cuando tu demasiado ardiente imaginacion te hiciese

tomar sueños por realidades, te hallas aquí delante de unos amigos que en vez de condenarte se limitarían á compadecerte.

— Estoy lejos, dijo Eugenio, de negar un hecho únicamente porque es sobrenatural, y no llevo el amor de lo convencional y lo comun hasta el punto de indignarme por sola la palabra prodigio; sin embargo confieso que querria mas ver y oír por mí que referirme al testimonio de otro..... sobre todo cuando no hay mas que un solo hombre, amigo de lo maravilloso, y que sueña columnatas en el Luxemburgo y flores en diciembre.

Estas últimas palabras las pronunció de manera que no las oyó Arnoldo; pero no se escaparon al anciano, el cual dijo:

— Hará V. de modo que no nos diga nada, ó á lo menos se olvide de lo que queria comunicarnos.

— ¿Por qué hablan VV. en voz baja? preguntó Arnoldo. Me creen loco, porque he confesado que hay una mujer á quien amo, y cuyo nombre ignoro, y se rien de lástima, porque les he dicho que es bella y habla una lengua desconocida.

— No, hijo mio, no nos reimos, interrumpió el sacerdote: solamente que no podemos concebir que hayas visto una mujer en medio de circunstancias desconocidas en el orden habitual de la naturaleza, y nos admiramos de que no puedas reconocer el lugar donde han pasado tales cosas.

Arnoldo bajó la cabeza y dijo:

— Sin embargo es así, y mi única culpa es haber confiado mi secreto antes de poder examinarle á fondo.

De improviso se acercó al sacerdote sin que este tuviese tiempo de responder, y le preguntó si le era conocido el nombre de Allameida.

El anciano se puso pálido y comenzó á temblar, y volviéndose hácia Eugenio le dijo:

— Déjenos V. solos ; pero no se aleje.

El pintor se retiró haciendo dentro de sí las mas tristes reflexiones sobre el estado de las facultades mentales de su amigo: luego pensó en lo que habia empezado á revelarle el sacerdote acerca del nacimiento de Arnoldo, y en la turbacion de aquel al oír pronunciar un nombre extravagante, y dudó si el anciano se hallaba entonces en el pleno uso de su razon. Mientras que estaba absorto en estos pensamientos paseándose por un largo corredor contiguo, el sacerdote se puso precipitadamente al lado de Arnoldo, y con indecible ansia esperaba que continuase este.

Arnoldo se pasó muchas veces la mano por la frente como un hombre que trata de librarse del influjo de un sueño, y fijando una mirada penetrante en su bienhechor prosiguió con una voz lenta y grave, y como quien tiene que hacer un esfuerzo infinito.

— He vuelto á ver á la que se me habia aparecido en Roma, y la he visto mas hermosa y resplandeciente, rodeada de mas flores, coronada de mas estrellas y exhalando en el aire á modo de un perfume balsámico de amor. Esta mujer no es una habitante de la tierra, y el lugar en que se ha mostrado no forma parte del suelo que pisamos. Dios ha criado obras que ignoramos, y se ha complacido en manifestar á mi pensamiento un mundo mas puro y bello que el nuestro. Sin duda en esos momentos de éxtasis mi espíritu atraviesa el espacio y se halla en una de las esferas que vemos desde aquí bajo, para pensar siempre en ellas. Es uno de esos globos dorados que hacen soñar tanto en las noches largas: allí todo embriaga el corazon, todo deslumbra la vista, todo resuena melodiosamente al oido. Es la celestial Jerusalem que viene del seno de Dios engalanada como la esposa en el banquete nupcial: es la ciudad del Cordero, la ciudad de los cimientos de záfiro y esmeraldas, el lugar donde se descansa despues

de la muerte, ó tal vez el jardín de delicias, el Eden, cuyo recuerdo lloran todas las almas. Y sin embargo no está prohibida la entrada en él al genio del mal: Eva halló la serpiente bajo del arbol de la ciencia, y Adam se avergonzó porque estaba desnudo.

Arnoldo hizo una larga pausa, y el anciano se abstuvo de interrumpirle: temblaba que el joven no anudase el hilo cortado de aquella plática extraña, y no se atrevia á instarle que prosiguiese. Poco tardó Arnoldo en continuar:

— Mi vida está suspensa: he dejado en la vision mi alma y mi pensamiento: habito entré los muertos: aquí la luz es opaca, el sol no calienta, y la sombra de la noche no tiene sueños dorados. ¿Por qué he despertado en un sepulcro? ¿Quién me dará alas para remontarme al punto de donde he bajado?

Pintóse en su semblante un vivo dolor, y permaneció largo rato con los ojos fijos en el cielo y las manos en ademan suplicante, mientras que el anciano se deshacia en lágrimas. De pronto se estremeció Arnoldo, y cogiendo la mano del sacerdote continuó con una sonrisa triste y resignada:

— No llore V., padre mio, y escuche lo que me resta que decir. Yo estaba á sus pies; pero no podia comprender sus palabras, y me parecia que no habia ninguna lengua bastante rica para expresar mi amor. Se oyó un ruido terrible, me cubrieron las aguas del torrente, y me encontré otra vez en la tierra, donde he querido ¡insensato de mí! ir en pos de la esperanza y buscar la felicidad..... ¡Oh! mis ideas, mis ideas, ¿qué ha hecho V. de ellas, padre mio? ¿Quién me volverá la memoria? ¿Quién me dirá lo que he hecho hoy?

— Eugenio te alcanzó, se atrevió á decir el sacerdote, y tú te escapaste bien pronto.....

— Sí, interrumpió Arnoldo, allí es donde se me apareció de nuevo *el hambre*.

— ¿De quién hablas, hijo mio?

— Del que habia hecho desvanecer la primera vision.

— ¿Es un ser que no puedes nombrar?

— Ese nombre abrasa como el fuego la lengua que le pronuncia, y resuena como el trueno al oido que le oye.

— ¿No te atreverias tú á pronunciarle?

— *El hombre*, es decir, el orgullo, el empedernimiento y la mentira.

— Entiendo; pero ¿bajo qué aspecto se te ha aparecido?

— En la vision iba creciendo hasta que tropezaba con la cabeza en los cielos: su cuerpo parecia una estatua de bronce fundida en el horno: su mano es robusta, y sus hermanos se postran al oir el ruido de sus pasos. Yo le miré cara á cara, y él me dijo su nombre; pero ¿tendrá V. fortaleza para oirle?

El anciano levantó los ojos, que se animaron con un rápido brillo: se asomó á sus labios una leve sonrisa, y dijo con voz firme:

— Te le he preguntado.

— Allameida, respondió Arnoldo con viveza.

El sacerdote se echó hácia atrás, y se tapó la cara.

— Ya le habia dicho á V., añadió Arnoldo, que este nombre es fatal para el que le pronuncia, y maldito del que le oye. No obstante sepa V. que lleva otro mas terrible, que ningun viviente podria oir sin morir.

— Basta, exclamó el sacerdote: sabe que ese de quien hablas solo nos ha vencido por la traicion: la vileza constituye su gloria, y el crimen su poder. Tiembale no obstante: todavía vivo yo.

— ¿Con que V. le conoce?

— Basta, te digo, y no me preguntes nunca acerca de ese nombre.

— Con todo es preciso que sepa V. lo que Dios me

ha revelado en la ciudad del mal, y que le hable de otro mundo que he visitado. *El hombre* me puso el dedo en el brazo, y yo le seguí á un lugar sombrío y árido, donde se oyen gemidos en las tinieblas, donde todo repugna á la vista y hace dolorosa impresion en el alma. Esforzabanse por brotar acá y acullá hojas, flores y frutos; pero al instante se precipitaban sobre ellas una manada de animales horribles y de inmundos reptiles dando ahullidos, y lo devoraban todo en un abrir y cerrar de ojos. Cada vez que era destruida una planta, se oía un sollozo, y luego se reía á carcajadas *el hombre* que me servia de guia. Entonces dijo algunas palabras y ví aparecer una turba innumerable de hombres á su imagen, que caminaban á rastra y se apresuraron á destruir lo que se habia librado del diente de los animales, y tambien á estos. Cuando ya no quedó nada mas que los hombres, reinó un profundo silencio, y ellos se dividieron en varios grupos: luego se oyó un ruido soterraneo, los grupos se movieron, y mientras que *el hombre* los excitaba con sus risas, se abalanzaban unos sobre otros como habian hecho con las producciones de la tierra y los animales. Noté que muchos hombres se mantenian á un lado, y mientras sus hermanos se despedazaban unos á otros, ellos recogian los miembros abandonados y se los comian con ansia. En tanto que ocurría todo esto, redoblaron los gemidos desconocidos y se oyeron á lo lejos como unas voces distintas que pedian justicia; pero *el hombre* dominaba con su risa todas aquellas voces. De los seres que se encruelecian en la batalla, no quedaron mas que algunos miembros palpitan-tes dispersos por acá y acullá; y mi guia entonando un himno feroz celebró los muertos de aquella jornada. Yo cerré los ojos por no ver y me tapé los oídos por no oír; pero *el hombre* me puso la mano en la frente, y me ví precisado á mirar los restos de los cadáveres y oír las voces lastimeras que se percibian de tiempo en tiempo.

Entonces dijo mi guía: Esto no es mas que el primer día: este es el combate á la luz del sol: aun no conoces los prodigios que he sabido obrar en las tinieblas, y no puedes adorarme. Sígueme mas adelante y da testimonio de mis obras.

De nuevo guardó Arnolde silencio y pareció que reunia sus ideas. El sacerdote le consideraba con una inquietud que pudiera llamarse maternal, y decia dentro de sí: todo esto es horrible; pero aquí hay otra cosa que exaltacion y locura.

No le dejó el joven reflexionar mucho tiempo y continuó en estos términos:

— Caminé por senderos estrechos, entre precipicios y por conductos soterrancos que nadie habia recorrido antes de mí. En el camino ví cosas que me hubieran hecho morir de terror si no me hubiese sostenido una fuerza sobrenatural. A veces entre las hendeduras de una roca oia á una madre cautiva con sus hijos pedir á mi guía algun alimento, porque el hambre le habia secado los pechos y sus hijuelos estaban ya yertos y desfallecidos; pero *el hombre* desviaba la cabeza y pasaba riendose para que no se oyese la voz lastimera de la mujer. Mas adelante un anciano sepultado en lo profundo de una cisterna suplicaba en vano á mi inexorable guía que le alargase la mano: él pasaba sin responder. Allí una doncella de extremada hermosura defendia su honor contra unos hombres ebrios y horribles, é imploró el auxilio de mi guía, quien en vez de prestarsele tiró á los violadores una cuerda para que ataran las manos á la joven. Aquí un hombre en el vigor de la edad luchaba solo contra una turba de perros hambrientos, y gritó pidiendo ayuda á mi guía, quien azuzó á los animales contra el hombre. A cada paso tropezaba yo con huesos de muertos ó veia pasar cerca de mí lívidos espectros, cuyos semblantes cadavéricos me miraban amenazandome. Oíase en el aire un pesado aleteo. También ha-

bia formas extravagantes, seres sin nombre, que se esforzaban por alcanzarme y á veces llegaban cerca de mí. Entonces redoblaba yo el paso; pero salian á mi encuentro otras fantasmas para importunarme con su horrible aspecto ó incomodarme con el olor que exhalaban sus miembros medio roídos por los gusanos, sacudiéndolos sobre mí con pedazos de carne y huesos destrozados. Todo esto no es nada, dijo mi guia: tú no ves mas que el dia de la transicion, y todavía hay voces que claman misericordia: aquí no puedes adorarme. Apenas acababa de decir esto cuando vi un gran espacio igual, una llanura sin término, que me pareció cubierta de entes mas ruines que los que habia visto hasta entonces. No parece sino que eran unos niños envejecidos súbitamente y que no habian podido crecer por la decrepitud. Mirándolos mas de cerca advertí que su semblante era mas repugnante que el de los reptiles: que á la crueldad juntaban la astucia á falta de fuerza; y que la mentira suplía en ellos el valor. Todos tenian una herramienta en la mano, y median la inteligencia por la destreza con que se hurtaban unos á otros el salario que les repartió mi guia. Tambien vi á algunos que no tomando parte en las faenas comunes se contentaban con persuadir que aquellos entes miserables estaban libres de toda dominacion, eran iguales entre sí, ricos, felices, mas grandes y mas fuertes que los hombres de las épocas anteriores, en fin que habian llegado al colmo de la perfeccion ideal, pues que se aventajaban en la ciencia de la rapiña y no creian otra cosa que lo que podian tocar sus manos y descubrir sus ojos. Los oradores hacian luego una reverencia á cada uno y recibian una moneda: entonces tomaban un continente soberbio y se apoderaban de las herramientas de los que no tenian nada que darles; lo cual excitaba en el mas alto grado la admiracion general. Mi guia se puso entre ellos y se sentó. Tratóse de revelarles el objeto de su exis-

tencia y oí, un estrépito extraordinario no de alaridos ó llantos, sino de aplausos y cánticos de victoria en honor de mi guía, á quien unos llamaban *el hombre*, otros el amo, algunos el Antecristo, y unos pocos le daban el nombre que V. me ha prohibido pronunciar.

Un movimiento del anciano interrumpió á Arnoldo, que le miró fijamente y pareció que no pensaba siquiera en la vision.

Allameida, dijo entre dientes el sacerdote, y una doncella de admirable hermosura..... ;con que no hay esperanza y todo está cumplido!

Inclinó la cabeza, y exhalando un profundo suspiro continuó con una voz apagada: Tanto en los sueños como en la realidad Allameida y siempre Allameida.

Volvióse luego á Arnoldo y le dijo:

— Amigo mio, lo que me has contado, es grave y exige profundas reflexiones. Primeramente juzgué que desvariaba tu razon: ahora ya no lo creo, y tal vez podré bien pronto explicarte lo que hoy me confunde.

— No lo intente V. siquiera y abandóneme al destino que me arrastra. Si mi vision no es mas que un error, no le destruya V.: seria imposible que yo sobreviviera á mi sueño, porque solamente en él se me puede aparecer.

— Otra vez hablaremos de esto. Ahora debes tener necesidad de alimento y descanso. Además no puedes quedarte aquí, porque esta casa no conviene á tus inclinaciones ni á tus hábitos. He alquilado para ti una pequeña en lo alto de los Campos Eliseos. Eugenio que es un amigo seguro y fiel, vivirá contigo, porque la soledad no es buena para muchos y para ti menos.

— Doy á V. gracias, padre mio, respondió Arnoldo tan sencillamente como si se hubiera tratado de la cosa mas comun, y añadió con mucha cachaza: no he traido ningun criado, y me seria imposible salir á pie en una

ciudad tan sucia como esta. ¿Hay aquí un edificio, un museo, alguna cosa que ver ú oír?

— Hay calles rectas y bastante anchas y edificios uniformes: las ruinas van desapareciendo de dia en dia y se multiplican las fábricas: todo lo que tiene conexion con el alma y es bello, se reputa por inútil. Por eso las iglesias son horribles, y la música no se oye mas que en la ópera: esta es una cosa de moda y un complemento forzoso del baile.

El anciano alargó todavía un rato la conversacion en tono mas frívolo de lo que acostumbraba, porque queria á toda costa distraer al joven de las siniestras ideas en que temia que pensase otra vez.

— Nos hemos olvidado de Eugenio, añadió sonriéndose: ten á bien mirar por esa puerta, que debe estar en la galería, á no que se haya bajado á la librería ó á la capilla.

Arnoldo llamó al pintor que no respondió. Salió pues á buscarle, y entonces el sacerdote pudo abandonarse á todo el dolor que le inspiraba la situacion de Arnoldo. Pronto se oyeron los pasos de los dos jóvenes, y el anciano se esforzó por dar á su fisonomía una apariencia de serenidad y sosiego muy diferente de lo que sentia dentro de sí.

— Estaba en el jardin, dijo Eugenio, procurando estudiar el efecto de los rayos de la luna entre los árboles deshojados.

En esto decia una gran mentira, y el sacerdote le indicó con una mirada que estaba muy lejos de creer tal asercion.

— ¿A qué viene engañarme? preguntó con bondad. Despues de lo que ha oido V. no podia pensar en la luna y en los árboles. Esto supondria en V. una insustancialidad de caracter y sentimientos que no posee y que es inútil aparentar.

— Doy á V. gracias, respondió Eugenio con un noble

impulso de franqueza. No pensaba en la luna; no obstante debo confesar que no por eso dejaban de ser mas egoistas mis pensamientos.

El anciano se sonrió con amabilidad y continuó: — No quiero penetrar los secretos de V. sino para guiarle á la felicidad y á la gloria por la sabiduría y la virtud. Ahora me siento mejorado y necesito dormir. Mañana iré temprano á casa de V. Abajo hay un coche á su disposicion. No se separe V. de Arnoldo, mi querido Eugenio. Cenen VV. alegremente los dos, duerman tranquilos si pueden, y no salgan antes que yo los visite.

— Pero todavía padece V. de la herida, replicó Arnoldo, y valdria mas....

— Dejemos eso, hijo mio, y haz lo que digo. —

El tono de estas expresiones no admitia réplica. El sacerdote alargó á cada uno una mano, y ellos la estrecharon con respeto y partieron juntos. En la calle hallaron un precioso cupé tirado de un caballo inglés, que apenas podia contener un lacayo negro vestido de librea blanca y encarnada con franjas y botones de oro.

— ¿De quién es esto? preguntó Arnoldo.

El negro hizo una reverencia y no respondió nada; pero arregló las riendas y agarró el látigo. Al mismo tiempo salió del vestibulo un criado viejo y dijo que aquel coche era del caballero Arnoldo.

— Bien, repuso este, sube, Eugenio: probablemente sabe el negro á dónde ha de llevarnos.

Los dos jóvenes se acomodaron en el coche, y el caballo partió al trote.

— Si este negrillo se queda á mi servicio, dijo por lo bajo Arnoldo, será menester que aprenda á evitar los traqueos.

— ¿Sabes á dónde vamos? preguntó Eugenio.

— Creo que esto se llama los campos Eliseos. ¿Existe en la tierra un lugar adornado con tal nombre y que pueda ser aprehendido?

— Sin duda; pero dime, ¿se trata aun de un deber y de un peligro?

— No, sino de comer, beber, dormir, componer música y pintar.

— Eso viene mas á tiempo por cuanto no tengo taller.

— Abandónate pues con completa seguridad á la guia del negrilla, que en este instante debiera cuidar de atravesar de otro modo los arroyos. ¡Qué choque! no hay medio de hablar con un cochero como este. Las calles de aquí ¿tienen carriles, ó las piedras del empedrado se arrojan á la ventura y caigan donde caigan?

— Lejos de eso se mantiene de tal modo el empedrado, que las continuas reparaciones equivalen á un completo abandono. La décima parte de las calles están impedidas anualmente para los carruajes, y en lo demas de la ciudad el mas habil Automedonte debe concretar su destreza á evitar el encuentro de una piedra cada diez ó veinte pasos.

— Eso se parece á la meta del hipodromo y recuerda las carreras olímpicas; de suerte que cada cochero parisiense merece al cabo de la jornada la palma y la corona decretadas antiguamente al vencedor entre los aplausos de la Grecia reunida. Y ¡despues dirás que la antigüedad es comparable con los tiempos modernos!

Eugenio oia con sorpresa é inquietud las salidas de Arnoldo en todo el camino viendo que su amigo pasaba prontamente de la exaltacion mas ardiente á una indiferencia tan completa, y decia para sus adentros si no era este un signo indudable de locura. De pronto se paró el coche, se abrió la portezuela, y los jóvenes se apearon bajo un pórtico adornado de columnas, atravesaron un vestíbulo, una antecámara, luego un salon de descanso, y por fin se hallaron en un gabinete de forma redonda alumbrado entonces por una lámpara de bronce que pen-

dia de la bóveda. Las paredes estaban revestidas de estuco hasta cierta altura, y por cima de esta base comenzaba un bajo relieve de marmol blanco que llegaba á la cornisa y daba vuelta al gabinete. La luz se recibia por el extremo de la bóveda, donde se desprendian unos arabescos blancos en fondo azul. El pavimento de mosaico representaba una estrella de diversos colores: en el centro habia una mesa de ébano embutida de marfil y sostenida por un solo pie. En ella estaba dispuesta una cena sabrosa, y los dos cubiertos que habia indicaban el número de convidados. Cuatro negros vestidos uniformemente de ricos trajes africanos se mantenian inmóviles como estatuas á igual distancia.

— Vé aquí una página de las *Mil y una noches*, decia para sí Eugenio, mientras Arnolde preguntaba á los negros que solo respondian por una profunda cortesía.

— Estos mancebos son mudos, dijo Arnolde: ¡ojalá que junten á esta cualidad la de ser sordos, diestros, dóciles y vigilantes! Mi casa seria mas agradable, y estaria mejor servida que en Roma. Siéntate, Eugenio, y ayúdame á celebrar el banquete de la hada invisible.

Pronto se acabó la cena, y Eugenio y su amigo se ocuparon mas en examinar la vajilla cincelada que en hablar sobre los manjares que les habian servido.

— Todo esto es de la restauracion, decia el pintor, y en todas partes veo la mano de Cellini.

— Puede ser, repuso con indiferencia Arnolde: ¿notas tambien cuán hábiles son estos negros en mudar ligeramente los platos, y andar sin meter ruido? ¡*Per Bacco!* andan descalzos por el marmol. No debo consentirlo en el rigor del invierno: eso es llevar al extremo la atención. Otra vez os calzareis ligeramente, sí; pero de modo que os preserveis de los resfriados..... Mas me olvido que no me entendeis.

Los negros hicieron seña que habian entendido perfectamente.

—Mudo de parecer, prosiguió: haceis bien de no ser sordos : dirigidnos al salon.

Al decir esto se abrió una puerta de hierro delicadamente trabajada, y entró Arnolde acompañado de Eugenio en un magnifico salon.

—Mira aquí un Guido, gritó el pintor dirigiéndose á un lienzo.

—Y un piano de Erard, dijo por su parte Arnolde, tocando las teclas que sonaban bien á sus oidos.

—Todo esto es de una magnificencia regia, repuso Eugenio, y con todo me admiro, Arnolde, de que pases tan ligeramente por delante de las estatuas de Benvenuto y los lienzos de Caraccio; pero, Dios mio, aquí hay un Rafael, y tú te estás tranquilo, frio y pensativo.

—Amigo mio, es que yo he vivido en el Vaticano, replicó Arnolde, ensayando un aire que meditaba hacia mucho tiempo. No es eso, prosiguió con enfado.

—¿Es una partitura nueva? preguntó el pintor.

—No, es el cántico del cielo que oí en mi sueño.

Eugenio creyó que no debia hablar mas. Se tendió en un sofá de terciopelo color de guinda realzado de finas bordaduras de seda azul, y consideró las colgaduras de la sala que eran iguales á las cubiertas que tenían los muebles hechos de madera de limonero. Registró los candelabros de plata, los espejos de Venecia, las alfombras de oriente y del norte, los taburetes guarnecidos de perlas, las macetas llenas de flores raras, la chimenea de mosaico, sobre la cual habia un vaso de oro puro de gran tamaño, cuyo trabajo exquisito hacia olvidar la materia. Entre tanto fumaba negligentemente un cigarrillo, y prestaba el oido á algunas armonías sorprendentes que repetia Arnolde sin poder acabar. Los ojos del pintor vagaban de las pinturas al techo y de este á las pinturas; y reflexionaba él que tal hacinamiento de obras maestras y de tesoros era perdido para el arte é inútil para la felicidad. ¡Todo esto para

uno solo ¡ decia entre sí. En estas estatuas, copas y cuadros hay bastante para el estudio de una multitud de artistas que no los verán jamas, y esos cortinajes, alfombras y tapices absorben lo que se necesitaria para vestir á mil trabajadores que andan en cueros ó cubiertos de harapos. ¿Cómo hay quien pise estos blandos armiños, cuando se mueren de frio tantos infelices ancianos en un pajar? ¿Cómo hay quien cene como acabamos de hacer nosotros, cuando tantas criaturas mendigan un mendrugo de pan por esas calles? La vida y hasta el honor de muchas familias estan ahí al rededor de nosotros en objetos de frívolo lujo, en prodigalidades casi irrisorias para quien siente en sí otra cosa que el amor del bienestar y la satisfaccion de los sentidos. De cierto no me quedaré yo aquí, porque cobraria inclinaciones y contraeria costumbres que no quiero cobrar ni contraer.

Luego reflexionó profundamente, y sospechó que el padre tenia un motivo secreto para enviarlos á aquel lugar. Quizá, dijo Eugenio para sí, quiere probarnos. Mas si verdaderamente Arnoldo es hijo de un rey.....

El pintor trató de apartar esta idea de su imaginacion, porque profesaba, debemos confesarlo, opiniones democráticas exageradas. Se apresuró pues á fijar el pensamiento en sí mismo, y se preguntó si verdaderamente tenia el sacerdote voluntad y poder para llevar á cabo, como le habia prometido, cierto proyecto que él queria con todo el ardor de su alma acelerar.

La noche se pasó sin que los dos amigos se hablasen una palabra. Levantóse Arnoldo, tiró de la campanilla, y al instante los llevaron los negros á unas alcobas no menos decentes, aunque mas sencillas que los demas aposentos. Eugenio tuvo una noche muy agitada: no así Arnoldo que durmió con la mayor tranquilidad. La magnificencia y los prodigios del arte eran á sus ojos cosas accesorias indispensables para la vida. No veía en

ello mas que la falta de toda forma y ruido ridiculos ó discordes, y nunca habia imaginado buscar delicias fuera de los sueños de gloria y de los pensamientos de amor.

Ya debia estar muy adelantada la noche cuando Eugenio que se admiraba de no haber oido aun ningun relox, distinguió el sonido de un instrumento de música acompañado de una voz que al pronto creyó ser la de Arnoldo. Aplicó atento el oido, y juzgó que á su vez le habia engañado una vision: tan inefable le pareció aquella armonía. Levantóse á toda prisa y fue corriendo á la habitacion de su amigo; mas le halló sumergido en un profundo sueño. La música continuaba, y despertando de repente Arnoldo se incorporó y dijo en voz baja á Eugenio:

— Ese es el espíritu de mi sueño.

Arnoldo estaba cogiendo sus vestidos cuando entraron á un tiempo en la alcoba dos hombres por diferentes puertas: uno era el sacerdote, y otro Allameida.

Una lámpara que ardia encima del lecho de Arnoldo delante de un ancho espejo, despedia una luz debil, pero suficiente para distinguir los objetos. A favor de ella pudieron los jóvenes ver la expresion de la fisonomía de los dos nuevos personajes. En un abrir y cerrar de ojos habia cogido y armado Arnoldo sus pistolas, y esperaba una seña, una mirada no mas del anciano para tender á sus pies al desconocido. Previendo el sacerdote esta intencion contuvo el brazo ya levantado del joven con una sonrisa imperceptible, y extendiendo la mano hácia Allameida con autoridad le dirigió algunas palabras ininteligibles para ambos artistas; pero que parecieron producir terrible impresion en el hombre extraño, porque se paró de repente, se puso pálido, tembló y estuvo á pique de desmayarse. Bajó la cabeza á impulso de aquel anatema soberano, y quedó como anonadado. El sacerdote se fue hácia una ventana, levantó la cortina, é hizo seña con el dedo que ya

empezaban los primeros albores del día. Entonces Allameida dió un grito angustioso, echó á andar sin volver la cara, y desapareció en la obscuridad con increíble presteza. El anciano se acercó á la puerta de enfrente y dijo algunas palabras: oyeronse fuera pasos como de quien anda de prisa, y todo quedó otra vez en silencio. Fue cosa muy singular que en aquel instante se apagó la lámpara.

Aunque á obscuras el sacerdote buscó una silla y se sentó al pie de la cama.

— Acaban VV. de librarse de un gran peligro, dijo con voz tranquila y grave. ¿Habian VV. rezado esta noche antes de acostarse?

— No, respondieron ingenuamente al mismo tiempo Arnoldo y Eugenio.

— Han hecho VV. mal, repuso con mas severidad: las causas que han reducido los demas hombres á la condicion de los brutos, no existen para VV. ¿Qué tiene que ver la supersticion con las observancias y prácticas de la religion? Repito á VV. que sus vidas y hasta sus almas corren peligro, y no olviden jamas que la proteccion divina es necesaria á cada instante de la vida: sobre todo no lo olviden VV. en la hora en que el enemigo es poderoso y la razon mas flaca. Unanse VV. pues á mí: levántate, Arnoldo, é invoquemos juntos á Dios, que es el único que da ánimo, paciencia y fortaleza.

Dicho esto dió una palmada y se presentaron dos negros con luces: el anciano y Eugenio pasaron á un oratorio contiguo, en donde no tardó en presentarse Arnoldo, y arrodillados los tres levantaron sus corazones y dirigieron sus súplicas al cielo. Concluida la oracion los llevó el anciano á una sala, donde se sirvió el desayuno. Mientras le tomaban los dos jóvenes, él habló con un negro en una lengua extraña, luego le despidió con una seña, y quedándose solo con los artistas dijo:

— No me pregunten VV. quién es Allameida, por-

que no podría satisfacerles enteramente: basteles saber que deben mirarle como un enemigo. Este hombre posee secretos impenetrables por cuyo medio obra prodigios. Ignoro si algun poder sobrehumano le presta su auxilio, y así pueden VV. creer en esta parte lo que les parezca bien: yo para combatirle no he separado jamás la prudencia humana de la fé y el valor de la oracion. Si quieren VV. saber ahora por qué los persigue, es que ese hombre á fin de apoderarse de un trono ha despojado al heredero legitimo que es Arnoldo.

Al oír esta revelacion cubrióse de una leve palidez el semblante del joven, el cual se levantó y apretando la mano del sacerdote dijo:

— Cualquiera que sea mi destino, creo poder aceptarle sin cobardía con la ayuda de Dios y los consejos de V., padre mio. Hable V., porque no basta haber heredado una corona, sino que es preciso recobrarla ó morir.

El anciano abrazó á Arnoldo. Entonces entró precipitadamente en la sala un negro, que era el que había visto Arnoldo en la casa donde estaba cautiva Enriqueta: traía un papel y se le entregó al sacerdote. Este le leyó rápidamente y dijo:

— Sigueme, Arnoldo: venga V. tambien, Eugenio. El enemigo ha quedado preso en sus propias redes: se ha acabado el combate en la obscuridad: ya no nos resta mas que triunfar á la luz del dia.

Los tres seguidos del negro salieron á toda prisa y hallaron en el patio un coche dispuesto: ya iban á montar cuando el anciano echó de ver que Arnoldo y Eugenio estaban de bata, y dijo con cierta impaciencia:

— Así no pueden venir VV.: vayanse á vestir; y ¡quiera Dios que no nos pierda esta tardanza!

Y mientras los jóvenes corrían á cumplir sus órdenes, añadió entre dientes: Ve aquí qué miserables circunstancias estan sujetas las grandes resoluciones de este mundo.

## VI.

Al extremo del paseo del Monte Parnaso y á pocos pasos de la verja del Luxemburgo se ve una casita de muy modesta traza, en donde se entra por una especie de bóveda cubierta de un lozano emparrado. Bajanse unos veinte escalones, y se encuentra uno en un patio, á cuyo rededor hay algunas habitaciones casi campes- tres con un jardinillo en el centro dividido en tantos cuadros ó trozos como inquilinos hay. Por otra bóveda mas rústica si cabe que la primera y bajando doce ó quince escalones escurridizos se halla uno en otro patio mas estrecho, donde se ven algunas habitaciones mas modestas que las del primero, que sirven de albergue á ciertas familias pobres. Allí no hay flores, ni parras; pero en cambio existe un excelente castaño y un algi- be, y las paredes estan casi todas cubiertas de yedra. Algunos alhelfes naturales mecen sus varas amarillas y encarnadas sobre aquella verde alfombra, y en las ven- tanas se notan dos ó tres tiestos de reseda comprados á bajo precio por alguna muchacha ó hurtados del ce- menterio inmediato, si se han de creer las hablillas de una lavandera vieja que habita hace treinta años en el patio. En el fondo de este hay dos puertas vidrieras que conducen á dos habitaciones no menos ruines que el resto de la casa, aunque disfrutan unidamente de un jardin como de cinco varas en cuadro, á donde no podia penetrar ninguna mirada indiscreta. Vivía en una de estas habitaciones un tal Rouilloux, antiguo emplea-

do del monte de piedad, que á los cuarenta años de servicio habia reunido mas de dos mil reales de renta, incluso el sueldo de jubilado, y en aquel agradable asilo descansaba al fin en medio de las delicias de una ociosidad conquistada tan trabajosamente. El otro inquilino era nada menos que el digno confidente de Allameida, Micael, de quien hacian poco caso sus vecinos, aunque ignoraban sus mañas, y le veian disfrutar al parecer de cierta comodidad decente; pero volvía á veces á casa despues de media noche, y á este enorme pecado añadía el no haber dicho de pe á pa su empleo ó profesion, edad, proyectos y la suma de su renta, siendo asi que habitaba en el barrio cerca de un año hacia. Bastaba esto para que no tuviese Micael á su favor la opinion de las comadres; pero á él se le daba una higa de tales hablillas y desprecios, y pensaba en otra cosa muy diferente; como podrá convencerse el benévolo lector si penetra mas en lo interior de la casa del protector de Moufflet.

La primera pieza destinada primitivamente para cocina no tenia ya al parecer otro uso que interceptar todo ruido y el sonido de la voz entre el patio y las dos piezas á que se reducía la habitacion de Micael. En una de ellas amueblada únicamente con una mesa vieja de pino pintada de negro y seis sillas (por las que no hubiera dado dos pesetas el mas generoso prendero), estaba el antiguo empleado del monte de piedad copiando gravemente una larga carta: de cuando en cuando interrumpía su tarea para tomar sendos polvos de tabaco, y despues de atascarse las narices volvía á su trabajo con nuevo ardor, ó hablando mas propiamente, con esa constante apatía, que es la cualidad dominante de los empleados viejos. ¿Por qué se hallaba Rouilloux en el cuarto de su vecino? ¿En qué se ocupaba? No nos negamos á satisfacer esta curiosidad muy legítima; pero antes de responder pasemos a la pieza contigua,

donde se controvertian entonces asuntos de orden mas superior. Estaban calentandose á la lumbre Micael y Mouflet, y al paso que conversaban de sus cosas, bebian sin cumplimiento una escudilla de vino caliente.

— Ya recuerdas nuestros pactos, decia Micael, y pues que has llegado á apoderarte de la suma entera, es menester que me entregues á lo menos la mitad.

— Voy á hacer á V. una observacion, y es que las cosas han sido mas dificiles de lo que suponía V. De seguro prefiero la mitad de la suma al tercio; pero privando á Goulard y Bodin de lo que debia tocarles, juego fuerte. Ya me entiende V.

— Perfectamente; pero una vez que los cuatro ochentines se reputan perdidos.....

— Eso no quita para que Goulard sospeche y tenga el puño fuerte.

— Por mi vida que lo sé tan bien como tú. Piensa pues que por mi cuenta arriesgué ayer tres veces la vida, y que esto merece compensacion.

— Perdone V., patron: estamos pagados, porque supe llamar á tiempo á aquel señor extranjero, que es amigo de V.: ¡buen perillan! No importa: cada uno para sí: ni oido ni visto; lo que no quitó para que algo despues le diera yo á V. dos buenas pistolas. ¡Eh! ¿qué dice V.?

— Por fortuna, dijo Micael que se habia puesto pálido con este recuerdo, no tuve que hacer fuego. Tus dos amigos me robaron el puñal que es una pérdida; pero á la segunda embestida los ahuyenté denodadamente.

— Gracias á mí: eso vale algo.

— ¿Con que tú no cuentas por nada mis peligros y mi miedo?

— Y yo ¿cómo me compondré con Goulard y Bodin?

— Harás como que buscas el dinero y dirás que no has hallado nada.

— Y me degollarán, porque Goulard es feroz como un turco, y Bodin rabioso como el perro de un filántropo.

— No estés en tu casa, y no sabrán dónde te han de encontrar.

— Bien mirado, mi mujer está presa, y mi hijo tiene catorce años y puede mantenerse.

— ¿Tiene oficio?

— Es limpiabotas detras de Nuestra Señora de Loreto, y por la noche está en acecho en la calle de los mártires: ¡famoso sitio en invierno! Allí hay un cerrillo desde el cual se domina á los transeuntes, y como los coches van al paso porque la cuesta es agria, no le incomoda á uno el ruido y se pueden perfectamente calcular las distancias: á cien pasos se oiria trotar á un raton.

— ¿Y la policía?

— Allí no la hay: es barrio franco.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Llamamos asi los parajes libres.

— Y ¿qué es un paraje libre?

— Un barrio donde no tienen que ver los soplones. En Paris no deja de haber algunos, porque ya conoce V. que no se puede guardar toda una ciudad, y ademas es preciso que los hombres como nosotros vivan en alguna parte: si nos apretaran demasiado, se acabaria el mundo.

— Eso es admirable. Con que vamos, Mouflet, volvamos á nuestros negocios: por última vez ¿quieres volverme media onza?

— Imposible.

— Piensa que perderás un parroquiano.

— Vamos, es preciso sacrificarse; pero se puede decir que no es V. muy generoso. Aquí tiene V., patron.

Y dando un gran suspiro sacó Mouflet del bolsillo media onza que iba á tirar sobre la mesa; mas le detuvo Micael diciéndole:

— En la mano, y meterá menos ruido.

Moufflet no pudo menos de encogerse de hombros, y dijo:

— Si me necesita V., envíe á Rouilloux al depósito, ya sabe V., ó bien á la esquina de la calle Real y del arrabal de San Honorato: tambien aquel es famoso paraje; pero para lo menudo y solamente hasta la caída de la tarde: esta es la orden.

Retiróse el bandido, y Micael se puso á pensar cuántos días podría vivir con la media onza arrancada á Moufflet sin tocar á un tesoro que Rouilloux en su cómputo tácito valuaba en mas de un millon de pesetas. Decía el avaro para sí: Es innegable que con esto pasará el mes; pero viene encima el invierno, y se necesita lumbre y licores fuertes para mis parroquianos, que tienen infames costumbres: luego dos habitaciones son una carga pesada, y me costará mucho trabajo el atender á estos gastos no pudiendo sacar mis reducidos capitales. La usura está cada vez mas perdida, y el asesinato va muy mal: vivimos en tiempos horribles. Si yo fuera mas joven, pondria las miras en los premios de Monthyon (1): solo la hipocresía oficial puede sostenerse algo.

Diciendo esto se levantó, fue de puntillas hácia la puerta, describió sin ruido dos gruesos cerrojos, se aseguró de que estaban bien corridas las cortinas por la parte del jardin (precaucion bien inutil pues que ninguna mirada podia traspasar las tapias de aquel lugar); y luego abrió discretamente una especie de trampa practicada debajo de la cama, y fue sacando varios tale-

(1) El baron de Monthyon, magistrado francés, fundó un premio de virtud y otros varios destinados á las obras y empresas mas útiles, debiendo distribuirlos las academias francesa y de las ciencias. A eso alude el autor.

gos que tomó á peso con un sentimiento de alegría imponderable. Era cosa de ver cómo se le erizaban de contento sus cabellos canos: arrugabasele la frente: las cejas todavía negras se juntaban como para dar una expresion de alegría mas feroz, si puede decirse así, á sus ojos verdosos, que se animaban de pronto y saltaban en las órbitas: ensanchabasele las narices: las mejillas hundidas y pálidas tomaban repentinamente un color animado; y la boca á que se asomaba infernal sonrisa, se abria de un modo horrible: toda la persona del cenceo y repugnante viejo temblaba como si estuviera herido del fluido eléctrico: por fin daba un hondo suspiro y caia como absorto en un sueño profundo. Para proporcionarse estos breves ratos de delicia habia protegido Micael todos los crímenes y sido el instrumento de todos los vicios que pueden admitir los filósofos escépticos y describir los novelistas de moda. ¿Cuál era su patria, su familia y su profesion? Nadie hubiera podido responder á estas preguntas. Para todos se llamaba el avaro, para algunos el usurero y para unos pocos el agente de los atentados, el hombre de las maldades, el que por dinero vengaba á cualquiera, partia con uno la herencia largo tiempo codiciada, y regateaba con serenidad el precio de los asesinos y envenenadores. Allameida le habia escogido, porque siendo el espíritu de rapiña y la carencia de toda pasion activa el fondo y el tipo de casi todos los caracteres actuales en general, un hombre profundamente imbuido de tales principios venia á ser por su misma pusilanimidad un tercero utilísimo entre los siniestros proyectos del fogoso desconocido y las perplejidades, la lentitud y tal vez el espanto que hubiesen manifestado los cómplices en caso de haberseles mostrado la gran figura sin cautela y sin la mediacion de un ser de la especie de ellos; porque la depravacion, bajo de cualquier punto de vista que se la quiera considerar, siempre se presentará diversa

segun los climas y los tiempos. Los bárbaros en medio de sus mas enormes crímenes todavía reflejan la naturaleza, y sus crueldades mas atroces llevan la marca de cierta especie de grandeza: testigos las hogueras de la India y las cabezas del serrallo; mas las épocas verdaderamente civilizadas guardan una suerte de elegancia en los delitos, que no es mas que una atrocidad refinada: entonces se ahoga á los enemigos en un lecho de rosas, se les propina el opio en vino de Siracusa, ó se les hace una sangria suelta y se los mete en un baño perfumado. Allí nada huele á garito, á bacanal de la plebe ó asqueroso bodegon: hoy todo es pesado, grosero y trivial como la filosofía negativa. Echase mano del cuchillo de la cocina y se abre uno el vientre, ó bien muere sofocado en una buhardilla por el ácido carbónico despues de haber exaltado el cerebro con suficiente dosis de espíritu de vino bien cargado de pimienta. Hasta los bandidos y contrabandistas de los Alpes y de Calabria han degenerado: ya no hieren, sino *sangran*: las riñas del populacho en los puertos se acaban á puñadas, y en vez de las señales del puñal calabrés se ven al otro dia las de los mordiscos que se llevaron una oreja ó las narices. En el orden moral la teoria del crimen no se concibe ya sino en pequeño: la cobardia traza el plan, y el miedo calcula los obstáculos: no se juega ya la cabeza, y se preven las circunstancias atenuantes. Este siglo tiene para la gente bien criada medios mas racionales y frios, que producen la muerte con tanta rapidez como la venganza violenta; y el hombre de la encrucijada solitaria y el ratero de las afueras, que al anochecer le agarra á uno de los cabezones y le rompe la cabeza mientras que su compañera sofoca los gritos de la víctima metiéndole un pañuelo sucio en la boca, no se propone la pompa de las riquezas, ni las delicias del lujo, ni le anima el odio ardiente del pobre contra el rico y del proletario contra el

patricio : no quiere otra cosa que tener con que acabar la semana en la ociosidad , solamente ambiciona el deleite del juego , y se le presenta en perspectiva el presidio como un asilo muy consolatorio para la vejez. Deja á los abogados *filántropos* el cuidado de clamar furiosamente contra el antiguo rigor de las leyes , y no comprende una palabra de las frenéticas declamaciones de los escritores *progresivos* y de los periodistas *humanitarios*. Si para persuadirle á cometer un crimen se aparece alguno bien vestido con palabras melifluas y atestado el bolsillo de dinero , el malvado desconfía y sospecha que tal vez un agente de la policia va á tentar el vado y descubrir terreno.

Despues de haber hecho estas reflexiones Allameida se dirigió á Micael , el cual eligió inmediatamente á Mouflet , de quien ya tiene el lector noticia , y á Rouilloux , otro modelo que diseñaremos mas adelante. El desconocido para mantener el equilibrio entre estos perversos de baja ralea habia puesto al negro Francisco , que custodió á Enriqueta mientras estuvo cautiva en la casa de la calle de Sevres. Un dia encontró Francisco en la esplanada de los inválidos al sacerdote citado ya tantas veces en esta historia , y á su aspecto probablemente muy inesperado quedó como petrificado el negro. Acercóse á él el anciano y poniendole la mano en la frente dijo :

— Haissi , hijo de Acaissi , tu padre comió el pan en mi mesa , y tú mismo á la edad de dos años encontraste un asilo debajo de mi techo cuando huia tu madre de los soldados de Mourad. Yo mandé ponerte en una cuna de hojas de palmera : tu madre se sentó á mi hogar y siguió mis tiendas ; y mientras que tu padre peleaba entre los guerreros , ella ocupaba un lugar entre mis criados : ¿ cómo pues has vendido mi causa , y por qué sirves á mis enemigos ?

Estas palabras las dijo el anciano en una lengua ex-



traña, no tanto al parecer por evitar la curiosidad de los concurrentes á aquel sitio, quanto por comunicarse mas prontamente con el negro. Este respondió:

— Señor, Jesus, Mahoma y Brama cuentan muchos creyentes en sus templos; pero el hombre verdaderamente sensato no cree en ninguna doctrina, ni adora á ningun Dios.

— Sin duda repites las palabras de Allameida, y no cres mas que su eco. Cuando tus padres me pidieron asilo, yo no les pregunté si venian del Nilo, del Jordan ó del Ganges, ni les dije: Adorareis á mi Dios; sino que dí armas á tu padre y puse en la frente de tu madre la señal de mi proteccion. Ellos prosperaron entre las tribus, y han muerto cristianos porque su voluntad fue abrazar mi creencia: tú fuiste bautizado con su consentimiento; y hoy por tener un pretexto de servir alternativamente á diversos amos no crees en ningun Dios y quebrantas todos los juramentos.

El negro reflexionó un instante y preguntó:

— ¿Qué he de hacer para alcanzar el perdon?

— ¿Qué crímenes te ha mandado cometer Allameida?

— Tener cautiva una mujer y guardar un papel que ha quitado á esta.

— Pues entregarás ese papel á un hombre que te enviaré, y pondrás en libertad á la mujer.

— Y luego ¿qué haré?

— Vendrás á acusarte de tus culpas y Dios te perdonará: partirás para el Asia y te dirigirás hácia el Eufrates á fin de llevar mis palabras al caudillo de una nacion poderosa, á cuyas órdenes pelearás.

El sacerdote y el negro siguieron conversando todavía un rato, y tuvieron la desgracia de no divisar á Micael que pasó á cierta distancia. El taimado vejete los espío recelando que Francisco (nombre dado á Haisi en el bautismo) iba á hacer traicion: resolvió pues

trasladar á Enriqueta á otra casa é imposibilitar al sacerdote para que no atendiera inmediatamente á este asunto. Ya hemos visto en parte el resultado de estas diligencias: lo demas y otros puntos todavía oscuros de esta narracion no tardarán en aclararse. Recuerdese que en los cerros de Saint Chaumont habia dado Micael cita á cierto doctor para la mañana siguiente en la habitacion del Monte Parnaso. Era llegada la hora, y el médico esperaba en la pieza en que dejamos á Rouilloux copiando una carta. El doctor despues de haber llamado varias veces infructuosamente á la puerta del cuarto de Micael se resolvió á aguardar mas. No tardaron en llegar otras visitas; es á saber, el general Lourdeau, breve y obeso personaje, de traza vulgar y cara sanguinea; el abogado Polissard, diputado, hombre muy largo y enjuto, decidor de chistes tenidos por ingeniosos y célebre por sus descomunales y estrepitosas carcajadas; Hideux, escritor democrático, autor de innumerables folletos sobre el pauperismo y diferentes sistemas de regeneracion social, de muchas novelas inmorales y de algunas composiciones en verso premiadas por la academia: este personaje era pequeño, de mirar torcido, de hipócrita sonrisa y de humilde y servil continente. Por fin entró tambien en aquella estancia Maria Leonor Villana, afamada cantatriz italiana, pálida aun de cólera, si no del susto por haber volcado su coche á diez leguas de Paris. Al entrar echó una mirada orgullosa y burlona á toda la concurrencia, y encarándose á Rouilloux le dijo en tono casi trágico:

— Buen hombre, cuando yo entro en una parte es costumbre levantarse.

Rouilloux al oir aquel apóstrofe se rascó la oreja, miró á sus papeles, los recogió, sin fijar siquiera la vista en la Villana, en un gran cartapacio negro, le puso debajo del brazo y calándose el sombrero se marchó fuera. A poco se abrió el cuarto de Micael, y la

Villana á quien todos hicieron una profunda reverencia al pasar, entró con aire de reina, empujó precipitadamente la puerta, y sentandose con negligencia en el único sillón hizo seña al viejo avaro para que se sentase á su lado.

## VII.

La Villana era de admirable belleza, alta y garbosa, elegante en su porte, de agradables proporciones, de facciones graciosísimas y tenía el aire de una reina: era una de aquellas criaturas hechiceras que derrama el cielo como flores al pie del Vesubio, en la playa de Sorrento ó en los imponentes desiertos de la campiña de Roma. Cualquiera diría que unas estatuas antiguas bajando improvisamente de sus pedestales se confunden como aparecidas con los vivos sin dejar la majestad del arte. Apenas tocan la tierra con sus pies, y su modo de andar recuerda lo que dice Virgilio hablando de Venus: *Verè incessu patuit dea*. La dignidad del pueblo rey está impresa en su frente: el sol de Italia ha penetrado sus carnes: vedlas cantando á coros la letanía á los pies de la Virgen, cuando vienen de la fuente; y siempre y en todas partes se reconocerá en su talante noble y agraciado, en su hechicera sonrisa, en su voz doliente como la brisa y honda como el mar la descendencia de los gigantes que edificaron el Capitolio, y dominaron el mundo. Aquella mujer hacia un contraste singular con la mezquina habitacion y la ridícula persona del usurero Micael: tal vez lo reflexionó ella misma, porque apenas se sentó se rió á carcajadas en las barbas del viejo, no con aquella risa aguda, sardónica y estrepitosa que expresa una idea baja, injuriosa y grosera: lejos de eso el rapto de alegría de la cantatriz se manifestó de un modo tan franco é ingenuo, que Micael

no se dió por ofendido, antes tomó parte en el regocijo.

— Amigo mio, dijo la cantatriz con un tono persuasivo y melodioso que hacía estremecer todas las fibras del corazón, aquí hace mucho frío y la lumbre se apaga: luego se respira no sé qué olor insípido, capaz de dar nauseas hasta la noche. Abra V. las ventanas y eche leña en la chimenea.

— Aumento de gastos, dijo Micael refunfuñando, aunque obedeciendo.

— Vaya, continuó ella, ¿qué me quiere V.? Me ha hecho V. venir aquí con peligro de la vida, y si yo creyera que tenía V. parte en la desgracia de esta mañana.....

Completó el sentido de la frase con una mirada terrible. El usurero que tenía sin duda buenas razones para no dudar del carácter vengativo de la italiana, se estremeció como un pajarillo con el contacto del ala de una águila.

— ¡Yo, señora! si soy enteramente de la devoción de V., exclamó Micael levantándose aterrado.

— También se levantó la cantatriz; pero lentamente y por grados á manera de una leona: no había nada tan espantoso como aquella calma. Formabase un círculo de fuego alrededor de las pupilas que se dilataban al paso que concentraban la luz.

— Mientes, dijo ella con una voz seca y sonora que resonó en las paredes de la habitación. De repente sucedió á esta expresion de ira el mas completo desprecio. La Villana bajó en ademan irónico la cabeza, y con un descuido que no carecía de grandeza añadió:

— Yo puedo perdonar; pero no olvidar: con que no tengas tanta prontitud para defenderte: bien sabes que no tengo apego á la vida.

Al oír esta palabra se asomó á los labios de Micael una sonrisa maligna: disipóse su turbacion, y recobró la serenidad y la audacia.

— No ignora V., *carisima*, dijo, cuánto he cuidado yo de su niñez, y las penas y fatigas que me ha causado su educacion en el mundo: recuerde V. tambien que una palabra mia puede todavía reducirla á la nada: con qué no me obligue V. á ser severo.

El viejo avaro habia levantado su frente amarillenta y arrugada: sus ojillos verdes centelleaban de malicia: restregabase las manos con aire satisfecho y bonachon; y aguardaba que la Villana añadiese algo. Esta dió un profundo suspiro: su noble rostro se anubló de tristeza: levantó sus grandes ojos negros al cielo; y suspirando nuevamente preguntó:

— ¿Cuáles son las órdenes de Allameida?

— Desea que tenga V. aquí el tren de una emperatriz, que cante en el teatro italiano, y que se hable de V. en las tertulias.

— Todo eso es facil, y quedarán VV. satisfechos, replicó ella con negligencia. Y dejando caer sobre el respaldo del sillón una rica capa de terciopelo negro forrada de armiños tiró á un lado un gracioso sombrero tambien de la misma tela. Micael echó una mirada para ver si despojada la Villana de aquel tocado era menos linda; pero brillaban en todo su esplendor las largas trenzas de cabellos castaños de la Villana, y el viejo la admiró mas. Considerabala él con la atencion fria y orgullosa del mercader que mide las varas de paño ó cuenta los fardos de azucar; y satisfecho del resultado de su examen metió las manos en los bolsillos, se fue escurriendo en la silla para llegar con las piernas á la chimenea, y dijo:

— Caro me ha costado V., Leonor; y sin embargo no siento lo gastado, porque segun habia previsto, V. es un prodigio de talento y hermosura: es preciso saber emplear este capital con ventaja. Tiene V. veinte y cuatro años, edad oportuna para la ejecucion del plan que formé respecto de V. tiempo há.

— Y ¿qué plan es ese? replicó la Villana con una gentileza que hizo sonreír otra vez al viejo avaro.

— Terminados los negocios que nos detienen aquí, llevaré á V. á Londres donde se casará.....

— Yo no me casaré con nadie, dijo con arrogancia la Villana recobrando el aspecto severo é imponente que habia causado ya tanto miedo á Micael.

Dió este un brinco en la silla y se enderezó con la viveza de una ardilla.

— ¿Sabe V. que se trata de muchos millones? dijo en voz baja.

— Y ¿qué me importa? respondió ella con desdeñosa sonrisa.

— El marido que le propongo á V., es un lord.

Alargó la Villana su blanca y delicada mano al viejo, y con una expresion de indecible habilidad dijo:

— No juguemos así; basta obedecer: yo no intento mandar; pero quiero ser libre.

— Allameida, dijo Micael colérico.

— No puede quitarme el honor, repuso ella con la energia del rayo; y repito á V. que no tengo apego á la vida.

— Pues siendo así ¿por qué desecha V. un lord?

— Porque amo á un artista.

— ¿Cómo se llama?

— Arnoldo.

Micael respiró, y dijo:

— Todo se ha compuesto: se casará V. con Arnoldo.

La Villana sumamente pálida consideró á Micael en silencio, y luego con extraña voz apenas perceptible dijo:

— No se fie V. de la astucia; las mujeres de mi país saben á veces usar el puñal.

— Entendamonos y no confundamos las cosas: yo he dicho: se casará V. con Arnoldo; lo cual significa que no pondré ningun obstáculo á la boda.

— Y me dirá V. ahora mismo qué ha sido de él.

— Para eso la he llamado á V. á Paris.

— ¿Seria posible? exclamó con un arrebató que hizo estremecerse al usurero; pero al punto se repuso la cantatriz, y asaltada de la desconfianza añadió: Necesito una prueba.

— La tendrá V.; ¿cuál es la que exige?

— Quiero verle.

— Le verá V.

— Hoy mismo.

— ¿A qué hora?

— A las doce de la noche.

— Concedido; pero es preciso escribirle.

— ¿Tiene V. papel?

— Ahí le hay, dijo señalando un pupitre colocado sobre la chimenea.

A poco rato dió la Villana al viejo una cartita cerrada y le dijo:

— ¿La enviará V.?

Respondió él afirmativamente con la cabeza.

— ¿Lo jura V.? añadió la italiana vacilando y sin soltar enteramente la carta.

— ¡Jurar! Y ¿por quién, hermosa?

— Por Satanás.

— No creo en él.

— Pues maldito seas, repuso aquella al marcharse.

Atravesó rápidamente la pieza contigua, los dos patios y las escaleras, y se metió en un elegante coche que partió á escape.

— Se le ha olvidado á la atolondrada, decia Micael, darme las señas de su casa. ¡Bah! En la carta estarán. La abrió y leyó estas pocas palabras:

«A las doce de la noche en la fonda de Wagram calle de Rivoli. — LEONOR.»

Señor Rouilloux, gritó Micael acercandose á la ventana del jardin. Entró Rouilloux y le dijo el viejo:

— Vuelva V. á cerrar esto y envíeselo V. á Arnolito.  
 ¿ Hay mucha gente en la antesala ?

— El doctor, el general, el abogado y el periodista.

— Bueno. ¿ Sabe V. alguna novedad ?

Rouilloux arrugó imperceptiblemente las cejas y respondió:

— Nada absolutamente sino que ayer y está mañana se han visto en acecho por los alrededores algunos hombres de mala traza, y uno de ellos ha tomado noticias de V. en la taberna inmediata.

— En casa de Lozanges. Eso poco importa: algunos agentes de policia que quieren ganar honradamente su jornal. ¿ No hay mas ?

Rouilloux meneó la cabeza en ademan de decir que no, y ya se retiraba cuando le llamó Micael. Volvió el escribiente con suma docilidad y sin que se notase en su semblante la menor impaciencia ni la mas leve curiosidad. Mostróse Micael satisfecho de esta precision de autómató, y repuso familiarmente:

— Desde anteayer no he recibido la menor noticia de la calle de Sevres: seria conveniente ir á ver qué es de Enriqueta.

Rouilloux hizo con la cabeza una señal de afirmacion y se fue lentamente como para dar tiempo á Micael de llamarle de nuevo si habia para qué. Mas este á quien no quedaba ya nada que decir, cerró la ventana, sacó del hogar dos leños que apenas habian prendido, y abrió la puerta de la pieza donde aguardaban las visitas.

— Perdonen VV., señores, dijo haciendo una cortesia: tenia un negocio urgente, y VV. son testigos de que no he podido diferirle.

— Es V. galante con las damas, mi antiguo camarada, respondió con voz ronca y casi vinosa el general Lourdeau, que añadió á su agudeza una risotada.

— Los derechos de la belleza son imprescriptibles

como los de la naturaleza, dijo el abogado en tono de falsete.

El general no entendió la palabra *imprescriptibles*, y para darse importancia se rascó la oreja y empezó á tararear una cancion de Beranger: el periodista se sonrojó como una doncella: el doctor bostezó y miró á la ventana: Micael tomó un polvo maldiciendo en lo íntimo de su corazon á Goulard y Bodin que le habian obligado á comprar una caja nueva, é hizo seña á Polissard.

— Señores, dijo este convidando con el ademan á que tomaran asiento los concurrentes, me persuado á que no llevarán VV. á mal que mi cliente les proporcione ocasion de conocerse unos á otros. Los honrosos planes de que no soy mas que un intérprete, exigen que obren de concierto los hombres bastante atrevidos y fieles para apoyarnos. Cada uno de VV. en particular ha comprendido, aprobado y participado de nuestros deseos, y me atrevo á creer que la presente reunion no puede repugnar á nadie.

Despues de este exordio tendió la vista á su rededor como para consultar al auditorio. El general se sonó las narices, Micael hizo una cortesía, el periodista bajó los ojos, y el médico tosió. El orador animado con estas muestras nada equívocas de aprobacion ahuecó la voz, y echando la cabeza hácia atras para darse mas dignidad continuó asi:

Esta reunion pues, señores, es la expresion de nuestra comun voluntad. Sentado esto recapitulemos los hechos: un hombre inficionado de nobleza, infamado por una larga serie de abuelos, célebre en la historia como allá en los tiempos bárbaros por las muertes y el exterminio, la pujanza de la fuerza brutal, la tirania, la sed de oro y todos los crímenes condecorados por burla sin duda con los nombres de valor, grandeza de alma, adhesion al trono (especie de virtud cuyo sentido no he comprendido jamas); este hombre

digo, ó mas bien este marqués en vez de abandonarse á la santa y vigorosa justicia de los Robespierres y Dantonés defrauda á la nacion del ejercicio de los derechos recién conquistados, y so pretexto de librar una cabeza del cadalso pasa á pais extranjero, *emigra*, como se decia entonces. Ciertamente, señores, en tiempo de los verdaderos patriotas debió expiarse semejante crimen con la completa extincion de la familia del culpable: mujeres, niños y ancianos pagaron con su sangre la ignominia del renegado. Eso era excelente, grandioso, justo: aquella época se llamaba *del terror*, y nadie tenia derecho de levantar la cabeza: tan celosa era la libertad: nadie llevaba impunemente un nombre ilustre: tan absoluta debia ser la libertad. Mas allá del Rin sabe nuestro marqués la muerte de los suyos, el juicio memorable que derribó la cabeza de Luis Capeto, el suplicio de la ex-reina, mujer cuyo cruel instinto sobrepujaba á la índole atroz de los Tiberios y Calígulas: sabe la suerte del delfin, serpiente real, que la justicia popular tuvo la sabiduria y la fuerza de ahogar en la cuna; y el renegado en lugar de volver en sí y humillarse ante la patria como un hijo arrepentido á los pies de una madre pronta á abrirle los brazos toma las armas, y en su loca y sacrílega audacia quiere atajar el progreso de la razon humana, destruir la obra de la filosofía y encorvar de nuevo la frente del pueblo bajo del yugo atroz y sanguinario de las preocupaciones, del fanatismo ciego y de la estúpida obediencia. Mas tuvo el destino de sus compañeros insensatos. Rechazado de las fronteras y abandonado hasta de los soberanos de Europa llevó al Asia su ignominia, sus convicciones sacrílegas y sus monstruosos recuerdos. Pero antes de salir de Francia habia encomendado sus bienes á un hipócrita, que quiso quitarselos á la nacion en beneficio del propietario ilegítimo.

— Querrá V. decir legítimo, se aventuró á indicar tí-

midamente el general cogiendo del brazo al abogado.

— No, señor, gritó este, ilegítimo, inicuaente ilegítimo, porque la nacion había decretado la confiscacion de los bienes de los emigrados.

— ¡ Ah! eso es justo, justísimo, replicó el conde Lourdeau: yo había entendido mal. Continue V.; que eso es muy interesante.

— Señores, prosiguió Polissard, el administrador fingió comprar los bienes, y mas adelante ¡ qué infamia! intentó restituirlos al poseedor primitivo con desprecio de todas las leyes divinas y humanas, por medio de una mentira execrable, por una falsedad, un perjurio, un contrato simulado y mil subterfugios que tengo que pasar en silencio y cubrir con un velo por respeto á mi púdico auditorio.

Detuvose Polissard un rato para tomar aliento y miró á Micael como pidiendole un vaso de agua con azucar: el usurero hizo que no lo entendia, y el orador confuso dirigió como para consolarse una mirada triunfante al auditorio. Medianamente y nada mas hubo de lisonjearle lo que observó. El conde Lourdeau empezaba á dormitar: el doctor bostezaba que se descoyuntaba las quijadas: Micael tenia aire de disgustado; y el periodista se mordía los labios de una manera sardónica que podia interpretarse por este dilema: una de dos; ó el orador no está en ayunas, ó se divierte á nuestra costa.

Señores, continuó el abogado picado en lo vivo, no creo haberme salido de la cuestion, ni juzgo haber sentado principios que no sean en grado eminente filantrópicos y liberales. No obstante estoy pronto á callar, y que hable mi cliente, el cual explicará á VV. sin duda mejor que yo el objeto de nuestra reunion, y sabrá conquistar la atencion y los votos de VV.

Sentóse el abogado de muy mal humor y volvió la espalda á los concurrentes. Entonces Micael dijo:

— Cierto que es V. muy elocuente; pero el tiempo urge, y en vez de decirnos lo que cada uno de nosotros sabe ya, vale mas hablar de lo que nos queda que hacer para estorbar que el hijo del marqués recupere los bienes de su padre.

— Eso es facil, dijo el general que despertaba sobresaltado: un cabo y cuatro soldados. Yo soy de la escuela de Napoleon; y es preciso ó que cedan á mí, ó salto: ¡ ah! ¡ ah!

— Yo prefiero las vias legales, repuso Polissard.

— Sin olvidar la difamacion por medio de la imprenta, indicó el periodista con una sonrisa angelical.

— Si se trata de un testamento, yo puedo dar un golpe de mano, dijo el doctor bostezando.

— Todo eso se necesita á un tiempo, respondió Micael: solo se trata de proceder con orden. El marqués ha muerto ó no en Asia despues de haber ocupado el puesto de no sé qué régulo ó sultan, y ha dejado un hijo á quien queria transmitir la potestad; pero los be- duinos ú otros se rebelaron y los echaron de allí. Luego en todo esto media un sacerdote que ha educado al joven é intenta hacerse con un papel que existe en Francia, y que obligaria á un banquero amigo nuestro á restituir muchos millones al joven. ¿Entienden VV.? ¿eh?

Micael acabó la frase guiñando el ojo. Entonces dijo el general:

— Yo sé que hay un testamento hecho por el antiguo administrador del marqués en favor del hijo de este, y que si el sacerdote halla este documento, quebrará el digno banquero, porque nuestro amigo se ha apoderado buenamente de los capitales, haciendo que por mi intervencion y en virtud de certificado del doctor aquí presente entrase el administrador en la casa de locos, donde los chorros le han quitado la vida en poco tiempo.

— Pero, señor, V. sabe, dijo el médico, que Bertrand estaba loco.

— ¡Eh! ¡eh! repuso el general: lo mas cierto es que ha muerto.

— Pero ¿y el papel? preguntó Hideux.

— Está en mi poder, contestó Micael.

— Entonces ¿de qué podemos servir nosotros? preguntó precipitadamente el general.

— Para alejar al sacerdote y al hijo del marqués, porque es necesaria una providencia de los tribunales á fin de anular la demanda que han entablado; y VV. conocen que los ausentes no tendrán la justicia de su parte.

— Queda convenido que yo haré la defensa, indicó el abogado.

— No tal, replicó Micael: V. se limitará á asistir.

— Bueno, aconsejaré: yo dirigiré el negocio.

— Pero yo puedo hacer, dijo el general, que al sacerdote se le dé una habitacion en el monte de Saint-Michel, y si es preciso á cien pies debajo de tierra por veinte años á lo menos con tal que V. quiera.

— Perdone V., interrumpió timidamente Hideux: ese sacerdote ¿es jesuita?

— Esas cosas no pueden saberse nunca exactamente, respondió el abogado.

— Mas yo sé de buena tinta, dijo el general con los ojos encendidos, que los jesuitas van á ser expulsos.

— Los jesuitas no se marchan jamas, repuso el periodista: no hacen mas que mudar de casa.

— Sea como quiera, replicó Micael, necesitamos un libelo ó una novela contra ellos, y es cosa convenida.

— Tendrá V. uno y otra juntamente, y para hundir mejor á nuestros enemigos yo les imputaré nuestras propias faltas, y nosotros nos pondremos en buen lugar y haremos el papel de víctimas.

— Cabal, á pícaro pícaro y medio.

— Nunca es malo mentir para confundir al partido clerical.

— Esa es la opinion de Voltaire.

— A quien se olvida demasiado en nuestros dias.

— Ya volveremos á él.

— Yo me encargo de eso.

— Es preciso resucitar los añejos rencores liberales.

— Y encender el odio contra los clérigos y los nobles.

— Esas ideas estan ya gastadas, gastadísimas, amigo mio; y ni el *Constitucional* siquiera las emplearia.

— Pues sin embargo vive de ellas.

— Tan estúpido es el pueblo.

— Y gracias á nosotros lo será mucho mas.

— Ese buen pueblo no desea mas que dejarse llevar: es un oso que es preciso saber manejar.

— Cierito: nosotros vivimos bajo de un gobierno habil.

— Y que sabe dar empleos á tiempo.

— Y títulos.

— Y dinero.

Interrumpióse la conversacion con la llegada de Rouilloux, el cual entró muy tranquilamente, y mirando con mucha cachaza á Micael dijo:

— No he encontrado á nadie.

— ¿ En dónde, amigo mio?

— En la calle de Sevres á lo que parece.

— ¿ Qué quiere V. decir? replicó Micael aterrado.

— Nada sino que en la calle de Sevres no he hallado á nadie.

— Eso es chancearse.

— No lo acostumbro.

— Pero V. está ahí sereno, impasible.

— Un verdadero mandadero extenderia sin arquear las cejas y aun sin reflexionar la sentencia de muerte de sus padres, respondió Rouilloux cada vez mas indiferente.

— ¡ Miserable ! gritó Micael : ¿ dónde está Enriqueta.

— No sé nada.

— ¿ Y el negro Francisco ?

— Tampoco lo sé.

— Pero ¿ qué puede haber sido de ellos ?

— Han tenido por conveniente ausentarse para siempre.

— ¿ Lo crees tú ? ¡ Oh ! cuéntame todo lo que sabes, ó mas bien dime que quieres reírte, porque va la vida en ello : yo soy responsable de Enriqueta con mi cabeza. Ya ves, buen Rouilloux, que soy un pobre hombre, y no debes divertirme así á mi costa : soy demasiado viejo : dime la verdad y te pagaré bien.

— Repito á V. que no hay nadie en la calle de Sevres.

— Entonces soy perdido, exclamó Micael cayendo medio muerto en su sillón. El papel, prosiguió levantándose y corriendo hácia su gabeta, el testamento ya no está ahí : le han robado. Tú has sido, Rouilloux, y te habrán dado doce millones.

Horrible era el aspecto del usurero.

— Ni un ochavo, dijo el escribiente pasando á la pieza contigua donde emprendió de nuevo su tarea.

— Señores, dijo Micael con energía, entre nosotros hay traición : no salga nadie. ¡ Ah ! si el condenado de Moufllet me hubiera dejado sus pistolas. ¡ Allameida, Allameida !

Sí, habla en hebreo, dijo para sí Rouilloux escribiendo : eso aprovecha algunas veces.

Micael se arrancaba los pocos pelos que le quedaban, y gritaba :

— Todos son unos infames y viles, y lo pagarán con la vida.

— Pues señor, repuso con altivez el general, se hará de modo que se consiga el nombramiento de par por otro conducto que el de V.

— Mas yo no pienso sacrificar mi empleo , añadió el médico.

— Ni yo el mio , decia el abogado por su parte : entre nosotros la promesa es sagrada.

El periodista se acercó á Micael y le dijo al oido:

— No olvide V. que mis ochenta y ocho mil reales.....

— Aquí hay una carta , entró diciendo friamente Rouilloux. Hablen VV. mas bajo ; que no está lejos el portero.

— Traiga V. , gritó Micael ; y la cogió , la abrió , la leyó y dijo dando palmadas :

— Todo se puede reparar ; pero habria que prender al sacerdote , amedrentarle y obligarle á callar.

— Veinte veces se lo he propuesto á V. , repuso el general encogiendose de hombros.

— Coger á Arnoldo como un loco furioso.

— No es imposible , dijo el médico.

— Le ha visto á V. en el hospital de Charenton.

— Una razon mas.

— Despues se necesitan testigos.

El periodista y el abogado se dieron espontaneamente la mano.

— Bueno , añadió Micael ; pero debe hacerse todo antes de las doce de la noche.

— Yo no necesito mas que dos horas , repuso el conde de Lourdeau.

— Y yo todavia menos , añadió el doctor.

— Gracias , respondió Micael que recobraba la esperanza : esperenme todos aquí ; que voy volando y vuelvo. Si entre tanto se marcha alguno de VV. , no recibirá jamás un maravedí de mi mano.

Salió precipitadamente , y los cuatro se dispusieron á aguardar á Micael con la mayor comodidad posible y segun el gusto predilecto de cada uno. Asi el general se arrellanó en el sillón y no tardó en dormirse : el doctor se tendió en una silla y se puso á considerar de nuevo la

ventana bostezando: el abogado se paseó por el cuarto meditando un trozo sublime de elocuencia; y el periodista apoyado en la chimenea consideraba malignamente á sus compañeros á fin de aprovechar sus satíricas reflexiones en un folletín crítico que los lectores de su papel aguardaban con mucha impaciencia. Pero todas estas combinaciones se desbarataron de un modo singular por un extraño incidente que debía tener las mas graves consecuencias.

:

## VIII.

A un tiempo se abrieron la puerta del jardín y la de la habitación donde escribía Rouilloux: aparecieron cuatro soldados de la guardia municipal por un lado y otros cuatro por otro; y en medio se presentó un comisario con la banda que le sirve de distintivo, diciendo en alta voz: En nombre de la ley dense VV. presos.

El médico se quedó hecho una estatua, arqueó los ojos y abrió desmesuradamente la boca: el periodista se puso pálido, empezó á temblar, y en vano buscó una salida para escaparse: el general siguió durmiendo, mientras que el abogado se acercó al comisario con la mas apacible sonrisa y le dijo en un tono de voz muy expresivo:

— Señor comisario, aquí hay una equivocacion: nosotros estamos reunidos para tratar de negocios en casa de un cliente mio, y no puedo creer.....

— ¿Quién de VV. se llama Micael?

— No está aquí, continuó Polissard: en cuanto á mí soy diputado y por consiguiente estoy fuera de toda pesquisa judicial hasta que la cámara decida otra cosa.

— ¿Puede V. justificar el titulo que acaba de tomar?

— Sí señor.

— Pues hágalo V. pronto.

— No traigo conmigo ningun papel; pero el atestado de testigos honrados.....

— Tengo orden de prender á todas las personas reunidas en este cuarto: asi ninguna de ellas puede dar testimonio en favor de V.

— Pero señor....

— Sírvase V. despertar al que está durmiendo, y síganme VV. á casa del prefecto.

— Yo soy inviolable, gritó Polissard.

— Lo probará V. al señor prefecto que le está esperando en este instante.

— Eso es ilegal.

— Aquí está la orden.

Mientras que Polissard hacia estos esfuerzos, el general á quien se habia logrado despertar, mostraba su sorpresa é indignacion echando votos y juramentos á cual mas enérgicos: Hideux y el doctor se dejaban llevar sin decir una palabra. Guardáronse al general todos los miramientos debidos á su clase. Los vecinos se asomaron á las ventanas, y se juntó un corrillo de gente á la puerta de la casa. El abogado quiso arengar á la multitud; pero los soldados le impusieron brutalmente silencio y le hicieron montar en un coche de alquiler con el general: los otros dos presos montaron en otro, y escoltados ambos por alguaciles echaron á correr hácia el muelle de los plateros. Entonces en virtud de las complacientes indicaciones de Rouilloux que no habia sido preso, se principió á practicar el registro mas minucioso en la habitacion de Micael. Se abrieron los cajones: la trampa de la cueva no se ocultó tampoco á los pesquisidores: todo se registró, y al cabo de una hora eran conducidos á la escribanía los caudales y papeles. Por fin se quedó solo Rouilloux, y entonces tomó un polvo, se limpió el polvo que habia cogido con el trasteo del ajuar, y se puso otra vez á escribir sin darsele un bledo de la insultante vocería y de la mofa con que le importunaban desde fuera las viejas y los chiquillos de la casa.

Entre tanto Micael no sospechando siquiera lo que pasaba en su casa, atravesaba á toda prisa el Luxemburgo para tomar un asiento de faeton en el Odeon, porque el viejo usurero, fiel á sus principios de economía,

no se hubiera determinado por nada del mundo á alquilar un coche. Llegó á la calle de Provenza, entró en una casa bastante bonita, atravesó varias salas donde estaban escribiendo muchos empleados que le dejaron pasar sin decirle una palabra, y se introdujo en un despacho muy elegante. Allí un hombre corpulento, encarnado y obeso, de fresca tez y ojos animados, estaba tendido en un sillón, y registraba con negligencia un gran diario mientras tomaba una jícara de chocolate.

— Bien, dijo imperiosamente Micael: ¿asi es como desempeña V. su cargo? Cuidado, señor Langeau: al poner á V. al frente de esta casa de giro he querido hacerle un testa de ferro y no mas: ya lo sabe V.; y me parece extraño que en vez de vivir con decencia adopte V. unos modales que no puedo tolerar. ¡Chocolate! ¡una batal! ¡un diario! y sin duda tendrá V. un coche en la cochera y caballos en la cuadra. ¿Con quién cuenta V. para pagar tales gastos?

— Mi querido señor Micael, no riñamos si á V. le parece, y hablemos de cosas mas graves. ¿Ha recibido V. mi carta?

— En el momento en que noté la sustraccion del testamento. Estoy perdido sin remedio. ¿Han venido aquí? ¿Qué han dicho? ¿Qué han hecho?

— El sacerdote se ha presentado, y le apoyaban dos jóvenes de traza medianamente insolente. Uno de ellos era Arnoldo. Han hablado de la justicia: ¿qué se yo? Me encontraba solo, y no ocurriendome nada que responder, le he convidado á todo trance á que vuelva á las cuatro.

— ¿Bajo de qué pretexto?

— Para darme tiempo de arreglar mis cuentas y no hacer quiebra con las manos vacías.

— ¿Y han consentido en ello?

— No ignoran que yo no soy aquí nadie; pero como la casa está en mi nombre y gira con capitales que son

suyos, querian antes de enviar á V. á presidio, lo cual no los haria adelantar nada, porque siempre tendriamos tiempo para distraer parte del dinero.....

—Silencio, interrumpió Micael estremeciéndose: todo eso me lo has explicado en tu carta: ademas es inutil insistir sobre esas particularidades. Solamente quiero saber lo que dijeron al marcharse.

—Nada mas sino que iban en busca del fiscal para que mandase prender á V.

—Miserable, ¿y los has dejado partir?

—Pues ¿habia de abandonarles la caja?

—Pero tú me has dicho que el dinero está seguro.

—Desgraciadamente nuestros capitales estan en giro, y el dia que suspendamos los pagos no hay que pensar en recobrar nada: acudirán todos los acreedores, y los deudores se estarán muy quietos. Esto es lo que pasa siempre. Debe V. contentarse con lo que hay aquí y procurar trasponer la frontera cuanto antes.

— ¡Apenas veinte y cuatro millones! Eso no es nada.

—Con todo no es una cantidad despreciable, y en el pellejo de V.....

—Calla, miserable, que me asesinas con tus reflexiones.

—Advierta V. que no hay que perder un instante, y V. está gastando mucha saliva.

— ¿Dónde está el dinero?

—En un coche de alquiler que le espera á V. en el portillo del Roule.

— ¡Un coche de alquiler! Me han robado, estoy arruinado, perdido.

—En el coche hay un escribiente, que le reconocerá á V. y le cederá el puesto.

—Y ¿cuánto tenemos en giro?

—Cerca de cincuenta millones.

— ¡Y hay que contentarse con veinte y cuatro! Es una infamia.

— Por mis sueldos he separado alguna cosa, una friolera; mas lo restante le será á V. fielmente entregado. Con todo dése V. prisa, que la policía le sigue la pista, y es muy probable que tenga V. que perderlo todo, y ademas le enviarán á Tolon; mas ahora caigo, cuenta V. sesenta años y se librará del baño.

Micael indiferente á estas crueles palabras no pensaba mas que en su dinero, y hasta la vida le parecia poco en comparacion de la pérdida de su riqueza. Mientras hablaba Langeau, se paseaba el viejo á paso largo, taciturno, pálido, bañada la frente de un sudor frio, con los puños cerrados y los ojos hoscos.

De pronto se paró, y dando una patada en el suelo dijo:

— Rouilloux me ha vendido: estará en inteligencia con el negro y ese abominable clérigo.

— Siempre le dije á V. que desconfiara de Rouilloux.

— Escribia diez horas diarias por treinta sueldos: ¿cómo habia de sospechar de semejante hombre? Pero tú, Langeau, trata de darme tus cuentas y aflojar lo que me has robado.

— Eso lo veremos otro dia: yo no soy responsable de nada, y he tomado mis seguridades: V. es otra cosa.

— La bancarota es indispensable, prosiguió Micael; pero ¿y los veinte y cuatro millones?

— Repito á V. que le aguardan en el portillo del Roule.

— Menos lo que tú has distraido: dime cuánto.

— Hoy no: tambien debo pensar en huir. Diré que me han robado, nada mejor; pero tal vez no parecerá suficiente: podrian atraparme y enviarme á la carcel, y V. conoce que eso no es nada agradable.

— Yo te delataré.

— Seria trabajo perdido, y preferirá V. escaparse conmigo.

— ¿Y á dónde? ¿cómo? ¿por qué tratar de huir?

Todos me venden : aun tú á quien he colmado de beneficios y llenado de dinero , no tienes vergüenza de decir en su cara á un anciano debil, desgraciado , sin amparo ni defensa : Yo tambien te he robado. ¡Oh! mira, eso es infame por demas , y es preciso que recibas el castigo del cielo ó de los hombres.

— Yo juzgaba que no creia V. en Dios, y que las leyes le causaban la sonrisa del desprecio. No me he olvidado de sus teorías en esta parte , y he aprovechado sus lecciones. Escuche V. : ya que no tiene absolutamente empeño en huir , y ademas no corren ningun riesgo los veinte y cuatro millones que le quedan ; quiero explicarle á V. cómo veo yo todo esto. Un bribon que es despojado, ¿ puede gritar justamente para que se persiga al ladron? Creo que no; y el silencio de V. me prueba que es enteramente de mi opinion. Resta ahora la cuestion de conciencia , de honor &c. Pues bien gracias á los ejemplos de V. , he llegado á ver en todo esto unas palabras sin ningun sentido ni consecuencia. ¿ De qué se queja V? En otro tiempo sustrajo V. cinco millones, que en menos de sesenta años han producido sesenta y tantos : ahora se ve V. forzado á sacrificar cincuenta; pero tiene escondidos en una parte dos ó tres millonajos, que juntos con los que yo he salvado componen muy cerca de treinta : es una especulacion muy ventajosa. Vaya, ¿ quiere V. tomar chocolate ?

— Si á lo menos hubiera yo quemado ese maldito testamento , exclamó Micael que no habia escuchado.

— Sí, repuso Langeau, ¿por qué no haberle quemado?

— ¡Y preguntas tú por qué! exclamó Micael fuera de sí.

Y se sentó junto á la chimenea , se tapó el rostro con las manos , y permaneció asi en una completa inmovilidad mientras que corrian las lágrimas hilo á hilo entre sus dedos descarnados y rugosos , y despedazaban su pecho algunos suspiros convulsivos. Considerabale

Langeau con aire indiferente y desdenoso, y decia para sí: Vea V. á dónde conduce la avaricia. La sed del oro ha extinguido toda idea en su cerebro, y no puede salir de él mas que el temor, la pusilanimidad y la locura. Lloro por una riqueza de que no sabia disfrutar. Tampoco ignora que el fruto de un crimen compra la impunidad, y quizá no querria su perdon á costa de una moneda de oro. Nunca tendrá valor para huir conmigo, y preferirá agarrarse á la caja y morir allí sin resistencia ni esperanza antes que entrar resueltamente en la senda que yo me he trazado. Habré de llevarle á la fuerza, porque todo lo he previsto, y necesito de este hombre: no trato de dejar un testigo á mis espaldas.

De improviso se acercó Langeau al viejo, y dandole en el hombro le habló asi:

— Arriba, esta es la hora de mostrar valor. Por última vez ¿quiere V. parte de sus tesoros y la libertad, ó nada y el calabozo, los grillos, la ignominia y tal vez la muerte?

Micael se estremeció, contempló de hito en hito á su interlocutor, y con voz poco segura respondió:

— Tu carta me hablaba de esperanza, y ahora tú mismo confiesas que se ha perdido todo irremisiblemente.

— Restan veinte y cuatro millones: si yo hubiera escrito á V. que para conservarlos era preciso abandonar cincuenta, se hubiera V. vuelto loco, y he preferido engañarle, traerle aquí y obligarle á seguirme, porque veo bien que no se halla V. en disposicion de ir al portillo del Roule y habrá que llevarle.

— Pero ¿estás seguro de que ese clérigo quiere hacerme prender?

— El único medio de evitarlo es restituir el patrimonio de Arnoldo.

— ¿Te lo ha dicho él?

— Ni siquiera una palabra.

— Pero ¿qué ha venido á hacer aquí?

— Una intimacion previa, una simple formalidad, sin la cual no podia sacar una orden para que V. compareciera ante el juez.

— Y ¿si yo entrego los cinco millones?

— Es ya muy tarde.

— Tú me has dicho que él volveria á las cuatro.

— De aquí á entonces habrá tomado sus precauciones para estorbar nuestra fuga, y sin duda está cerca de esta casa.

— Pues entonces ¿qué hablas de ir al portillo del Roule?

— Porque tal vez sé yo otro camino que el de la calle.

— ¿Cuál es?

— ¿Está V. resuelto á seguirle?

Micael vaciló, y en vez de responder á esta pregunta preguntó si el sacerdote se habia presentado en compañía de un letrado.

— No se trata de una simple restitucion, dijo Langeau, sino que hay que responder ademas de los crímenes cometidos con este motivo; y el sacerdote no es hombre que perdone á V.

— Si probáramos á tratar con él.....

— Repito que ya es muy tarde.

— Pero ¿por qué no le pagaste esta mañana?

— Porque V. lo hubiera desaprobado, echadome á la calle ó mandado asesinarme, y luego porque no hubiese servido de nada la condescendencia: tras de la cuestion de dinero viene la de la muerte de un hombre. V. recibió un depósito de manos de un administrador llamado Beltran y le mató; pero el viejo tenia un hijo. Ya ve V. que de todos modos la quiebra es inevitable, y que hubiera sido absurdo desprenderse de cinco millones, mas los intereses compuestos en un espacio de cerca de sesenta años.

— ¿Y cuáles son ahora tus proyectos?

— ¿ Puedo creer que cualesquiera que sean se conformará V. con ellos ?

— Veré.

— No le queda á V. otro arbitrio que entregarse á mí, ó caer en manos de la justicia.

— ¿ Qué dices ?

— Mire V. por esa ventana, y verá que el patio se va llenando de tropa y agentes de policia: escuche V. á esa puerta, y oirá que aquí todo es confusion, desorden, ruina y desesperacion; y sin embargo yo estoy sereno y le digo otra vez si quiere huir conmigo. Tengo veinte y cuatro millones puestos en paraje seguro: conozco un paso secreto y una guarida impenetrable: todo está previsto: la bancarota es infalible: por la última vez ¿ consiente V. en seguirme ?

— ¡ Ah ! exclamó Micael juntando las manos: ¿ qué va á ser de nosotros ? ¿ Qué quieren todos esos hombres que hay allá abajo ? ¡ Qué griteria ! ¡ Qué tumulto ! Escondeme por compasion: huyamos: la vida solamente, Langeau, nada mas que la vida, y mis riquezas son tuyas.

— Piense V. que mas tarde ya no sería tiempo de retractar esa promesa.

— ¿ Quién te habla de retractar ? No puedo ver á Allameida hasta la noche, y de aquí á entonces habré sido preso no una sino veinte veces, si no me ocultas tú. Pero por favor date prisa, que creo que llaman á esa puerta. ¿ No oyes ? ¡ Oh ! compasion, compasion: Langeau, salvame.

Y el viejo juntando las manos é bincado de rodillas andaba á rastra.

— No tiene V. nada que temer: calle V. y déjeme responderles.

Diciendo esto Langeau echó mano á un resorte oculto en el enmaderamiento, y se descubrió un ancho pasillo en donde entró precipitadamente Micael: siguióle su

compañero, se cerró otra vez el tabique, y en el mismo instante se oyó una fuerte detonacion en el despacho de donde acababan de salir. Micael dió un grito: Langeau le tapó la boca, y le dijo al oido:

— Cuando estemos doscientos ó trescientos pies debajo de tierra, puede V. hacer exclamaciones y lamentos libremente y sin sujecion; pero hasta entonces prudencia y discrecion.

Bajaban una escalerita de caracol: Langeau caminaba el primero con una linterna en la mano, y le seguía Micael pálido y trémulo. Estuvieron bajando mucho tiempo los dos fugitivos: al cabo ya pudieron caminar por terreno llano, y á pocos pasos sacó Langeau una llave y abrió una puerta. Entraron en una cueva, y Langeau volvió á cerrar, puso la linterna en el suelo, y dijo á Micael:

Previendo mucho tiempo há una catástrofe mandé construir esta cueva, de que no puede sospechar ningun ente humano; y si los presidiarios licenciados que empleé en construirla quisieran hoy vendernos, hay aquí bastante pólvora para volar todo el barrio de la Chausseé-d'Antin. No tiemble V. así, Micael, que la pólvora no hará por sí sola explosion, y aunque al venirnos prendí fuego á la casa, no puede llegar aquí ninguna chispa. Serenese V., y oigame. Arriba se estan quemando nuestros papeles, cofres y papeleras, en fin toda la casa, y nadie piensa en perseguirnos: es aquella obra de mas de seis horas: de aquí á entonces se habrá venido encima la noche, y podremos salir por la otra puerta que V. ve allá bajo; pero ante todo es menester ratificar por escrito la promesa que me ha hecho V. de poner á mi disposicion los veinte y cinco millones que le restan.

— Jamas, jamas, repuso el viejo: ¡yo reducirme á la miseria! ¡Oh! ¡Langeau, tú no lo has pensado. ¿Ignoras que para amontonar todo ese dinero he tenido que robar, matar y corromper? ¿No sabes que he mancha-

da mi vida y condenado mi alma? He estado trabajando cincuenta años y me he reducido á la condicion de esclavo: he sido el brazo de todos los crímenes y el agente de todas las maldades: he vendido hasta mis propios hijos por dinero; ¡y vienes ahora á pedirme que te le entregue! ¡Oh! no: mira, ese es el precio de la sangre y del honor: es la compensacion del desprecio con que me castigan los hombres, y de la vergüenza que me reserva Dios; porque yo te he engañado, Eduardo, para perderte tambien á tí; pero creo en Dios y en el alma, y el remordimiento es para mí un tormento que debe pagarse con algo. Sé que me he equivocado; pero ya es demasiado tarde para retroceder: la mano de Allameida me ha cogido y es preciso andar. Sin embargo el dinero no me ha dado nada, y las riquezas han sido tan pesadas para mí como la cadena de un galeote y tan amargas como la agonía de un condenado. Soy desgraciado y maldito, y lo he merecido. Tú, Langeau, tienes todavia mucho tiempo de vida: pues bien te lo digo hoy en este soterráneo donde Dios solo nos oye, abandona el crimen, repara los yerros pasados, sé hombre honrado y buen cristiano: á falta de oro encontrarás la conciencia, y preferirás la dicha de haber obrado bien una vez á las horribles delicias del crimen. La ambicion es una quimera, la riqueza una mentira, y hasta el placer se convierte en una burla cuando solamente se puede conseguir atravesándose uno mismo el corazon con el puñal del remordimiento.

— Verdaderamente, Micael, hablas como un predicador; pero no sabes hacer nada con oportunidad. Si quince años há me hubieses hablado en ese lenguaje, puede que entonces le hubiera escuchado; pero ahora tengo formada mi resolucion: el mal es mi patrimonio, y yo no soy hombre de pararme en el camino y de cambiar mi destino por otro. Además ¿podria hacerlo? La sociedad para castigarme por un instante de arrepentimiento

me condenaria cuando menos á prision perpetua, porque bien sabes que he sido falsario, y tú me habias prometido enviar al otro mundo los testigos que me incomodan en este. Yo no puedo presentarme otra vez á la luz del dia sino para cometer nuevos crímenes, para librarme de las resultas de lo pasado. Mi vida está consagrada á la infamia, y tú lo has querido: ahora me toca á mí dictarte mi voluntad, y seria injusto y absurdo que sucediera de otro modo. ¿Por qué te he de tener consideraciones? ¿Porque en un tiempo me metiste en un horrible colegio, donde no aprendí sino que á despreciar á los que debian instruirme, y á comprender que no hay nada cierto mas que la necesidad de medrar y encumbrarse lo mas pronto y mas alto que sea posible, destruyendo sea como fuere á los competidores aglomerados en el camino? Yo era un huérfano abandonado, destinado acaso á ser mozo de labranza ó soldado: en una ú otra condicion de estas podía hacer mi suerte con paciencia y valor. La educacion que me diste me perdió, porque excitó en mí el orgullo, la envidia, la pasion de dominar y el amor á los goces que solo el dinero puede proporcionar. Mi gratitud para contigo seria una necedad y un delito. ¿Has olvidado los consejos que me has estado dando hace cerca de veinte años? ¿No me has contado tu vida? ¿Ignoro yo por qué serie de maldades has llegado á enriquecerte? ¿Hay crimen que no hayas cometido, ni bajaiza que no me hayas aconsejado? Pues yo aprovecho el ejemplo y hago contigo lo que tú hiciste con tus bienhechores. Micael, es preciso que me entregues tu tesoro ó que mueras.

El viejo arrimado á la pared escuchaba aterrado el discurso de Langeau: aplicaba el oido para cerciorarse de si podria implorar el auxilio de algun ser viviente: levantaba los ojos al techo esperando descubrir á lo menos un poco de claridad, algo que le recordase el mundo, la existencia; mas no hallando á su rededor

sino soledad y tinieblas inclinó la cabeza sobre el pecho, juntó las manos, exhaló un suspiro, y pensó en la muerte.

— ¿Debo interpretar tu silencio por una repulsa? repuso Langeau. Pues no pienses que vas á morir instantaneamente sin dolor ni tormento. No quiero coserte á puñaladas ni levantarte la tapa de los sesos: eso seria obrar con demasiada celeridad, y pudiera ademas encargar mi conciencia. El género de muerte que te preparo, tendrá dos ventajas: ahorrarme el disgusto de derramar sangre y darte tiempo de entrar en reflexion. ¿Cuántos dias juzgas tú que se puede vivir sin comer?

— ¡Morir de hambre! ¡yo que soy tan rico! No puede ser. No te atreverás á proceder asi con un hombre que te ha dado lo que tienes, y te ha hecho lo que eres.

— Yo soy un falsario, repuso Langeau con voz siniestra, y para tener algo me veo precisado á hacerme asesino.

— Pero piensa que Allameida nos dará cuantiosos tesoros: piensa que es rey: que todo lo puede; y que sin mí no te atreverias á presentarte delante de él.

— Sí, respondió Langeau despues de reflexionar un instante: Allameida te vengaria: conviene que ignore si existes: es preciso tambien que dejes de existir.

— Su vista penetra las paredes: su mano profundiza hasta en las entrañas de la tierra; y él me libertará. No esperes ocultarle mi muerte, porque la leeria en tus ojos, ni pienses eludir su venganza. El sabrá sacarla de las mismas precauciones que tú tomes para substraerte de ella.

— Y ¿por qué te ha de vengar? Cuando ya no existas, yo le seré necesario, porque sé prever y dar el golpe mejor que tú. Ya vas siendo viejo, Micael, y no sirves mas que para comprometer ó desgraciar una empresa: tiempo es de que me cedas el puesto. No obstante dices bien, el brazo de Allameida es fuerte, sus

miradas tienen largo alcance, y es menester hacer de modo que no te encuentre vivo.

Al acabar estas palabras sacó del bolsillo una navaja catalana, se colocó entre Micael y la linterna, luego se abalanzó al usurero, le cogió con una mano y ya iba á herirle con el arma, cuando gritó el viejo:

— Langeau, no me matarás: soy tu padre.

Langeau aterrado dió un paso atrás y soltó la navaja: Micael la cogió, y con tono mas firme prosiguió:

— Ahora todo es igual entre nosotros, y si tratas de escaparte, antes que des un paso te dejaré clavado en esa puerta.

— ¿Se olvida V. de que estamos rodeados de pólvora? respondió Langeau agarrando la linterna.

— Y ¿sacrificarías á tu padre?

— Y ¿mataría V. á su hijo?

Hubo un rato de silencio. De pronto se apagó la luz, y por el ruido de una llave que daba vueltas en la cerradura, conoció Micael que se habia quedado solo y encerrado en el soterráneo.

— ¡No me ha dejado mas que una navaja! exclamó tirandose al suelo. Por agradecimiento á que me debe la vida, me deja en libertad de acabar con la mia cuando se me haya hecho demasiado horrible la agonía á que me condena.

Despues pensó en Allameida, y resolvió aguardar para quitarse la vida á que se hubiese desvanecido completamente toda esperanza de ser libertado por el misterioso desconocido.

**IX.**  
 En la mañana del mismo día mientras que Micael deliberaba con sus amigos en su habitacion del Monte Parnaso, el sacerdote acompañado de Arnoldo, Eugenio y un personaje vestido de negro se habia presentado inopinadamente á Langeau, y abriendo el papel que acababa de sustraer el negro Francisco, dijo:

— Sé muy bien que V. no es aquí mas que el agente de otro, y que seria inutil insistir por mi parte en hablar al verdadero jefe de esta casa. V. no ignora que el marqués de Valencey encomendó á su administrador un caudal estimado en unos cinco millones. Aunque hace mucho tiempo de esto, no se me ha olvidado nada, y los papeles estan corrientes. El administrador ha muerto en el hospital de Bicetre; pero habia quedado depositado en mis manos un escrito suyo, anterior al accidente que se ha querido calificar de locura. Aquí está ese documento: los cinco millones que reclamo, fueron entregados por el administrador al sujeto cuyo lugar ocupa V. Ninguna circunstancia de estas es ignorada de V.: sírvase pues declarar á Arnoldo de Valencey que está aquí presente, cuáles son sus intenciones y si piensa V. aguardar una demanda judicial para restituir la suma ilegalmente retenida. Note V. bien que cualquiera que sea su determinacion, no trato de ningun modo de renunciar el derecho de perseguir el abuso de confianza, el crimen de falsificacion, la muerte del administrador, la detencion de Enriqueta y el atentado cometido ayer en mi persona.

— No tengo absolutamente ninguna parte, ni aun noticia de estas últimas circunstancias. En cuanto á la herencia del marques condesciendo en satisfacer la peticion de V., si es que el señor Arnolfo de Valencey puede justificar su filiacion.

— A falta de partida de defuncion, repuso este á quien el sacerdote habia dado sus instrucciones, aquí traigo un atestado del consub francés en Alejandría y una fé de bautismo firmada por mi tio el conde de Valencey, presbítero, aquí presente: en el pais donde yo nací, no se usan las certificaciones de la autoridad civil.

— Todo esto no está muy en regla, replicó Langeau; pero no importa: ademas yo sé la verdad de los hechos y estoy pronto á condescender con los deseos de VV.: tengo órdenes sobre el particular. Pero la cantidad de que se trata.....

— Sin perjuicio de los intereses, interrumpió el hombre vestido de negro que acompañaba al sacerdote y los dos jóvenes.

— Eso no hay que decirlo, prosiguió Langeau. Pero en un minuto no se encuentran millones. Sirvanse VV. pues volver á las cuatro de la tarde, y acaso tenga entonces la fortuna de poder cumplir con VV.

— No volveremos, dijo el sacerdote: basta que se haya V. expresado del modo que lo ha hecho delante de mi sobrino y de los testigos que le acompañan. Nosotros sabremos recordar á V. sus palabras en el tiempo y lugar oportuno.

Y el anciano, los dos jóvenes y el hombre vestido de negro se retiraron sin aguardar la respuesta del banquero. Luego que estuvieron fuera de la casa, dijo el presbítero Valencey al personaje extraño: Lo demas toca á V.

Aquel á quien hablaba respondió con una seña y luego alargó la mano: al instante aparecieron cuatro alguaciles que conversaron con él en voz baja. A poco

entraron dos de ellos en una taberna situada en frente de la casa; y el desconocido se trasladó con los otros dos á la habitación de Micael, para proceder á la prision de que hablamos al principio del capítulo anterior.

El sacerdote se volvió hácia los dos jóvenes y les dijo: — Aunque sea indispensable para nuestros proyectos la herencia que acabamos de reclamar, no creas, Arnoldo, que esta cuestion sea la primera: ante todo se trata de burlar las esperanzas culpables de nuestros enemigos, y ya lo hemos hecho en cuanto á los medios materiales de que se valian para asegurar el triunfo. Con todo este revés será reparado prontamente por el ingenio fecundo de Allameida, y no sé todavía qué arma emplear contra él: no dejará de recurrir á tus pasiones para detenerte aquí cuando tu deber te llama á otra parte. Ahora conviene pelear en Asia, porque la riqueza que habia dejado tu padre en Francia no es nada en comparacion del trono que te resta conquistar. Te dejo hasta la noche. Vuélvete á tu casa, y allí hallarás al pescador Beltran con quien has contraido sagradas obligaciones. En cuanto á V., Eugenio, escrupulizaria detenerle mas tiempo. Sé con qué impaciencia aguarda V. el instante de empezar á reparar una falta: vaya V., que en casa de Arnoldo nos veremos.

El anciano se marchó á pie: Eugenio tomó un birlocho de alquiler y se fue hácia Nuestra Señora de Loreto; y Arnoldo montando en su coche se dirigió al pabellon de los Campos Eliseos, donde encontró una carta de Leonor. Al leerla se retrató en su fisonomia una expresion de sorpresa y alegría; pero bien pronto arrojó el papel á la lumbre, y dijo á uno de los negros: — ¿Ha venido alguien á preguntar por mí?

El negro inclinó el cuerpo en ademan de afirmacion. — Habla, dijo Arnoldo con impaciencia: ¿quién es? — Señor, un pobre hombre, y se le ha llevado á la reposteria.

— Haz que entre en la sala.

El negro se fue, y á poco volvió con Beltran á quien dejó solo con Arnoldo.

— Acérquese V., dijo este al pescador, siéntese V. en ese sillón: todavía está V. debil, y la distancia que ha andado es larga. Yo debo mucho á su padre de V.: por mí han padecido V. y los suyos; y crea que en cuanto esté de mi parte, me esforzaré á hacerle olvidar lo pasado.

Diciendo esto alargaba el joven la mano al pescador, que la tomó asómbrado; pero no se atrevió á apretarla.

— No es asi como yo lo entiendo, replicó vivamente Arnoldo. Mi casa, mientras yo la tenga, será de V.: justo es que parta todo lo que tengo, con los que han sacrificado hasta su existencia por conservar mis bienes.

Beltran abrió los ojos, miró de hito en hito al joven y respondió:

— Yo no sé absolutamente, caballero, de qué habla V.

— ¿Es posible que no haya V. oído nunca pronunciar el nombre del marqués de Valencey?

— Perdone V., ese es el bienhechor de mi familia.

— Y ¿V. ignora que antes de salir expatriado entregó al padre de V. un caudal que este quiso conservar al heredero legítimo? ¿Ignora V.....

— Escuche V., caballero, interrumpió Beltran: mi padre era ciertamente un hombre bueno y honrado; pero en los últimos años de su vida (y esto se lo puedo confiar á V.) su razon habia declinado considerablemente hasta el extremo (suplico á V. que guarde el secreto), hasta el extremo, digo, que fue preciso llevarle al hospital de Bicetre donde murió loco.

Beltran sacó con mucha gravedad un pañuelo del bolsillo y se enjugó las lágrimas, mientras que Arnoldo reflexionaba que tal vez era imprudente participar al

pescador todas las circunstancias de que acababa de informarle el sacerdote en la corta travesía desde el pabellon de los Campos Eliseos á la casa del banquero Langeau. Pero por otra parte pensaba que no le habian encargado el silencio; y además ¿qué podia decir á aquel hombre si no le hablaba de su padre?

— Amigo mio, dijo dirigiéndose á Beltran, V. ignora muchas cosas que su protector y el mio no ha podido revelarle antes sin duda á causa de la debilidad, consecuencia inevitable del mal que ha padecido V. Sin embargo cuando él le ha enviado á V. aquí, es probable que le haya dicho mi nombre.

— El caballero Arnoldo.

— ¿Nada mas?

— No señor.

— Verdad es que hace media hora no sabia yo mas que V. sobre el particular; pero á lo menos no ignora V. que existe entre nosotros un vínculo de fidelidad por una parte y de agradecimiento por otra.

— Sé que ha salvado V. á Enriqueta, y esta nueva me ha restituido la salud: fui corriendo primero al monasterio de la Visitacion, donde debe permanecer mi mujer algunos dias: allí hallé el nombre y las señas de V., y me apresuré á venir aquí no solamente para manifestar á V. mi profunda gratitud por este servicio, sino para suplicarle que dé asilo á mi madre y á mis hijos, porque voy á volver á mi trabajo, y por las actuales circunstancias no quisiera dejarlos solos en la casa.

— Repito á V. que mientras yo tenga algo, lo partiré con V.

— Aunque ignoro mis títulos para merecer su bondad, crea V. que no se las habrá con un ingrato, y que si para pagar la deuda que contraigo, no es necesario mas que morir por V., me hallará pronto y resuelto á cualquier hora que lo exija.

— Solo siento una cosa, dijo Arnoldo, y es que no haya traído V. consigo su familia.

— Los he dejado á dos pasos. Mi madre no será enteramente inutil en una casa como esta, aunque no fuera mas que para responder en francés á los que vengan á preguntar por V. Los niños le causarán á V. alguna incomodidad; pero ¡es tan grato proteger la debilidad! Además la superiora de la Visitacion me ha asegurado que V. nos concederia su proteccion. V. conoce que sin consultar antes no me atreveria á pretender semejante favor. Yo me vuelvo á Charenton: tengo acá mi idea: vendiendo la casa que poseemos á orilla del agua, y trabajando dia y noche reuniré una cantidad: V. nos sacará autorizacion para pasar á los beduinos: en una palabra sin ser oidos ni vistos desfilamos para Argel, donde Enriqueta, mis hijos, mi madre y yo estaremos para siempre libres de raptores y de médicos.

— Todo eso es muy bueno; pero hay otra cosa mejor. Yaya V. á buscar á su madre, y yo me explicaré delante de ella.

Salió Beltran, y á poco rato volvió con su madre y los dos mellizos. Arnoldo los hizo sentarse no obstante las excusas de la anciana que temia manchar los sillones, abrazó á los niños, y dirigiéndose á la abuela le dijo:

— No tiene V. que temer nada mientras esté á mi lado, y para quitarle todo escrúpulo permitame V. recordar una cosa, que aunque remota estoy seguro que no se ha borrado de su memoria. ¿Se acuerda V. por lo menos del nombre del marqués de Valencey?

— ¡ Ah señor! dijo levantándose: mi pobre marido era tan fiel á ese señor que al cabo perdió el juicio en sus últimos dias. En la época de la revolucion era yo de la edad del señor marqués, que tenia quince años y llevaba, bien me acuerdo, un precioso uniforme encarnado forrado de negro y todo galoneado de oro. El buen señor no tenia ya padre ni madre; pero le querian en

diez leguas á la redonda. Su hermano, á quien llamaban el señor conde, era menos vigoroso y más bajo; á eso me dirá V. que no tenia mas que doce años y que le destinaban á la iglesia. Por lo demas Beltran, con quien me casé mas adelante, tuvo algunas ideas extravagantes tocante á él. Debo decir á V. que mi buen marido era el administrador de dichos señores, los cuales desaparecieron un día sin que se volviese á oír hablar nunca de ellos. ¡Oh! ¡qué tiempo aquel tan terrible! Se vendian los palacios, se demolian las iglesias, se saqueaba, se mataba, qué sé yo cuántos errores. Por manera que iba uno á misa á hurtadillas, y si cumplia con la iglesia era con riesgo de la vida. Figurese V., señor, que habia en el lugar..... Pero yo le contaré á V. esto mas adelante: volvamos al señor marqués. V. es demasiado joven y no puede haberle conocido; sin embargo es muy extraño cómo se parece V. á él.

— Es que soy su hijo, respondió Arnoldo.

— ¡Su hijo! exclamó energicamente el pescador. Entonces, señor, me atrevo con confianza á establecer aquí mi familia, y no lo lleve á mal el señor cura, renuncio mis proyectos de Argel y no me separo ya de V., si es que necesita de un criado fiel y que no cejará por nada en el mundo cuando se trate de mirar por los intereses de V. y defenderle contra todos.

— Acepto, respondió Arnoldo embelesado de este impulso generoso, y le doy á V. el empleo que desempeñó su padre cerca del mío.

— Entre tanto la madre se deshacia en sollozos y costó mucho trabajo tranquilizarla: despues se desató en efusiones incoherentes y relaciones inconexas, de las cuales no pudo sacar Arnoldo ninguna noticia exacta y formal sobre lo que tocaba al marqués, y los motivos que podian haber ocasionado la detencion de Enriqueta.

Mientras Arnoldo daba posesion de su casa á la familia del pescador, el sacerdote llamaba á la puerta del

monasterio de la Visitacion sito en un barrio desierto, á donde no llegaba el estrépito de la ciudad sino como las lejanas olas del Oceano. Entró bajo de una bóveda larga y oscura, y atravesó un gran patio plantado de árboles y adornado de parras y enredaderas que trepaban por las paredes de los edificios de alrededor. Hacia el fondo de este patio se levantaba una capilla de arquitectura sencilla y grave con un elegante campanario. La capilla estaba unida por un lado á la fábrica del edificio, que dispuesto en cuatro fachadas formaba un claustro por dentro. Por el otro lado se extendía una verja á la altura de medio cuerpo, que encerraba un vasto jardín con altos castaños, verde alfombra de menuda yerba y floridos bosquecillos. Hacia la izquierda se habia dispuesto bajo espaciosos cobertizos una especie de corral, de donde salian de cuando en cuando el cacareo de las gallinas, el arrullo de las palomas y aun el mugido de algunas vacas. Este aspecto campestre era tanto mas suave y deleitoso, cuanto que todas las dependencias de tan pacífico retiro se habian dispuesto con aquel gusto exquisito y aquel profundo conocimiento del arte, que parecen propios solamente de las casas religiosas, y que consisten en dar á las menores circunstancias toda la perfeccion de las formas y todas las disposiciones convenientes bajo las relaciones de la luz, de la sombra y de la perspectiva. Asi no habia nada repugnante que entristeciese la vista, y parecia que en cada objeto se reflectian la serenidad del alma, el espíritu de orden y la esperanza del cielo. Con los aromas del jardín se creia respirar como un perfume del Edem. Con el ruido de la naturaleza y el bramido de los vientos se confundian los graves tañidos de la campana, los sonidos melodiosos del órgano, el canto antiguo de los salmos, la voz argentina de las doncellas y los gritos naturales de los alborozados muchachos. Parecian aquellos lugares una imagen viva de lo que nos pinta la

encantadora poesía, y todo se sonreía en aquella santa morada.

El sacerdote preguntó por la superiora y fue conducido al locutorio, donde todos los muebles se reducían á unas sillas de madera, y el solo adorno era un gran crucifijo negro que resaltaba con la blancura de las paredes; pero estas y el suelo estaban tan limpias y aseadas, la ventana daba á una calle tan magnífica de olmedillas, y hacia tan vistosos cambiantes el sol en los cristales, que el anciano sintió penetrar en su alma no sé qué inefable sentimiento de bienestar y un irresistible recuerdo de las inocentes sensaciones de la niñez y de los primeros candorosos sueños de la edad juvenil. Suspiró, levantó los ojos, y divisó esta inscripción:

*Ya haré florecer el desierto y le transformaré para vosotros en jardín de delicias.*

Y mas allá:  
*La paloma y el águila tienen su nido, y yo, Señor, tu altar.*

Y en otra parte:  
*El que lo abandono todo por seguirme, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna.*

Habia otro texto que no leyó el sacerdote, porque el último le habia dejado absorto. Permaneció mucho tiempo de pie con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. De pronto se puso erguido y comenzó á andar á paso largo: despues se detuvo, aplicó el oido y no oyó venir á la superiora; y juzgando que la detendria alguna obligacion importante, sacó el breviario del bolsillo y se arrodilló segun su costumbre para rezar las horas canónicas. Apenas habia acabado, se abrió la puerta y apareció la superiora.

Levantó el sacerdote los ojos, y vió á una mujer que mas bien parecia un angel por su candorosa modestia y las huellas de un dolor profundo sufrido con una concentrada resignacion.

— Padre, dijo ella, perdone V. tanta tardanza: ya sabe V. que estoy mala hace mucho tiempo, y cuando me iba á levantar para venir aquí, me ha dado un vahido.

— ¿Ha perdido V. el conocimiento? preguntó el sacerdote con inquietud.

— Quisiera haberselo ocultado á V. el interés tan vivo que se toma V. por mí, me impone el deber de excusar á V. la relacion de estas particularidades.

— Señora, es necesario verse con el médico y seguir un regimen.

— Es inutil consultar cuando uno está resuelto á no hacer lo que le prescriban.

— Permitame V. decirle que esa es una idea rara que puede llegar á ser culpable.

— Creo que lo es menos que el mal ejemplo que daría yo aquí eximiéndome de la regla.

— La regla ha previsto las enfermedades, y hasta manda como un deber no omitir medio alguno de cuantos pueden contribuir á curarlas.

— V. sabe que hay algunas incurables, repuso la religiosa dando un hondo suspiro.

El sacerdote se levantó y dijo:

— Señora, mi obra es bien imperfecta si se halla V. aun en el caso de tener por fortaleza la desesperacion y por inspiracion divina la flaqueza de la naturaleza. Las penas de V. son grandísimas, no pretendo negarlo; pero el ver con una suerte de satisfaccion los estragos que hacen en la máquina de V., complacerse en la destruccion de su existencia y calcular con gozo cada instante que puede reunirle con los que espera hallar en el cielo, sería engañarse y perderse. Dios no acepta tales holocaustos, y pudiendo la negligencia acarrear voluntariamente la muerte debe considerarse como un crimen.

— V. lo dice, y yo debo creerlo y someterme: le

conjuro á V. que ruegue por mí, padre mio: alcánceme la fortaleza y el valor de estimar tanto la vida, que vea una calamidad en la muerte.

Diciendo esto se deshacia en llanto la religiosa. El sacerdote consideró con una dolorosa conmiseracion á aquella mujer, joven todavia y bella, pero oprimida con un infortunio irremediable y reducida á pedir al cielo valor para sobrevivir á la desgracia.

— Hija mia, repuso el anciano con voz dulce y afectuosa: la vida y la muerte son palabras: el alma ha sido criada para una eternidad, y los pocos instantes que pasamos en la tierra, no merecen apenas que se invente un nombre para expresar su duracion. No obstante esta corta prueba es terrible y decisiva. No bastará no haber hecho ningun mal, sino que se pedirá mucho á quien se haya dado mucho. Pues bien, hija mia, Dios habia dispensado á V. las brillantes prendas que se estiman en el mundo, y al mismo tiempo aquellos sentimientos é instintos de ternura y amor que hacen como imposible la vida despues de muerto un hijo querido. Cuidado con hacer de los dones celestiales un instrumento de perdicion y quebrar el edificio de la salvacion en la piedra misma que debia servirle de fundamento. Levante V. los ojos arriba para reanimar su fé, y dígame si el que fabricó esa bóveda azul tan resplandeciente de luz, ocultó la nada tras de esos velos. Fije V. tambien una mirada en la Vírgen que está al pie de la cruz, piense en la espada alegórica que traspasa su casto seno, y fortifique V. su valor á medida de sus penas y dolores. Por fin no olvide V. que al renunciar el mundo ha abjurado las ideas de él, y que debe V. descubrir la resurreccion, la eternidad y la gloria donde el mundo no ve mas que un sepulcro.

Calló el sacerdote: la religiosa no lloraba ya: habia recobrado la serenidad y la paz, y retozaba en sus labios como una vaga sonrisa.

— Bien sé, añadió, que mi debilidad es mucho mas culpable por cuanto mis deberes no se reducen á mí sola. Al aceptar el gobierno de esta casa me impuse la obligacion de velar, orar y padecer por todos los que en ella habitan; pero la naturaleza es egoista hasta el punto de triunfar de las mas santas resoluciones y de los deberes mas sagrados. Perdone V., padre, que le hable siempre de los mismos dolores. Yo me esforzaré á aspirar á una fé mas firme, una esperanza mas viva y una caridad mas ardiente: trataré de olvidar ó á lo menos de vencerme: V. será indulgente, y con el auxilio de sus consejos y la asistencia de sus oraciones alcanzaré aquella tranquila resignacion y aquella dulce sumision que admiro en las que me rodean, y yo sola no puedo adquirir.

El sacerdote meneó la cabeza diciendo para sí: Solo Dios puede sondear lo que encierra el corazon de una madre.

La religiosa se equivocó acerca del ademan de su director, y temiendo haber molestado al santo varon con la relacion de un dolor personal se apresuró á decirle:

— Sin duda tenia V. que hablarme en favor de alguno ó comunicarme algun nuevo plan, porque su solicitud suma para con nosotras y las multiplicadas peticiones que le dirigen, no le dejan apenas pasar un dia sin aumentar los beneficios del anterior.

— Si alude V. á la obra que hemos emprendido para acomodar criadas y costureras, le confesaré á V. que tengo el corazon oprimido de angustia. Un tal señor Hideux (1) acaba de publicar un libro, en el que nos acusa de que introducimos espías en las familias para que nos den cuenta iminuciosa de la conducta de sus amos ó

(1) Esta palabra en francés significa *horrible*, *feo*, *disforme*.

maestros, del género de sus conexiones, del gasto que hacen, de las palabras que hablan, y de los manjares que comen en ciertos días. Dicese tambien que el asilo que abrimos para las mujeres desamparadas, las huérfanas y los niños perdidos adrede en las calles, no es mas que una escuela de hipocresía y bajeza; y se llega hasta el extremo de afirmar que estas desventuradas criaturas son formadas por nosotros en todos los vicios: que las recogemos en las sentinas de la sociedad, á veces en la escalera del patibulo; y que por medió de atroces maquinaciones sabemos captar su confianza, subyugar su docilidad y forzarlas á ser instrumentos infames de nuestra monstruosa codicia y de nuestra sacrílega ambicion.

Al oír la superiora estas palabras no pudo menos de reírse y dijo:

— Es preciso confesar que ese señor Hideux aparte de su perversidad está dotado de muy rara impertinencia. ¿A dónde quiere ir á parar con todas esas locuras?

— A extinguir en Francia todo sentimiento religioso, á ridiculizar al sacerdote y á menospreciar los beneficios del cristianismo.

— Perdóne V., padre; pero me parece que exagera V. mucho las resultas de esas impugnaciones. Ningun hombre de juicio podrá leer sin indignarse tales calumnias, y nadie es tan estúpido que dé crédito á unas imputaciones fáciles de desmentirse con hechos públicos.

— Es cierto, señora; pero ¿quién querrá creernos cuando afirmemos haber salvado de la deshonra hace un año ó librado de la muerte ó la miseria á mas de cien personas, que hoy día viven trabajando en una ocupacion suficiente para cubrir sus necesidades y capaz de proporcionarles mejor suerte en lo sucesivo por nuestras diligencias? ¿Habrá que hacer una informacion sumaria? ¿Publicaremos nosotros las escenas de que he-

mos sido testigos? ¿Mandaremos grabar las lágrimas que hemos enjugado? ¿Enviaremos á un tribunal el número de nuestras limosnas? Entretanto el pueblo verá en todas partes escrita con letras de sangre la palabra *jesuita* como un espantajo: al rededor de este nombre se acumularán todos los epítetos injuriosos que pueda sugerir el odio: se inventarán crímenes y se publicarán colecciones de ellos: y aun al pié de estas tapias oirán VV. las risotadas y blasfemias, porque á los ojos de los ignorantes una acusacion y una sentencia difamatoria son una sola y misma cosa. Nuestro nombre, nuestro traje y nuestras personas serán señales de ultraje é ignominia; y entonces ¿qué haremos? ¿Quién levantará la voz? ¿Serán VV. desde este retiro? Opónese el carácter de VV., y se lo prohíben sus votos. ¿Seré yo desde el púlpito? Me avergonzaria de degradar la santa palabra hasta el punto de emprender tal apologia, y el buen gusto y la decencia me cerrarian la boca á la primera expresion. Entre tanto se oirá mas violenta griteria: los libelos se multiplicarán al infinito; y los desgraciados verán en nosotros unos verdugos, los ricos unos enemigos, y solo Dios puede saber dónde se atajará el mal.

— ¡Y todo eso por un libro que lleva la firma del señor Hideux!

— No se ria V.: ese libro encontrará eco y por consiguiente imitadores hasta que uno de ellos resuma á sus antecesores y marque una nueva era en la historia del pensamiento humano: la república habia tenido generales antes de Bonaparte: Voltaire no inventó el escepticismo; y el Antecristo cuando aparezca sobre la tierra...

Aquí se detuvo el anciano por el ruido que hizo la puerta del locutorio: volvió la cabeza y vió en el umbral á la amable y tímida Enriqueta, la mujer de Beltran, que se adelantaba hácia él.

— Padre, dijo esta, he oido la voz de V. al atrave-

sar el jardín; y nuestra madre (añadió mirando á la superiora) me perdonará que no haya podido resistir al deseo de ver á V. cuanto antes despues de una separación tan larga.

El sacerdote no pensaba en responder: tan conmovido estaba con la vista de la joven. Un cautiverio de algunos meses habia producido notable mudanza en toda la persona de la pobre Enriqueta: estaba ojerosa: al vivo carmin de su agraciado rostro habia sucedido una palidez mortal: su enflaquecimiento era extremado, su aire triste y doloroso, su modo de andar lento y como de quien está enfermo: en sus secos labios se echaba de ver en vez de una blanda sonrisa aquella contraccion nerviosa que tanto aflige á quien lo ve, y que indica el hábito de los padecimientos y las frecuentes congojas de un dolor profundo. El sacerdote se quedó como pasmado al contemplar aquella alteracion: su vista escudriñadora penetraba por entre tan funestos síntomas y leia en el fondo del alma la historia angustiosa de todos los dolores de su hija adoptiva.

— ¡Pobre joven! exclamó por fin enjugándose algunas lágrimas y alargando la mano á Enriqueta, quien la cogió y la besó con respeto. Sientese V. (continuó con tristesima voz): cuenteme sus tormentos, y ante todo manifiesteme si no se ha desmentido su valor, si no ha titubeado jamas su fé, si ha ofrecido V. siempre sus lágrimas á Dios, y si mientras se destruia su dicha y parecia aniquilada toda esperanza, no ha conocido V. la ira, las quejas, ni la debilidad.

— Me he acordado de los santos y he tratado de seguir sus ejemplos, respondió Enriqueta bajando los ojos mientras que se sonrosaban ligeramente sus mejillas.

— Dios mio, gracias os doy, exclamó el anciano, porque en medio de nuestras tribulaciones nos proporcionais tales triunfos. Regocijese V., hija mia, por haber hallado una vez en la vida la ocasion de levantarse y en-

grandecerse tanto por las penas: ha sido V. perseguida por la justicia y ha dado testimonio por la paciencia y la fortaleza. Delante de Dios nada es perdido: ¿qué importan el mundo, la gloria y las riquezas? Algun día (acuérdesse V. de lo que le digo) la humildad de ahora la coronará de una aureola mas resplandeciente que lo está el sol á nuestros ojos.

Enriqueta escuchaba con enajenamiento estas palabras de entusiasmo, y lejos de ensoberbecerse sentia una especie de vergüenza en su corazon, pensando cuánto distaba de las perfecciones y merecimientos que le atribuía el anciano sacerdote.

— ¿Ha visto V. á sus hijos? añadió este con cierta prontitud afectuosa.

— Acabo de abrazarlos.

— ¿Y Beltran?

— Tambien ha padecido mucho, repuso melancólicamente Enriqueta.

— Es, replicó el sacerdote, porque estan VV. unidos segun Dios, y los dos no forman VV. mas que un solo ser.

— Padre, dijo la superiora levantándose, dejo á V. con nuestra querida hija y volveré dentro de un rato.

— Si necesita V. acudir á otra parte, hace V. bien; pero de lo contrario sirvase quedarse, porque es preciso que se entere de todo lo que toca á Enriqueta, la cual no tiene otra madre que V. en el mundo; y conviene que discurremos juntos los medios con que podría V. protegerla si de una hora á otra dispusiera de mí el Señor.

— ¿Qué dice V., padre? repuso Enriqueta dando un salto de terror.

— Digo, hija mia, que nadie sabe la hora en que le llamará Dios: muchos son sorprendidos durmiendo, otros en medio de los planes mas halagüeños y algunos en sus buenas obras. Ni la juventud, ni la dicha no nos

aseguran un instante de existencia: ¿qué pensaremos pues de un anciano que ha padecido mucho y que está cercado de enemigos?

Las dos mujeres le miraron con inquietud.

—¿Por qué se turban VV. hijas? les dijo él. ¿Se olvidan de que solo Dios es su padre, y que este mundo no es nuestra patria?

Al acabar esta frase suspiró y miró al cielo. Así estuvo algunos momentos sin hablar, ni cuidarse de Enriqueta y de la religiosa: cualquiera hubiese dicho que el alma del santo anciano había abandonado el cuerpo, ó que se revelaba á su espíritu una manifestacion divina. Bien pronto asomó á sus labios una sonrisa triste y resignada: bajo él la cabeza y prosiguió con voz lenta y un tanto alterada:

— Yo pelearé hasta el último aliento y no cesaré de auxiliar á VV. con los consejos que Dios me inspire; pero repito que está próximo el dia en que debo separarme de VV. Conozco que he vivido mucho tiempo, y que la tierra ha cambiado muchas veces á mi rededor. Camino por senderos nuevos, y no subsiste nada en el mundo de las cosas que constituian mi existencia. La misma religion, la única estrella que para mí brilla en el cielo, necesita de servidores é intérpretes mas activos, esforzados y vigilantes. Todavía tengo hijos; pero mañana quizá no tendré ya hermanos.

De nuevo guardó el sacerdote silencio, y las dos mujeres no se atrevieron á sacarle de su embebecimiento. Levantóse, dió unas vueltas por la sala, y poniendose luego en frente de Enriqueta le preguntó:

—¿Sabe V. el motivo de su rapto, y tiene noticia de los papeles que le han sustraído?

— Nada absolutamente.

— Un hombre respetable por su edad se presentó en casa de V. de mi parte en ausencia de su marido y de la madre de este, y le pidió á V. unos papeles guarda-

dos cuidadosamente en un armario y atados con una cinta verde.

— Así pasó: Beltran me habia hablado de esos papeles, y yo sabia que algun dia podria reclamarlos un desterrado: V. me lo dijo cuando me casé.

— Sí, era un depósito sagrado encomendado al padre de su marido de V.: ademas estaban mas seguros en casa de V. que en la mia: á lo menos asi lo creia yo. Pero continúe V. si gusta.

— Yo no quise darlos á un desconocido, y respondí que Beltran iria á llevarselos á V. El extraño respondió que no podia V. esperar. Dejé encargados mis hijos á unos vecinos, subí en un coche que me aguardaba á la puerta, é ignorando yo la casa de V. me dejé llevar á donde quisieron.

— Ahora en nombre del cielo confieselo V. todo, hija mia: mientras la han tenido cautiva, ¿han recurrido á algunos maltratamientos para forzarla á entregar los papeles ó con cualquier otro objeto?

El anciano clavó los ojos en la joven aguardando una respuesta.

— No, padre, dijo ella.

El sacerdote respiró y exclamó:

— Bendito sea Dios. ¿Cómo pasó la cosa?

— Bajo diversos pretextos me hicieron esperar á V. hasta la noche y luego me encerraron. Un negro me trajo de comer sin hacer caso de mis súplicas y gritos, que probablemente no se oian desde fuera. Asi se pasaron muchos dias.

— Querida hija, dijo la superiora abrazándola, no se necesitaria tanto para perder la razon y morir desesperada.

— Yo me acordaba de los libros que me habia V. leído en otro tiempo, y reflexionaba que Dios lo ve todo y que nada acontece en este mundo sin su orden ó su permiso.

— Ve ahí la fé cristiana (dijo el sacerdote con exaltacion), el catecismo de los niños y la educacion que recibió de una religiosa una huérfana abandonada. Y V. (añadió volviéndose á la superiora) ¿sufrirá con paciencia una vida consagrada á instruir tales discípulas?

— ¡Oh! respondió levantando las manos con un dulce sentimiento de gozo y gratitud; ¿con qué no habrán sido inútiles los males que he sufrido!

— No, dijo el sacerdote, el sentimiento cristiano se convierte en grandeza dentro del alma que le tiene, y se derrama fuera en sublimes sacrificios. Esté V. pues orgullosa con la parte que le ha tocado, y salte de contento: las madres que viven en el mundo y ven crecer al rededor á sus hijos en la felicidad y la alegría, crea V. que rara vez piensan que hay en la tierra otros hijos que alargan en vano los brazos, y á quienes solo la religion y el dolor pueden recoger y levantar á la altura de los heroes.

El sacerdote, la religiosa y Enriqueta derramaron algunas lágrimas, y luego prosiguió la última:

— Puede renovarse la persecucion que he padecido; y si esto sucediera, ¿cree V., padre, que en recompensa de mis penas sufridas sin flaquear se dignase Dios de proteger y bendecir á mis hijos, velar por ellos y darles á costa de las lágrimas de su madre el pan cotidiano, fuerzas para ganarle con su trabajo, y mas aun que les concediese el vivir y morir fieles á los principios de religion y honor á que yo hubiera dado testimonio por la paciencia, y la fortaleza, segun ha dicho V.?

— Si, hija, porque Dios no niega nada á sus ángeles; pero aparte V. de sí toda idea funesta de lo porvenir. Por unos dias permanezca V. en este asilo que debe recordarle memorias muy dulces, y déjeme V. alejar por fuera todos los obstáculos que pudieran todavía oponerse á su dicha. Beltrán ha recobrado la salud: sus hijos de V. han crecido: se halla V.

en libertad: no resta ya sino un ligero sacrificio, si es que puede llamarse así el pasar una ó dos semanas en el asilo en que V. se educó. Yo vendré á ver á V.: Beltran le traerá sus hijos; y bien pronto saldrá V. y será restituida al seno de su familia para siempre. A Dios, hija, la dejo á V. con una madre: pida V. por mí, porque hoy mismo voy á correr grandes riesgos. Si Dios quisiera que no me volviese V. á ver, acuerdese de esta última conversacion y piense alguna vez en su anciano amigo.

El sacerdote anduvo algunos pasos hácia la puerta, y luego volviendose repentinamente dijo:

— Enriqueta, no me ha dicho V. si en el tiempo de su prision vió á otro hombre que al negro.

— A ningún otro, padre.

— Y ¿no la ultrajó á V. jamás ni aun de palabra?

— Nunca.

— Y ¿cuándo le quitaron á V. los papeles?

— Probablementé mientras dormia.

— Bien, hija: siga V. los consejos de su digna madre. Si no puedo venir, enviaré quien dé á V. mis instrucciones, y le reconocerá V. por este rosario. Hasta la vista, hijas mias: Dios velará sobre VV.

La religiosa y Enriqueta se hincaron de rodillas y dijeron:

— Padre, antes de dejarnos echenos V. su bendicion.

El anciano extendió la mano, las bendijo, y sin decir una palabra se ausentó con toda celeridad.

## UNA VISITA AL SUBTERRANEO.

Micael que se había quedado solo en el subterráneo desahogó primeramente su desesperacion en imprecaciones y blasfemias; pero calmado al fin su furor en vista de la inutilidad de sus transportes pensó en librarse con una muerte pronta de los tormentos de la soledad y del hambre con los cuales tendria que luchar. Mas el usurero era incapaz de esa suerte de energía necesaria para suicidarse, porque la sed de dinero habia consumido todas sus facultades, y aquella pasion absorbia unicamente su alma en términos que acaso no hubiese aceptado la libertad y la vida á costa de una tenue parte de las riquezas que ya no poseia. Ciertamente un hombre de tal caracter hubiera sido bien mediano recurso en las arrojadas empresas en que habia vivido hasta allí siendo el agente principal de ellas y dirigiendolas muchas veces con raro acierto; pero el deseo desenfrenado de poseer hacia en él oficios de prudencia, destreza y valor. Cuando vislumbraba ganancia, nada le detenia; y por no comprometer el salario exponia la vida sin que arredrara por ningun obstáculo para merecerle: se volvia otro personaje y sabia obrar, hablar, callar, esconderse y dar el golpe á tiempo. A veces le favorecia su misma ineptia, porque traia consigo la nulidad de conciencia, cualidad tan preciosa cuando se trata de

cometer un crimen ó proteger su perpetracion. Pero sin el movil del lucro aparecia Micael en toda su pusilanimidad primitiva: lloraba, daba alaridos, tenia miedo á obscuras y se asustaba mas al oír el sonido de su propia voz, no porque se presentasen á su imaginacion los espectros de sus víctimas, ó se despertasen los remordimientos en lo íntimo de su alma. Si aquel hombre hubiera sido accesible á los remordimientos, ó admitido su imaginacion la posibilidad de un mundo sobrehumano; el temor le hubiera hecho incapaz del mal. Cuando hablaba á Langeau de pesares y penas, no hacia mas que mentir y proferir unas palabras que en otro tiempo habian herido por casualidad sus oídos ó en el teatro, ó en los breves ratos de lectura. Micael no creia mas que en la avaricia, ni entendia mas que de dinero: quitada esta idea, solo quedaba un idiota.

De repente oyó encima de él un ruido debil; pero que parecia aumentar gradualmente acercándose. Aplicó el oído temblando que volviese Langeau á matarle ó cuando menos á despojarle; y aunque el avaro no poseia en aquel instante mas que el sucio vestido que le cubria, la última suposicion le parecia instintivamente la mas cruel. El ruido se hizo mas distinto, y se oyeron pasos. Llamaron violentamente á la puerta por donde habia desaparecido Langeau; pero Micael no osó responder. Redoblaronse los golpes, saltó la cerradura, y se presentó un hombre á quien no conocia el usurero. Era Eugenio, el amigo de Arnoldo, que entró resueltamente en el subterraneo, levantó y bajó una luz que llevaba en la mano, y consideró con sorpresa diez ó doce barriles arrimados á la pared: por fin columbró á Micael que oculto en un rincón se mantenía inmóvil.

— ¿Quién es V., y qué hace aquí? le dijo el joven.

El usurero miró atentamente á Eugenio, y persuadiéndose por el talante despejado y la franca fisonomia

de este que no se las habia con un malhechor, se arriesgó á responder en un tono gangoso y lloron, muy propio á su juicio para mover á compasion:

— ¡Ah! señor, yo soy un honrado negociante arruinado, á quien sus enemigos han encerrado en esta sepultura mientras ellos se comen allá arriba mi riqueza, es decir, mis economias, porque yo era pobre: he sufrido muchas pérdidas de gran consideracion; pero V. me hará justicia, porque es fácil de conocer por su aire que es de la policía....

Al oír esta palabra hizo Eugenio un ademán de indignacion involuntario. El usurero se equivocó en cuanto á la causa de aquel movimiento de impaciencia: creyó ver en el joven un asesino, y dió un profundo suspiro: ocultó la cara con la mano izquierda para esquivar la vista de su propio suplicio todo el tiempo posible, y con la derecha cogió á todo trance el arma abandonada por Langeau.

No se escapó el movimiento de Micael á Eugenio, el cual pasó inmediatamente la luz á la mano izquierda, y cogiendo con la derecha una pistola dijo al viejo:

— Ya ve V. que no me he olvidado de nada: con que así absténgase de cualquier dañado intento, y dígame qué hace aquí y si puedo servirle de algo.

— ¿No conoce V. á Langeau? preguntó el usurero que conservaba un resto de desconfianza y temblaba á la vista de un arma de fuego.

— ¡Langeau! Sí, voto á brios, le conozco: ¿es V. uno de sus clientes? ¿y le ha enterrado á V. aquí vivo para poseer con seguridad ciertas sumas de que le haya despojado?

El joven hablaba con tal franqueza y en un tono tan incapaz de infundir temor, que sintiéndose Micael mas á gusto empezó exhalando un profundo suspiro de satisfaccion, metió el puñal en la faltriquera, echó una mirada furtiva y rápida á su rededor, y dió algunos pa-

sos hácia la puerta que estaba abierta, diciendo con precipitacion:

— Salgamos de aquí: cualquiera que sea el encargo de V., me pongo en sus manos.

— Escuche V. un instante, dijo el pintor cerrándole el paso: aun no es cosa demostrada para mí que V. no sea un malhechor, y aunque no pienso de ninguna manera en entregarle á la justicia, me costaria alguna repugnancia favorecer sus planes, mayormente cuando cierta hoja de puñal que brillaba en sus manos poco há, no indica costumbres muy pacificas. Le exhorto á V. pues á explicarse y convencerme, no de su moralidad que me importa poco, sino de las buenas intenciones con que ha penetrado aquí, ó de los raros sucesos que pueden haberle traído contra su voluntad.

— Si V. conoce á Langeau, replicó Micael acercándose cuanto pudo á la salida del subterráneo, debe V. saber que es rico y de consiguiente poderoso para hacer el mal y desapiadado con sus víctimas.

— Debo decir á V. que á ese Langeau no le he visto mas que una vez y en circunstancias muy extraordinarias, por las que no puedo juzgarle sanamente. No ocultaré á V. que me pareció un buen perillan, profundamente disimulado y grandísimo bribon, aun mucho mas de lo que conviene á su profesion y sobre todo á su situacion personal. Por lo demás tengo un vivo interés en profundizar á ese hombre, y si puede V. darme luces acerca de su conducta, adquirirá un derecho al interés que me tomo por V., y que hará bien en justificar cuanto mas antes.

— Señor mio (respondió Micael haciendo vanos esfuerzos para pasar por debajo del brazo de Eugenio que se interponia entre el cautivo y la puerta), Langeau merece certisimamente toda la desconfianza que inspira á V.; y si pudiera oirme V. un rato con tal que fuese en otro lugar, le descubriria odiosas particularidades de

él, y le contaría hechos atroces y me atrevo á creer que suficientes para hacerle á V. sacar su dinero de manos del mismo, si ha tenido la desgracia de encomendarsele.

— ¡Yo! exclamó Eugenio dando una carcajada: nunca he poseído una cantidad bastante considerable para llenar todos mis bolsillos. No se trata de interés, á lo menos para mí. Pero antes de pasar á hablar de mis negocios tenga V. la bondad de explicarme por qué se halla aquí.

— En nombre del cielo déjeme V. salir, añadió Micael precipitándose hácia la puerta: puede volver Langeau y seríamos perdidos.

— Veremos, dijo Eugenio: ante todas cosas ¿quién es V.? Hable V. sin miedo: yo soy capaz de perdonar muchas cosas.

— Para determinarle á V. á huir, repuso angustiado el viejo, sepa que estamos rodeados de pólvora.

Micael abría los ojos despavorido: el pintor se contentó con rechazarle suavemente, y respondió con la mayor cachaza:

— Una razon más para que no se menee V. así y haga temblar la luz.

Desesperado Micael con la serenidad de su interlocutor se torció las manos, se pegó á la pared, y prosiguió interrumpiendo con un suspiro cada palabra:

— Yo soy un pobre viejo arruinado por la mala fé de todos aquellos á quienes he tenido la debilidad de entregar las tenues sumas allegadas en mas de sesenta años de economía y de trabajo. Langeau es un monstruo; y aquí donde V. me ve soy su bienhechor. Pues ese hombre me lo ha quitado todo, y no contento con reducirme á pedir una limosna me ha encerrado á la fuerza en esta cueva para dejarme morir de hambre.

— Eso es poco probable, dijo Eugenio meneando la cabeza: no puede admitirse que por codicia le haya ocurrido tal capricho al tiempo de separarse de los ne-

gocios, á no que fuese V. bastante rico para asegurar su fortuna; lo cual me permitirá V. dudar.

— ¡Oh! tiene V. razon; respondió á toda prisa el avaro: yo soy pobre, pobrisimo; pero sin embargo no tanto que no pueda, á pesar de cuanto he dicho á V., ofrecer algunos miles de reales al hombre bondadoso que me sacase sano y salvo de aquí.

— Y yo, dijo Eugenio con impaciencia, soy bastante rico para dejarle á V. morir de hambre si repite semejante proposicion.

— En nada podria comprometer á V.

El joven alzó los hombros, y preguntó ásperamente:

— ¿Cómo se llama V.?

El viejo no respondió una palabra.

— ¿Me ha oido V.? dijo Eugenio.

— Perfectamente; pero yo no sé quién es V.

— Por eso no se le debe dar á V. ningun cuidado; pero no me sucede á mí lo mismo en cuanto á V. No me gustaria mucho tener que entender con la policia; sin embargo deseo dejar escapar á V.; pero he de saber que no auxilio á un criminal. La historia de la prision de V. es mas que inverosimil. V. no tiene las trazas de un hambriento, sus vestidos estan en muy buen estado, y cuando yo entré, tenia V. un puñal en la mano.

— Pero vamos, ¿qué es lo que intenta V. hacer? ¿Tendrá V. la crueldad de abandonarme despues de haberme hecho vislumbrar la libertad?

— Lo mas seguro seria dar parte á la justicia.

— ¡Oh! señor, exclamó Micael juntando las manos.

— Este proceder me repugna á mí tanto como parece que le da á V. cuidado; pero no le tengo á V. por un malvado muy temible: tampoco las trazas de V. son de una víctima; y creo que en V. domina mas el terror que el motivo de temer. Tal vez le hayan jugado una

chanza pesada. Como quiera, le voy á poner á V. en libertad sin otra condicion ni reserva que la de guardarme el secreto en cuanto sea posible, porque debo confesar que los medios empleados por mí para entrar aquí no son de aquellos que se pueden descubrir á todos. Pero á la verdad creí que la cosa merecia la pena de apartarse de las reglas ordinarias; y al ver á V. me he quedado confuso ni mas ni menos que se quedó el delfin de la fábula á la vista del mono.

— Esa comparacion, aunque mis cortos conocimientos no me dejan comprender toda su oportunidad, es sin duda muy poco lisonjera para mí; pero en mi situacion seria bastante ridiculo llevar á mal lo que V. pueda decirme; y con tal que salgamos de aquí, lo demas me es muy indiferente.

Diciendo esto Micael habia tomado la puerta: Eugenio no se opuso ya á la partida, y los dos empezaron á subir una escalerita de caracol semejante á la que habia bajado el usurero con Langeau por el lado opuesto.

— Déjeme V. pasar el primero, decia el viejo: asi iré seguro de cualquier sorpresa por la espalda, y con su pistola podrá V. hacer frente si nos embisten de cara.

— No tema V. nada; repuso Eugenio: he cerrado bien la puerta, y es poco probable que Langeau piense ahora en V., mucho mas habiendo sido su casa pasto de las llamas esta mañana.

— Lo sé; pero ¿no se ha oido hablar mas de su dueño?

— Si se le llega á encontrar, será para que vaya á reunirse en la carcel con un tal Micael...

— Micael exclamó el usurero parándose de contado: ¿ha dicho V. Micael?

— Si señor: ¿puede V. descubrirme su guarida?

— Me guardaria muy bien si la supiera; y si se in-

tentase hacer el menor daño á ese buen hombre, y fuese preciso dar cuatro mil reales de mi bolsillo... —

Detúvose Eugenio de pronto: le ocurrió una reflexión repentina y no dudó que aquel hombre era Micael.

— Muy vivo interés toma V., le dijo, por la persona que acabo de nombrar.

— Sin duda; respondió titubeando el usurero que pronosticaba un nuevo peligro.

— ¿Y no querría V. por nada en el mundo verle en manos de la justicia?

Sintió Micael que se le doblaban las piernas, y tuvo que arrojarse á la pared.

— Langeau ¿le quitó á V. absolutamente cuánto tenía? prosiguió Eugenio con viveza.

— ¡Ah! dijo Micael con voz desfallecida. Pero — Sin embargo se reanimó y pudo continuar con algún calor:

— ¿A dónde me lleva V.?

— A casa del fiscal.

— Perdon, clamó Micael probando á arrodillarse: yo daré á V....

— Es preciso que me entregue V. el dinero que robó á mi amigo Arnolde de Valencey, interrumpió Eugenio con firmeza.

— No le tengo ya, respondió Micael pálido, trémulo y como anonadado.

— Indicará V. el rumbo que ha de seguirse para recobrarle.

— Hay que prender á Langeau.

— Ya debe haberse hecho; pero V. tiene tesoros en todas partes, y antes de la noche me entregará V. cinco millones.

— Entonces máteme V.: lo prefiero.

Eugenio dió una patada y añadió: — Ande V.: el horror de las tinieblas le hace di-

vagar : quizá con la claridad será V. mas razonable.

— ¿A dónde va á parar esta escalera ? preguntó Micael obligado á valerse de las manos para subir los escalones : tanto habia abatido sus fuerzas el terror.

— A la calle de san Jorge , núm. 5 , piso cuarto.  
Micael en quien hicieron estas palabras la sensacion que un rayo , se quedó pasmado : luego juntando las manos y deshaciéndose en lágrimas dijo :

— Yo daré los millones ; pero en nombre de Dios sálveme V. de Langeau.

— Langeau ya no es nada.

— Pero sin embargo ese piso cuarto del número 5....

— No viven en él mas que un empleado muy subalterno de una oficina cualquiera , una bordadora y dos costureras.

— Pero ese empleado ¿sabe V....

El murmullo de dos voces argentinas que cuchicheaban al remate de la escalera , interrumpio á Micael , el cual levantó los ojos , vislumbró un debil rayo de luz , se detuvo y volviendose á Eugenio con aire suplicante le dijo :

— Dejeme V. pasar ahora ; pero si queda en su corazon un resto de humanidad , apiadese de un pobre viejo indefenso. Me pongo en manos de V. , no me venda y sobre todo piense que antes de una hora estarán en su poder los millones , si logra salvarme hasta entonces del furor de Langeau.

— Silencio , dijo el pintor , y sigame V.

Entraban entonces por una trampa en una pieza muy obscura , donde habia arrimadas junto á las paredes pilas de leña y carbon : por la puerta entreabierta penetraba una débil luz , Micael temblando de pies á cabeza se agarraba á los vestidos de Eugenio : aplicó el oido y le pareció distinguir á lo lejos el ruido de unos pasos , como si acelerada y furtivamente se retirase alguna persona. El viejo empezó á dar diente con diente : su frente estaba

bañada de un sudor frio; y tan confundidas se hallaban sus ideas con la fiebre que le abrasaba, que creia ver tomar los objetos unas formas fantásticas y bailar al rededor de él. Dejóse llevar á donde quiso su guia, atravesó muchas piezas cayó con todo su peso en una silla, y echó de ver que tenia delante una mesa, que estaba en una habitacion para él desconocida, y que Eugenio sentado en frente le miraba con los mismos ojos que un gato al raton que se va á comer.

Levantóse Eugenio y dió algunos pasos con aire grave é inquieto. Al parecer queria dar al viejo tiempo de recobrar sus facultades tan violentamente trastornadas con tantas y tan diversas sacudidas. Entre tanto Micael hacia muchos gestos y contorsiones debidas á la conmocion que acababa de experimentar en todo su ser, y procuraba reconocer que habia vuelto real y verdaderamente á ver la luz y recobrado casi la libertad. Consideraba con estúpida atencion unas veces los movimientos del joven, otras los muebles de la habitacion, sin duda para cerciorarse de que el primero no ocultaba ninguna idea siniestra, y que los segundos no se parecian en nada á unos instrumentos de tortura.

El cuarto donde estaba era pequeño, bajo y mal alumbrado por una buharda; pero presentaba aquella apariencia de minuciosa limpieza, único lujo del pobre, y aun aquel refinado esmero que una joven ostenta en su habitacion ordinaria, como si quisiera representar la limpieza de su alma virginal en el aseo, orden y posible ornato de su humilde ajuar. Esto es lo que ocurría naturalmente cuando se columbraba en el rincon de la chimenea una bella camelia encarnada metida en un vaso de agua y á otro lado una magnífica planta de albelés dobles, que mostraba con orgullo su lozanía no obstante hallarse en un tiesto de barro comun. En medio habia un libro de rezo con cantos dorados y encuadernado en tafete negro, que manifestaba bien por el estado de sus

hojas servir algo mas que de un adorno esteril. Del techo pendia una jaula donde gorjeaban un jilguero y un pardillo. En un rincón habia un gran armario de nogal, que no disimulaba su antigüedad y se toleraba solamente por ser indispensablemente necesario. La cama se ocultaba con unas cortinas blancas muy cumplidas. En el centro de la habitacion, es decir, en la parte hácia donde convergian los rayos luminosos, habia un bastidor de bordar, en el cual se observaba el primer bosquejo de un dibujo caprichoso. El ruido exterior y cierto olor á hojas de árbol indicaban desde luego que la ventana dába á un jardín. En la chimenea se veia á guisa de espejo y bajo un crespon negro una escarapela proscripta junto con una espada y dos charreteras de capitán; todo lo cual podia indicar al espíritu menos románesco alguna historia triste y dolorosa. Por último un rosario de coral con una cruz de oro delicadamente cincelada, que estaba sobre el libro, bastaba para protestar contra la miseria; debiendo suponerse que eran restos de pasadas comodidades y prenda de una suerte mas feliz.

Debemos confesar que Micael examinaba las cosas bajo de otro punto de vista. Hacia cruzir la mesita en que apoyaba los codos, consideraba como cosas inútiles los pájaros, el rosario y la espada, y calculaba tontamente para sí la cantidad que se hubiera sacado vendiéndolas. Preguntabase á cuánto podia montar el alquiler de tal habitacion, y se sonreia malignamente al pensar que el casero debía sacar una ganancia exagerada. Lo que habia experimentado y los peligros que le amenazaban aun, le impresionaban como á un niño ó á un viejo decrepito. Perdía la facultad de concebir y sentir, y se parecia absolutamente á un idiota. La riqueza que habia poseido se desvanecía como un sueño: apenas tenia amor á la vida: no temia mas que una emocion violenta, un dolor físico, y solamente deseaba un estado de quietud, de inercia y de completa imbecilidad.

Sin embargo empezaba á serenarse su rostro y aun á tomar un ligero colorido por las mejillas. Respiraba con menos violencia: la sangre circulaba mas libremente por las venas: su cerebro se despejaba poco á poco; y él iba recobrando la vida, si es que puede darse este nombre á la estúpida existencia que tenia semejante hombre en el mundo; porque privado ya del dinero la perversidad de sus instintos era una facultad ociosa.

Dejó de pasearse Eugenio, se puso delante de Micael, y cruzando los brazos le dijo:

— Me pide V. que le libre de la justicia y de Langeau: vengo bien en ello; pero falta saber si puedo. Escúcheme V., é indíqueme la conducta que debo observar. Esta mañana pasaron los dependientes de policía simultaneamente á la casa de VV. dos para apoderarse de las personas y embargar los bienes que se hallasen. A V. se le acusa de haber distraído en provecho suyo la herencia de Arnolde con ayuda de muchos auxiliares: y tuvo V. parte en la muerte del antiguo administrador del marqués de Valencey con el fin de despojarle de un testamento que no está ya en manos de V. Tales antecedentes son débiles títulos para que yo le mire á V. con interés. No obstante para atenuar en lo posible la gravedad de sus fechorías le aconsejo que se desista voluntariamente de la herencia de Arnolde, pues que puede todavía. No trato de ningun modo de aceptar un contrato por el cual recibiese yo los millones y procurase salvar á V.; porque en eso habria algo de bajo y escandaloso que repugna á mi conciencia y á mis costumbres. Además no puedo guardar á V. aquí, y si sale á la calle, indefectiblemente será preso. Lo mejor á mi ver seria entregarse V. mismo restituyendo de paso los millones.

Micael se estremeció, y en vez de responder se meneó en la silla y discurrió en vano por qué traza conciliaria todas aquellas dificultades.

— Poco tiempo nos queda que perder, añadió Eugenio, y creo llevar mas allá la condescendencia pidiéndole á V. su parecer.

— ¿Qué quiere V. que yo diga? respondió por fin Micael: los unos me calumnian: los otros me despojan; é inutilmente me empeñaria en disculparme de los cargos que V. me hace.

— Sin embargo si está V. inocente, facil debe serle hablar. ¿Quiere V. acompañarme ante un magistrado?

Micael brincó de su silla y contestó resueltamente:

— No señor, jamás.

— ¿Prefiere V. que avise al eclesiástico Valencey?

— ¡Valencey! exclamó el viejo levantándose.

— El tio de Arnolde y hermano del marqués.

Micael miró por un breve rato al joven con una expresion de asombro y de furia, luego volvió á caer en la silla, y añadió desesperado:

— Haga V. de mí todo cuanto quiera.

Dicho esto se tapó la cara con las manos, y se negó á responder á cuantas preguntas le hizo el joven. Impacientado este se salió del cuarto, cerró la llave con dos vueltas, y se marchó á toda prisa á casa de Arnolde, donde esperaba encontrar al sacerdote.

---

## LA BUHARDILLA.

### II.

La calle de san Jorge es ciertamente una de las mas elegantes de París, y la casa señalada mas arriba no cedia en nada á las contiguas: tenia el aspecto triste, desagradable, vulgar y afectadamente presuntuoso de todas las fábricas modernas que se estirajan y gesticulan en todas direcciones para remedar lo mejor que pueden lo que se llamaba en lo antiguo una casa grande ó palacio. De ordinario un banquero taciturno habita en el primer piso, y tiene el escritorio en el entresuelo: una portera indigesta y áspera sustituye ventajosisimamente al portero, y entiende á las mil maravillas de echar á la calle los perros, los preguntones curiosos y los transeuntes sorprendidos por la lluvia: un anciano oficial retirado, fiel todavia al culto del águila del imperio, divide el piso segundo con un descomunal negociante jubilado ya de los negocios. Estos dos vecinos viven en buena armonía y son muy exactos en enviarse mutuamente una tarjeta el dia de año nuevo. Mas arriba habitan tres inquilinos, una comedianta que ya no es de moda, un joven que abunda en esperanzas á falta de otra cosa, y un sastre de viejo: mas arriba aun y segun la diversidad de los alquileres se hacinan los pintores sin taller, los hombres sin profesion y los poetas jubilados. Las buhardillas rebosan de una multitud de lacayos insolentes, de empleados subalternos y sobre todo de jovencitas de agraciado ta-

lante y paso ligero: estas son generalmente aborrecidas de la portera en razon de su poca puntualidad para pagar el cuarto y del olor insufrible que despide todas las mañanas el café con leche que estas señoritas se obstinan en cocer en la escalera con sumo disgusto de las elegantes vecinas de los pisos inferiores. La mujer del banquero tiene sobremanera delicados los nervios y amenaza con que obligará á su marido á mudarse si continúa el escándalo á pesar de las reiteradas quejas. Luego las mozuelas bajan arremolinadas los doscientos ó trescientos escalones que hay desde su cuarto, llevan la marcialidad hasta el punto de tararear algunas canciones, y no dejan de echar al paso una mirada curiosa por entre las puertas entornadas de las antesalas: cosas todas intolerables en una casa que se digna de honrar con su presencia una mujer con tres criados, coche y dos caballos. Esta descripcion genérica se aplica con bastante exactitud á la casa en que acababa de refugiarse Micael: solo que al banquero hay que sustituir un agente de bolsa (circunstancia honorificamente agravante á los ojos del casero), y en lugar de un vestíbulo único habrá que distinguir cuatro, en cada uno de los cuales desembocaba una escalera aparte. El Argos encargado de la vigilancia general habia adoptado la nomenclatura siguiente: escalera de honor, escalera de servicio, escalera comun: la cuarta no tenia nombre, y los seres poco favorecidos de la suerte, que estaban condenados á frecuentar aquellas vagas regiones, recibian de la portera una calificacion injuriosa que nos abstenemos de indicar al lector. En la última meseta habitaban dos costureras, una bordadora y un mancebo de mercader que frecuentemente no dormia en casa por la naturaleza particular de su ocupacion. Este joven (porque así le llamaban sus vecinas á causa sin duda de la poca importancia de su persona) tenia unos cuarenta años, era calvo de la frente, salia siempre muy mal vestido y respondia vulgarmente al nombre de *señor Carlos*. Las costu-

reras vivian juntas y pasaban por hermanas. La mayor en el vigor de la edad se llamaba Hortensia y tenia la hermosura, viveza, tez, delicadeza de miembros y mirada ardiente de una arlesiana. La segunda llamada Paquita se parecia á una de esas preciosas figuras del buril inglés: era una linda muchacha de diez y seis años, de maliciosa y apacible fisonomia y de una sonrisa burlesca. Su mirada tímida y cariñosa tenia algo de la expresion del gato que hace fiestas y araña. El cansancio ó el tedio, tal vez la cavilacion, contraia ya los suaves contornos de sus sonrosados labios, hacia surcos en sus ojos azules y lánguidos, y la obligaba á inclinar la cabeza á veces con aire triste y pensativo; pero no sin cierta gracia caprichosa, muy notable para una humilde costurera. La otra joven, la bordadora, á quien amaba Eugenio, hacia la vida de una monja segun el dicho de sus compañeras: nadie sabia cuál era su nacimiento, su familia, sus relaciones en el mundo y sus recursos. La espada, las charreteras y la escarapela hubieran bastado para indicar á los menos perspicaces que una catástrofe reciente habia destruido su bienestar; pero Lucía era tan discreta, tan modesta y al mismo tiempo tan digna en su porte, tan noble en sus pocas palabras y tan arrogante en su mirada, que nadie se atrevia á aventurar la menor suposicion sobre lo que habia resuelto callar la huérfana. Tenia ella la edad de Paquita, á quien se aventajaba infinito en formas, hermosura y sobre todo recato y aun aptitud para el trabajo. Lucía parecia la inocencia personificada menos la credulidad. Recordaba aquellas figuras naturales é imponentes de la edad media, y tenia su misma desenvoltura, majestad y agilidad. Su modo de andar y su apostura eran firmes, sencillas y elegantes, y sus menores ademanes hubieran convenido á una reina. Todo manifestaba en ella la naturalidad que da el poder, y la bondad que proviene de la fuerza. Su elevada frente parecia radiante de inspiracion bajo las anchas trenzas

de cabellos castaños y finos como la seda. Su cara algo arqueada, sus grandes ojos negros con enormes pestañas, la delicada flexibilidad de su talle, el sonido musical de su voz y el conjunto tan perfectamente proporcionado de toda su persona la hacian una obra del arte y un objeto de admiracion. Lucía no tenia otro pariente que Eugenio, á quien suponian caritativamente las gentes hermano suyo, bien que no lo fuese; pero el artista se habia esforzado á acreditar esta mentira por todos los medios posibles. En vano habia intentado disuadirle Lucía mas escrupulosa: Eugenio persuadido á que nadie querria creer en el candor de su afecto y en la honesta formalidad de sus planes se obstinaba en confirmar el error hasta el dia en que pudiese desmentirle honrosamente. La continuacion de esta historia manifestará al lector en qué circunstancias se habian encontrado los dos jóvenes, y qué lances perpetuaban un estado de cosas poco conforme á las reglas habituales por que cada uno de ellos hubiera deseado dirigir su conducta. El suicidio de que acababa de librar á Eugenio el presbítero Valencey, tenia tambien relacion con esta historia. En su lugar explicaremos estas diversas particularidades, limitandonos por ahora á indicar los hilos por los cuales se enlazan con las figuras presentadas hasta aquí los nuevos personajes que introducimos.

La mañana de este dia como á la hora de las siete cuando empiezan los primeros rayos del sol á dorar los tejados, porque era invierno, Lucía que llevaba ya mucho tiempo de trabajo al bastidor con luz artificial, permanecia indecisa sin poder distinguir entre dos madejas, verde la una y la otra azul. La pobre niña temblaba de verse reducida á cruzarse de brazos hasta tanto que entrase mas luz en su cuarto, y en su impaciencia corrió á abrir enteramente las cortinas y acercó á la ventana las dos madejas; mas los ojos de la joven fatigados por la suma y tenaz atencion no advirtieron ninguna dife-

rencia. Lucía exhaló un leve suspiro, volvió á sentarse al bastidor, juntó tranquilamente las manos, y resignada levantó los ojos y observó con mirada pensativa cómo adelantaba el día. Poco á poco la preocupacion de los colores hizo lugar á ideas de otro orden, que cedieron tambien á consideraciones diferentes. Pensó primero en aquellos millares de pajarillos que desde sus nidos saludan gozosos los primeros albores de la mañana. Aquellos gorjeos puros y sublimes le parecieron mucho mas poéticos y graciosos que el rechinar de las carretas, el estruendo de los mancebos al abrir las tiendas, las voces roncadas y los gritos y chillidos que subian de la calle, y todos los ruidos que se oyen en una ciudad cuando despierta. Lucía comparó los obstáculos mezquinamente restrictivos de la tierra á la inmensidad de la azulada bóveda que tenia sobre su cabeza, cotejó los torbellinos de las lumbreras celestes con los que forma el polvo de nuestro globo, sondeó lo desconocido, se lanzó hasta Dios y se sonrió con desprecio del mundo frio, reducido, aflictivo y esteril, en donde se hallaba su cuerpo aprisionado. Quiso repasar todos sus gozos, y no contó mas que dolores. Tendió la vista hácia atras hasta la cuna, y descubrió el camino regado con sus lágrimas. Asustada invocó lo porvenir, y se sintió desvanecida. Sin embargo la gran vision de la divinidad la tranquilizó; pero se acordó que Cristo en el huerto de las Olivas habia apartado de sí el caliz: luego ella habia visto, sentido y comprendido la vida humana en todas sus infinitas penas. Sabia que se muere en los hospitales y que la miseria y el hambre conducen al Sena mas desventurados que el disgusto de vivir, la licencia y el crimen. Habia encontrado ancianos quebrantados del trabajo, despedidos de los talleres y arrastrandose á los pies de los transeuntes insensibles, madres sin asilo en noches rigurosas, que arrimadas á alguna esquina estrechaban en sus pechos secos á sus hijos arrecidos de frio, doncellas

á quienes la misma inexperiencia y la diestra traicion del vicio hipócrita precipitan á millares en el abismo de la corrupcion haciendolas víctimas de la insaciable concupiscencia de los ricos ociosos: por fin habia visto la depravacion, el cinismo, el hurto y los apetitos desenfrenados, consecuencias inevitables de la exasperacion que se sigue á las fatigas inútiles y á la certeza de caer tarde ó temprano martir sin fé y sin amor. El que quiera en la soledad aplicar el oido al suelo de Paris, oirá hervir á borbotones, bramar y subir bien pronto á la superficie todo un Oceano volcánico de furiosas iras, que mañana, tal vez en este mismo instante reventará bajo de nuestros pies como una mina, y hará saltar en astillas los restos de las leyes inicuas y de las represiones impotentes, injuriosas y mucho há reprobadas por los designios de Dios, los instintos de la humanidad despreciada y las necesidades de lo porvenir. El trabajador silencioso apresura la catástrofe no menos que el filósofo y el poeta, y consulta con espanto los relámpagos siniestros del horizonte comprimido. Por cima de la inundacion inminente nada domina mas que la cruz inmortal, el signo de la salud, la prenda de una regeneracion sobre ruinas y de una redencion por la sangre. Lucía habia leido todas esas teorías nuevas, esos sistemas paradójicos, cuyas basas estan fuera de la naturaleza y son incómpatibles con los elementos sociales, cualesquiera que sean las pasiones, las necesidades, el significado, los derechos de la conciencia y las doctrinas de libertad. Su alma inquieta, amaestrada por el estudio y la desgracia, se habia esforzado á organizar el caos, y no habia descubierto mas que una confusa mezcla de aflicciones sin término, de llagas incurables, de espantosas contradicciones y de problemas insolubles. Volvió á cerrar con desden el libro donde el pensador sin experiencia personal y práctica ostenta ambiciosas utopías y satisface su orgullo declamando pomposamente sobre unas miserias

que ignora, y unos tormentos que no son los suyos. Lucía había perdido en sus indagaciones algo de la adorable ignorancia, del candor ingenuo y de los prestigios de la imaginación, que no sabiendo los límites de lo posible camina siempre rodeada de halagüeñas quimeras. El soplo cruel de la realidad desvanece las dulces visiones de la esperanza, y no deja al infortunio más que el triste consuelo de examinar las penas y ver su extensión sin límites y su angustia sin remedio. Pero el entendimiento se eleva, el alma se dilata, el fruto del árbol de la ciencia produce la amargura en el corazón y hace arremolinarse en el cerebro pensamientos inútiles, perniciosos y mortales. Fatigada la cabeza con el peso se agobia y desfallece, se acaba la belleza, huye de los labios la sonrisa, el trabajo se vuelve un suplicio y el placer una mentira, y quedan las infatuaciones del cerebro, el vértigo de la inteligencia, el desengaño en la tierra y á veces también la duda en los cielos.

De pronto salió Lucía de sus meditaciones. El sol iluminaba ya la habitación, y la interrumpida labor exigía un aumento de actividad y por consiguiente de fatiga de la bordadora. Se armó de valor, ahogó un suspiro, se limpió algunas lágrimas y tomó la aguja. ¡Ah! Se agolpaban las ideas á su cabeza, las imágenes á sus ojos y los pesares en lo hondo del corazón. Invocó su energía; pero en vano. Si hubiera sido preciso algún sacrificio solemne, alguna inmolación poética; Lucía hubiera dado la vida con gusto; pero una tarea paciente, oscura y hasta ridícula la indignaba y le parecía una parodia infernal del heroísmo.

— ¡Eugenio! ¡Eugenio! exclamó con una voz vibrante, los ojos encendidos y las manos juntas en una actitud suplicante, como si hubiera podido oír la el artista y venir al punto á librarla del abismo que él había entreabierto.

Llamaron quedo á la puerta: corrió á abrir Lucía,

y se encontró con Paquita, maliciosamente risueña y provocativa con su semblante.

— Estoy sola, dijo esta con un tono tierno y cariñoso: mi hermana ha ido á entregar la obra y me vengo á trabajar contigo.

Y sin aguardar respuesta ni advertir que la bordadora habia fruncido levemente las cejas en señal de que no le era muy grata la proposicion, Paquita echó en el respaldo de una silla un magnífico vestido que tenia bajo del brazo, y dandosele poco cuidado de su compañera arrimó otra silla, se sentó en la primera, apoyó los pies en los palos de aquella y se colocó como si hubiese de permanecer allí todo el día. Al instante continuó la guarnicion comenzada con cara mohina y distraida. Lucía llevó el bastidor al medio del cuarto y siguió bien ó mal la tarea suspendida. Hubo algunos minutos de silencio; pero Paquita incapaz de guardarle mucho tiempo levantó la cabeza y miró á su rededor como para buscar un pretexto de entablar conversacion. Fijóse su atencion en la rosa que adornaba la chimenea, y dijo:

— Eres feliz (y sea esto dicho sin incomodarte) en tener flores de exquisito gusto y continuamente renovadas. Por lo demas yo en tu lugar exigiria cualquier otra cosa, y si tuviera la dicha de poseer por hermano un pintor tan habil como Eugenio, sabria obligarle á hacer fortuna para enriquecerme.

— Hablas como una atolondrada, dijo Lucía que se puso muy encarnada: el talento no es siempre una condicion de fortuna.

— Y aun puede ser un obstáculo; pero eso supone algo de torpeza.

— Si se llama asi una noble altivez junta al disgusto de todo lo que huele á cábala é intriga.....

— Tienes razon, querida: ademas es preciso ser de su época, á no que tenga uno bastantes fuerzas para sujetarla.

— Siempre es glorioso pelear con solas las armas del ingenio contra torpes exigencias é injusticias patentes.

— Con ese sistema tarde ó nunca se hace fortuna, testigo Athos en *Los tres mosqueteros*: á mí me gusta mas Artagnan.

— No se han de buscar los principios de conducta en las novelas, replicó Lucía.

— Pues ¿ prefieres los dramas? repuso la costurera con aire de simpleza ingeniosisimamente fingido.

— Paquita, continuó con gravedad la bordadora, ¿quieres darme las tijeras que estan á tu lado?

— Aquí las tienes, respondió Paquita algo picada, y añadió con profunda hipocresía: Sin duda me perdonarás mi ligereza en juzgar, y disculparás los yerros que me arranca la ignorancia. Ya sabes que no he recibido ninguna educacion, y que tú sola te dignas de dirigirme en mis lecturas y hacerme aprovechar de ellas.

— No me reconozco con tal derecho, y disto mucho de la discrecion que se necesitaria para ejercerle, añadió suspirando la bordadora.

— Ese es un privilegio que habias aceptado únicamente por interés hácia mí, y que te servirás guardar hasta que yo le recobre, continuó Paquita con voz suave y cariñosa.

— Entonces, Paquita, replicó cordialmente Lucía, seguirás mi ejemplo, y renunciarás la lectura para dedicarte exclusivamente al trabajo.

— Pero seria morirse de fastidio. Ademas me han interesado mucho los *Misterios de Paris*, y trato de acabar el *Judio errante*: todavia estoy en el primer tomo, y hasta ahora no he encontrado ningun jesuita. Mi hermana me ha hablado mucho de una señorita Cardoville, persona hechicera, bien que algo bermeja, que poseia los mejores trenes y los mas ricos trajes y adorno que pueden imaginarse.

— Todo eso, mi querida Paquita, no puede produ-

cir otra cosa que haceros despreciar la humilde condicion.....

— En que no espero envejecer, interrumpió con prontitud la costurera: no aspiro de ningun modo á las virtudes de Rigolette: quiero ser gran señora, y lo seré ó dejaré de existir.

— Ve ahí el fruto de los libros, dijo tristemente Lucía por lo bajo; y levantando mas la voz continuó: Pobre niña, sí, aun es tiempo, aparta la imaginacion de esa fatal tendencia, desecha las quimeras y no te hagas infeliz por unos sueños que despues de acibarar tu juventud con dolores y culpas te privarian para lo futuro de un estado honesto y lícito.

Paquita miró asombrada á la bordadora y le preguntó:

— ¿Hablas asi de corazon?

— ¿Lo dudas, Paquita? ¿Y has creido un solo instante que quiera abusar de una triste experiencia para engañar á una amiga que la desgracia me ha dado, con quien he padecido, y cuya apacible jovialidad, delicadas atenciones y servicios, propios solo de una hermana, me han hecho sobrellevar tantas penas amargas y vuelto á una vida que la desesperacion iba á acabar?

Lucía alargó la mano á su amiga, la cual se levantó y fue á darle un beso en la frente. Los largos rizos de Paquita se mezclaron con las trenzas de la otra joven, y los primeros rayos del sol penetraron por entre las dos cabelleras confundidas.

— Bien poco he hecho, repuso Paquita con franqueza cordial: eras huérfana, estabas sola y tal vez abandonada: cuando una es vecina y de la misma edad, es un deber proporcionarse mutuamente labor. Pero ¡cuánto te debo en retorno, Lucía! Tú has comprendido y dividido mis penas: no te has sonreido desdeñosamente como hacen las otras cuando les hablo de los deseos que me devoran: permites al corazon latir con mas fuerza

en el pecho á vista de una elegante carretela tirada de dos ligeros corceles: perdonas las lágrimas de despecho que derrama la pobre costurera sobre los magníficos trajes que prepara para otra, que no es tampoco mas que una mujer y muchas veces menos bonita; pero es rica. ¡Ser rica, Lucía! Esta palabra lo comprende todo: distincion, placer, talento, felicidad y hasta virtud. ¡Qué dichosa eres en haber conocido, aunque haya sido pocos dias, esa vida cómoda, deliciosa y risueña; fantasma en pos de la cual corre mi pensamiento y se fatiga sin poderla alcanzar! ¡Qué dichosa eres en haber poseido sedas, encajes y joyas, pisado las alfombras de una sala y visto inclinarse los criados y lacayos á una seña, á una mirada! ¡Qué dicha atraer las miradas desde un palco en el teatro, ir á pasear á caballo, entrar con frente erguida en un baile, sentarse libremente en los saraos, no dar la mano sino á otra mano blanca, noble y valiente, vivir para brillar como el sol y embalsamar como las flores, embriagarse en las delicias de la música, deslumbrarse con el esplendor de las fiestas, entregar su alma á los combates ambiciosos, su pensamiento á sueños de grandeza y su imaginacion á milagros de gracia y delicadeza! ¡Verse un ser privilegiado en el mundo y como una cosa sublime y celestial! Esto solo, Lucía mia, merece que se exista y se sienta; y para conseguir tal fin, lo digo sin estremecerme, no es mucho un crimen.....

—Silencio, dijo Lucía levantandose con regia majestad, mientras que la costurera se tapaba la cara con las manos y se deshacia en llanto.

Considerabala Lucía con una mezcla indecible de altivez, compasion y terror. Levantó al cielo sus ojos centelleantes y pidió perdon para su compañera y para sí misma, que aconsejandole la lectura de las novelas y poesías habia introducido el fuego en aquella alma. En el mismo instante se abrió la puerta con violencia y en-

tró en el cuarto la morena Hortensia, que se dejó caer en una silla, pálida, agitada y desvanecida, con los ojos espantados y los labios trémulos.

—¿Qué tienes? preguntaron á un tiempo Paquita y Lucía.

—Hablad bajo, respondió Hortensia temblando: nuestro vecino el señor Carlos acaba de asesinar á un hombre.

Las tres jóvenes se miraron aterradas.

— Pasando ahora por delante de su puerta, prosiguió Hortensia, le he oído hablar muy recio y acusarse á sí mismo. No me atrevo á repetiros sus palabras; pero tengo la certeza de que yace un cadaver ahí al lado de nosotras.

Paquita dió un grito lastimero y ocultó el rostro entre las rodillas de Lucía, la cual á pesar de la impresion terrible que le causaba la manifestacion de Hortensia, se puso en pie serena, imponente y pronta á hacer lo que exigiesen las circunstancias.

— Continúa, dijo con calma á Hortensia.

— El señor Carlos ha salido, añadió esta, y con la turbacion ha dejado caer la llave de su cuarto que tengo aquí.

— Dámela, repuso Lucía.

Hortensia se la alargó.

— ¿Qué vas á hacer? exclamó Paquita que daba diente con diente de terror.

Lucía puso el dedo en la boca para recomendar el silencio, salió sola del cuarto y cerró la puerta.

---

---

## EL CASO PENSADO.

### III.

Apenas habia dado la joven un paso, se encontró de manos á boca con Eugenio que corria á todo correr y dijo abalanzándose á ella :

— Lucía, la miseria y la obscuridad estan vencidas: ¿se dignará V. de aceptar mi nombre y compartir mi suerte ?

— La bordadora algo aturdida con esta repentina apóstrofe quedó suspensa un instante; pero bien pronto alargó la mano al pintor, y mirando al cielo con una apacible sonrisa respondió:

— Gracias: seré digna de la gloria de V.

— Y yo de mi dicha, añadió Eugenio que se esforzó á arrimar á sus labios la mano trémula de su amiga. Esta la retiró y dijo señalando con el dedo una puerta contigua :

— Aquí acaban de asesinar á un hombre: esta es la llave de su cuarto.

Eugenio la cogió y sin mas explicacion abrió prontamente la puerta señalada. No habia ningun indicio de haberse cometido un crimen en aquel aposento, y el orden exacto de su modesto ajuar atestiguaba en favor de las costumbres pacíficas del empleado subalterno. El joven reflexionó que quebrantaba la ley y el bien parecer, y se sintió sonrojado de tanta precipitacion. Con todo antes de salir miró tras de las cortinas, bajo de la cama, en los

rincones, y no descubrió rastro de ningun cadaver. Falaban los armarios, y Eugenio les echó una mirada irresoluta y dijo para sí :

— Pero no hay nadie á quien dar auxilio ahí dentro, y demasiado me he comprometido ya por mi celo. Sin duda soñaba Lucía. ¡Ojalá ignore el dueño del cuarto mi proceder !

Ya iba á retirarse cuando descubrió en el enmaderamiento una salida entreabierta: se acercó á ella, aplicó el oido y creyó distinguir como un gemido á lo lejos. Se arriesgó á empujar la puerta y vió los primeros escalones de una escalera oscura. Los sollozos se oían mas distintamente.

— De cierto, prosiguió Eugenio, están degollando á alguno allá abajo, y el primer deber de un hombre generoso en tal ocasion es correr á salvar la víctima, aunque hubiese que atropellar las formalidades legales.

Sin reflexionar mas cogió una vela de encima de la chimenea, la encendió y bajó precipitadamente la escalerita. En uno de los capítulos anteriores hemos referido al lector el resultado de esta audaz tentativa, y sin duda no habrá olvidado cómo Eugenio despues de poner en libertad al usurero Micael le encerró en el aposento de la bordadora. El pintor antes de marcharse en busca del sacerdote Valencey recomendó á las jóvenes el silencio mas absoluto en el caso que el señor Carlos, que no era otro que el banquero Langeau, fuese á reclamar contra la sustraccion del cautivo. Y como le moliesen á preguntas las tres muchachas, añadió :

— Vuelvo al instante; pero que nadie en el mundo pueda sospechar hasta mi vuelta que está oculto ese viejo perillan en el aposento de Lucía. No se sobresalten VV. con los gritos, sean sordas á las súplicas y no crean en las amenazas.

— Pero ¿ y si nos preguntan? objetó Hortensia.

— No respondan VV.

Paquita hizo un movimiento de terror.

— No teman VV. nada, continuó Eugenio sonriéndose: su vecino Carlos no habrá ido á delatarse á la justicia. No puedo estar mas: en breve volveré, Lucía: deseche V. todo pensamiento funesto, y perdoneme que no explique en este instante las brillantes esperanzas que se afirmarán mas con esta nueva dilacion. A Dios; pero levante V. la cabeza y si puede ser deseche hasta la memoria de los dolores pasados. Yo he padecido atroces tormentos, y he corrido terribles peligros; pero el cielo me ha enviado un salvador, un padre. Será V. feliz, Lucía, y dará conmigo gracias á Dios y á su apostol de la dicha que tan poco he merecido.

Al concluir esta frase bajó Eugenio la escalera corriendo.

— ¡ Como quiere á su hermana! dijo maliciosamente por lo bajo Paquita, que estaba en el umbral de la puerta entreabierta.

— Está loco, exclamó Hortensia: ¿ qué quiere decir con su apostol? ¿ Y quién es ese malhechor que acaba de encerrar en tu cuarto?

— No entiendo nada de estos misterios (repuso Lucía, que volvía pálida y trémula despues de haber visto á Eugenio bajar la escalera): debo esperar, y no obstante no puedo menos de temer por él, por mí y tambien por vosotras, amigas mias; y si me creéis, me dejareis sola esperar y sufrir.

La bordadora se habia acercado á la chimenea donde se recostó tan abatida, que las otras dos jóvenes fueron corriendo á consolarla y prestarle auxilio.

— No necesito nada, dijo ella: la inquietud y la tristeza no piden mas que la soledad y el sosiego.

— Te entiendo, repuso prontamente Hortensia: quieres echarnos á toda costa, porque preves un peligro y no nos crees capaces de hacer frente á él. Te equivocas, amiga, y nosotras nos quedaremos contigo prontas á arrostrar á todo para defenderte.

Hortensia se había expresado como una valiente amazona, y el sonido de su voz enérgico, bien que armonioso y puro, la arrogancia de su continente atrevido sin dejar de ser gracioso, sus ojos relucientes y la expresión de altivez pintada en toda su fisonomía no pudieron menos de arrancar una sonrisa á Lucía y de infundir en la misma tímida Paquita un rayo de valor.

— No, dijo esta última con un acento de petulante valentía y echándose atrás los largos rizos de su cabellera, no te dejaremos, Lucía, aunque hubiese que hacer frente al señor Carlos y al pícaro viejo juntos.

— Pero ¿por qué habláis de protegerme como si recayera exclusivamente sobre mí el peligro de la situación? dijo la bordadora en tono casi jovial, aunque sin dejar su actitud melancólica.

— Porque nosotras, replicó Hortensia, somos unas pobres costureras, cuyo obscuro origen puede averiguar cualquiera, y es poco probable que tenga nadie el singular capricho de perseguirnos: tú....

La joven se detuvo por una seña de Paquita, levantó los ojos para mirar á Lucía y los bajó al instante como alucinada con la mirada que le echaba esta. La bordadora se había enderezado de repente, y firme, imponente y con ademan de soberana dignidad, aunque al mismo tiempo con voz dulcísima, dijo:

— Pues ¿sabeis vosotras quién soy yo?

— No, respondió tartamudeando Hortensia, que se mordía los labios de despecho por haber perdido su firmeza; pero es lícito suponer....

— Y también equivocarse, interrumpió jovialmente Lucía alargándole la mano con ademan afectuoso. Deja todos esos delirios, mi buena Hortensia, y acuerdate que sin tu auxilio y el de tu hermana esa á quien quereis hacer ahora una gran señora, se hubiera muerto de hambre é ignorada de todos en un rincón de esta casa, donde nadie se acongojaba por ella, excepto un

pobre artista que tambien estaba reducido á igual necesidad.

Hortensia meneó la cabeza, y se abstuvo de alargar la discusion; pero solo por condescendencia y temor de importunar. Paquita que no atendia á sus compañeras habia un rato, les hizo seña que callaran, é indicando con el dedo una rendija que habia agrandado ella con las tijeras en el enmaderamiento, les pidió que se acercaran. Lucía se quedó inmovil; pero Hortensia más curiosa se cosió á la pared, y por el cuarteron rajado vió en el cuarto de la bordadora dos hombres en vez de uno y cogió las palabras siguientes:

— Bendito sea V., mi querido señor Hideux, y crea que mi vida entera se consagrará á pagar este servicio.

— Menos palabras y mas actividad, señor Micael: nuestros amigos esperan á V. y el tiempo urge.

En este punto Paquita separó la cabeza de su hermana para mirar ella, y no pudo Hortensia oir la respuesta del viejo, si es que dió alguna.

— Miserable loca, gritó Hortensia indignada, tú serás causa de que en caso necesario no pueda conocerles la cara.

— Si no es mas que eso, dijo tranquilamente Lucía, escucha, mi puerta se abre y salen del cuarto.

— Yo sabré impedirlo, replicó Hortensia dirigiéndose resueltamente á la meseta de la escalera.

— ¿ Con qué derecho? repuso Lucía.

Hortensia quedó confundida.

— Paquita, añadió la bordadora siempre con la misma serenidad, tú tienes la vista perspicaz, súbete en esa silla y mira al patio.

— Mejor que eso, respondió Paquita: esos hombres no me han visto jamas, y puedo sin riesgo seguirlos, adelantarme á ellos y luego retroceder, ó si lo preferís ir detras y volver dentro de poco á decirlos donde se hayan detenido.

— No lo consentiré, dijo Lucía: acepte Eugenio toda responsabilidad, y si es menester la dividiré yo con él; pero vosotras no tomeis parte en las terribles consecuencias que pueden tener su imprudencia, y mi temeridad.

Pero ya se había escapado Paquita, que ligera como una cierva se escurrió sigilosamente por la escalera, y al llegar al pie de ella se quedó admiradísima de no hallar ninguno de los dos hombres; se aventuró á mirar á la calle y no pudo tampoco descubrirlos. Anquieta y confusa volvió corriendo á dar cuenta del mal éxito de su expedición á sus compañeras.

— ¡ Si no habrá salido de la casa! dijo Hortensia que fue al punto á registrar el cuarto de Lucía: le encontró desierto, pero sin el menor desorden, y los huéspedes habían tenido hasta la atención de dejar la llave en la puerta.

Las tres jóvenes celebraron consejo y decretaron por unanimidad que Eugenio no tendría ningun derecho para acusarlas de negligencia en atención á que si bien es verdad que ellas habían prometido no abrir la puerta al preso, no se habían obligado á sostener un combate para guardarle á la fuerza en el cautiverio á pesar de los auxilios que pudiera recibir de fuera.

— ¡ Dichosas vosotras que tomáis las cosas con esa insustancialidad! dijo Lucía suspirando. Pensad que Eugenio forzó por consejo mio el cuarto del señor Carlos en ausencia de este, y que despues de haber sacado á aquel horrible viejo le encerró en mi aposento. Todo esto se hizo sin duda por excelentes motivos. Tratábase de salvar una víctima que podia espirar mientras se iba á avisar á la justicia; pero ante los tribunales lo que hace fuerza es el texto legal. ¿ Quién sabe si esto es un caso pensado? Eugenio tiene enemigos. Esa cautividad me espanta, aunque no tanto como esa desaparicion misteriosa que no ha dejado siquiera rastro.

—Escribe á tu hermano, repuso Paquita, para que no se presente aquí sin prever los peligros del paso que ha dado.

—Mi carta no llegaría á tiempo á sus manos y podría ser una arma contra él.

—Suceda lo que quiera, dijo Hortensia, yo seguiré tu suerte, porque tengo la culpa de haber cogido la llave del señor Carlos y habértela entregado.

—¡La llave! gritó Lucía levantándose espantada: ¿sabéis dónde ha ido parar?

Hortensia miró á Paquita, que dijo que no con la cabeza.

—¡Desgraciado Eugenio! prosiguió Lucía; y apretándose la frente con ambas manos quedó absorta en un pensamiento doloroso.

—¿Por qué te afliges así? repuso lentamente Hortensia: sin duda el señor Eugenio tenía algún derecho para hacer lo que hizo.

—No puede tenerle, añadió Lucía, porque no conocía siquiera al señor Carlos. Yo, yo sola le he perdido.

La pobre joyen se deshacía en llantos, y fueron vanos los esfuerzos de las dos hermanas para serenarla.

—Nunca me han engañado mis presentimientos, respondió la bordadora, y el corazón me dice que esa llave perderá á Eugenio.

Pero yo qué la he recogido, repuso enérgicamente Hortensia, atestiguaré delante de todos las palabras que oí decir al señor Carlos.

—¿Qué decía? preguntó con curiosidad en voz baja Paquita, que en pie y apoyada en el respaldo de la silla de Lucía hablaba á su hermana por cima de la cabeza de aquella.

—Decía, respondió Hortensia: *Yo creía no dejar aquí más que el cadáver de un judío; y ¡desgraciado yo! ese judío era mi padre.*

—Pero, repuso Lucía, el hombre que metió Euge-

niq en mi cuarto, no llevaba ningun rastro de violencia á lo que yo pude percibir.

— Perdoná, contestó Paquita: estaba cubierto de polvo, tenia los vestidos desordenados, le temblaba todo el cuerpo, y sin embargo parecia que tu hermano se chanceaba con él.

— Ese hombre vendia á Eugenio, replicó Lucía irritada, y el señor Carlos habló delante de Hortensia solamente para cogernos en un dazo.

— Creo poder jurar, dijo Hortensia, que el señor Carlos no me columbró.

— Y el viejo, añadió Paquita, tenia mas trazas de ser llevado á la fuerza por el señor Eugenio que de dominarle.

Hortensia repuso con viveza:

— Tal vez el viejo es el asesino del judío de quien hablaba el señor Carlos, y el cadaver ha quedado tendido mientras que el hermano de Lucía iba á buscar á la justicia.

— La cual ha andado tan diligente, continuó Paquita, que entre tanto ha venido un cómplice á salvar al asesino.

— Silencio, gritó Lucía levantándose con prontitud: suben la escalera á toda prisa: alguien se detiene á la puerta: ese es Eugenio.

— Seguramente, respondió el pintor, que se quedó asombrado del solícito recibimiento de Lucía y de las vivas exclamaciones de sus dos compañeras. La llegada del artista era mucho mas cómica por cuanto llevaba debajo del brazo un enorme pastelón y dos botellas de vino en la mano. Luego que lo hubo dejado todo sobre la mesa, dijo:

— VV. me perdonarán este estilo marcial; pero la gravedad de las circunstancias me ha hecho olvidar el tomar alguna cosa, y no podia hacerlo en otra parte sin retrasar la vuelta y por consiguiente sin tener á VV. con cuidado.

Eugenio quedó sorprendido y descontento de la profunda expresion de tristeza pintada en el semblante de Lucía y del gesto desdeñoso que hacia Paquita retirada en un rincon del cuarto; y dirigiéndose á Hortensia que no veia ninguna razon de mostrar aquel dia una extrañeza que no habian mostrado sus dos compañeras al artista en muchas ocasiones semejantes, prosiguió:

— Mi extremada libertad puede tambien disculparse con la perplejidad que causé á V.V. esta mañana, y que sin duda no las habrá dejado pensar en el almuerzo.

Hortensia aceptó con franqueza los ofrecimientos de Eugenio, y se apresuró á poner la mesa. Paquita se acercó de mal talante; pero aunque mohina no dejó de tomar para sí la mayor parte: dió por excusa de su voracidad un horrible dolor de estómago, y llevó la delicadeza hasta el extremo de escoger sucesivamente los pedazos mas pequeños; pero de modo que la suma de estos compusiera por lo menos las dos terceras partes del pastel. Hortensia comió con buen apetito y criticó con aire los dengues de su hermana; lo que no produjo mas resultado que aumentar el mal humor de esta sin disminuir su golosina. Entre tanto Lucía estaba inmóvil considerando al pintor y á las dos costureras. Eugenio se aventuró á preguntarle la causa de aquella inaccion, y la bordadora respondió:

— Me admiro de ti, y ciertamente tu valor es superior á todo elogio.

— ¿Qué quieres decir, Lucía?

— Quiero decir, respondió esta irguiendose con energía, que tu indiferencia no merece siquiera la compasion que causaria una completa locura.

— Mi querida Lucía, dijo Eugenio, tú consideras las cosas desde un punto de vista elevadísimo, atendido el debil alcance de nuestra inteligencia. Sin duda sueñas drama, asesinato, prision y otras peripecias no meuos trágicas y terribles. Tus esperanzas serán defraudadas,

y el suceso se reducirá á las mínimas proporciones de un resultado feliz!

— Tú te olvidas de la llave del señor Carlos, repuso la bordadora con una triste impaciencia.

— ¿Y qué me importa á mí la llave del señor Carlos? Trátase en verdad de una complicacion de otro género. El preso á quien habeis restituido cuerdamente la libertad.....

¿Con que no se ha escapado? Preguntó Hortensia.

— ¡Donosa pregunta! replicó con indiferencia el artista echando un vaso de vino: pues ¿quién le ha abierto la puerta?

— Lo ignoramos absolutamente, respondieron á un tiempo las dos hermanas.

— Seguramente, señoras, estan VV. dominadas de una extraña alucinacion, dijo Eugenio, y á no suponer en este licor inocentísimo una fuerza espirituosa de que es totalmente incapaz.....

— Fuera chanzas, interrumpió Lucía dando un paso adelante: ¿sabes que el viejo se ha salido del cuarto donde le habias encerrado?

— Eso es lo que te iba á preguntar yo: repuso Eugenio con la mas completa tranquilidad.

— En nombre del cielo habla con formalidad, replicó Lucía con mayor viveza, y dinos quién es ese hombre, qué se ha hecho de él, por qué le encerraste, cómo se ha salido, y qué motivo podrás alegar para haber violentado el domicilio de nuestro vecino.

— Sin duda sera algun encargo de sus compañeros de estudio, dijo por lo bajo la indiferente Paquita.

— No lo crea V.; respondió Eugenio, á quien picaba en lo vivo semejante suposicion: no hay cosa mas grave que los acontecimientos de hoy para mí y para ti tambien, Lucía; pero solo se trata de felicidad y esperanza. Me reservaba contarte despacio la increíble serie de prodigios que se han desplegado delante de mí.

Bastenos por ahora consagrar al cielo una gratitud inmortal. En cuanto á ese señor Carlos que parece causar á VV. tan viva inquietud, extraño que no haya desvanecido ya sus temores y justificado mi conducta.

— ¿ Con qué le conoces ?

— ¿ Le había V. visto á lo malos ?

— Obraba V. de acuerdo con él ?

Muy apurado el artista para contestar á un tiempo á las preguntas simultáneas de las tres jóvenes empezó imponiendo silencio y les hizo una larga relacion de todos los sucesos ya sabidos del lector: tocó ligeramente las promesas y consejos del sacerdote en lo que le tocaba personalmente á él y á Lucía, y no dijo una palabra del suicidio de que le había librado el dia antes el varon de Dios. La narracion se reducía á la historia de la herencia de Arnoldo. Contó su entrevista con Micael, y solamente omitió la particularidad del subterráneo, cuya existencia no queria indicar.

— Ese señor Carlos, añadió, vino á buscarme en casa de Arnoldo, á quien no puedo encontrar ni tampoco á su tío el presbítero Valency. Su vecino de VV. me entregó de parte del preso la suma entera de la herencia en billetes de banco, y se dió el parabien de no haber acabado en el primer movimiento de indignacion al juicio Micael, con quien está muchos años hace en relaciones de negocios y que se había atrevido á pedirle asilo despues de la sustraccion. Ese señor Carlos parece que está enteramente consagrado á mi amigo Arnoldo y que ha jurado un odio mortal á cierto banquero llamado Langeau, vecino de VV. tambien, cuya casa estuvo para arder esta mañana.

Al oír la palabra incendio se había puesto pálida Paquita y dado un salto de su silla.

— Falta manifestarnos quién dió libertad á Micael, dijo Lucía, cuya ansia se aumentaba á medida que trataba Eugenio de disiparla.

Este prosiguió:

— El señor Carlos aprobó muchísimo mi conducta, y extraño que no haya dicho á VV. él mismo...

En este punto interrumpió el artista su narracion por haberse oido ruido de pasos en la escalera.

— Nadie se mueva, gritó desde la puerta el mismo agente de policia que aquella mañana se habia encargado de prender á Langeau.

— Qué hay? preguntó tranquilamente Eugenio.

— La llave del señor Carlos, respondió Micael con voz horrible y falsa sonrisa.

— Pero si la he entregado yo en mano propia, respondió el joven atento.

— Miente V., señor mio, yo no le he visto á V. jamas, replicó Langeau presentándose disfrazado.

El pintor quedó asombrado de semejante descaro.

— Prended á ese hombre y á esas tres mozas, dijo imperiosamente el comisario á sus corchetes.

La orden se ejecutó sin que Eugenio que estaba confuso, intentase siquiera oponer la menor resistencia.

## METAMORFOSIS.

### IV.

Micael y Langeau bajaron un piso y atravesando la antesala se reunieron con el general Lourdeau, el abogado Polissard y el digno señor Hideux sin olvidar al estimable doctor; en fin todo el conventículo que hemos visto en la casita del monte Parnaso, estaba allí. Habíanse sentado al rededor de una mesa redonda cubierta de un tapiz verdoso, y parecían impacientísimos de continuar la discusión que tan inoportunamente interrumpiera la policía por la mañana. Todos estaban como agitados é inquietos y sin saber bien si debían alegrarse ó entristecerse de su nueva situación. El general no pensaba en dormirse: el señor Hideux no podía evitar cierto estremecimiento convulsivo; y el mismo doctor libre de su apatía ordinaria sentía encogersele todos los nervios de su cuerpo. Mientras Polissard echaba miradas de desconfianza á Langeau, este último gozaba una aparente tranquilidad que envidiaban todos sus compañeros, y el usurero su padre procuraba descubrir bajo de ella los síntomas de alguna traicion osada y combinada diestramente. Los diferentes personajes mutuamente desconfiados no tenían ninguna prisa de dar su parecer y esperaban un lance que les manifestase mejor la situación respectiva de cada uno. Polissard, el menos sufrido de todos, despues de haber mirado cinco ó seis veces el reloj, prestado oído al ruido de fuera, inventariado con los ojos los

muebles de la sala y examinado la persona de Langeau creyó ejecutar un acto de valor sublime cargando con la responsabilidad de romper el silencio, y levantándose y tosiendo según su costumbre para aclarar la voz dijo:

— Señores, para comprender bien nuestra situación actual y salir de la penosa incertidumbre en que veo sumergidos á VV. como lo estoy yo también, sería necesario que cada uno de nosotros sucesivamente participase á esta distinguida sociedad sus sospechas respecto de la misteriosa cita á que hemos concurrido, y que al parecer no deben aclararse á pesar de estar esperando más de cuanto exigen el decoro y la razón.

Tendió la vista alrededor como para escudriñar lo que pensaba cada uno, y notó en todas partes señales de aprobación cierta; pero nadie habló una palabra limitándose todos á menearse en la silla y mirar al compañero inmediato.

— Señores, prosiguió el orador, el silencio de VV. me obliga á interpellar primeramente á la causa primera de los acontecimientos, por lo menos muy extraños, de que hemos sido víctimas; y por interés general creo deber intimar al señor Micael que se sirva explicarse sin reserva.

— ¡Ah! ¿Qué he de decir á VV., mis buenos señores? dijo el pobre judío que empezó á rechinar los dientes de miedo: yo soy un infeliz, un hombre perdido, arruinado y expoliado por haber llevado al exceso la estimación que profesaba á cada uno de VV. en particular, y me hubiera sido muy grato dejarles una corta prueba de ella.

— Conversación, gritó el conde de Lourdeau dando en la mesa un fuerte puñetazo: lo mismo creo en el desinterés de V. que en la virtud de los jesuitas. ¿Vino V. á mi casa á prometerme la dignidad de par si lograba echar de Francia á no sé qué aventurero, de quien he olvidado hasta el nombre? ¿Si ó no? Y esta mañana

por única recompensa me he visto arrestado en casa de V. en compañía de estos señores y llevado como un vil malhechor ante el prefecto de policía á pesar de mis condecoraciones y servicios.

— La inocencia ha sido plenamente reconocida, interrumpió el abogado; pero el insulto...

— Calle V., replicó groseramente Lourdeau, y no me interrumpa ningún parlanchin.

— ¿Sabe V. á quién se dirige? exclamó Polissard; que dió algunos pasos adelante echando chispas por los ojos.

— ¿Se atreve V. á replicar? dijo el general dando un paso hácia el abogado.

— Señores, interrumpió Langeau interponiéndose entre ellos, piensen V.V. que esta disputa al presente sin objeto puede comprometer intereses muy graves.

Lourdeau le cogió vigorosamente de un brazo, y mirándole con horrible sonrisa le contestó:

— Y V. sírvase estar en su puesto y limitarse á responder si juzgo conveniente preguntarle.

Quiso obligar al banquero á sentarse, y en efecto cedió este á la fuerza hercúlea del militar; pero avergonzado de su derrota abrió la boca á vengarse con un atroz mordisco, cuando Hideux á quien no se escapaba ningún lance de la lucha, puso con la mayor destreza el cabo de un baston en lugar de la mano del general, y Langeau apretó con los dientes hasta el punto de quebrarle.

— ¡Ah pícaro miserable! dijo el banquero deshaciéndose ligeramente de los brazos del general para abalanzarse al periodista.

Hideux cogió un pesalo tintero, y parapetándose tras del doctor amenazaba de lejos á Langeau que forcejaba entre Polissard y Micael, los cuales se empeñaban en sujetarle: resultó de todo esto un tumulto horrible, y se repartieron á la ventura algunos puñetazos. El gene-

neral se reducía á incitar á los combatientes: el doctor mas moderado se guarecía bajo de la mesa contrariandole mucho por un lado las piernas del general y por otro las coces que disparaba el banquero. El abogado se subió á una silla; pero las furiosas exclamaciones de los demas confundieron la voz del orador que se contentó con protestar. De pronto apareció en la sala un nuevo personaje: todos volvieron la cabeza y vieron al impasible Rouilloux.

Acababa de efectuarse una gran novedad en el talante y modales del taciturno escriba: vestia un magnífico frac negro en cuyos ojales llevaba tres cruces: sobre el chaleco blanco ostentaba un ancho cordon encarnado, del que pendia una estrella de diamantes: tenia la cabeza erguida: sus ojos oscurecidos y vidriosos relucian en las órbitas: en sus miradas y ademanes se notaba un aire imperturbable de autoridad; y cuando gritó silencio con voz firme, clara y sonora, casi temblando se volvieron todos á su puesto, como una turba de estudiantes revoltosos á quienes la llegada imprevista del maestro sobrecoge de un temor respetuoso quedandose mudos é inmóviles. Rouilloux sin duda para que tuviese un rasgo mas de semejanza este cuadro, preguntó frunciendo las cejas:

—¿Qué pasa aquí? (Nadie se atrevió á responder.) Sin embargo á mi llegada estaban algunos riñendo.

El general no pudo contenerse ya mas tiempo y dijo: — Me parece, señor mio, que levanta V. mucho el gallo, y á pesar de las condecoraciones y traje nuevo con que ha tenido V. la humorada de disfrazarse, no haria mal en decirnos con qué título viene á imponernos la ley.

Al oír esta vigorosa declaracion Langeau olvidó sus agravios, Hideux recobró ánimo, y entrambos y el abogado se colocaron detras del general afirmando que no se dejarían dominar por un desconocido. Hasta el doctor abrió la boca para hablar; pero no pudo articular

lar palabra, y Micael levantando la cabeza se atrevió á fijar la vista en el escriba. Este les echó á todos una mirada indiferente y despreciativa, y sin dignarse de responder directamente á ninguno dijo:

— Señores, una palabra mia ha bastado para sacar á VV. de las manos de la policía, á la que no se atrevían á arrostrar sin peligro por sus antecedentes. Segun mis órdenes han venido VV. á buscar aquí á un tal Jorge, que ha tardado un poco porque le detenían en otra parte cuidados mas importantes; mas al fin ya puedo.....

— ¿Con que ese Jorge es V.? preguntó Lourdeau.

— ¡V. me interrumpe, caballero! repuso Rouilloux admirado,

— Despache V. pronto, dijo Polissard con insolencia.

Rouilloux se encogió de hombros, se acercó á la mesa, tomó una silla, y sacando una cartera del bolsillo continuó:

— General, empecemos por V. dijo Lourdeau.

— ¿En qué puedo servir á V.? preguntó el conde Lourdeau con una risa vulgar.

— Si se hubiese V. dignado de pasar la vista por el *Monitor* de hoy, hubiera sabido su nombramiento de par. de Francia, continuó Rouilloux.

— ¿Qué?

— Lea V. (y sacando del bolsillo un papel le extendió sobre la mesa y dijo al general señalando un paraje con la mano): aquí tiene V.

El general se acercó con aire de duda y registró el lugar señalado con cierta sonrisa burlona; mas de pronto exclamó como si le ahogara el contento: ¡Oh! Se puso pálido, se tambaleó, se pasó la mano por la frente, levantó los brazos al cielo, y saltando al cuello de Rouilloux le abrazó tiernamente y se deshizo en lágrimas. Rouilloux mas impasible que nunca se desprendió de los brazos de Lourdeau, sacó de su cartera un puñado de

cédulas del banco, contó veintiocho y se las tiró á Hideux diciéndole:

— Tome V. El periodista dió un silbido de alegría, y descolorido, erizado el cabello y queriendosele saltar los ojos de sus órbitas, se abalanzó al dinero.

— Ahí tiene V. su nombramiento para el hospicio que indicó, dijo Rouilloux entregando un papel al doctor. Este dió algunos traspies; pero gracias á Micael se tuvo tieso y tomó el papel poniendose á contemplarle con una expresion de contento inefable.

Rouilloux añadió: — Si el general no necesita ya del periódico, entreguese á Polissard, quien puede mirar un poco más abajo en la misma página.

Polissard cogió el papel y exclamó al punto: — Consejero de estado! Gracias, Micael, Rouilloux, Hideux, Lourdeau, mis buenos amigos. Yo voy á delirar.

— Chito, dijo Rouilloux; y con una seña apartó al usurero y á Langeau que se adelantaban codiciosos y parecian querer tragarse la cariera con los ojos. Yo he cumplido las promesas que hizo á VV. Micael, señores, y me atrevo á creer que tengo ahora algun título para que me presten atencion: no pido mas. Me persuado á que el general votará siempre con el ministerio, que el magistrado juzgará segun su conciencia bien conocida, y que el periodista será fiel á sus inspiraciones y el médico á sus doctrinas. Es inutil insistir sobre este particular: aunque cada uno de VV. quisiera renunciar lo pasado, seria un empeño imposible: tan profundo es el surco que ha hecho la costumbre. Con todo me dan poco cuidado los actos de VV.: el único resultado posible de sus esfuerzos y el único fin á que son capaces de llegar es la nulidad; y me doy el parabien por ello. Mas adelante sabrán VV. la razon; por hoy basteles la seguridad de mi profundo desprecio. Solo que como en lo

sucesivo puede parecerme bien manifestarse á VV. de nuevo, he querido comprarlos de antemano.

Un sordo murmullo de rebelion interrumpió á Rouilloux, el cual preguntó con una voz burlona y despreciativa:

— ¿Tienen VV. que hacer alguna objecion, ó les parece que el precio es inferior al valor de la mercancía?

Todos bajaron la cabeza y Rouilloux continuó:

— Las gracias que tengo á bien conceder á VV. no son de ningun modo la recompensa de los servicios prestados, sino una prenda de mi buena voluntad hácia VV. y al mismo tiempo una prueba de mi poderio. Esas frivolidades que la ambicion limitada y las ideas mezquinas los hacian á VV. mirar como un fin, deberán considerarse de aquí adelante de muy diverso modo y ser el punto para encumbrarse á puestos mas altos. Conde Lourdeau, V. será ministro, y V. tambien, Polissard. Señor doctor, es menester hacer monopolio de la ciencia: la academia le espera á V. y la escuela de medicina le oirá: fundará V. un museo, será V. rico, célebre y honrado mas que todos sus compañeros: esto es necesarísimo: haré de V. un Dupuytren, un Bichat y mas todavía si es posible. El general es un hombre firme, intratable, ciego y sordo á toda moral que no sea la de la ordenanza: hallaremos ocasion de convertirle en heroe, y le facilitaremos en caso preciso alguna victoria de poca importancia, porque debe reinar en el ejército. Polissard es un abogado mediano, un diputado ridiculo: la magistratura reduciendole al silencio impedirá que salga á la luz del día su inepecia. Por mis afanes descubre una conjuracion, salva el estado y es proclamado juntamente Ciceron y Richelieu: para él es el poder civil, la autoridad sobre los legisladores: para nuestro doctor el cetro de la universidad, el derecho de formar la juventud: para nuestro amigo Hideux las mil voces de la imprenta, Resta la negociacion, y este punto interesará á VV., Mi-



cael y Langeau. Señores, ¿lo he previsto todo? ¿Se nos puede escapar aun algo en Francia y de rechazo en Europa y en el mundo entero?

Los concurrentes deslumbrados con una perspectiva tan brillante, pero confundidos con las verdades durisimas que les decía Rouilloux sin ningun disfraz, estaban delante de él pálidos, inmóviles, no atreviendose apenas á respirar.

— Si los asusta á VV. su incapacidad, continuó desapiadadamente, atrevanse á lo menos á levantar los ojos, y miren quién desempeña los diferentes empleos á que les destino. ¿Hablaré del Africa, donde con cien mil hombres y algunos millones hace catorce años que se persigue en vano á un bandido y doscientos ó trescientos ginetes muertos de hambre, extenuados de fatiga y que poseen á lo mas unos pocos caballos flacos y fusiles sin municiones? Por cierto que el conde Lourdeau tiene todas las dotes suficientes para alargar dignamente catorce años una empresa acometida con tanta gloria. Si pasamos á la política, ¿no es capaz Polissard, aquí presente, de doblar la rodilla á cada paso ante cualquiera que se atreva á amenazar á su patria? ¿Se negará á prodigar bajas adulaciones sucesivamente á Inglaterra, Rusia y Austria á costa de nuestros aliados, de nuestras colonias y á veces de nuestra dignidad? Pero ¿qué importa? Dispondrá del tesoro, desparramará el dinero, repartirá empleos y cruces, y la mayor parte de los legisladores asegurarán con sus votos al ministerio. Si algun rebelde se obstina en murmurar, el ministro se reduce á un silencio majestuoso y mira con un maligno placer al incorruptible orador que brega en la tribuna; y por fin si al pueblo se le antojase tambien murmurar, Lourdeau le responderia con la artilleria. ¿Qué les parece á VV., señores? Sean VV. francos. General, ¿se siente V. con valor para cargar á metralla contra todos por solo el amor del oficio, del deber y de los ascensos?

Lourdeau hizo una inclinacion con aire modesto, y respondió con el candor de un niño:

— La obediencia es la única virtud del soldado.

— Esa es casi una agudeza, repuso irónicamente Rouilloux: no esperaba yo tanto, general. Y nosotros, Polissard, ¿tendremos vigor para poner ciegamente la firma al pie de todas las resoluciones que extienda yo mismo?

— No veo el menor inconveniente.

— ¿Y podríamos también pronunciar con un tono tolerable en la tribuna un largo discurso aprendido de coro el día antes?

— Muchas veces he hablado de repente.

— Eso es lo que hay que evitar en adelante. Regla general: cuando sea V. ministro, niéguese á responder á toda interpelacion para la cual no le haya preparado yo con un día por lo menos de antelacion.

El abogado hizo una cortesía sin decir palabra.

— Bien, continuó Rouilloux, se va V. haciendo menos hablador: esa es una disposicion favorable que tendré presente. Pasemos al sabio.

El médico se levantó cortado como un ladrón principiante cogido en la primera tentativa.

— Amigo mio, dijo Rouilloux, hasta aquí nada le falta á V. mas que las disposiciones naturales, los estudios, el acierto y los enfermos...

El doctor se inclinó con aire lastimero en señal de asenso y con la expresion de aquella baja sonrisa con que un cuitado se ve reducido á veces á manifestar el desprecio de su propia persona delante de un protector arrogante.

— En una palabra, continuó Rouilloux rascándose la barba con la insolente fatuidad de un hombre de fortuna, V. es un inepto; pero tranquilícese, se le hará pasar por modesto, y con tal que en ciertas circunstancias consienta V. en echar sutilmente en un vaso unas

:

cuantas gotas de un licor que se le indique....; Me entiende V?

— He dado pruebas....

— Ya lo sé, y por eso no quiero separar la suerte de V. de la de sus dignos compañeros; no porque falten prácticos tan poco escrupulosos y mas hábiles; pero V. estaba á mano, y siempre cuesta trabajo perder el tiempo en buscar. Ademas la tontería y la ignorancia serán cualidades preciosas en el papel de pedagogo que ha de desempeñar V., por cuanto librandole de toda vanidad le harán mas docil, y repito que en nuestros dias basta cualquier advenedizo para desempeñar los empleos mas altos.

Hizo seña al doctor para que dejase paso al periodista, y dirigiendose á este le dijo:

— Mi querido señor Hideux, V. es la mejor cabeza de nuestra sociedad despues de Langeau, y á falta de talento real su inagotable malignidad le asegura un lugar distinguido entre los periodistas; pero dejemos las veredas, amigo mio: tome por fin alas la serpiente, y remontese como una águila á las nubes. Si le asusta á V. el vértigo, queda otro camino. Bajemos y despachurremos á sus compañeros de V.: no hay cosa mas facil: oígame V. Yo compro los tres ó cuatro diarios mejores de las opiniones mas diversas, no me paro en escrupulos; y la hiel de V. tiene diariamente ocho ó diez páginas que llenar de veneno. Este es mucho trabajo: asi he pensado en el plan siguiente: toma V. á la ventura veinte jornaleros literarios, y cada cual de ellos adiestrado por mi diligencia le fabrica á V. dos tomos al mes, y V. no hace mas que firmarlos. Ejercitese su ingenio de V. en ordenar sumariamente las disposiciones generales del combate y en gozar luego de la satisfaccion del triunfo. Este es un verdadero beneficio simple: solo exiji anualmente el valor de un volumen regular, cuya sustancia pretendo destilar á mi antojo. En cuanto á los criticos no hay nada que temer: yo sabré ponerles una mordaza

ó sofocarlos; y los competidores de V. no ballarian siquiera un teatro, pues que intento comprarlo todo. Los hombres razonables le cederán á V. el paso, los ambiciosos convertirán sus esfuerzos hácia una industria donde haya menos concurrencia, y los insensatos que se obstinasen en la lucha, morirán á fuerza de burlas, de hambre ó....

Rouilloux no acabó la frase y puso el dedo indice en los labios. A este ademan respondió Hideux con una sonrisa. Aquellos dos hombres tan dignos de comprenderse se echaron una mirada atroz, y con un apretón de manos acabaron de comunicarse su horrible pensamiento.

En seguida se volvió Rouilloux hácia Langeau y le dijo:

— Yo he levantado tu casa de giro.

— ¡ Ah! repuso con indiferencia Langeau.

— Esa casa es mia, se aventuró á decir Micael.

— Sí, replicó Rouilloux encogiendose de hombros; pero ¿quién mandó al médico que aquí está presente y entonces lo era del hospital de locos de Bicetre, asesinar al administrador Beltran para robar mas impunemente al marqués niño de Valencey?

El doctor y Micael se estremecieron.

— ¿ Y quién, continuó Rouilloux, ha hecho prender tan tontamente esta mañana á estos dignos caballeros?

— Tú quizás, respondió con firmeza Micael.

— Silencio, gritó Rouilloux esforzando la voz. Micael, tú sufrirás con paciencia mi voluntad por injusta que te parezca, ó te haré subir las escaleras del cadalso tan cierto como la luz que nos alumbra. Escoge.

Micael no se atrevió á responder, y Rouilloux añadió:

— Te dejo optar entre la obediencia á mis órdenes y la vida y nada mas, y aun esta última te la quitaría el dia que quisieses apartarte una línea del camino trazado por mí. Tal es la voluntad del amo. Apenas hace unas cuantas horas que soy en tu lugar la expresion de su

voluntad y el dispensador de sus beneficios, y ya he reparado mas yerros que tú has sabido cometer en tres dias. He librado á estos señores y á ti, levantado á Langeau, detenido al amigo de Arnoldo, alejado al sacerdote y hallado cuantiosos tesoros que repartir á pesar de tu sórdida avaricia. Atrevete ahora á comparar tus obras con las mías: atrevete siquiera á levantar la cabeza y mirarme de frente.

El usurero devoró su vergüenza y pesar, y todos celebraron su confusion.

— Guardense VV. de reirse en mi presencia, y repuso severamente Rouilloux, y piensen todos que trataré con mas dureza que á este viejo á cualquiera que medite solo emanciparse ó no salga bien en su empeño. ¡Desgraciado del que quiera volver atras! Yo escojo á VV. para un término que ignorarán siempre, y no son á mis ojos mas que unas cuantas gotas de veneno echadas en un vaso de agua.

— Allameida, dijo por lo bajo y con voz sorda Micael.

— En su nombre te hablo, viejo miserable, prosiguió Rouilloux: por él ejerzo la potestad sobre todos VV. Ahora vayanse: mas tarde les daré órdenes, y no olviden que el que se resista á obedecer no tiene cinco minutos de vida. Vayanse VV., señores, que necesito quedarme solo.

Con un ademan altanero despidió Rouilloux á los concurrentes que obedecieron haciendo una profunda reverencia: Micael exhalaba hondos suspiros; Langeau se reia con disimulo: Hideux se mordía los labios: el general juraba entre dientes: el abogado hinchaba los carrillos para darse aire de importancia á los ojos de los demás; y el doctor triste y reducido casi al idiotismo por la sorpresa caminaba con la cabeza baja tras de sus compañeros. Ya iba á pisar el umbral cuando le dijo Rouilloux levantando la voz:

— Doctor, está noche á las doce en la fonda de Wa-

gram, calle de Rivoli, y preguntará V. por el conde de Valida. Micael acompañará á V. en un coche alquilado; pero aguardará á la puerta.

El médico hizo otra cortesía y salió sin volver la espalda. Rouilloux le empujó fuera y cerró precipitadamente la puerta.

V

En una noche de invierno, y la bóveda del cielo se  
planchaba con millares de estrellas, despidiendo la pla-  
ta de luna los blancos rayos de su luz. París, la ciudad  
gigante, había encendido también sus antorchas, y las  
luzes interiores de las casas se extendían por los anchos  
muelles é interminables alamedas. El río brillaba como  
un espejo reflejaba la claridad que el cielo y la tierra  
derribaban como á competencia. Elas calles coches cor-  
rían las calles resplandecían. Era la hora en que los di-  
chosos del mundo empiezan sus fiestas y tertulias, y el  
pobre procura conciliar el sueño en su verto lecho y  
piensa temblando en el día de mañana. A los dos meses  
acento de una armonía viva y rápida, las pláticas de-  
gras, los cálculos ambiciosos, las protestas trisónicas, la  
mirada indiferente del filósofo que penetra por entre los  
bulliciosos grupos de los bailarines, y descubre el terror  
pajo de un ramillete de rosas, las lágrimas en el corazón  
de una cándida doncella y el disgusto sonriéndose entre  
dio del torbellino de placeres, perfumes y melodiosos  
ecos de la música. A la sombra y al pie de este can-  
do relumbra el hombre horrible y aguzó los dientes  
el odio encendido. El mendigo que pasa, echó una oja-  
da metecólica á los salones brillantes del rico, y se ale-  
ja diciendo por lo bajo algunas palabras siniestras. A  
aquella hora también veía la ciudad, y va á recoger el  
huerfano abandonado por una madre y á llevar los últi-

**LOS PASEANTES NOCTURNOS.****V.**

Era una noche de invierno, y la bóveda del cielo resplandecía con millares de estrellas, despidiendo la plateada luna los blancos rayos de su luz. Paris, la ciudad gigante, habia encendido tambien sus antorchas, y las largas hileras de faroles se extendian por los anchos muelles é interminables alamedas. El rio brillante como un espejo reflectia la claridad que el cielo y la tierra derramaban como á competencia. Elegantes coches corrían las calles resbaladizas. Era la hora en que los dichosos del mundo empiezan sus saraos y tertulias, y el pobre procura conciliar el sueño en su yerto lecho y piensa temblando en el dia de mañana. Aquí los suaves acentos de una armonía viva y rápida, las pláticas alegres, los cálculos ambiciosos, las protestas irrisorias, la mirada indiferente del filósofo que penetra por entre los bulliciosos grupos de los bailarines, y descubre el terror bajo de un ramillete de rosas, las lágrimas en el corazón de una cándida doncella y el disgusto sonriéndose en medio del torbellino de placeres, perfumes y melodiosos ecos de la música. A la sombra y al pie de este cuadro refunfuña el hambre horrible y aguza los dientes el odio enconado. El mendigo que pasa, echa una ojeada melancólica á los salones brillantes del rico, y se aleja diciendo por lo bajo algunas palabras siniestras. A aquella hora tambien vela la caridad, y va á recoger el huérfano abandonado por una madre y á llevar los últi-

mos auxilios al anciano moribundo. El estrépito del trabajo ha cesado; pero el concierto de las almas sube á Dios; clamor inmenso, voz de oración y de blasfemias, alarido de las bacanales, suspiro tímido, sollozo convulsivo, risa sonora, grito de pesar, cántico de esperanza, que se mezclan, cruzan y confunden, y celebran á un tiempo el placer, la locura, el crimen, la virtud, la desesperación, la agonía, la dicha y la muerte. La clase media de la sociedad desaparece: levántanse las extremas, y sólo viven la miseria y el lujo, el vicio y el ingenio. Entonces son los himnos del poeta, las meditaciones del artista, y las combinaciones de la ciencia, la obra del pensamiento, el triunfo de la moda y el gusto: entonces las sordas inspiraciones de la miseria, el rechino de dientes del misero habitante de las buhardillas y las puñaladas en las calles solitarias; Gruesas patrullas recorren la ciudad en todas direcciones; pero el incendio y el asesinato y el libertinaje caminan igualmente á su fin, mientras que el suicida se abre el pecho, se fraguan las conspiraciones y se ejecutan los atentados.

Dos hombres embozados en sus capas se encontraron al pie de la columna que construyó Napoleón con los cañones cogidos al enemigo. El uno de ellos parecía esperar al otro, á quien recibió con las demostraciones del mas profundo respeto.

— ¿Qué ha hecho V? preguntó este último al otro con voz grave.

— Todo, maestro: he destruido y reparado.

— Es decir que segun mis órdenes secretas ha sustituido V. á Micael, cuya avaricia y bajeza lo habian comprometido todo sin duda.

— Y perdido.

— Explíquese V.

— Aissi, el esclavo negro, ha hecho traición; ya lo sabe V., maestro, porque nada se le oculta. Enriqueta

Beltran se ha escapado, y el testamento del marqués de Valencey ha sido entregado á Arnolde.

— Adelante, interrumpió el ente misterioso: sé esas particularidades.

El escriba hizo una reverencia y prosiguió:

— Micael no sospechaba nada cuando se declaró la quiebra de Langeau.

— Hable V. de cosas mas importantes, dijo Allameida con sequedad: estoy cansado de Micael y Langeau.

— ¿Quiere V. á lo menos saber que el hijo quiso matar de puñaladas al padre?

— Esa circunstancia no me puede interesar: ¿Dónde estan los tesoros?

— En manos de la justicia.

Allameida hizo un movimiento de sorpresa y preguntó con precipitacion:

— ¿Por qué?

— Porque Langeau ha delatado á su padre.

— Bien, abandonemos á Micael, y no pensemos mas que en Langeau, es decir, en los tesoros.

— Estan seguros, he ganado á un ministro de justicia que está pronto á restituirlos con una palabra.

— ¿Cuánto costará?

— Nada.

— Mi querido Rouilloux, V. es el único hombre que he encontrado en Francia. Pero hábleme V. del testamento: ¿está en poder del sacerdote?

— Le he recobrado esta noche.

— Es preciso deshacernos de Eugenio.

— Es cosa hecha, maestro.

— De Arnolde.

— Dentro de una hora, dijo tranquilamente Rouilloux despues de haber mirado su reloj.

Allameida se sonrió y replicó:

— No sabes que el cielo puede enviar un angel en su socorro.

— Yo no creo en el cielo ni en los ángeles.

— Luego he hecho bien en elegirte, porque debes ser insensible al amor como al orgullo. Tú quieres tu parte de accion en la nivelacion de las ideas y los seres y luego la nada eterna. Conserva tu fé, y si alguna vez para acelerar la obra de destruccion deseas una cosa que pueda cumplir en este mundo el hombre material, apenas formes el deseo serás oido. Ya he cambiado tu nombre y poseés un título, honores y caudal: di una palabra y serás rey.

— Prefiero continuar siendo lo que soy y servir á V.

— ¿Qué pasion puede unirme á mí?

— El odio.

— Oye, dijo entonces Allameida apartándole á un lado: algun dia se borrará todo prestigio de la tierra de Occidente. Ya han fenecido las artes, los tronos se hundén y las creencias religiosas espiran. Los palacios se arruinarán, el terreno se nivelará, el hombre no existirá ya como individuo, y el ente social sin distincion de clase, lengua ni nacion será la única realidad viviente.

— Lo sé, maestro, respondió Rouilloux, y yo soy uno de los que preparan los caminos. El dia de la unidad se acerca.

— ¿Y quién soy yo á tu juicio?

— El rayo que debe iluminar el Oriente.

— ¿Y qué me falta?

— Un pueblo.

— ¿Dónde le encontraré?

— En el sepulcro del profeta.

Allameida se estremeció y repuso con enérgico ademán:

— Dices verdad. Cuando se levante un hombre en la tierra del sol, se apiñarán á su rededor los hijos de Ismael. La palabra bajará á sus labios, sus manos mostrarán el Occidente, y las langostas de Egipto se extenderán por

Europa y devorarán las mieses que no se les podrán disputar, porque no se hallará entre vosotros ningún hombre dotado de bastante crédito y armado de una autoridad bastante indisputable para reunir á su voz los batallones de trabajadores desarmados para siempre por la industria, ajenos de toda idea de nacionalidad, y en quienes la ciencia positiva, la sed de dinero y el materialismo han destruido el alma y la accion. Entonces reinará en el mundo el derecho de la espada, y los esclavos se postrarán ante el dios del exterminio y Allameida su profeta.

Rouilloux se quedó pensativo por un rato y dijo:

—Sí, el escalpelo ha matado la inspiracion y con ella la patria; pero el espíritu del Occidente oprime con todo su peso el Asia y el Africa. Bien sé que los wahabitas son un pueblo belicoso: los tesoros de Arnolde, tu fanatismo y tus milagros que quiero admitir, armarán cien mil hombres: conquistarás el Egipto y tal vez á Constantinopla; pero allí se estrellará el torrente, y el incendio no cundirá más allá.

—Te abandono los tesoros de Arnolde: me basta despojar de oro al soldado y al sacerdote para anular la inteligencia y la fuerza, el alma y el brazo; y si ahora sueñas la traicion, piensa que estoy en Paris, que poseo el secreto del abismo, y que mis manos derraman á torrentes el veneno que debe aletargar.

—El oro y el crimen depravan el corazon y hacen enmudecer la conciencia; pero acuerdate que este otro rey de la espada cuya estatua de bronce nos contempla desde lo alto de su columna, enfrenó el entusiasmo oriental con solo el prestigio de una voluntad firme y sin otro apoyo que las bayonetas que se armarian de nuevo contra ti.

—¿Te atreves á hablar asi? exclamó Allameida dando una patada en el suelo. Pues ¿ignoraís en Francia que el sepulcro del mamelucó quebró el fusil de los sol-

dados de Buonaberti, y que la artillería sola, es decir, la materia y el número triunfaron de los guerreros del desierto, victoriosos por el valor y la fortaleza mientras un hombre pudo medir su acero con otro?

— Volverás á encontrar en todas partes la táctica y la artillería que barrieron á Mourad y los suyos.

— Mourad no tenia la palabra, y para mí son inútiles los cañones. Yo soy mas y tengo cosa mejor.

Rouilloux le miró inquieto, y Allameida prosiguió: — A lo menos no hallaré los soldados ni el general de la república.

— Los pueblos unidos se levantarán como si fuesen un solo hombre.

— En aquellos días nadie en Occidente tendrá derecho á mandar á los demas. ¿No te he encargado de abolir las potestades deshonrandolas? Tú, la sustancia encarnada del pensamiento del siglo, te has hecho mi esclavo: sin mí serian estériles tus esfuerzos: con una palabra que salga de mi boca vuelves á caer en la obscuridad. ¿Qué debo creer de tus hermanos?

Rouilloux no tuvo que responder, y el extranjero continuó:

— ¿Y me tienes tú por un hombre semejante á los demas, que sigo á la ventura un objeto soñado por el miserable orgullo de un hijo de la tierra? ¿Has mirado tú jamas mi rostro? Y si lo has hecho, ¿cómo te atreves á tenerme por mi igual? ¿Quién me descubre los pensamientos secretos? ¿Quién me allana los caminos? ¿Quién de vosotros intenta resistirme? Nadie excepto Dios quebrantará mi cabeza, lo juro, y aun no podria doblegarla delante de él porque soy el odio inmortal, el espíritu de audacia y rebelion, la espada arrojada entre vosotros para herir y destruir.

El escriba taciturno levantó lentamente los ojos para contemplar el rostro de Allameida, y quedó deslumbrado con las centellas que despedía. El desconocido le asío

fuertemente del brazo: la serenidad racional del hombre europeo se turbó, y toda su esencia se sobrecogió de un temor vago, misterioso é indécible, y cedió al ascendiente de un poder desconocido.

— *Enoch y Elías volverán á la tierra, prosiguió el extraño personaje: el signo del hijo del hombre aparecerá en los cielos. Habrá falsos profetas y falsos Cristos, y donde quiera que esté el cadáver, se congregarán las águilas.* Nosotros representamos dos mundos: el uno es el águila y el otro el cadáver. Los míos duermen aun; pero antes de dormirse pusieron la espada debajo de la cabecera. Cuando suene la trompeta, hallarán la fé de los milagros y la memoria de los antepasados. Y tú ¿no has renegado del altar y del sepulcro? Responde. ¿Qué es tu ciencia delante de la mía? ¿Y quién te dará la facultad de hacer siquiera un ademán hasta que yo quiera retirar mi mano y restituirte la libertad de pensamiento y de acción, pero para mi obra? Entonces dispersarás las piedras de tu asilo, darás el último golpe al alma de tu pueblo, y apagarás la única lámpara que luce en las ruinas del templo. Tu estúpido orgullo será mas contrario á ti que mi mismo brazo, y tu razón helada te será mas mortífera que el acero del puñal homicida.

El escriba bajó la cabeza, y se fue rindiendo por grados, y se hubiera desvanecido completamente si el desconocido no le hubiese soplado con fuerza en el rostro. Con aquel aliento ardiente se encogieron los nervios de Rouilloux que abrió los ojos y volvió en sí, se pasó la mano por la cara para limpiarse el sudor frio que la bañaba, y con voz apagada y sumisa dijo:

— Habla, maestro, que yo obedeceré.  
— Ven pues, respondió Allameida, yo guardaré consideraciones con tu naturaleza y no te hablaré más sin velo.

Bien pronto desaparecieron bajo de los arcos huyen-

do cuidadosamente de encontrarse con dos hombres que platicaban en voz baja y pasaron junto á ellos.

— Tambien Leonor es mi hija, decia uno de estos ultimos, y no obstante la he perdido: he traficado con su alma como con la tuya, y sin duda en caso necesario mi hija derramaria el veneno con mano tan firme como tú tendrias el puñal.

— No hablemos de sentimientos, ni de naturaleza, ni de deberes, interrumpió Langeau, sino solamente de interés, porque á este último punto se reduce toda la moral que he recibido de V. Y en primer lugar procuremos no encontrarnos cara á cara con los dos hombres que vienen por aquel lado de la calle. Ahora dígame V. cuáles son sus proposiciones.

— Nos volvemos los tres á Italia, me nombran director de S. Carlos y yo te tomo por cajero.

— Me lo, mi digno padre. Rouilloux me ha prometido mejor, porque supongo que habria que partir con V. lo que tengo.

— Y pasandote á Rouilloux me robas y reniegas de mí!

— La cantidad lo merece.

— ¿Y si quieren sacrificar á tu padre?

— Pesaré las utilidades de la ternura filial y del sacrificio, y obraré segun el resultado.

— ¡ Infame!

— Ahorremos de palabras y vamos en derecho al objeto. Ahora está V. á mi disposicion, y en Italia estaria yo á la de V.

— ¿ Con que no aceptas, Eduardo?

— Positivamente.

— Anda pues, exclamó Micael empujando á su hijo, y cumplase el destino. Maldito seas tú: maldita sea Leonor; fuera la naturaleza: á Dios la vida, y entre la venganza.

Langeau quedó un instante suspenso de este duro

apóstrofe, y miró inmóvil á Micael que se alejaba á toda prisa por la calle de S. Honorato en direccion al palacio real.

—Queda una hora y tengo tres mil francos, decía entre dientes el viejo usurero con una alegría feroz. No se dirá que despues de sesenta años de crímenes me roban impunemente mis tesoros.

Micael acababa de hallar en su desesperación una potencia de energía y resolución, que le recordaba los mejores dias de su juventud. La fiebre acosada de cerca se transformaba en jabalí para volverse contra el cazador y despedazarle.

—A la meda de Beaumarchais, esquina de la calle de S. Sebastian, al trote y cinco pesetas de propina, dijo con aire resuelto al cochero de un carruaje en que montó.

Luego que llegaron al lugar señalado, Micael mandó al cochero que le esperase, y él inaccesible al miedo se fue arrimando á las casas hasta la orilla del canal. El viento soplaba con fuerza, la playa estaba desierta y el suelo cubierto de una ligera capa de hielo que crujía con las pisadas del judío. Este anduvo un rato cada vez con mas celeridad parandose de cuando en cuando para ver si alguna patrulla recorria entonces la una ó la otra ribera. Acercóse á una taberna cuyas puertas y ventanas estaban tan perfectamente cerradas, que no se percibía ningun rayo de luz por las hendrijas. Micael aplicó con mucha atencion el oído y le pareció sentir el ruido de una riña, á que se siguió un grito de dolor prontamente sofocado. En cualquier otra época de su vida se le hubieran helado de terror los miembros al usurero y hasta se le hubiera paralizado el pensamiento; pero aquella noche la exaltacion de la desesperacion hacia veces de un valor intrépido y le incitaba á arrostrar con gusto á la muerte, con tal que hallase en ella la venganza.

—¿Qué me importa Allameida? decía. ¿Qué me

hacen mis hijos ni el mundo? La tierra no tiene ya que ofrecirme otra cosa que un asilo en el sepulcro. Mi alma está vendida, el infierno se abre, y no quiero bajar solo á él. Llega mi vez de castigar, muriendo es verdad; pero el último crimen de Micael dará su fruto.

Inmediatamente el viejo poco há pusilánime se puso muy tieso, y sin temblarle siquiera la mano dió con autoridad tres golpes en el postigo de una ventana. A esta señal todo quedó en el mas profundo silencio dentro de la casa: luego se sintieron pisadas lentas por una escalerita, rechinó una llave en la cerradura, se abrió la puerta, y se presentó en el umbral una mujer hercúlea, ordinaria y de aire resuelto.

— ¿Qué hay? preguntó con voz ronca é imperiosa

— ¿Me conoce V.?

— Sí.

— Quiero hablar á Mouflet.

— No puede ser.

— A Goulard.

— Está ocupado.

— A Bodin.

— Voy á avisarle. Entre V.

El marimacho cerró la puerta luego que entró Micael y le metió en una sala baja donde estaban de día los bebedores: dejó en una mesa la linterna que llevaba en la mano y subió pausadamente la escalera. Otra vez se oyeron débiles gemidos, y se distinguieron risas confusas y un ruido como si descargaran multiplicados golpes en un cuerpo caído. Micael pensó que sin duda estaban degollando un hombre en el piso superior, y se puso pálido y en el primer movimiento de terror instintivo miró al rededor para buscar una salida. Mas las ventanas estaban cerradas por dentro con candados; y dijo para sí sonriéndose con desden de aquel resabio de su cobardía natural:

— ¿Qué temo? Yo no tengo dinero y vengo á dar

E. C. — A. I.

14

unas cuantas horas de vida por un instante de venganza.

Tranquilizado con este raciocinio singular volvió á tomar un continente tranquilo y digno.

— Suba V., gritó una voz seca, y al mismo tiempo se oyeron carcajadas mas agudas.

Micael cogió la linterna, y sin desmentir su serenidad subió aprisa la escalerita.

— Por aquí, dijo la misma voz.

Micael se dirigió hácia la parte indicada, empujó una puerta entreabierta, y se detuvo horrorizado á vista del espantoso espectáculo que tenia delante. Mouflet estaba tendido sobre una mesa con los pies y las manos agarrotados, y la cabeza arrastrada por su peso estaba colgando: Bodin mantenía el cuerpo en equilibrio, Goulard abría con un cuchillo una herida hecha en la garganta, y la mujer de quien hemos hablado, recibía en un vaso la sangre que salía á torrentes. La víctima estaba espirando, y solo en un debil resuello se conocía que no había acabado todavía. Los tres verdugos cumplían su abominable comision con una firmeza atroz.

— ¡Ah! ¿Con que eres tú, viejo tunante? gritó Goulard interrumpiendo su operacion. ¿Qué vienes á hacer aquí?

— Por vida mia, respondió irónicamente Bodin, el patron nos trae obra para lo que resta de noche.

— Sí, replicó Micael horriblemente pálido, pero que hablaba con voz firme: tengo que ajustar una deuda con vosotros.

Las tres personas le miraron asombradas.

— ¿Si traerá la guardia? dijo por lo bajo la mujer atlética.

Bodin repuso riendose:

— ¿Qué te importa á ti eso, Sofía? ¿Temes por tu fama?

— Silencio, canalla, dijo Goulard, y coged pronto al parroquiano.

En un abrir y cerrar de ojos se vió Micael atado y puesto al lado de Mouffet, que no era ya mas que un cadaver. Goulard levantó el cuchillo, y con una voz sorda dijo:

— Habla ahora y pronto: ¿qué quieres?

— Nos trae tres mil francos, gritó Sofia que entre tanto habia desocupado los bolsillos.

Bodin se los arrancó de las manos á aquella furia y dijo:

— Un billete para cada uno: gracias, viejo. Da, Goulard: está ajustada la cuenta de anteayer.

Micael se sentó y echando á su rededor una mirada despavorida dijo con acento reprimido:

— Fonda de Wagram, calle de Rivoli, á media noche en un coche de alquiler parará Rouilloux y....

— Basta, interrumpió Goulard: tampoco llevará los bolsillos vacíos; pero tu delacion no te salvará la vida, patron: nosotros, Bodin y yo, somos rabiosos y nos llena de un placer voluptuoso el olor de la sangre. Tú creias hallar á Mouffet en la cita, ¿no es verdad? Pues vuélvete y mira á tu compañero: os podeis arreglar entrambos. Adios, patron: acuerdate de los terreros de Saint-Chaumont.

Micael alargó la mano y quiso bregar; mas los dos bandidos le sujetaron. Dió un alarido como quien pide socorro, y entonces bajó Goulard la mano con la rapidez del rayo, y el cuchillo despues de atravesar el cuello de la víctima quedó clavado en la mesa.

— Hagamos ahora su encargo, dijo con la mas completa tranquilidad; y tú, Sofia, écharás los cadáveres al canal á cosa de las tres.

En seguida salieron los dos asesinos agarrados del brazo.

---

---

## EL CIELO Y LA TIERRA.

### VI.

La habitación escogida por Leonor, aunque pasaba por la mas decente de la fonda, estaba muy lejos de equivaler en concepto de la cantatriz á los palacios y quintas de Italia. El lujo vulgar y el esplendor prestado repugnaban á aquella alma lozana y grande todavía á pesar de su caída; y se estremecía con la idea de respirar un aire impregnado de los densos vapores del *bifsteck* y del ponche y de sentarse á meditar en el lugar en que habia estado tendido el día antes algun pesado y estúpido comerciante inglés de moderna ejecutoria. Luego pensando que habria de recibir al romántico Arnoldo con aquel cortinaje, anticuado ya hacia lo menos diez años, y ofrecerle una silla incómoda y tosca, sin que la vista del músico pudiera fijarse en ningun objeto del arte, sintió encendersele la ira, y retorciéndose una tras otra sus blancas y pequeñas manos al paso que daba patadas en el suelo de despecho, llamó á Zaccone, su doncella ilírica, y á Zacopo, su criado napolitano, y dijo:

— Id á comprarme una tienda entera de flores y á rogar á Enrique Herz que me envíe su mejor piano.

De allí á una hora ya estaba cumplida la orden y transformado el salon en un jardin oloroso, donde se descubrian los espejos entre flores y ramaje. Leonor cubrió el velador con un chal de inestimable precio, presente de un rajá, encendió una lámpara de plata

cincelada que le habia regalado un caballero florentin famoso por su regia munificencia, puso en uno de los extremos el piano pedido, para que hiciera juego con un confidente que le habia costado mil escudos en la calle de la Paz; y se quedó un rato pensativa al examinar todos aquellos preparativos.

— ¿No tiene la señora nada que mandar? dijo con timidez Zaccone sonriendose al propio tiempo de un modo maligno que no advirtió su ama.

— Sí, repuso Leonor, dí á Zacopo que mudé las alfombras mientras tú me vistes. Tambien hay que echar aceite en esa lámpara y que sea de olor.

Inmediatamente quedaron satisfechos estos nuevos caprichos. La Villana cuyo esbelto talle no necesitaba corsé, y cuya preciosa cabellera no habia menester mas peinado que disponerla en gruesas trenzas, tardó poco en concluir su tocado: puso un simple vestido de terciopelo negro, se echó por cima una mantellina de encaje de Flandes como las que se fabricaban en Malinas para las cantatrices y las reinas, añadió una espiga de diamantes que parecia haber salido del guardajoyas de una emperatriz, y tomó de una copa de oro unas veinte sortijas las mas ricas y mejor trabajadas.

— ¿Qué tal te parezco ahora? preguntó sencillamente á Zaccone.

La doncella no dió mas respuesta que presentar un espejo á su ama.

— ¡Aduladora! repuso esta despidiéndola con una seña despues de haberse sonreido con mucha complacencia de su persona. Entonces daban las doce en el reloj de las Tullerías. Leonor se sentó al piano y tocó la obertura de la Favorita; pero dejandolo á los primeros compases agarró la campanilla y tiró con tanta fuerza que se quedó con el cordon en la mano. Inmediatamente se presentó Zacopo.

— Amigo, le dijo su ama, se me ha olvidado decir-

te que necesito dar una cena que compense lo indigno de la posada.

Zacopo pareció quedar confuso.

— Te doy un cuarto de hora de término, añadió Leonor con un aire de impaciente terquedad; y si no sales bien con la empresa, te echo á la calle despues de hacerte comer hasta el último almendrado.

— Pero, señora, V. pide un milagro.

— ¿Y no estoy acostumbrada á ellos?

Zacopo hizo una reverencia y se marchó. Su ama se sentó otra vez al piano, y saltando desde el preludio de la ópera al acto cuarto entonó con voz dulce y melodiosa la famosa aria *Angel tan puro*. A poco unos gritos espantosos y como el ruido de una riña trabada en la calle interrumpieron á la Villana, la cual pálida y trémula se dirigió hácia el balcon y le abrió sin poder descubrir mas que un gran corrillo. La escena principal pasaba debajo de los arcos. Leonor llamó á voces á Zaccone y Zacopo; mas no respondieron ni uno ni otro; atravesó la primera sala y la antesala, y por fin columbró á su doncella que venia asustada.

— ¿Qué es eso, Zaccone?

— ¡Oh! ¡Qué horrible aventura, señora!

— Dejate de exclamaciones y vamos al caso.

— Acababa de pararse un coche de alquiler á la puerta de la posada: apeanse dos hombres, el uno sin duda algun embajador ó príncipe porque lleva cinco cruces: el otro no puede responder á ninguna pregunta y no tiene ni siquiera una cruz.

— Pero ¿qué es lo que ha sucedido?

— Apenas había echado el primero pie á tierra, dos ladrones que estaban en acecho, se precipitaron sobre él y le dieron de puñaladas; y cuando iban huyendo á escape despues de haberle despojado, echa á correr tras ellos un hombre desconocido, los coge y los ahoga á uno con cada mano, señora: luego se confundió entre la gente.

— Cuando Zaccone estaba acabando su narracion, se puso delante de la cantatriz la terrible figura de Allameida y le dijo precipitadamente al oido por lo bajo:

— Si estimas la vida de Arnolde, haz que se quede aquí hasta el amanecer.

La Villana aterrada dió un paso atras y Allameida desapareció como por encantamiento. El era quien acababa de ahogar á Goulard y Bodin; pero estos habian tenido tiempo de matar á puñaladas á Rouilloux. Allameida les quitó los objetos que habian robado, y dejó al tímido doctor bregando con la curiosidad de la gente y las indagaciones de la justicia. Nadie pudo alcanzar á Allameida, y la misma Zaccone no echó de ver que un extraño se acercaba á su ama y hablaba con ella: tan rápida fue la accion, y tan impresionada estaba la buena doncella del suceso trágico de que no habia sido siquiera testigo. Tambien subió maese Zacopo y quiso discurrir; pero Leonor mandó callar á sus criados y se volvió á la sala. Cuando estuvo sola, exclamó apretándose la frente con entrambas manos y exhalando un suspiro:

— ¿Quién me libraré de la cruel persecucion de ese genio malo? Porque él es: he conocido sus facciones, sobre todo sus ojos, esos ojos que brillan con un fuego infernal. Sin duda viene á reclamar el cumplimiento de mi promesa; pero, Dios mio, ¿no basta ya de crímenes y de ignominia?

Y de pronto se arrodilló, inclinó la cabeza y juntó las manos en actitud de orar, mientras que algunas lágrimas ardientes surcaban sus mejillas. Un ligero ruido la hizo estremecer, y volviendo la cara vió á Arnolde que se habia detenido en el dintel y la contemplaba con gravedad.

— Perdone V., dijo Leonor dirigiéndose hácia él con la mas graciosa sonrisa y sin mostrar la menor turbacion.

El joven la saludó y no se sorprendió al parecer de un acto de súbita devocion, muy ordinario por otra

parte en una italiana, cualesquiera que fuesen sus costumbres y condicion. Sin decir una palabra á la actriz ni mirar las flores se fue en derechura al piano, probó el teclado, y meneando la cabeza con aire satisfecho dijo á Leonor:

— ¿Es de V. este piano?

— No, respondió ella: me le ha prestado una amiga que tendrá á dicha: ofrecérselo á V. si le gusta.

— Acepto de buena gana y mandaré grabar en él su nombre y el de V.

Luego se sentó en el confidente y dijo:

— Preparanse extraños acontecimientos; y una de dos, ó yo he perdido completamente la cabeza, ó el mundo va á cambiar de aspecto. ¿Sabe V. que es duro y cruel conocer uno que es hombre en el corazón y en el brazo y ver á todos fuera de su lugar, confundidas las ideas, la injusticia en auge, la impostura triunfante y el derecho proscrito, y permanecer tranquilo espectador cuando uno siente en sí inteligencia y fortaleza?

— Deje V. que el mundo exterior se arregle á su manera, repuso gravemente la Villana: bastantes pensarán en las leyes y en los imperios. Contentese V. con reinar en el alma por las artes.

— Sin duda el arte es cosa sagrada; pero me disuena una orquesta cuando debiera oírse el estampido del cañon.

— ¿Y sigue V. escogiéndolo á los ingleses por víctimas de sus futuras hazañas? replicó Leonor con acento ligeramente irónico.

Arnoldo frunció las cejas, se levantó y mirándola de frente replicó:

— No tiene V. razon para burlarse. Es verdad que he hecho poco; pero en España y en los mares he adquirido clara demostracion de que solo me faltaba una cosa, y esa la poseo hoy.

— Y ¿cómo se llama?

— El derecho de mandar á todos y no someterme á ninguno.

— Ese seria el privilegio de un rey legítimo.

— Por consiguiente el mio.

— Sin duda quiere V. reirse.

— No: sé que mi padre fue rey en el Yemen y que yo soy su sucesor de derecho, si no de hecho.

— Pero ¿sabe V. siquiera el nombre de su padre?

— En Europa le llamaban el marqués de Valencey y entre los árabes el sultan de los Wahabitas.

Leonor se puso á reflexionar y no respondió. Arnoldo se paseó por el salon y continuó.

— Ahora comprenderá V. por qué me colmaban de atenciones el padre santo y los otros príncipes de Italia. Todos sabian mi historia, y yo he sido el último que he tenido noticia de ella.

— ¿Y quiere V. formalmente hacer valer sus títulos?

— Y no intento emplear otro agente diplomático que la espada.

— Todo por reinar sobre una horda poco dilatada y bárbara.

— Yo los civilizaré y al frente de ellos conquistaré el mundo.

Leonor levantó velozmente la cabeza y alzando los hombros replicó:

— Yo preferiria á vuestra plaza imaginaria la de primer violin en el teatro italiano.

— Como V. quiera, señora: yo tengo deberes que cumplir y soy responsable ante Dios y los hombres. Además estoy cansado de la Europa. Bastante he hecho por las artes: ya es tiempo de encumbrarme mas.

— ¿Se dignará V. por lo menos de calcular los obstáculos?

— Para vencerlos.

— Le oprimirá á V. el número.

— Moriré con gloria.

Leonor dió una patada en el suelo y repuso con autoridad:

— Oirá V. á la Italia entera acusarle de ingratitud y locura por mi boca.

Arnoldo se detuvo y levantando los ojos al cielo dijo: — Dios me ha hablado. Señora, el mundo está en la agonía, y ya ha aparecido el Antecristo en la tierra. Tienda V. la vista alrededor. Francia é Inglaterra adoran la avaricia: Alemania está muerta y España moribunda: la Italia no es mas que el sepulcro de León X y de los Césares. Luego vivimos bajo unos climas que no ilumina el sol: el terreno no produce flores: en las cavernas no hay ya profetas: en el altar no se oyen oráculos: ningun castillo almenado corona con sus torres la frente de la colina: al paladin sucede el fabricante: el alma y la poesía van desterradas: ya es tiempo, repito, de que se levante un pueblo nuevo y que el arpa y la espada se enlacen con la cruz. ¿De qué sirven mis derechos y de qué mi brazo y mi cabeza, si no sé querer y hacer?

Leonor miraba á Arnoldo con admiracion: á medida que este se exaltaba, se animaba mas su semblante y tomaba una expresion sublime: parecia mas alto, y su voz adquiria un timbre vigoroso que todo lo dominaba. De pronto se pasó la mano por la frente, y cambiando de aspecto y lenguaje sin ninguna transicion segun su costumbre dijo con una familiaridad jovial é ingenua:

— Ea, todo esto es muy grave para V. y justifica completamente el cargo de egoismo que me ha hecho. Bastante hemos hablado de mí: ahora si V. gusta hablemos de su viaje. La carta de V. casi me ha aterrado: ¿con qué ha roto V. la escritura con el teatro de S. Carlos? ¿Que dirá Nápoles? ¿Y qué figura hará el digno empresario?

Leonor sintió que se desfallecia y respondió:

— No me trae á Paris mi voluntad.

— No obstante supongo que los intereses son bastante indiferentes para V.

La Villana no dió otra respuesta que una amarga sonrisa.

— Quizá soy indiscreto, repuso Arnoldo.

— No, dijo aquella: solo que hasta ahora me ha conocido V. mal.

El joven quedó atónito del acento de dignidad y tristeza con que habia pronunciado Leonor aquellas palabras: bajó los ojos y se puso á deshojar una flor. La cantatriz le contemplaba en silencio.

— No me atrevo á continuar, dijo Arnoldo casi acobardado; sin embargo tiene V. en mí un amigo....

— ¡Un amigo! repuso ella con un movimiento de dolor.

— Un hermano.....

— Al oír esta palabra se levantó Leonor pálida y brillándole los ojos con un fuego febril, mas al mismo tiempo serena é imponente, y dijo:

— Muchas veces he hablado á V. de que un espíritu fatal domina sobre mi existencia. Casi al nacer fui arrancada de los brazos de una madre, cuyo nombre ignoro y á quien no he vuelto á encontrar; mas V. viéndome aplaudida, festejada y cubierta de diamantes y flores me ha creído vana, frívola y tal vez dichosa. He estado mucho tiempo indiferente á lo menos: un día....

Aquí se paró porque la ahogaban los sollozos.

— ¡Oh! Hable V., dijo el joven alargándole afectuosamente la mano. No hay una pena humana que no encuentre eco en mi corazón.

La cantatriz rechazó con altivez la mano de Arnoldo y dijo:

— Guardese V. su compasion y responda á mi pregunta. Solo le diré una palabra y acabamos.

Arnoldo asustado del tono solemne que tomaba Leonor, escuchaba con ansia y presentia alguna revela-

cion terrible. La Villana se tapó el rostro con las manos y dijo con voz lastimera:

— ¿Me ama V?

Arnoldo dió un paso atrás sin responder. Leonor continuó con la resignacion de un reo que se detiene en el lugar del suplicio:

— La que V. ama debe ser noble y pura entre todas y ha de poder erguir sin temor la cabeza á la faz de los hombres y arrodillarse delante de Dios sin rubor: ¿no es asi? Digame V. su nombre, nada mas que su nombre, ó mas bien muéstreme V. su rostro y hágame oír el sonido de su voz: luego sea V. feliz y déjeme á mi morir.

Arnoldo suspiró y dijo:

— ¡Su nombre! ¡su voz! ¡su rostro! Consulte V. las estrellas é invoque á los ángeles: la que yo amo, no es una hija de la tierra.

Una leve sonrisa retozó en los labios de Leonor, y con aire enérgico y desesperado y dando un paso hácia la puerta dijo:

— Adios.

Arnoldo la detuvo diciendo:

— Escuche V., escuche V. ¿No oye V. ese canto melodioso? ¿No ve V. entreabrirse el cielo?

Leonor quedó sorprendida de la exaltacion que se retrataba en el semblante del joven mientras pronunciaba estas palabras. En vano se fatigaba ella por comprenderlas y ya iba á pedir que se las explicase, cuando añadió Arnoldo:

— Silencio: póstrase V., que descende la vision.

Inmediatamente se abrió la puerta y apareció en la sala una doncella de asombrosa hermosura: Leonor dió un grito de admiracion y espanto, y Arnoldo arrodillado exclamó:

— Ella es.

La cantatriz no podia cansarse de contemplar á su rival, y el resultado de este examen fue tal que la Villana dudaba de la locura de Arnoldo, porque nunca

se habia presentado á su vista un objeto tan relumbrante como aquella mujer extraña. Esta se quedó un instante inmovil y como indecisa á la puerta de la sala. Su vestido de raso blanco con un ligero bordado de oro, aunque largo y rozagante, tenia la forma morisca: los zapatos eran de terciopelo encarnado: llevaba sujeto el talle con un ceñidor de diamantes que le caía hasta los pies, y la diadema y brazaletes eran semejantes al ceñidor. Cubriase con un largo velo adornado de caracteres orientales á la manera de las doncellas israelitas. Su rostro era á un tiempo el de la antigua Venus, la Diana cazadora, las suaves fantasias de Rafael y las arrogantes inspiraciones de Murillo.

Leonor tomó instintivamente una mano á Arnoldo, y la desconocida le cogió la otra. El joven se levantó.

— Allameida, dijo la mujer extraña con una voz más armoniosa que el sonido del arpa.

Arnoldo echó mano al puñal que llevaba debajo de los vestidos. En el mismo instante se oyó en el balcon el ruido que hace un vidrio al romperse: se levantó la cortina y apareció un personaje mas en la sala.

— Ese es el hombre de mis sueños, dijo Arnoldo. No, mi razon no está alucinada. Camino entre el cielo y el infierno. ¡Ay de ti, hijo del abismo! Dios me ha revelado la vision.

Apoderóse de Allameida un temblor convulsivo, y exclamó:

— ¡Satanás, á mí! He encontrado el último hombre en tu imperio.

Al punto recobró la fortaleza y la audacia, y continuó:

— Leonor, yo te prometí gloria y riqueza: en cambio tú me juraste por la Virgen obediencia á mis órdenes, cualesquiera que fuesen. Es llegada la hora: exijo tu juramento: asi no tienes que hablar una palabra ni hacer un ademan.

Leonor bajó la cabeza y cayó abatida en una silla

dando gemidos. La otra mujer levantaba la cabeza y miraba imperiosamente á Allameida, que habló en un idioma desconocido. La doncella dió un grito angustioso y se quedó inmóvil.

— Ahora, hombre ó demonio, dijo Arnolde, te conjuro en nombre del Dios vivo y te reto con las armas.

— El cielo está negro, respondió Allameida. Los ángeles han replegado sus alas.

— Dios nos ve y nos oye: atrás, maldito, y desde luego ponte de rodillas para confesar tu derrota é ignominia.

— Desdichado, ¿piensas que se han cumplido los tiempos y que se ha derramado sobre el mundo el último caliz de la ira? Dios se ha apartado de vosotros y me ha dado la potestad: tú eres el que vas á doblar la cabeza y á pedir perdon.

— Jamás, replicó Arnolde con serenidad, mientras conserve voluntad en el alma y una arma en la mano.

— Tú blasfemas, continuó Allameida. ¡Gloria á Satanás! De aquí adelante nadie peleará contra mí: el último hombre se ha regocijado en su orgullo y ha puesto su fuerza en sí mismo. Mira ahora, Arnolde, de qué te sirve la voluntad, y dí qué se ha hecho el puñal que empuñabas en tu diestra.

Entonces resonó una carcajada estrepitosa, se apagó la lámpara, y ya á obscuras se oyó el ruido de una cosa que caía y un suspiro prolongado. Luego lució otra vez la lámpara, el sacerdote entró precipitadamente llamando á Arnolde, y solo encontró un cadaver tendido entre dos mujeres que rezaban de rodillas.

## EL ÚLTIMO ADIOS.

### VII.

Era una iglesia humilde, oscura, baja de techo y estrecha, perfumada con el aroma de las flores y del incienso. El sol de mediodía que brillaba fuera en toda su fuerza, apenas podía introducir por entre las pintadas vidrieras algunos rayos insuficientes para disipar las misteriosas tinieblas del santuario. En el altar iluminado con buen número de velas se veneraba la imagen de la santísima Virgen del Carmen. Ningun ruido penetraba en el recinto del templo, ni aun había quien se atreviera á turbar con la respiracion el religioso silencio. En aquella imponente soledad un sacerdote anciano celebraba el augusto sacrificio ministrándole un acólito. Al tiempo de la elevacion se oyeron los sordos acentos de un órgano invisible, á que se agregó luego una voz al pronto debil y trémula y despues mas firme y segura. El canto y la música del instrumento formaban una dulce y doliente armonía: no parece sino que aquel era el grito del arrepentimiento, el sollozo del dolor humano, las lágrimas que vierte Raquel de noche en los montes. Israel cautivo pedía indulgencia y justicia. El alma culpable despedazada por los remordimientos derramaba á los pies de la divinidad un mar ancho y profundo de tristeza y amargura. El ave viajera por el desierto del mundo replegaba las alas para entonar el cántico de despedida. El ente mortal no podía aguantar el destierro, y el soplo divino desprendido del barro terrenal por las

penas y la fé volvía á su origen. El sagrado himno resonaba bajo de las bóvedas y respondian los ecos. Percibiase un estremecimiento igual al de los muertos, cuando el viento del espíritu viene á soplar sobre el sepulcro. El sacerdote inmovil adoraba prosternado. De pronto otra voz mas pura y sonora se confunde con la primera como el canto de los ángeles del cielo que se confunde con los cánticos de la iglesia de la tierra. A la duda, al temor y al desconsuelo se sigue la esperanza: el rocío de la misericordia extingue las llamas: Jerusalem, la prometida de Dios, sale de la nube y baja radiante y rodeada de gracia al encuentro de los escogidos. Mas al sublime esplendor del triunfo se junta un pensamiento grave, una idea compasiva y casi dolorosa, cierta cosa inefable como la memoria del martirio heroico. Luego se unen los acentos del arrepentimiento y del éxtasis en una sola aspiracion de súplica y amor, y de nuevo reina bajo de las bóvedas un silencio majestuoso.

La primera de estas voces revelaba las congojas del alma extraviada que vuelve á su Dios. El hijo pródigo habia agotado sus riquezas. Leonor como Maria Egipcíaca se habia cansado de beber la mentira en la copa de la felicidad humana, y conociendo la nada del orgullo habia roto las cadenas de la vanagloria y del mundo. La hermosa y festiva cantatriz cuya habilidad y locuras pregonaban Nápoles y Venecia, ocultaba ahora su pálida frente con el humilde velo religioso, y vestida de cilicio se juzgaba indigna de servir de rodillas á las piadosas vírgenes que le alargaban los brazos dandole el dulce nombre de hermana. En el mismo día y hora habia llegado tambien otra mujer á pedir un asilo en el lugar santo. Esta hablaba un idioma extraño, venia de remotos paises, y solo dejaba en pos de sí el fragante aroma de la virtud. Era la misteriosa doncella, la vision resplandeciente de la locura de Arnolde, la rosa deshojada entre los dedos del arcangel, la perla caída de la

Virgen. Nunca una voz mas suave habia herido el oido, ni presentadose ante los ojos un rostro mas peregrino. Como una ninfa encantadora, despojandose de su aureola y sus alas, aquel ente ideal obligado á pisar la tierra se refugiaba en el atrio del templo y se guarecia tímida á la sombra de la cruz. La mansa paloma y la golondrina errante volaban al mismo nido. La inocencia y el arrepentimiento agarrados de la mano entraban de frente en el arca. Cuando se hubo terminado la terrible ceremonia del juramento y del velo, un año hora por hora despues de la recepcion el sacerdote que las habia acompañado bendijo el sacrificio de ambas. Todo estaba consumado, y mientras que una religiosa llevaba las nuevas hermanas á sus celdas, donde se borraban para siempre los últimos vestigios del mundo, solo el sacerdote y de pie en las gradas del altar como Jeremías sobre las ruinas pronunciaba en voz baja el nombre de Arnoldo. Recordaba dentro de sí los dias pasados, invocaba una en pos de otra cada una de las fantasmas de que se habia desengañado su larga y triste existencia, consultaba lo porvenir, y luego bajaba la cabeza y derramaba lágrimas. Por fin se sintieron sus pasos en el pavimento de la iglesia, se encaminó á la puerta, y ahogando un suspiro se confundió entre el gentío.

Mas ¡cuán tardo y pesado era su modo de andar! ¡Cómo se habia encorvado con la desgracia! ¡Cómo se habian alterado sus facciones y cómo habia encanecido! No quedaba rastro del anciano firme y majestuoso que no há mucho andaba lleno de vigor, con la cabeza erguida y expresivo el semblante. Ahora en la frente se cruzaban multiplicadas arrugas: la cara descarnada presentaba casi la imagen de un cadaver: temblabanle las piernas; y apoyado en un baston caminaba con paso incierto y como quien está cansado de la vida. A la menor fatiga respiraba con dificultad, y se le habia debilitado la vista hasta el extremo de costarle trabajo el

andar. Llegó á la plaza del Panteon, siguió á lo largo de la calle de Correos, y entrando en su casa cayó falto de fuerzas y como exánime; con todo se arrodilló de nuevo y oró sin contener las lágrimas: «Dios mio, ¡con que ya no hay esperanza! Si los tiempos se han cumplido, ¿por qué conservais la tierra? ¿Qué hace en el espacio esa masa inerte, ese sepulcro vacío, ese cadalso ensangrentado? Tu nombre se ha borrado en el corazón del hombre: tu espíritu no habita ya entre nosotros, los ángeles se cubren el semblante y se apartan al acercarnos nosotros. He examinado el norte y el mediodía, el oriente y el occidente: nadie se acuerda de ti, y todos han desechado tu palabra. Tus últimos discípulos son becados y proscriptos: las santas mujeres hallan á lo sumo un asilo: el fuego se ha apagado en el altar: el santuario está desolado: las naciones levantan la voz en el templo. Señor, Señor, ¿quién impide que suene la trompeta del arcángel? ¿Dónde está la fé sobre la tierra? Si quieres alargar la agonía del mundo y encontrar un solo justo, danos sin tardanza los milagros y muestra señales en los cielos. El pensamiento ha muerto, la carne ha devorado el espíritu, las harpas de Sion no son pulsadas, y los últimos combatientes de Israel duermen en el ataúd.»

Luego levantó el anciano las manos y continuó su ardiente oración sin hablar. Una centella animó sus ojos, sus mejillas tomaron color, temblaronle los miembros y se pusieron rígidos. De nuevo parecía haber recobrado su fortaleza y pujanza. Al ver la exaltación de su semblante, que por grados iba apareciendo resplandeciente, cualquiera le hubiese tenido por un profeta ante el cual revela Dios el destino del mundo. Al fin dejó caer la cabeza sobre el pecho, se puso pálido, se sintió desfallecer, y levantándose con trabajo fue triste y lentamente á sentarse en el sitio ocupado algún día por Arnolfo y se quedó pensativo durante una hora en-

tera, con los brazos cruzados y sin abrir los ojos.

Un leve ruido llamó al cabo su atención. Había tocado á la puerta un hombre vestido de negro, y como nadie le respondiese, dió vuelta á la llave, se presentó en el dintel y dijo saludando:

— El señor duque me envia á recibir órdenes de V.

El sacerdote suspiró y respondió:

— Aguarde V.

Y acercandose á la mesa escribió lo siguiente:

«Doy á V. gracias por esta última prueba de afecto; pero todo es inutil. Abandono esta casa y la Francia. Sea V. bueno y caritativo con los pobres. No espere V. nada de las cosas terrenas, y pida á Dios que algun dia nos hallemos reunidos á la diestra del supremo juez.»

Cerró esta esquila y se la entregó al hombre vestido de negro, el cual hizo un saludo y se fue. En seguida entró en el aposento un robusto mancebo, de cara ordinaria, pero afectuosa, vestido de un sobretodo de lienzo y con un enorme manajo de llaves en la mano.

— He cerrado el oratorio y la librería, dijo rascandose la cabeza; y como no quedamos en la casa mas que V. y yo, vengo á saber cómo quiere V. que ordene mi servicio habitual.

— Amigo, no quiero otra cosa sino que enfardes esos libros y esos cuadros y los llesves á donde dicen estas señas. Ya sabes que los muebles no son nuestros. No me queda mas que este crucifijo y este reloj: partamos. Siento no poder dejarte una prenda de mas valor.

El portero se embolsó el reloj con un aire bastante arrogante y como de proteccion. Aunque este digno hombre tenia superabundantemente pagado su salario, sin duda esperaba una propina mas generosa. El anciano notó esta disposicion y no pudo menos de sonreirse. Sacó de un cajon algunos papeles, los arrojó al fuego, y

luego que se hubieron consumido, tomó el breviario y el baston.

— ¿Se marcha V.? preguntó familiarmente el portero.

— Para no volver mas.

— ¡Ah! ¡ah!

— A Dios, amigo: ¡ojalá encuentre V. un amo mas afortunado y rico!

Dijo esta última palabra sin disgusto, y luego bajó lentamente la escalera apoyandose en su baston. Estando en la calle miró á derecha é izquierda como quien no sabe por qué camino ha de echar, y despues de reflexionar un instante se decidió á volver á las carmelitas diciendo para sí: Sor Maria puede necesitar de mis últimos consejos. Al punto echó á andar con toda la celeridad que le permitian sus pocas fuerzas, y al cuarto de hora estaba sentado en un locutorio obscuro y entarimado delante de una espesa reja tapada con una cortina tupida, que no se abria sino lo necesario para dar salida á la voz.

— Hermana mia, decia el sacerdote á una persona que no podia ser vista, me marchó de Paris para siempre: á lo menos lo pienso asi; y antes de partir he querido hablar á V. por última vez de las dos jóvenes que le he encomendado, y que bajo su direccion no tardarán en ser dos ángeles delante de Dios y de sus hermanas.

— Padre, ¿desea V. verlas? preguntó con voz dulce y debil una mujer que debia ser muy anciana.

— En eso seguiré lo que V. determine con su prudencia.

— Si le parece á V. bien, me contentaré con dar á sor Magdalena el último á Dios de V. y mandaré llamar á sor Maria.

— No puedo menos de aprobar ese dictamen. Es inutil despertar el menor recuerdo de lo pasado en el corazon de la pobre Magdalena. Me contentaré con pedir

por ella, y aun sírvase V. no hablarle de mí. Siga ella su camino sin volver jamas la cabeza atras y con los ojos puestos en el cielo, *donde hay mas gozo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos que no han menester de penitencia.*

— Sor Magdalena es una santa, añadió la superiora: sus ejemplos contribuyen mas que mis palabras á la conservacion de la mas estrecha observancia, y tanto fervor, abnegacion y zelo alcanzarán milagros del Señor.

— ¿Y sor Maria? preguntó el anciano suspirando.

— Esa es juntamente la flor y la antorcha del Carmelo.

Al cabo de un rato de silencio se oyó abrir y cerrar una puerta, y dijo la superiora:

— Padre, aquí está sor Maria.

El anciano se estremeció, y levantandose dijo:

— Hija mia, aunque hace mucho tiempo que expresas tus ideas en francés con facilidad, por no perder el tiempo pide á la madre superiora licencia para usar de tu lengua materna durante esta plática, y luego tú se la traducirás.

Oyeronse algunas palabras al otro lado de la reja, y despues repuso la religiosa joven con armoniosa voz:

— Padre, hagase como V. quiere.

Desde aquel instante la superiora que creyó deber asistir á la conversacion, cesó de comprenderla. Para que el lector no sufra este percance nos atreveremos á sustituir el lenguaje vulgar al arábigo, y sin duda todos conocerán la indisputable ventaja de nuestro modo de obrar.

— Hija mia, decia el sacerdote, si tienes que descubrirme un deseo, un temor ó una esperanza, date prisa, porque soy viejo y me vuelvo al desierto.

— Lo sé, respondió la religiosa; pero no hay tanta

distancia desde estos muros al Sinai, que no pueda atravesarla rápidamente un pensamiento.

El anciano turbado continuó con voz balbuciente:

— Hubo un tiempo en que yo creía también que mi alma tenía alas: después el Señor ha quebrantado mis fuerzas y reducido á la nada mi orgullo.

— Siendo yo muy niña encontré al ermitaño de Kerim á orillas del mar Rojo: los días de V., padre, han sido muchos y tristes; sin embargo no morirá V. sin oírle.

— Nuestros hermanos del Líbano ponderan su sabiduría; ¿por qué sepultarla en las cavernas tenebrosas y ocultarla tan cuidadosamente á los ojos de aquellos á quienes debería iluminar?

— Porque no ha llegado aun la hora.

— No obstante Allameida triunfa: la estrella del Calvario se ha vuelto descolorida; y nada en la aurora habla de esperanza.

— Allameida no es más que un esclavo: yo me he burlado de él entre sus manos como el rayo del sol entre las garras del tigre.

— El único que podía tener la espada, ha sido herido á tu vista, replicó el anciano con profunda tristeza.

La religiosa estuvo un rato sin responder, y luego dijo pausadamente:

— No hay pacto entre el cielo y el abismo, Dios y el mal, el arcángel y Satanás. Yo he venido por orden del sabio Kerim: el mismo Allameida me abrió el camino, y andaba á la manera del caballo á quien molesta el freno y sujeta el ginete. Un instante vacilaron mis pies en el camino, cesé de mirar arriba, el Señor me despojó de mi prestigio y rompió la alianza, y ahora hija de la mujer no tengo más que derramar lágrimas, y el trono de mi padre no se volverá á levantar.

— ¡Con que el esclavo vendrá á sentarse triunfante

sobre los despojos del heroel continuó sollozando el anciano. Jamas, replicó la religiosa con una impetuosidad que hizo estremecer al sacerdote; antes se levantaria del sepulcro la sombra del soberano legítimo y defenderia el derecho de los muertos.

El anciano respondió enjugandose las lágrimas:

— Yo fuf el último amigo de tu padre: de mi mano recibió Ben-Selim el bautismo: yo seguí al caudillo cristiano en los campos de batalla, me senté bajo de la tienda de sus consejos, y todas las palabras de su agonia han quedado grabadas en mi alma. Tambien se le habia aparecido á él el ermitaño de Kerim para predecir tu nacimiento y mandarle que uniera algun dia el destino de la huérfana con el del noble hijo de mi hermano. Tú sabes lo demas, hija mia. ¿Qué mas podian la inteligencia y la fortaleza? ¿Y qué haremos ahora?

— Las generaciones desaparecen y el mundo tambien se hundirá; pero todas las diademas se quebrarán antes que una frente impura se ciña la que llevó Ben-Selim.

— Dios te oiga, hija, y nos libre á lo menos de la ignominia.

— Hará mas, padre. A Dios, vuelvase V. solo al Sinai, porque la luz vendrá del oriente y se acerca el dia de la redencion. Al decir esto la religiosa cayó la cortina, por cuya circunstancia y el largo silencio conoció el anciano haber quedado desierto el locutorio. Se levantó con trabajo, dijo entre dientes algunas palabras, y tomando su baston se encaminó hácia el portillo llamado del infierno, donde llegó de noche. Detuiose delante de un espacioso edificio que tenia apariencias de una fábrica, y despues de atravesar un ancho patio y un vestibulo subió la escalera y llegó á la entrada de una sala, dondè se calentaban al hogar Beltran, el pescador de Charenton, su madre, su mujer, los dos gemelos y cinco ó seis ancianos. Tras de ellos habia una mesa

con los preparativos de la cena. El sacerdote se detuvo á la puerta para gozar de aquel agradable espectáculo. Enriqueta fue la primera que volvió la cabeza, y columbrando á su bienhechor corrió hácia él. Todos se levantaron por un profundo sentimiento de respeto. Uno de los niños cogió el sombrero del sacerdote y el otro el baston. La abuela se deshacia en reverencias, y Beltran suplicó al anciano que se sirviese partir con ellos la frugal y modesta cena.

— Con mucho gusto, amigos míos: casi no he tenido hoy tiempo de pensar en la comida, y me resta que andar un camino bien largo.

Beltran le hizo sentar en un sillón de encina junto al hogar, y Enriqueta sirvió un excelente consumado que tomó el anciano con mano trémula, mientras la abuela echaba un vaso de vino y el antiguo pescador arribaba algunos troncos á la lumbre.

— Gracias, mis buenos amigos, decia el eclesiástico: pongase V. á mi lado, querido Beltran, porque tengo que decirle dos palabras.

Las mujeres se habian ausentado, sin duda para añadir algun plato á la cena acostumbrada. Las demas personas presentes se mantenian por discrecion á un lado, y mientras que los muchachos jugaban entre las piernas del buen eclesiástico, este continuaba diciendo á media voz:

— Es muy probable que esta sea la última vez que vengo á sentarme al hogar de V., pobre Beltran mio. No escuche V. con ese aire de asombro que pudiera infundir sospechas. Aquí nadie debe saber mi partida sino V.

— Pero, señor, ¿no piensa V. qué va á ser de la fábrica? ¿Y quién cuidará del hospicio?

— Dios vela sobre los suyos, amigo mio. Yo, debil y ruin instrumento de algunos beneficios incompletos, no puedo permanecer mas aquí.

— ¿Y quién se atreve á obligar á V. á esa ausencia?

— Las leyes que me destierran.

— ¿A V.?

Y al decir esta palabra se deshizo en llanto el honrado Beltran.

---



---

**ULTIMA DESPEDIDA.**
**VII.**

— Serenese V. y hable mas bajo. Sea V. hombre y cristiano: piense que es depositario del destino de muchos y persevere en la senda animosa del trabajo y de la caridad. Lo que he hecho por V. no es nada; pero podrá crecer y fructificar: entonces encontrará auxilios la miseria de tantos pobres obreros viejos y achacosos sin deber nada de limosna.

— ¡Ah! Señor, los esfuerzos de estos buenos pobres, organizados por V. y encomendados á mi cuidado, empiezan á excitar la envidia y el odio. Los productos y ganancias de nuestro taller sobrepujan infinito los de las fábricas vecinas.

— Esta casa es de V., y puede á su arbitrio disminuir el jornal ó cercenar el bien estar; sin embargo no hará V. nada de eso, porque tiene una alma digna de comprender y sentir. ¿Qué seria el oro al lado de la vida de tantos infelices, sacados por V. de la desesperacion y del oprobio? Piense V. cuán gran cosa es consagrarse á desterrar la mendicidad, la ignominia y el crimen mediante el trabajo, y cuán gloriosa herencia dejará V. á sus hijos.

— A lo menos aprenderán á bendecir á V.....

Los sollozos no dejaron acabar á Beltran.

— Nada de lágrimas, amigo, añadió el anciano conmovido tambien profundamente. No quiero excitar á mi paso recriminaciones ni quejas. Dejemos que triunfe la

fuerza y zumbe la calumnia. Yo he hecho poco bien; pero siempre en silencio. Quizá el rocío del cielo y el calor del sol maduren un día la semilla que echo en la tierra. Dios juzgue entre mis enemigos y mí, y los hechos solos den testimonio. No maldiga V. á nadie, no llore, no sienta nada, olvídeme si es posible, y no piense mas que en Dios: si no obstante la gratitud levantase el grito en lo íntimo de su alma, acuérdesse V. entonces de mi pobre Arnolde y encomiéndele á Dios.

Beltran no pudo responder y se contentó con estrechar la mano del sacerdote. Este se levantó, dió un beso en la frente á cada niño y luego dijo á su padre:

— Quiero aprovecharme de la ausencia de las mujeres para irme sin ruido, porque no me siento con fuerzas para disimular mas. A Dios, Beltran: recuerde V. esta última conversacion. Despidame V. de su familia, de los operarios y de los enfermos, y pidales en mi nombre que perdonen de lo íntimo de su corazon á los que me han desconocido y proscripto. El sacerdote se fue poco á poco hácia la puerta, hizo un ademán para que Beltran no le siguiese, y muy luego se halló solo y en medio de la obscuridad en el camino. Entonces volviéndose hácia la ciudad, levantadas las manos y fijos los ojos en el cielo, oró, y triste y pensativo continuó su marcha al destierro.

## RUMORES DEL MUNDO.

### VIII.

Florencia á la sazón en la sociedad parisiense un pintor joven de excelente figura y de grandísima fama. Sus lienzos llenaban los salones de la exposicion pública: habia recibido honores, condecoraciones y pensiones: los ministros le sentaban á su mesa: su gloria llenaba el ámbito de la ciudad; y hasta la corte se alegraba de contarle entre los habituales concurrentes de las fiestas y saraos de palacio. Este mortal privilegiado habitaba una deliciosa quinta en el fondo del barrio de Antin, arrastraba coche tirado de yeguas inglesas, tenia palco en los teatros principales, y al oír su nombre rebotaban de contento los caballeros mas extravagantes de la moda y la elegancia. Un acto raro y enteramente caballeresco de generosidad habia dado nuevo realce á su celebridad de artista; y era que hacia dos meses se habia casado con la hija única de una familia noble y antigua mas rica de gloriosos recuerdos que de bienes de fortuna. Al decir de los que estaban mejor informados, Lucía no aportaba ni un maravedí de dote, y aun se habia visto reducida por mucho tiempo á ocultar su cuna y vivir de su trabajo. Ciertas mujeres de moda envidiosas de las gracias y atractivos de aquella aprovecharon con ansia estos vagos rumores y creyeron vengarse de su rival llamandola la linda bordadora. Como quiera que fuese, la esposa del pintor arrebatava la admiracion en los saraos y academias: componiase con gusto y elegancia:

lucía sus dijes y tocado: su mirada bastaba para confundir la envidia; y á veces su blanca mano metía sigilosamente una moneda en el seno del pobre.

Una mañana el famoso artista (que no es otro que Eugenio, el antiguo amigo de Arnoldo) se encerró en su precioso despacho con la firme y cándida resolución de componer un artículo en alabanza suya, que habia prometido publicar en un diario acreditado el señor Hildeux, uno de los corifeos de la literatura. Eugenio estaba en el calor de la composicion: se sucedian los conceptos como relámpagos; y se enlazaban rápidas las frases. Pero hete aquí que en el pasaje de mas mérito suenan dos golpes á la puerta y se hiela la inspiracion.

— ¿Qué hay? preguntó furioso el pintor levantandose.

— Señor, respondió tímidamente el ayuda de cámara, ahí está un hombre que trae un cajon enorme con las señas de V.

— Que le deje y se vaya.

— Es que pide un duro.

— Dasele y dejame.

Eugenio volvió á su trabajo; pero ya se le habia ido la vena, y no le ocurría ni una expresion mediana. Arrojó el papel á la lumbre, echó una mirada al espejo, y sin pensar mas en aquel percance ni en el cajon pasó al gabinete de su mujer tarareando una aria.

Lucía vestida de un peinador de casimira blanca con guarnicion de encaje estaba blandamente sentada en un sillón de raso y conversaba familiarmente con otra mujer, la cual dió un grito al acercarse Eugenio, y luego se sonrió sin duda para hacer ver la blancura de sus dientes.

— Ese sombrero le cae á V. perfectamente, dijo el pintor con mucha galantería.

— ¿Le parece á V. bien? Pues Hortensia le ha escogido: no puedo sufrir el color de rosa.

— Hace V. mal: con esos ojos vivarachos y esa jovialidad nada le sienta á V. mejor que ese color.

La joven hizo una mueca desdeñosa y añadió pasando la mano calzada del guante por la larga manga de Lucía:

— A propósito, hermosa mia, ¿dónde van VV. esta noche?

— Estamos convidados por el ministro.

Eugenio frunció las cejas, fue á sentarse pensativo en un sillón apartado y dijo en voz baja:

— ¡Cruel esclavitud!

Su mujer bajó la cabeza y ahogó un suspiro.

— ¿Qué vestido llevas? repuso la atolondrada joven.

— Todavía no sé.

— Creeme, querida, lleva el negro pues que no bailas: yo iré de blanco y mi hermana de color de rosa, y haremos un efecto sorprendente.

— ¿Es dichosa su hermana de V.? preguntó de pronto el pintor con aquella llaneza y cordialidad autorizadas por las relaciones de intimidad.

— ¡Donosa pregunta! la mujer de un excelentísimo....

— Pues á tu parecer ¿qué es la dicha, mi querida Paquita? preguntó Lucía con dulce y melancólica sonrisa.

— El baile, el teatro, los paseos, las galas, las pláticas gustosas, los espléndidos banquetes, soberbios caballos, trenes ricos y de exquisito gusto, música, en fin la vida que hacemos tú, mi hermana y yo.

Eugenio no pudo menos de encogerse de hombros. Advirtió Paquita este movimiento y continuó (amenazando al artista con un ademán de hechicera ironía):

— V. lamenta mi sistema y dice que eso es bien insignificante al lado de la gloria: ¿no es verdad? Pues sepa V. de una vez para siempre, señor filósofo, que para las mujeres no hay cosa igual al placer, la gracia y la hermosura. ¿Piensas tú así, Lucía?

— Sí, con tal que se junten las prendas del corazón y las buenas obras.

— Siempre grave y severa como en nuestra buhardilla de la calle de S. Jorge. Desconfía de esos recuerdos, amiga mía, y ya que hablas devotamente creo ejercer un acto de caridad comunicandote que las gentes te acusan de indiferencia y por consiguiente de egoísmo. Ayer por no ir mas lejos dos mujeres del arrabal de S. German te trataron de mogigata delante de mí en casa del embajador inglés.

— Hacían bien, respondió ingenuamente Lucía: aquella noche llevaba yo mis diamantes.

— Vaya, Paquita, interrumpió Eugenio, que el amigo Hideux se hace desear: ya son mas de las once y no viene: me dan ganas de almorzar sin él.

— Me voy y se le enviaré á V. al punto; pero tiene mucho que hacer. El señor Langean le ha enviado un recado á las ocho.

— ¿Para ir al ministerio? Entonces bien pudiera ser que pasase allí todo el día.

— No sé. Esta noche le encontraremos en el baile, donde tendré que ir sola si VV. no se llegan por mi casa.

— Quedate con nosotros hasta entonces, dijo obsequiosamente Lucía.

— Gracias, falta mucho tiempo y tengo mil visitas que hacer: luego he de peinarme y componerme y sobre todo las flores: últimamente estan VV. hoy los dos de un humor tan poco alegre, que temeria se me pegase. Tú, querida mía, puedes estar pensativa y aun llorar á tu sabor con esos grandes ojos negros, esa blancura de mate, ese aire de reina y esa magnífica cabellera; pero yo necesito economizar las impresiones y los pensamientos. El menor fastidio basta para ponerme fea; y te advierto que esta noche quiero lucir y si es posible obscurerte á ti. A Dios, querida: un beso en la frente.

Eugenio, sirvase V. mandar que arrimen mi coche.

Cuando el pintor se quedó solo con su mujer, hizo que le sirvieran en el velador del gabinete un trozo de pastel de hígado que remojó con un gran vaso de vino de Madera, y luego se tomó dos ó tres tazas de té imperial y unas cuantas glorias. Mientras se desayunaba, disponia con toda gravedad las galas que habia de llevar Lucía aquella noche.

— Deja charlar, decia Eugenio, á esa muchacha, que á pesar de su impertinencia no logra se olvide que su marido se llama Hideux (1). Esto parece una injuria. Creeme, lleva tu vestido de color de perla: yo mismo dibujaré tu prendido, y bailarás: esta última cláusula es absolutamente rigurosa.

A estas futilidades respondió Lucía con una sonrisa de distraccion.

— A fé que Paquita tiene razon, prosiguió Eugenio. Te pones tan seria, que eres capaz de dejar helado al académico mas positivo. ¿Qué tienes, amiga mia? ¿De-seas una nueva gala? ¿Quieres otro tren ó que se despi-da á alguna doncella? Porque algo te tiene hoy como embebecida.

— Una idea triste, casi un remordimiento.

— ¡Tú! Sin duda te chanceas.

Lucía levantó sus hermosos ojos y dijo suspirando:

— Pienso en tu amigo.

— Es muy difícil adivinar cuál de ellos merece excitar hasta ese punto tu solicitud.

— No te rias, Eugenio: el de que hablo, ya no existe.

Eugenio inclinó la frente y apartando la taza de china preguntó en voz baja:

— ¿Es Arnoldo?

Lucía hizo una seña afirmativa: su marido se le-

(1) Esta palabra significa *feo, horrible*.

vantó y paseandose por el aposento con inquietud prosiguió lentamente:

— Ese fue el ser á quien he amado mas en el mundo despues de ti. Arnoldo tenia el alma y el brazo de un heroe, unidos al ingenio del poeta mas grande. Nadie le igualaba en valor ni en generosidad. Dicen que su entusiasmo rayaba en locura; y sin embargo se reunen en su persona tanto misterio y tanto prestigio, he sido yo mismo testigo de tan maravillosos hechos, que prefiero humillar mi razon é inclinar mi frente sin reserva ante la santa memoria de lo pasado que feneci6.

— Mucho tiempo hace, Eugenio, que no has visto al digno sacerdote que bendijo nuestro matrimonio.

— Sin embargo todo se lo debo á ese varon admirable, que no contento con salvarme la vida me la hizo noble, dichosa y risueña. Cuando me veia abandonado de todos, él solo me habló como hombre, como artista y como cristiano. El hizo fructifero mi trabajo, y nuestro enlace es igualmente obra suya. Sí, soy un ingrato y vil, y con justicia me acusas, Lucía. Detuvose ahogado por el llanto, y Lucía le cogió afectuosamente la mano y dijo:

— Volveremos á él: ¿no es verdad? Y nos llevará á orar sobre el sepulcro de Arnoldo.

— No soy digno de eso, exclamó Eugenio con violento dolor. Ese sepulcro me traeria á la memoria juramentos y deberes, y para cumplirlos seria preciso.... ¿quién sabe? quedarse tal vez pobre, abandonar por lo menos la celebridad presente, y á vista de la obscuridad me siento flaco y dispuesto á ser criminal.

— Todo lo exageras, amigo. La súbita conversion de Leonor es sin duda un gran ejemplo; pero los dones asi como el destino son diversos, y tu pincel puede glorificar á Dios sin renunciar nada en el mundo.

Los ojos de Eugenio echaban chispas, y continuó con ira:

— Pero ¿tú ignoras, mujer, que ese ministro, ese Langeau, el marido de tu Hortensia es un malvado, un infame que debería subir al cadalso? —

Lucía dió un paso atrás horrorizada, y el pintor prosiguió con voz apagada:

— Yo sé una lamentable historia que vas á oír una vez toda entera. Mas cerremos antes la puerta para que nadie pueda interrumpirnos. Siéntate, Lucía: perdona un ímpetu de que no he sido dueño, y dignate de oír una confesion terrible y necesaria. Tú sola puedes iluminarme y guiarme. Oye con serenidad, y luego decide de nuestra suerte. La primera vez que ví á Arnolde fue en Roma. Yo, pobre alumno desconocido, iba de la escuela al museo y del Vaticano al foro estudiando las glorias del arte antiguo y buscando la inspiracion en los lienzos de la época de la restauracion. Un dia Arnolde que me habia cobrado amistad, nacida sin duda de sola mi miseria, quiso presentarme al papa Gregorio XVI, quien me recibió con indecible bondad. Varios cardenales se interesaron por mí, y antes de acabarse la noche tenia yo mi principio de fama gracias á los testimonios de afecto que me prodigaba Arnolde sin cesar. Aunque hayas de tacharme de orgulloso, confesaré que sentia en mí la fuerza que justifica el triunfo. Arnolde vivia en Italia como un príncipe. Su quinta de Ascani era el punto de reunion de los célebres artistas, de los extranjeros distinguidos y de cuantos admiraba entonces Roma. No te hablaré de sus prodigalidades, ni de sus fiestas. Nuestra amistad se estrechaba cada dia mas y mas; pero de pronto desapareció Arnolde, sin que nadie recelase de un lance que se explicaba por el genio raro y veleidoso de aquel. Yo me ví precisado á volver á Paris, y olvidando el sueño tan rápido de Roma entré con confianza en el camino del trabajo arduo y de las prolijas penalidades. Mi familia quiso oponerse á mi vocacion y restituirme á la vida ordinaria. Peleé solo y

sin esperanza; pero luego te encontré á ti, Lucía, y juré conquistar un nombre ó morir martir. Pronto se agotaron mis recursos: mis lienzos eran desconocidos; y á los tormentos del alma se juntaron la enfermedad y el hambre. Acordéme del Taso y de Gilbert: invoqué la memoria de Salvator y Rousseau; y el suicidio me entretabrió el abismo.... Mas ve aquí que se aparece en mi habitacion un enviado de Dios bajo la forma de un anciano, un sacerdote, me desarma, se sienta tranquilo y grave cerca de mi camastro, me habla de la esperanza y del cielo y me vuelve á la vida, á la felicidad y á la gloria. ¡Instante sublime! ¡Gozo puro y santo! ¡Remordimientos á un mismo tiempo deliciosos y amargos! Me levanté hombre y cristiano, y para consagrar la memoria de mi debilidad y del milagro quise al punto pintar esta escena en el lienzo. Levanta los ojos, Lucía, y mira el cuadro colgado de la pared: ese y el crucifijo de marfil que tienes aquí, son el único monumento y el último vestigio de una hora muy solemne. Al otro dia hallé á Arnoldo de quien era tío aquel sacerdote. Supe que mi amigo debía heredar por un casamiento el trono de no sé qué rey del Africa ó de la India; pero un rival misterioso habia jurado su ruina. Este espiaba cada paso de Arnoldo y del sacerdote, no los perdía jamas de vista, les tendia lazos y ponía asesinos en acecho. Mi amigo no soñaba mas que poesía, combates, gloria y conquista: pretendía que se comunicaba con él una inteligencia celestial: adoraba una maravillosa fantasma cuya sombra y voz dejaban halagüenos recuerdos en su alma: tambien hablaba del Antecristo á quien veía en la persona de su competidor; y el eclesiástico seguia al parecer estas singulares creencias. Segun ellos de la ruina ó del triunfo de Arnoldo dependia la salvacion del mundo. De nada menos se trataba entre nosotros que del reino de Dios sobre la tierra, del fin de los tiempos y sobre todo de la presencia del enviado del infierno, que se nos apare-

cia bajo de formas visibles y en medio de circunstancias maravillosas. Tú eres libre de condenar ó aprobar estas cosas: no soy tan poeta ni tan creyente que las admita sino como unos hechos inexplicables sobre los cuales corro un velo de silencio y de olvido. Entre tanto fue herido el eclesiástico y luego preso por unos agentes, á quienes no se pudo coger. Con la persecucion se levantó mas esforzado, juntó la destreza al valor y logró haber otra vez á las manos un papel que aseguraba muchos millones á nuestro amigo y que era retenido fraudulentamente por cierto judio llamado Micael. Tambien habia en esto tenebrosos y lamentables recuerdos. Se hablaba de horribles violencias, de secuestro y de homicidio. Tú te acuerdas de la tonta y trágica aventura de ese Micael, á quien encontré en una cueva que comunicaba con el cuarto de tu vecino; y no habrás olvidado la restitucion de la herencia de Arnoldo, ni la infame acusacion entablada contra nosotros por aquel señor Carlos, al cual no he podido hallar despues. La justicia me despojó de los papeles entregados por este hombre, é ignoro las resultas de la cuestion de interés. Solo sé que en aquella misma noche fue herido mortalmente Arnoldo y que se halló en el canal de San Martin el cadaver del viejo Micael. Ahora bien no hay en el mundo mas que dos personas que pudiesen ganar entonces con aquellos dos crímenes: el competidor de Arnoldo y un sugeto que despues de haber disputado la herencia al mismo Micael habrá repartido los despojos con Allameida ó llamese como se quiera.

— Y ¿de quién sospechas tú?

— No sospecho, sino que afirmo que el banquero depositario de los fondos es el cómplice de Allameida y por consiguiente el asesino de Micael y Arnoldo.

— Habla mas bajo, Eugenio: si te oyeran...

— Tienes razon, repuso el pintor con voz apagada: el

que yo acuso es poderoso, y con una seña puede encumbrarme ó perderme.

— Pero en fin ¿quién es?

— ¿Juras delante de Dios no descubrir su nombre á nadie?

— Eugenio, ¿dudas de mí?

— No; pero vas á despreciarme y maldecirme, porque soy mas que un ingrato, soy un traidor.

— ¿Qué quieres decir con eso? Acaba por compasion y librame de este suplicio.

— No harás mas que variar de tormento: la certidumbre será mas horrible que la duda. Sin embargo yo lo he querido. Sabe pues que por tener nombradía, clase y riquezas me ha sido preciso doblar la cabeza ante el asesino, adularle, sentarme á su mesa y estrecharle la mano.

— ¿A quién? dijo con voz estrepitosa Lucía levantándose espantada.

— Al ministro.

— ¿A Langeau? Es imposible.

— Sin embargo es así, y el eclesiástico mismo no me ha desmentido.

Lucía se quedó como si la hubiera herido un rayo. Poco á poco fue levantando la cabeza, brillaron sus ojos, alargó la mano y con voz solemne dijo:

— Desde hoy (¿no es verdad?) dejaremos esta casa y abandonaremos riquezas, frivolidades y galas. Tú irás á postrarte de rodillas ante el sacerdote y empezaremos vida nueva. El ánimo y el ingenio bastan para la gloria, y yo no pido otra dicha que poder admirarte tanto como te amo. Volveré á ser pobre y laboriosa, porque ahora (te lo digo, Eugenio) estan demas las riqueza y el esplendor, si para ceñirse la diadema en la frente hay que bajarse antes con ignominia.

Dicho esto se retiró con paso firme y noble. El pintor no se atrevió á seguirla, y entregado á las mas amar-

gas reflexiones se quedó inmóvil con la cabeza baja y los ojos arrasados de lágrimas.

— ¿A dónde he de llevar el cajón que hay en la antecámara? preguntó el lacayo que vino á quitar los relieves del almuerzo.

— Coge un martillo, desclava las tablas y ve lo que contiene, respondió Eugenio con indiferencia.

A poco volvió el criado diciendo: — Algunos libros y dos lienzos.

— Traeme estos y mira los títulos de los libros.

No tardó en volver el criado y dijo: — Señor, hay Bossuet, Leibnitz, Lamartine...

— Basta, interrumpió Eugenio. Pero ¿qué tienes ahí? Ponlo á la luz. ¿Qué es eso? ¡Un Veronés! ¡Un Pellegrini! Pues ¿quién los envía?

— El mozo no ha dejado nombre, y puedo afirmar á V. que en el cajón no se halla ningún indicio.

Eugenio quiso registrar por sí las tablas, y no halló mas que trescientos volúmenes de historia, literatura y filosofía; pero ni el mas leve indicio. De nuevo examinó los lienzos y al fin se acordó de haberlos admirado una noche en el cuarto del eclesiástico. Entónces se puso pálido y sintió que le flaqueaban las piernas. Entró en la sala y estuvo dos horas pensativo y cabizbajo.

— El señor Hideux, gritó de pronto el ayuda de cámara.

Eugenio como quien despierta sobresaltado se restregó los ojos y echó á su rededor una mirada desparvorida.

— ¡Gran noticia! exclamó Hideux con su voz chillona; al fin ha sido expulsado.

— ¿Quién?

— ¿Quién ha de ser, voto á brios, sino el jesuita?

— ¿Qué jesuita?

— El de V., el mio, el de todo el mundo. ¿No ha leído V. el *Constitucional*?

Estoy suscripto al *Siglo* y acostumbro pasar rápidamente la política.

— Para ir al folletín.

— No, á los anuncios de los teatros.

— Un diario sirve á lo menos para algo, repuso Hideux mordiendo los labios.

— A propósito no he podido discurrir hasta ahora aquel articulito llamando la atención del modo conveniente. Hagame V. el favor de reparar mi torpeza.

— Con mucho gusto.

— ¿Qué me hablaba V. de jesuitas?

— Siento infinito esta expulsión; pero por desgracia era necesaria.

— Ya; ¿es cosa resuelta?

— Cumplida.

— Tanto mejor.

— Tanto peor.

— ¿Los compadece V.?

— No compadezco mas que á Francia.

— ¿Se chancea V. señor Hideux?

— ¿No tengo derecho de expresar mis opiniones conformandome previamente con la carta?

— ¿Con que V. tiene la opinion hablada y la opinion escrita?

— Asi como V. tiene convicciones pintadas y convicciones reales.

Esta frase fue dicha en un tono de sarcasmo que disgustó á Eugenio en sumo grado.

— No obstante hay un eclesiástico (continuó este), á quien profeso una veneracion sin límites.

— Positivamente es el que acaba de ser desterrado, repuso Hideux con gravedad.

Eugenio se quedó pálido y pensativo: su amigo prosiguió metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y poniendo los pies en los caballetes de la chibena:

— Vamos á otra cosa: ¿va V. esta noche á casa del ministro?

— No, contestó secamente Eugenio.

— Le quiere á V. mucho.

— Demasiado lo sé.

Hideux echó al pintor una ojeada halagüeña á la par que siniestra.

— Langeau, mi gran cuñado, perdona á V. con la mayor generosidad los rencores que atribuye á las preocupaciones de Lucía, amiga íntima de su mujer y de Paquita. Yo me he casado por capricho, V. por amor y Langeau por interés. Se admira V. de esto; pero reflexione que el espíritu de orden es un dote sin precio. Hortensia es un tesoro, y para convencerle á V. me bastará añadir que hay una plaza vacante en el instituto y que dispone de ella la digna esposa del ministro.

— ¿Lo cree V.? dijo Eugenio, que empezaba á escuchar con mucha atencion.

— Estoy seguro de ello.

— Esto es cosa grave. ¿Se sabe quién es su protegido?

— Yo he venido á informar á V. y al mismo tiempo asegurarle el apoyo del ministerio y de los periódicos.

— Mi querido señor Hideux, ¡cuántas gracias debo dar á V.!

— Ningunas: haremos justicia al mérito, y no hay mas. Conserve V. sus convicciones, simpatías y sistemas, y solamente tenga alguna indulgencia con nuestras debilidades y lamente el rigor á que nos obliga el deber.

— ¡Ah!

Hideux estrechó cordialmente la mano de Eugenio y estos dos hombres se separaron despues de haberse prodigado recíprocas protestas.

— ¿Qué has resuelto, amigo mio? preguntó Lucía que hácia la hora de comer se presentó temblando á la puerta del estudio de Eugenio, muy ocupado entonces en trazar el diseño de un cuadro dinástico.

— Nada, mujer, sino que esta noche te has de poner el vestido color de perla.

Lucía echó una ojeada al lienzo y suspiró.

— ¿Qué es eso? dijo Eugenio volviéndose admirado.

— Yo esperaba.....

— Piensa que esta noche tienes que bailar.

— ¡Con que es menester olvidar.....!

— Y darse prisa, porque nos hemos retrasado dos horas.

La noble mujer, sumisa y resignada esta vez, bajó la cabeza; pero su grande alma estaba destrozada y su dicha se había destruido irremisiblemente. Marchóse silenciosa pareciéndole que le faltaba la tierra y que se entreabría el cielo.

Los dos esposos fueron conducidos rápidamente en un elegante carruaje á la morada del ministro Langeau, y allí estuvieron dando vueltas hasta el amanecer por las brillantes y embalsamadas galerías que honraban tambien con su presencia Polissart, Hideux, Lourdeau y el doctor. La apacible Hortensia, la altiva Lucía y la graciosa Paquita eran inseparables. Eugenio admiró la estrecha union de estas tres amigas, y su corazon se oprimió al pensar en el anciano sacerdote errante á aquella hora por caminos desiertos y en el cadaver de Arnaldo yerto en el sepulcro.

— Nada, mujer, sino que esta noche te las de fondo  
 el vestido color de perla.  
 Luceis celó una ojeada al lienzo y suspiro.  
 — ¿Qué es eso? —  
 — Yo esperaba.  
 — Piensa que esta noche tienes que bailar.  
 — ¡Con que es menester olvidar!...  
 — Y dárse prisa, por... **IX.** ... nos hemos retrasado dos

La noble mujer, sumisa y resignada esta vez, bajó  
 su cabeza.  
 El sol en el punto más culminante de su carrera  
 derrama á torrentes la luz sobre los inmensos arenales.  
 La azulada bóveda del cielo se cubre de vapores rojizos:  
 el aire abrasa: ni una palmera siquiera proyecta una lí-  
 nea de sombra. El reptil se abre una guarida, y el cha-  
 cal jadeando queda tendido en su caverna. Es la hora  
 en que no ha soplado jamás la brisa y en que el árabe er-  
 rante descansa junto al dromedario á la boca de la cisterna;  
 hora terrible á que nadie arrostra impunemente, y que  
 hace temblar y arredra á toda criatura mortal. Pero los  
 ouled-talemas son una tribu valerosa, y no hay obstá-  
 culo que contenga sus correrías, ni el calor del día, ni  
 la obscuridad de la noche, ni el ala del *Kramsin*, ni el  
 acero de los guerreros enemigos. Solo la voluntad del  
 caudillo determina la hora de los descansos y señala el  
 lugar donde debe levantarse la tienda. Ben-Taleb es  
 un hombre temible á sus enemigos y magnífico para los  
 que le siguen á los combates. Todo se rinde á su nom-  
 bre desde los muros de Suez hasta el asiento del Sinai.  
 El reina en la soledad, se burla de la tempestad y quie-  
 bra como si fuera una paja la lanza egipcia y la cimi-  
 tarra de los osmanlis. Tiene en la mano derecha la for-  
 tuna y la muerte: las carabanas le pagan enormes tri-  
 butos: al acordarse de él se pone pálido el viejo Mehe-  
 met, y el fogoso Ibrahim daría un serrallo por la cabeza  
 del terrible jeque. Ved ese remolino de polvo que allí

bajo gira brillante como si fuera espuma. Ben-Taleb marcha delante de los mas arrojados de su escolta: detiene su cabalgadura: con la vista mide como el águila la distancia, y á su boca se agolpan las palabras atroces. Veinte guerreros se colocan á su derredor dispuestos á marchar con la velocidad de una saeta á donde él les indique.

— Hijos de Telamas, dice el jeque, mirad al Occidente y decid qué ser ha atravesado la soledad. —

Todos examinan en silencio la huella estampada, y el mas valiente de ellos responde:

— Señor, allí hay pisadas de hombre. —

Ben-Taleb no pudo menos de reirse y dijo:

— Aissi, el vino de los infieles te trastorna hoy la cabeza. —

— Noble jeque, repuso el soldado, yo soy negro y no creo en Mahoma; asi no me está prohibido ningun licor; pero por el alma de mi padre que desde la aurora no han tocado mis labios ni aun una gota de agua. Tengo cabal mi razon y áfirmo que por allí ha pasado un hombre. —

Los soldados fueron del mismo parecer que el negro. El jeque examinó mas de cerca las huellas y confesó que

Aissi habia dicho verdad, añadiendo:

— Tendrás doble parte en el botin. —

Y su dromedario arrancó al galope. Al cabo de una hora de correr llamó á los tres mas ágiles de los suyos y les dijo:

— ¿Veis aquel punto allá á lo lejos, que desde aquí parece el cuerpo de un buitre que despliega las alas para remontarse á las nubes? —

Respondieron afirmativamente, y el jeque continuó:

— Pues aquel es el hombre cuya pista seguimos. Id y cogedle: si es un turco, pagará al punto el rescate: si es un árabe, beberá del agua de nuestras odres; y si es un cristiano, quedará cautivo. —

del. Precipitaronse los tres guerreros, y el resto de la escolta quedaron inmóviles. Pronto volvió Aissi trayendo un anciano vestido con la ropa talar de un sacerdote católico. Al ver á aquel hombre el caudillo pálido y agitado se cubrió á toda prisa el rostro con el velo flotante de su hyke; pero ya el anciano habia observado las facciones del caudillo y retrocediendo sorprendido preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

Aissi, dijo entonces el jeque con voz apagada y trémula, que monte este extranjero en nuestro mejor dromedario: désele el agua que queda; y conducidle con respeto cuatro de vosotros al lugar que quiera señalar.

— Aissi, dijo entonces el anciano, ¿me conoces?

El negro echó pie á tierra y se arrodilló en la arena.

— ¿Cuál es el nombre del caudillo? prosiguió el extranjero.

— Ismael Ben-Taleb.

— Sacerdote, dijo el jeque violentandose, el sepulcro me separó de los hombres de tu pais y tu culto: yo soy una alma errante, un pensamiento de gloria y de venganza. En vano querrias invocar los recuerdos, porque mi oido se cerraria á tu voz y mi corazón permanecería sordo á tus ruegos. Habla, conjura, ordena: los vientos se llevarán tus palabras y solo el eco del desierto responderá á tus amenazas ó á tus lágrimas.

Dicho esto arrancó al galope siguiendole su tropa, y el anciano vió desaparecer una nube blanca en el horizonte. Se habian quedado cuatro soldados, y el negro que parecia su jefe tenia en una mano el ramal de un dromedario y en la otra un pellejo de agua cogida el dia anterior. El sacerdote vuelto de su sorpresa habló así al negro:

— Aissi, en la tierra de Occidente juraste obedecer mis órdenes.

— Señor, he cumplido mi juramento.

— Pues ¿qué haces en el desierto?

— Las tribus del Asia me rechazaron, y nadie se acuerda de su merced hacia el Eufrates.

— ¿Cómo el guerrero que os manda, lleva el nombre del hijo de mi hermano y se parece á él?

— El noble jeque es el mismo Ben-Taleb y su fama es grande entre las tribus.

— Mientes: Ben-Taleb fue sepultado en Occidente bajo el nombre de Arnoldo.

— Señor, solo Dios tiene las llaves de la muerte.

El anciano juntó las manos y miró al cielo: luego dirigiéndose á los guerreros preguntó:

— ¿Acaso ha oído alguno de vosotros hablar bajo de las tiendas de la sabiduría del solitario de Kerim?

— El profeta no está ya en Kerim, respondió Aissi.

— ¿A dónde van los cristianos á oír sus oráculos?

— El ermitaño de las sierras no se muestra ya á la vista de ningun hombre: hace mucho tiempo que nadie ha oído su voz. Una mujer de mi tribu cuenta un sueño en que se le ha aparecido el profeta arrebatado al cielo por los ángeles.

— ¿Dónde detuvo el sabio sus últimos pasos en la tierra?

— En el Sinai.

— Llevadme al monte.

El anciano se sentó sobre el dromedario arrodillado y al punto hizo la señal de partir. A la caída de la tarde se armó la tienda en la fuente de las tres palmeras.

El negro extendió en el suelo un cobertor y convidó al sacerdote á descansar despues de haber tomado algun alimento. Los beduinos se repartieron una torta de trigo, y se pusieron dos de centinela mientras los otros se acomodaban para dormir con la cabeza apoyada en sus bestias. Los soldados de guardia cantaban alternativamente en un tono uniforme y lastimero

un himno á la gloria de Antár, el heroe de los días antiguos. El anciano arrullado con este canto melancólico gustó algunos instantes de profundo sueño: bien lo necesitaban sus quebrantados miembros. A media noche despertó y no oyó mas que el grito lejano de las hienas y chácales. Levantó una punta de la tienda, y vió dormidas á las centinelas sobre sus armas: puso se pues en pie y salió afuera con mucho tiento. Lucia la luna alumbrando con su plateado resplandor aquellos arenales, y brillaban las estrellas en el cielo que parecia mas grande por la inmensidad del desierto: una brisa suave murmuraba por entre las largas hojas de las palmeras. El hombre de Occidente penetrado del respeto que infunden el sosiego de la soledad y la majestad del silencio, se arrodilló para orar y derramó su dolor en la presencia de Dios diciendo: —

— Señor, apiadaos de mi larga vida y no permitais que alimente mi esperanza si es vana. Si el hijo de mi hermano descansa en la muerte, paz eterna á su alma: si vive, Dios mio, inspiradle que me revele el milagro y disipe mis angustias. Todo es vuestro, el espacio, la eternidad, el mundo: mas ángeles y estrellas hay en los cielos que granos de arena en el desierto. O Jesús agonizante en el monte Olivete, envid un o de los espíritus celestiales á socorrer y alentar al humilde pecador que se rinde á las miserias de este valle de lágrimas.

Se dió golpes de pecho y lloró, y luego juntando las manos continuó su oracion. A pocos pasos de allí apareció una figura blanca como cubierta de una mortaja. Era un anciano tambien; pero noble, majestuoso, con la traza de inspirado y la mirada profética. Caíale sobre el pecho una barba blanca, y su cabeza ceñia la aureola que ponen los años y la virtud en la frente de los justos: parecia la sombra de un santo patriarca. Acercóse al sacerdote, el cual persuadiendose á que bajaba de los cielos una vision se inclinó hasta el suelo.

— Levantaos, dijo el aparecido con voz firme y grave; yo no soy más que un sacerdote del que es adorado, lo mismo que vos.

— El eclesiástico Valencey abrió los ojos y miró asombrado.

— ¿Con que sois un solitario semejante á los de la antigua Tebaida? repuso.

— Yo soy el que buscáis.

— ¿El sabio de las cavernas de Kerim?

Al oír esta expresion se sonrió el aparecido con inefable dulzura y continuó:

— Asi me llaman los musulmanes: los cristianos me llamaban antiguamente el P. Gerónimo. Yo habitaba uno de los monasterios del Libano. Cerca de cien años há que los drusos degollaron á los religiosos y el convento pereció á impulsos de las llamas. Desde entonces no me he guarecido bajo de ningun techo y he vivido como los animales de los bosques y las aves del cielo.

— Padre, muy joven era yo cuando oí hablar por la primera vez de vuestra doctrina y milagros. Soy el hermano del marqués de Valencey, que con el nombre de Taleb fue proclamado sultán de los wahabitas á la muerte de Ben-Selim. La hija única de este último, la prometida de Arnoldo, único hijo de mi hermano, ha abandonado el mundo; porque un esclavo de la India, dotado al parecer de una virtud mágica, ha herido mortalmente á mi sobrino Arnoldo ó si se quiere Ismael Ben-Taleb (pues asi era llamado en la prosperidad), el cual ha sido depositado por mis manos en el féretro. Yo he plantado la cruz santa y vertido lágrimas sobre su sepulcro en Occidente, y ve aquí que de vuelta al desierto le hallo otra vez vivo y caudillo de una tribu valiente.

El P. Gerónimo pareció que sentía una pena y dijo por lo bajo:

— Olvidadle. Los mas muertos delante de Dios no son los que yacen en el sepulcro.

— Padre, repuso el eclesiástico penetrado del mas profundo sentimiento, compadeceos del dolor de un anciano reducido á lamentar la libertad de su hijo adoptivo. Arnoldo no perecerá solo: el destino de un pueblo, quizá de un mundo está ligado al suyo. Vos sabeis mejor que yo cuál es la importancia de su salvacion: ¿habré tenido noticia de su resurreccion solamente para maldecir su apostasia y morirme viendo su ignominia?

— Levantad los ojos, hermano mio: ¡cuántos globos se arremolinan allá arriba en el espacio! Muchos se han apagado y les suceden otros. La destruccion amenaza á lo criado y por todas partes el nacimiento brota ruinas. ¿Por qué os turbáis pensando en la tierra? ¿Qué le hace al Señor para su gloria y magnificencia una perla mas ó menos en la corona intumortal?

— Lo que yo lloro fue rescatado con el precio de la sangre de Cristo.

— Sí, repuso Fr. Gerónimo con amargura; y ahora ¿quién se acuerda del Calvario ni se cura del cielo? Hermano mio, vos habeis orado mucho tiempo: habeis domado la carne con la penitencia y la fé: vuestros sudores han trazado un glorioso surco: habeis enjugado muchas lágrimas y animado y socorrido á mas de uno que estaba en el abatimiento y la desesperacion: sois la luz y la espada. No obstante volveos, hermano mio, y decid cuál ha sido el fruto de tanto trabajo y tantas penalidades para los hombres.

— A lo menos me quedaba una esperanza; y ve aquí que todo se ha destruido sobre la tierra y apareceré delante de Dios con las manos vacias.

El buen sacerdote prorumpió en sollozos que resonaron en la soledad.

— Hermano, le dijo Fr. Gerónimo abrazandole, pensad en los santos y en los mártires: pensad en el hijo del hombre á quien han abandonado, y cuya memoria

y cruz conculcan todos. Habeis peleado contra Dios como Israel.

— ¡Ay! padre mio, he pensado muchas veces que el Señor justamente enojado de los pecados de los hombres iba á abandonar el mundo.

— En los tiempos de Noé *toda carne habia corrompido su camino: Dios dijo: Mi espiritu no habitará mas en el hombre; y se arrepintió de haberle criado.* Las aguas del cielo renovaron la tierra. Tal vez hoy se ha contentado con abandonarnos á nuestra inteligencia.

— Y ¡cuán pocos hallarán gracia y entrarán en el arca! ¿Hay aun cien justos sobre la tierra? ¿Será del número de los malditos mi Arnaldo, á quien habia criado yo para una obra de redencion y gloria? Nada se os oculta, padre: dignaos de manifestarme cómo se ha obrado el prodigio y por qué sustituye la cizaña al grano que sembré.

— Hermano, yo no soy mas que un hombre ciego y flaco: solo la mirada de Dios ha sondeado el abismo de mis debilidades. No obstante *el espiritu sopla donde quiere y como quiere*, y á veces se complace en revelar á los pequeños lo que oculta á los ojos del sabio. La tierra se ha vuelto esteril y fria: la mentira deshonra á la humanidad: la avaricia la seca: los dias indican cumplirse; y el mundo parece réprobo. Decidme: ¿hay un pueblo perfecto en sus instituciones? ¿Habeis encontrado una sola tribu toda creyente y firme? Algunas voces solitarias gimen en la cumbre de las montañas: oyense elocuentes palabras y hay fidelidades sublimes; pero el orden social está profundamente trastornado en Europa, y acá y acullá no existe en las otras regiones. Se ha destruido el principio de autoñidad y por consiguiente de disciplina: la soberanía reside en la muchedumbre falta de inteligencia y privada ademas del derecho de accion legal. El viento del siglo se lleva las coronas, y las naciones propenden á reunirse en una sola; pero por un movíl sin ninguna dignidad, porque emana solamente del deseo del bien estar y del interés material. Los caudi-

llos han envejecido pronto y los rebaños son todavía nuevos. Una vasta fábrica de operarios inmorales y hábiles, capaces á lo sumo de los goces del cuerpo y que no conciben respecto del alma mas que la preocupacion de los cálculos y medidas, no es un objeto digno de las miradas de Dios; no obstante esa es la suerte que prepara el racionalismo para lo venidero. Vos habeis visitado todos los puntos del Occidente, y en ninguna parte habreis visto los espíritus celestiales en comunicacion con el hombre. El sepulcro está despojado de sus misterios, el espacio vacío y el cielo silencioso. Mas al rededor de nosotros todo es primitivo y goza de su virginal lozanía. Ve aquí el desierto como en los dias de Abraham: nada ha variado desde Jacob. Los árabes bajo el imperio de los califas se aventajaron á todas las naciones en conquistas y en esplendor: si se añade la inspiracion cristiana, sobrepujarian á los romanos; cosa que no han hecho jamas los pueblos de Occidente. Arnolfo habia sido escogido á la manera de Saul; pero no ha resistido á la prueba: el oro derretido en el crisol no ha dado mas que plomo vil.

Guardaron los dos ancianos por un rato un silencio doloroso y solemne: Fr. Gerónimo añadió despues de examinar el horizonte:

— Despierta á tus guías y manda levantar la tienda, porque se acerca la aurora y el kramsin va á desplegar sus alas.

El sacerdote francés corrió á donde estaban los cuatro guerreros, y dirigiendose al negro dijo:

— Aissi, ya es hora de caminar.

Los beduinos se levantaron y obedecieron sin responder una palabra. Luego que se concluyeron los preparativos, echaron de ver al extranjero y se miraron suspensos. Mas Fr. Gerónimo les dijo:

— No temais, yo soy un hombre del desierto como vosotros, y mi frente no se alberga bajo el techo de los habitantes de las ciudades. Mi destino es andar errante anunciando la palabra de salud y consolando los dolores.

Sé vuestros nombres, y aun antes que nacierais partí con vuestros padres el agua de mi odre.

Aíssi miró al eclesiástico Valencey, y en virtud de una seña de este hizo una reverencia al desconocido: en seguida preguntó:

— Señor, ¿qué ordenas ahora?

— Al Sinai, respondió el sacerdote.

Dieron á Fr. Gerónimo el dromedario que llevaba el equipaje, y se enderezó la marcha hácia el monte. Poco á poco se obscurecieron las estrellas con densos vapores quedando en breve en completa obscuridad, y sin las indicaciones del buen monje no hubieran podido los árabes seguir la direccion en línea recta. Entre tanto el terreno iba siendo mas áspero: las piedras sonaban con las pisadas de las cabalgaduras, y despues de muchas horas de marcha llegaron los viajeros al pie del Sinai. El naciente crepúsculo iluminaba ya la cumbre del Horeb. Valencey quiso dirigirse al convento de los religiosos; pero se lo estorbó el P. Gerónimo diciendole:

— No nos separaremos hasta que hayais adorado á Dios en el monte: los guerreros os aguardarán aquí. La ausencia será breve: poco me resta que deciros.

Los soldados maravillados de la destreza con que habia dirigido el desconocido la excursion, le miraban como un sabio y obedecieron respetuosamente sus órdenes: los dos sacerdotes se alejaron y empezaron á subir los escalones medio destruidos por el tiempo y las tempestades.

— Hermano, decia el P. Gerónimo, os contaré lo que sé de los sucesos ocurridos á vuestro hijo adoptivo. No ignorais el poder del esclavo Allameida, el cual no sé si pertenece á la especie humana: muchas veces he pensado si seria el Antecristo. El pretende como vos levantar á los árabes en nombre de la nacionalidad, conquistar la ciudad de Constantino y restaurar el imperio de Oriente. Posee algunas cualidades maravillosas y terribles secretos, con cuyo medio obra prodigios. Ha arrojado del trono y quitado la vida á Ben-Selim,

el soldan cristiano, y á vuestro hermano Taleb; pero su poder no alcanza á matar á Zaida y se contenta con tenerla cautiva. Ahora bien esta era el arca de la alianza de los tiempos prometidos, el último resplandor del cielo, el resto de la sangre de los justos. Ha dejado el mundo demasiado pronto, ó mas bien Arnoldo en el dia del combate se ha mostrado indigno de ella prefiriendo la espada al signo de la salvacion. Zaida tambien tembló en su fé, dudó de su mision y de Dios, y se ha consumado la venganza. Allameida dispone de la electricidad y del fuego. Arnoldo olvidando la voluntad y el espíritu fue vencido por la materia, derribado por el sueño magnético; y vos le creisteis muerto. El crimen le despertó en el ataud. Un hombre que habia observado la riqueza de la mortaja, profanó el sepulcro para robarla. Arnoldo restituído á la luz se levantó con su fortaleza, y Satanás le sugirió estos pensamientos: ¿De qué sirve la fé en un Dios que no sabe proteger á sus discípulos? El anciano sacerdote no conoce el mundo ni lo porvenir. En el desierto hay un hombre mas sabio y poderoso que se llama el ermitaño de Kerim. Ve á buscarle, y él te dará la victoria.

Arnoldo se levantó del sepulcro y se puso en camino: con una cruz de oro que tenia al pecho compró la discrecion del guardian del cementerio, el cual proveyó de vestidos al joven. El hijo de Taleb abandonó á Europa donde triunfan á la hora presente los agentes de Allameida: ha venido á Kerim y el ermitaño no ha respondido.

— En nombre del cielo, padre, perdon para el peccador, dijo Valencey hincandose de rodillas.

— *El pecado contra el espíritu de Dios no será perdonado ni en este mundo ni en el otro*, dijo por lo bajo el solitario.

— Yo iré como S. Juan á buscar á mi hijo entre los suyos.

— No os oirá, hermano: ademas es ya muy tarde. Subamos á toda prisa el monte.

El eclesiástico francés no osó replicar, y los dos ancianos caminaron en silencio hasta *el arco del judío*. Aquí continuó el P. Gerónimo en estos términos:

La obra de Allameida está concluida en Occidente, y los primeros rayos del sol alumbrarán las lanzas de los guerreros que le acompañan en el desierto menor. Arnoldo apoyado en sus armas aguarda al enemigo al paso. Mas ve aquí *el kramsin y el diente del chacal*.

Valencey se estremeció de horror y juntando las manos clamó á Dios: solo el eco del desierto respondió á sus palabras. Su compañero seguía andando. Llegaron al lugar donde habitó Elías cuarenta dias, y despues de haber hecho una reverencia delante de la humilde capilla continuaron hasta la peña donde Moisés levantó las manos sobre Josué que combatia á Amalec. Hicieron otra adoracion y luego descubrieron la capilla y la mezquita, ambas ruinosas. Habian llegado á lo último del monte, donde Adonai dió las tablas de la ley entre truenos y relámpagos. Los piadosos ancianos se hincaron de rodillas. Mientras ellos oraban, tomó el cielo un colorido mas vivo: una faja encendida iluminó el Oriente: se rasgó el velo de nubes; y de un bote se lanzó el sol en el espacio. Entonces aparecieron el extremo del cabo, el mar, las islas blancas, los llanos de la Arabia, Rupleidim y los montes de Africa. Este majestuoso espectáculo alumbrado por el astro naciente se extendia á la vista y conservaba en todas partes el rastro augusto de los dias sagrados de Moisés y de Cristo. Allí empieza la humanidad: allí se refiere cada una de las grandezas del mundo. Aquí habla Dios y los siglos reunen sus recuerdos. Abraham y los Faraones, la edad media y la caballería, los solitarios y los profetas, Ciro, Alejandro, Cesar, Mahoma y Bonaparte pasaron sucesivamente al pie del monte.

— Hermano, decia el P. Gerónimo, el angel del Señor busca en este instante diez justos en toda la haz de

la tierra que tenemos á la vista (el otro sacerdote se puso pálido y principió á temblar). Hermano, oigo un ruido vago y sonoro que parece la trompeta del juicio final, y no es mas que el rayo que se desgaja de las nubes aglomeradas al Occidente; pero ¡cuán agradable es oír el estampido del trueno en las alturas del Sinai!

— ¿Qué vapor es ese que vaga por los arenales? ¿Cómo tan pronto se ha obscurecido el cielo, y por qué salen de las faldas del monte unos gemidos sordos?

— Es que la mano del Señor ha desatado el huracán. A medida que estaba hablando, se conmovieron las nubes: grandes relámpagos iluminaron la bóveda celeste, que de pronto habia quedado en una densa obscuridad: se levantó un viento furioso; y un torbellino de polvo cubrió el llano.

— Maestro, preguntó Valencey, ¿ha llegado el último dia?

— *Dios no ha revelado esa época ni al mismo hijo del hombre: ¿cómo pues nos atrevemos á decir: El Cristo está aquí ó está allí?* Es verdad que el mundo tiembla en su fundamento: las estrellas han caido de los cielos: hemos visto apagarse la fé; y el Antecristo ha pasado delante de nosotros. La humanidad toca tal vez á su fin. La generacion de los justos ha perecido; pero con una palabra de Eloim el sepulcro restituirá los heroes y los santos, y aun estas piedras se volverán hijos de Abraham. Y entre tanto ¿á dónde caminas, ó tierra empapada en la sangre de los mártires, planeta que vives en el espacio á merced de tus caprichos, lejos de tu sol y de tu Dios, astro privilegiado y luego maldecido? Señor, ¿por qué ha de hallarse en todas partes la contradiccion y la duda? ¿Cómo tantas luces estan unidas á unas tinieblas tan profundas? ¿Quién salvará al mundo? ¿Quién comprenderá el deber y el cielo? ¿Qué naturaleza no está extenuada y qué espíritu no está vencido? Señor, Señor, apiadaos de vuestra obra agonizante. Volvednos el sol y la fé.

Un trueno espantoso resonó del uno al otro polo: la

tierra quedó sumergida en una obscuridad profunda y tembló. El hombre inspirado había dejado de hablar á su hermano humilde y respetuosamente postrado. Cuando este alzó los ojos, estaba solo en el monte. La tempestad se fue calmando por grados: Valencey fue á reunirse con sus guías, y todos se guarecieron en el convento de los religiosos. De allí á unos días le dijeron que había habido un combate terrible en el desierto entre dos caudillos rivales. Aissi y los tres árabes volvieron á su tribu. Valencey armado de su crucifijo partió para predicar el Evangelio y buscar á Arnoldo; pero una tarde cayó tendido de cansancio al pie de una palmera y allí murió.

Ben-Taleb y Allameida trabaron muchas batallas. Mas el indio no ha obrado ninguna maravilla después de su vuelta, y los que le siguen empiezan á murmurar. Arnoldo parece olvidarse cada vez mas de sus memorias y de la fé. Sin embargo una noche que atravesaba el desierto se paró de pronto y dijo á su fiel negro:

— Aissi, ¿oyes el grito lastimero que se exhala de la tierra?

— Señor, no oigo mas que los lejanos aullidos de los chacales y el ruido que hacen en la arena las patas de los dromedarios.

— Pero una voz del cielo ha pronunciado mi nombre.

— Ni un aliento se oye en el espacio.

Ben-Taleb triste y silencioso continuó su camino. Al día siguiente se decia en las tiendas que un rayo de lo alto había iluminado el alma del caudillo y que iba á salir del desierto un profeta.

**FIN.**

## INDICE.

	<i>Pág.</i>
I. Afán de la caridad.....	5
II. Los dos artistas.....	25
III. Los foragidos.....	35
IV. La vision.....	50
V. Demencia aparente de Arnoldo.....	62
VI. Conferencia de los foragidos.....	90
VII. La Villana.....	101
VIII. Cuentas entre bribones.....	116
IX. Un reconocimiento. — <u>El monasterio</u> .....	130
Una visita al subterráneo.....	150
La buhardilla.....	163
El caso pensado.....	176
Metamorfosis.....	187
Los paseantes nocturnos.....	200
El cielo y la tierra.....	212
El último á Dios.....	223
Rumores del mundo.....	236
El desierto.....	250

